

ALBERTO  
INSUA



*El* **NEGRO** *que* **TENIA**  
*el* **ALMA** **BLANCA**

se

Lectulandia

Alberto Insúa nos cuenta la historia de un hombre negro, educado en el seno de una familia blanca acomodada, que se traslada de Cuba a Madrid tras el conflicto bélico del 98. *El negro que tenía el alma blanca* es una historia de pasión, desengaño, poder, desilusión, dinero, infelicidad... insertos en una acción situada en un tiempo externo reconocible, la guerra de Cuba (1895-98), sus inmediatos años posteriores y la época de entreguerras. Las referencias históricas, políticas y sociales son continuas.

Con el telón de fondo del clima y paisaje cubanos, describe el narrador los ambientes alegres de algunas ciudades europeas, como Madrid, con sus barrios castizos; París, con sus grandes restaurantes y sus *cabarets* de lujo; los lugares más representativos de Barcelona o el Trafalgar Square de Londres, donde late el sentir de Europa, ávida de gozo y presente, tras la contienda. Tres son los ambientes en que viven los personajes: el mundo decadente del teatro, la aristocracia corrompida y la burguesía un poco cosmopolita de los tiempos de paz.

El tema es el conflicto de un hombre negro con un alma blanca, con toda la simbología que la palabra entraña: no solo heredero de toda la tradición cultural del hombre blanco, sino poseedor de un corazón noble, un alma limpia bajo una piel negra, en una sociedad llena de prejuicios. El tema del negrismo cobra una dimensión trascendental; la cuestión que subyace es la pregunta existencial: ¿qué es un hombre, su cuerpo o su alma?

La novela tuvo tanto éxito que fue llevada al cine por Benito Perojo en dos versiones: una muda, de 1926-27, y otra ya sonora y musical, de 1934.

Lectulandia

Alberto Insúa

# El negro que tenía el alma blanca

ePub r1.0  
Titivillus 18.06.18

Título original: *El negro que tenía el alma blanca*  
Alberto Insúa, 1922

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# I

—¿Se puede, don Narciso?

—¿Qué ocurre, Bélmez?

Don Narciso levantó la cabeza, irguió la panza, mostró —bajo los bigotes de mandarín— unos dientes largos y amarillos, y esperó. Estaba sentado ante su *bureau* americano, leyendo algo desdeñosamente.

Bélmez extrajo un papel de un bolsillo de su chaqueta.

—Es para los carteles de Peter Wald.

—Venga.

Una mano vellosa, llena de sortijas y con uñas que parecían de asta, dejó caer, como un trapo sucio, un manuscrito, y tomó el papel que le tendía Bélmez. Púsolo bajo unos lentes de armadura de oro, a distancia.

Una voz plebeya y autoritaria recitó:

TEATRO DEL SAINETE  
GRAN ACONTECIMIENTO  
LA PRIMERA ATRACCIÓN DE EUROPA  
PETER WALD  
EN SUS BAILES FAMOSOS, Y SU PAREJA  
GINETTE  
SECCIONES TARDE Y NOCHE

Pálido, incoloro casi, Bélmez seguía con cierta emoción los ademanes y los gestos de don Narciso Núñez, el poderoso empresario. No... El cartel no le gustaba.

—Esto no sirve, Bélmez.

No había acritud en la crítica. ¿Para qué estaba Bélmez, representante de la Empresa y redactor de anuncios y programas, sino para complacer a don Narciso? Empresario y representante se entendían a maravilla, no porque el primero fuese fácil de contentar, sino porque el segundo era uno de los hombres más flexibles y sagaces de la vida entre bastidores.

—Este cartel es frío —insistió Núñez—. ¡Vamos a darle mil pesetas diarias a ese negro, y me lo anuncia usted menos que a la *Pitonisa* o a la *Alma Roja*! Quiero quinientas cintas en todas las vallas de Madrid, con letras de a palmo y adjetivos como «portentoso», «sublime» y «colosal»... Y no olvide usted los retratos.

—Doscientos acaban de llegar de París; pero si usted me lo permite...

Y Bélmez, jesuítico, bajó la voz.

—¿Qué ocurre? —preguntó el empresario—. Cierre usted esa puerta...

El despacho de don Narciso comunicaba con la Contaduría, donde a aquella hora comenzaba la venta para la sección *vermú*. Bélmez, después de correr una mampara, vino a sentarse junto a don Narciso.

—He redactado de esta forma los carteles —le explicó— para evitamos un disgusto. Don Luis está que trina...

Los ojos verdosos y saltones de don Narciso brillaron con una luz dominante.

—Y... ¿quién es don Luis?

Bélmez repuso, con ironía discreta:

—Yo pensaba que el primer actor...

—Aquí el primer actor es el que me trae al público... Don Luis, con toda su gloria y su postín, no me llena el teatro. Nadie me llena el teatro. Si yo no trajese aquí *atracciones*, habría que cerrar. Ya me están cargando los autores y los cómicos. Ya sé que ni a don Luis, ni a nadie, le hace gracia que yo contrate al negro Peter, y que mi sistema de comedias y *atracciones* se critica mucho. ¿Y a mí qué? Si hace falta convertiré el teatro del Sainete en un *musijol*, y no se verán aquí más que películas y *varietés*...

Bélmez sonrió, conciliante:

—No tanto. Ya sé que don Narciso respeta las tradiciones de esta casa...

—Las tradiciones de esta casa son las de hacer pesetas. A espuestas se ganaron aún con el sainete, con el juguete cómico, con la obra de enredo... El mal llegó cuando se metieron a escribir los escritores. El enemigo del teatro es la literatura... Yo he tenido que inclinarme, que admitir a algunos; pero ya lo ve usted, todos esos genios no bastan para contentar al público. Sin una bailarina o una cupletista al final, ¿qué sería de nosotros?

—Es que el público se ha hecho muy exigente y ya no tiene la ingenuidad de antes... Es un público maleado por el cine y las *varietés*; pero don Narciso sabe mejor que yo que el arte sigue siendo arte, y que en esta casa ha tenido muchas noches de gloria y que volverá a tenerlas.

—Usted —concluyó desdeñoso el empresario— ha sido siempre un poco romántico; pero vamos al grano. ¿Qué ocurre?

—Pues ocurre que todos los actores se sienten como empequeñecidos o, más bien, manchados con la presencia del negro... Si Peter fuera blanco, no dirían nada, y hasta lo admitirían si fuera japonés. Pero... ¡negro! Es la cuestión de razas, don Narciso.

—Son prejuicios y memeces... Ya hablaré yo con don Luis. Y si quiere largarse, allá cuidados... Con el negro Peter, durante un mes tarde y noche, me río yo de los primeros actores de España y de los autores... No doy por ellos ni una pasa del negro.

—Don Narciso, por Dios...

—Es que me cargan, que me cargan... Bueno, el cartel será el que yo he dicho, y no quedará valla o paredón de Madrid en que no se vea.

Bélmez se levantó.

—Voy a redactarlo y se lo traeré. ¿Manda usted algo más?

—No; estoy leyendo esta obra de Benito Marzo y quitándole literatura. ¡Cuidado que palabrea este hombre! También tendrá que cambiarle el final...

Bélmez no sabía qué decir. Benito Marzo había traído al teatro una obra de gran éxito, «un río de oro». No obstante, en sus conciliábulos con Bélmez, don Narciso lo trataba de cursi y de literato, palabra que en su boca equivalía a una injuria.

Salió Bélmez del despacho y volvió don Narciso a su lectura.

El lápiz era en sus manos una podadera y un machete. Aquel hombre, casi analfabeto, solo se detenía ante las obras de dos o tres autores «consagrados», sin que dejara de señalarles, de una manera diplomática, la escena que le parecía larga. Los autores, temerosos de aburrir al público, solían complacerle. Fuera de estos «consagrados», don Narciso no admitía límites a su derecho de cortar... Escenas enteras caían bajo su lápiz implacable. Los diálogos sufrían mutilaciones espantosas, y muy a menudo resultaban incoherentes. A eso le llamaba don Narciso «naturalidad».

Los autores noveles y los que iban camino del gran éxito se rendían a discreción. ¡Era tanta la experiencia de don Narciso! ¡Es tan grande la fascinación que los empresarios ejercen sobre los autores! Un empresario como Núñez, dueño del edificio en que estaba su teatro, mecido por la adulación de cuantos viven —o aspiran a vivir— de las tablas, venía a tener, con respecto a las obras que llegaban a su despacho, un privilegio semejante al del señor medioeval con las doncellas de su feudo. ¡Derecho de pernada! Aquel hombre, que al oír hablar de Tirso veía a un compañero de profesión y que decía *doztor* y *ojebto*; aquel hombre zafio y cerril que había hecho su fortuna en una casa de préstamos, desfloraba las obras y, después, brutalmente, las recortaba, las trastrocaba, cambiando el desenlace triste por un final jocoso, o la escena trágica por un diálogo aburguesado y cursilón. Muchas veces — ¡oh, muchas veces!— acertaba, y el público aplaudía aquellas obras verdaderamente espurias, en las que de todo había menos personalidad. Ante el éxito, los autores se inclinaban reconocidos y habrían besado las manos de aquel hombre, que hubiesen debido cortar.

También muchas veces — ¡oh, muchas veces!— don Narciso se equivocaba, y las obras «arregladas» por él caían estrepitosamente. Entonces, entre el tum-tum de los bastones y toda la gama del pateo, don Narciso le decía al autor:

—¿Lo ve usted?... «Esto» no tenía arreglo. Había demasiada literatura, y se la están pateando a usted...

El autor, lívido, hecho un trapo, no respondía nada. Y así quedaba incólume la infabilidad de don Narciso Núñez.

Mientras este proseguía «peinando» la obra de Benito Marzo, Bélmez cruzó rápidamente el *foyer* —donde ya se veían algunos espectadores— y fue a encerrarse en el zaquizamí que le servía de despacho, allá en las honduras y misterios del sótano. Era un cuartucho formado por el hueco de una escalera. Apenas cabían en él una mesa y dos sillas, y por su estrechez y el calorcillo del brasero, recordaba el cajón de

una castañera. Olía a papel viejo y a cola. Bélmez lo había convertido en museo de autores y de cómicos. Las cuatro paredes irregulares estaban cubiertas de caricaturas y retratos recortados de las revistas y de alguna que otra fotografía dedicada. Era sencillamente horrible aquella «mesa revuelta» de dramaturgos y retruecanistas, de cómicos y comicastro, de actrices y actrizuelas. Era una confusión de colores violentos y de líneas extravagantes, de gestos presuntuosos y de sonrisas falsas. Pero Bélmez sentíase en su elemento. Él admiraba profundamente a algunos de aquellos hombres y mujeres que estaban allí reproducidos, y que representaban, con su talento y con sus vicios, con sus genialidades y sus miserias, aquella vida teatral, que era su vida... Bélmez, hijo de un apuntador, y traspunte y tramoyista antes de llegar a representante, era uno de esos seres que han tenido por cuna un trozo de bambalina y que desearían ser amortajados en un pedazo de telón. Bélmez adoraba el teatro: habría querido ser autor y actor, empresario y actriz, tener gracia y hacer llorar; habría querido gustar todas las emociones y sufrir todas las traiciones del teatro, ese monstruo seductor; pero, discreto en grado sumo, se contentaba con su suerte, que era la de ser una ruedecita en la máquina de la gran farándula de Madrid.

Entró, pues, en su escondite. Dio luz. Miró las caricaturas y los retratos y colocó, pensativo, los codos en la mesa. Pasaron algunos minutos: cinco, diez... De pronto Bélmez levantó sus ojos claros, los dirigió hacia la caricatura de un autor de bigote mefistofélico y gran puro en la boca, y murmuró:

—Usted perdone, don Virginio.

Y su pluma corrió sobre media hoja de papel de barba, redactando los carteles de Peter Wald... «El bailarín sublime»... «El rey del *fox-trot*»... «El espectáculo más emocionante de nuestra época».

Por los pasillos se oía la voz de Mataró, el traspunte, y las risas de las pobres muchachas que se vestían «abajo».

## II

Las nueve y media de la noche... Don Luis Gandía estaba caracterizándose para representar el padre —un padre «natural» que le soplabla la novia a su hijo— de una comedia francesa. La obra, fina y jugosa en francés, resultaba vacía y estrafalaria en español. Tenía la marca indeleble de todas las traducciones y adaptaciones del Teatro del Sainete, donde, por decirlo así, se agarbanzaba el ingenio del Boulevard.

Don Luis, hombre leído y entendido —*rara avis* entre los actores de España—, lamentaba particularmente aquel crimen de don Narciso y sus cómplices (el empresario cobraba un acto en cada traducción), porque el protagonista de la comedia, un papá de *club*, de hipódromo y de gabinete reservado, le gustaba mucho. Era un cincuentón sin arrugas, de talle juvenil y charla deliciosamente insubstancial. Pero, sobre todo, guapo... Esto era lo importante. Don Luis Gandía se consideraba el hombre más guapo de Madrid, y eso que mil detalles le anunciaban, desde hacía tiempo, el crepúsculo de su belleza. Para el papá de la comedia tenía que rejuvenecerse. ¡Con qué melancólico deleite se quitaba diez años de encima! ¡Y cómo, ante el espejo cruel, ensayaba su famosa, su irresistible caída de ojos!

Era don Luis hombre atezado y de tipo muy español. Para afrancesarse tenía que ponerse una capa de albayalde y otra de rojo, pues en la escena española un francés tiene siempre que ser rubio. Constituía operación delicada esta metamorfosis, para no parecer maniquí de cera ni perder el aire varonil.

—Pase.

Hallábase don Luis obteniendo el blanco mate de la tez, cuando llamaron a su puerta.

Comenzaban las visitas. Todo actor de alguna importancia las tiene, finge detestarlas y se moriría si su cuarto no se asemejase a una tertulia de café. Aquella noche, como todas las noches, el primero en aparecer fue Lope de Muela: un muchacho bastante rico, y no muy necio, cuya única profesión era la de satélite. Orgulloso del sabor clásico de su nombre —aunque, en realidad, se llamaba López y Muela—, servíase de él para introducirse en las tertulias literarias, en los cuartos de los cómicos y en la intimidad de los toreros y las cupletistas de moda, con el único propósito de admirar al ídolo del día. Lope de Muela era solamente eso: el admirador, el acompañante de los triunfadores que iban apareciendo y borrándose en la pantalla de la corte. Pero poseía una virtud conmovedora: no era ingrato ni olvidadizo. Cuando las «estrellas» comenzaban a apagarse, él seguía visitándolas y recogía sus últimos destellos. Así había recogido la postrimer metáfora de Maximiliano Cava, el escritor bohemio, víctima de una miseria horripilante, y el último chiste de Oliveros, el famoso actor cómico, muerto de *delirium tremens* en el hospital.

Lope de Muela no faltaba a ningún estreno, a ninguna inauguración, a ningún beneficio, a ningún banquete, ni a ningún entierro. Podía ufanarse a justo título de encargar mil tarjetas cada año y de consumirlas, así como de figurar en todas las

fotografías al magnesio que se hacen en Madrid. Lope de Muela estaba en todas partes. Era raudo como Mercurio, y se prodigaba de tal modo en una misma noche por saloncillos y tertulias que, según don Virgilio Luaces, el gran dramaturgo, había dos Muelas, hermanos mellizos que pasaban por uno solo, y... «se imponía la extracción».

Lope de Muela era pequeñito, guapito, y vestía bien. Se inspiraba directamente en don Luis Gandía, que pasaba en ciertos círculos por árbitro de elegancias, y de quien eran célebres las corbatas rameadas, los trajes claros y los chalecos de fantasía. ¡Los chalecos de don Luis! El que aquella noche ostentaba Lope de Muela, color ladrillo pálido, y con botones de nácar opalescentes, había pertenecido a don Luis. Adaptado a su torso frágil, Muela lo llevaba como una reliquia. Sentado en el diván de yute del camerín, y en actitud de adoración, estaba Muelita, cuando, sin dejar de embadurnarse y sin dirigirle la mirada, le preguntó don Luis:

—¿Algo?

—Nada —respondió Lope, buscando en el espejo una sonrisa del actor.

Y como no la obtuviese.

—Es decir, ya sabrá usted... Usted mejor que nadie... —insinuó.

Gandía se pintaba las cejas. Su boca, bien dibujada y muy flexible, se plegó en un gesto de desdén aristocrático. Lope de Muela comprendió...

—Naturalmente, usted no puede estar contento.

Gandía, esgrimiendo el cosmético amarillo, se volvió hacia Muela. Y con algún retintín en la voz:

—¿Por qué no he de estarlo?

Muela podía ser indiscreto. Y repuso:

—No sé...; pero, vamos, ese bailarín negro, aquí, en el Teatro del Sainete...

—Pues con llamarle «Teatro del Guateque», asunto terminado. ¿Sabe usted lo que es un *guateque*?... No, señor; no lo sabe usted. Pues *guateque* le llaman en Cuba a lo que nosotros llamamos zambra o fiesta campesina. Y no hay *guateque* sin negro que improvise coplas o negra que menee el mondongo. Tampoco sabe usted lo que es mondongo. No sabe usted nada, amigo mío...

—No, señor; no sé nada de eso, pero lo buscaré en el Diccionario...

Gandía se echó a reír. Muelita, entonces, soltó una carcajada. Y después dijo:

—Tiene usted razón, don Luis; la cosa tiene mucha gracia y hay que tomarla a risa.

Pero don Luis, mientras perfilaba el nudo de la corbata, se había ido poniendo pensativo, triste. Y en un tono de melancólica sinceridad, repuso:

—No; la cosa no tiene ninguna gracia. Es... un rebajamiento.

Muelita afectó indignarse:

—¡Un artista de color!

—No; para mí no es eso. El arte no tiene color. Pero ¿es arte lo de Peter Wald?

Muelita titubeó francamente:

—Yo no sé... Algunos dicen que sí...

—En todo caso, arte inferior, exclusivamente físico, y no intelectual y noble como el nuestro. Yo mismo aplaudiría a Peter en un circo o en un kursaal, pero en este teatro, no.

Don Luis había acabado de ponerse serio.

—¿Se irá usted de aquí? —le preguntó Muelita.

El actor, vestido y «maquillado» para la obra, se puso en pie. Y con las manos en los bolsillos del pantalón de franela blanca, dio algunos pasos —los dos o tres que podían darse en un «loge»— y suspiró:

—No puedo.

Muelita olfateó la confidencia.

—¡Ah!

—Tengo una hipoteca por la temporada. Hace cinco días estoy tentando la suerte y... Si yo tuviese ahora veinte mil pesetas podía mandar al diablo a don Narciso. ¡Veinte mil pesetas! Las que va a ganarse en tres semanas el negro Peter.

—Con su pareja...

—¿La Ginette? Esa ganará cada noche otras mil.

—Pero... ¿don Narciso se ha vuelto loco?

—No, hombre; se las darán otros Narcisos que hay en Madrid...

—Entonces... ¿La Ginette es una *cocó*?

—Diga usted *cocotte* o diga usted *golfa*. Hable usted en francés o en madrileño, pero no en esa media lengua, tan ridícula, de los pollos «bien».

—Yo diré *cocotte* en adelante, don Luis. *Guateque* y *cocotte*... No se me olvidará. ¿Y decía usted que la Ginette es una *cocó*?

Gandía rompió en una gran risa.

—¡Ay, Muelita, tiene usted la cabeza cariada! Habría que empastársela con sustancia gris... Vamos, no se disguste. Ya sabe usted que se le quiere y que se le dará la corbata de oro viejo que le gusta tanto. La Ginette es... una artista... muy refinada. Hablo por experiencia personal.

—¿Usted, don Luis?

—Yo, don Luis. La he conocido en Buenos Aires.

Muelita redondeó sus dos ojos azules.

—Entonces... ¿el negro?

—Lo está usted comparando con un animal que no es el mono y que hace «bé»... Pues no... Peter es un hombre que va a su negocio y que no toca a la Ginette sino en el escenario.

—Será que ella no se lo permite.

—¿Ella? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Qué atrasado anda usted de noticias. Peter se lleva de calle, no digo yo a Ginette, sino a casi todas las que le dé la gana. Y pongo un casi porque hay que admitir el tanto por ciento de la virtud y el de la sensibilidad... Furcias habrá en Madrid que por todos los billetes del Banco no vayan con el negrito, pero lo que

van a sobrarle a Peter son damas deseosas de sensaciones nuevas. ¡Hay cada histérica en Madrid! Conque... ya lo sabe usted: esa pareja es una razón social. *Les affaires sont les affaires!* Es muy buena chica, se lo prevengo...

—¿Y a Peter lo trata usted, don Luis?

—No. Lo he visto bailar dos veces.

—Creo que es una maravilla.

Don Luis frunció el ceño.

—Baila bien.

—Y dicen que es guapo, que no parece un negro, sino un blanco pintado de negro... Y que no habla sino en inglés, en alemán y en francés... Y que es la mar de simpático y muy *sic*...

—Muy *chic*.

—¿Usted sabe si al fin debuta el viernes? Decían que iba a retrasarse el *debú*... ¡Sería una lástima!

—¿Tanto deseo tiene usted de verle? ¡Tú también, Bruto!

Muelita se inmutó.

—¿Qué tiene usted contra mí? No comprendo...

—Quiero decir que usted, como todos, se pasará al partido de Peter, que es el de la novedad, el de la moda, el del éxito...

Muelita agitó los brazos y levantó —un poquitín— la voz:

—¿Yo, don Luis? Para mí no hay más que un partido: el del arte, el del arte noble e intelectual, como decía usted hace poco. Yo sostengo, he sostenido y sostendré —y Muelita se levantó como si fuese a contener las paredes del teatro— que esta promiscuidad de géneros teatrales que se padece en Madrid desde hace algún tiempo, es una verdadera desgracia nacional y un paso más en el camino de nuestra decadencia...

Don Luis, risueño y resignado, había vuelto a sentarse.

Muelita proseguía arrollador:

—Que este teatro, fundado para cultivar el sainete, haga comedias, haga dramas, está bien... Eso es subir, elevarse, remontarse, alzar la gama dentro del mismo tono...

—El tono dentro de la misma gama...

—La gama..., el tono... ¿Qué más da? Pero ¡lo contrario! ¡Descender al género ínfimo y traer aquí cupletistas y bailarinas, y hasta adivinadores del pensamiento! ¿Qué dirán los manes de don Ramón de la Cruz y don Ricardo de la Vega?

—¡Qué dirán esos manes!...

—Horrores, don Luis, dirán... horrores. Lo que ocurre es indigno, bochornoso... Yo no sé cómo lo tolera usted... Gandía..., el primer actor de España...

Aquella tufarada de incienso borró la sonrisa irónica de los labios de don Luis. «El primer actor de España» suspiró y dijo:

—¡Ay, qué quiere usted que yo le haga! Don Narciso me tiene encadenado. Además, ¿en qué teatro de Madrid se hace arte puro? Los de más alcurnia recurren, si

no a las *varietés*, al astrakán. Da lo mismo, y hasta es peor. Aquí, al menos, damos una comedia, más o menos mala, pero al fin una comedia, antes de que salga la Alma Roja con sus brazos de luchadora o la Pitonisa retorciéndose como un lagarto.

—Y lo más triste —afirmó Lope— es que el teatro no suele llenarse hasta el final de la obra...

—Según, según... No me niegue usted que todavía yo traigo público. ¡Caramba con usted, Muelita!

Lope se puso rojo. Acababa de «colarse» estúpidamente. Pero no era hombre a quien intimidara una retractación.

—¿Que si trae usted público? Basta con ver los atestones de la reprise de *Los Murciélagos*, obra en que alcanza usted las cumbres de la genialidad escénica y de... de...

—No busque más... Me doy por satisfecho —cortó Gandía, desdeñoso.

—Yo solo podía referirme a las obras en que no figura usted.

Ya don Luis no le escuchaba. Una palmada seca del actor hizo entrar a un hombre muy largo, muy pálido, una estantigua que se llamaba Serapio. Era su ayuda de cámara. Muela se despidió con tres palabras tartajosas. Serapio le miraba severamente... «¡Qué burro soy! ¡Qué modo de meter la pata!»..., se dijo Muela un instante después, en el pasillo, respirando.

No podía entrar en el cuarto de la Olmos, la primera actriz... Desde que estaba con don Veremundo Azcue, se habían acabado los deliciosos paliques en su camarín, mientras se vestía en el minúsculo tocador... Era un encanto oír el fru-fru de sedas, el glu-glu de las lociones que caían en el lavabo y el diálogo entre la actriz y su doncella, que revelaba las fases de la *toilette*... Era una delicia aspirar aquel aroma, suave y cálido, que salía del tocador como de un nido voluptuoso. A veces, al levantar un poco la frágil cortinilla de seda, se podía ver a Mercedes Olmos en corsé. Muelita suspiró...

Siempre le había gustado la Olmos, y aquella idea de que era fácil, de que tal empresario, tal crítico, tal torero y tal actor habían sido sus amantes, le incitaba a proyectos absurdos. Muelita carecía de los atractivos o las ventajas que la Olmos, admirable actriz y apetitosa mujer, buscaba en sus pretendientes. No era un guapo mozo, ni «una firma», ni un ricachón. No obstante, esperaba. Solo que don Veremundo iba exagerando la nota de los celos... ¡Había que ver aquello de cerrar la puerta y de no dejar pasar ni a don Narciso! Poder de los millones. Azcue era el presidente de las «Jabonerías Españolas» —un «trust» formidable— y acababa de comprar un diario de la noche, *La Última Hora*, que estaba en pleno éxito. ¿Quién luchaba con don Veremundo? Claro que ya se las arreglaría la Olmos para resarcirse de sus caricias seniles y de sus madrigales cursis. Pero ¿por qué no había de ser él, Muelita, uno de los elegidos de su corazón?

En esto resonó la voz desgarrada del traspunte:

—¡Que vamos a empezar!... ¡Que vamos a empezar!...

Y Mataró, encorvado, canoso, dentisucio, iba asomándose a los camarines, con una colilla pestilente en la boca y un ejemplar de la comedia en la mano.

—Señora Olmos... Señorita Ávalos... Don Luis...

Desde uno de los cuartos llamaron a Muelita.

—Muela, Muelita... ¡Ven acá, hombre! —Era Oscar Roel, el actor cómico.

Roel y Lope de Muela habían seguido al mismo tiempo dos o tres cursos en la Universidad Central. Ninguno había llegado a licenciarse: Roel, por pobre y por artista, y Muela porque, al llegar a Canónico, se había encontrado huérfano y rentista.

Roel era un hombrecito perfectamente feo, pero no innoble ni ridículo. Pequeñín, delgaducho, y un si es no es estevado, tenía unos brazos interminables de gorila y un perfil de pez. El cráneo, estrecho y deprimido, permitía pensar que su cerebro era el de un pájaro. Aquel hombre, que suscitaba tantas imágenes zoológicas, tenía tal luz en sus ojos verdes y tal sonrisa en su boca enorme, que todas las teorías de los frenólogos caían por tierra al contemplarlo. No solo no era un cretino, sino que tal era genial. Como actor, en tres temporadas se había hecho el número uno entre los cómicos. Además de la chispa espontánea y del físico apropiado para los papeles de gracioso, tenía medida y emoción. A veces, aquel monigote que siempre hacía reír, que «salvaba» ciertas obras sacándoles punta a los chistes más sobados y a los retruécanos más burdos, removía el corazón del público y lograba arrancarle esas sonrisas en que tiembla una lágrima. Era «lo mejor» del teatro.

Tenía entonces veintiocho años. Mecido por el éxito y mimado por el público y los autores, su alegría era desbordante, agresiva y hasta un poco soez. Muelita, siempre de punta en blanco, le temía a sus abrazos y achuchones. Roel, en efecto, no sabía saludar a un amigo sin abrazarle, sin zarandearle, sin tirarle un pellizco o darle un papirotazo en la nariz.

—¡Ven acá, Muelita de mi alma, preciosidad! ¡Escucha!...

Y como el peripuesto Muelita tardase en decidirse, Roel, con solo estirar uno de sus brazos, le obligó a sentarse en una de las tres sillas del angosto zaquizamí que debía a la munificencia de don Narciso y a las condiciones topográficas del teatro, que eran lamentables.

No bien se hubo sentado, Roel comenzó a embromar a Muela. Pasándole una mano por los carrillos le decía:

—Qué blanco eres y qué suavcito estás... Hueles queapestas a cosas ricas... ¿Dónde compras tú el cosmético, alma mía?

Y la nariz monumental y ganchuda de Roel temblaba como la de un perro. Una meritoria pelicorta y escuálida, pero con unos ojos magníficos, la Cuevas, reía a carcajadas. Graciano Chacón, autor dramático esotérico y aún no representado, enseñaba, al través de su sonrisa, unos dientes de nácar. Era un guapo mozo, con un perfil de medalla y una *pose* absolutamente inofensiva. Él se creía incisivo, terrible.

«Tengo el alma de un Borgia» —exclamaba a veces—. En realidad tenía un gran corazón.

Muela se defendía del manoseo de Roel. Cansado este de la broma, se estiró el traje de *globetrotter* —un traje a cuadros bastante caricatural— con que salía en la obra, y preguntó:

—Fuera chuflas, Muelita. ¿Le has hablado a la Olmos?

—No —repuso Lope, componiéndose la corbata—; don Veremundo no la deja ni a sol ni a sombra. No hay derecho, la verdad...

—Déjalo: ya se encargará Peter de vengarnos a todos...

—¿Qué quieres decir?

—Que está la Olmos deseandito que llegue el negro, porque es lo único que le falta en su colección...

—¡Qué bruto eres, Roel! —terció la meritoria.

—¡Anda, la Cuevita! —repuso el cómico riendo.

—Tú eres testigo, Chacón, de que esta —y Roel estrujó con una mano la pelambreira de la Cuevita— está que se derrite esperando a Peter.

Muela miró escandalizado a la meritoria.

—¿Es verdad eso, Cuevita?

Verde y flexible como un lagarto, la Cuevas se cimbreó en su asiento.

—Verdad, verdad no lo es... Son cosas de este «asaúra». Lo que pasa es que me han dicho que Peter es tan guapo, tan guapísimo, que Chacón a su lado resulta...

—¿Qué resultado yo, niña? —interrumpió el aludido—. No vayas a pronunciar una sandez. Admitamos que Peter es el Apolo de la raza negra. ¿Dejaré de ser yo el de la raza blanca? ¿Te has fijado tú en mí? ¿Eres capaz de apreciar la belleza de cada uno de mis rasgos y la armonía con que están relacionados entre sí?

—¡Qué cursi eres, hijo! —respondió la meritoria.

Muela, acostumbrado al narcisismo pintoresco de Chacón, se redujo a insistir:

—¿De modo, Cuevita, que tienes muchas ganas de conocerle?

—¡Ay, sí! Unas ganas locas. Yo no soy como la Cortadita.

La Cortadita se llamaba realmente Emma Cortadell, y era otra meritoria más joven y más guapa que la Cuevas.

—Pues —preguntó intrigado y retórico Chacón—, ¿qué le pasa a esa sensitiva, a ese nenúfar, a esa figulina adorable, a esta tórtola?...

—A esa tórtola —cortó con desgaire la Cuevas—, o, mejor dicho, a esa tonta, lo que le pasa es que la dan miedo los negros. ¡Habrased visto!

—¿Y a ti no? —interrogó Muelita.

—¿A esta? —Se adelantó Roel—. A esta la pones tú a Imperio, y se queda con los tres. ¿Verdad, Cuevita? Tú no les tienes miedo a los hombres de ningún color.

—¡Idiota! Si les tuviese miedo, ¿iba a venir a tu cuarto?

Todos rieron.

—¡Cuevita, me has majado! —exclamó Roel.

Y mirándose en la luna del armario en que guardaba su ropa:

—Pero ¿soy tan feo? —preguntó.

Hizo una pausa. Hubo un silencio. Su faz, prodigiosamente expresiva, se ennobleció, se embelleció. Algo muy triste se había asomado a sus ojos, tal vez un anhelo profundo, una nostalgia irremediable. Pero aquello solo duró un instante. El perfil de pez hizo una mueca, los ojos verdes lucieron coruscantes y su boca de dios rústico rio.

—¡Viva Peter, viva el carbón, viva el betún, y viva tu mare, Cuevita, que te ha hecho más salada que el mar!

En esto entraba en el cuarto Mataró:

—A escena, señor Roel.

El cómico se lanzó al pasillo y en ocho o diez zancadas estuvo entre bastidores. En su cuarto, la Cuevas, que trabajaba de Pascuas a Ramos, se quedó bromeando con el apolíneo Chacón. Este quería decirle el símbolo de cada una de las piedras que llevaba en los dedos.

—Traé acá las siete sortijas... No creas que es para robártelas, aunque su volatilización en el éter no le está negada a mi arte de taumaturgo. Tráelas, tesoro... Si probablemente seré yo quien te regale la que te falta: un diamante que iré a buscar a Golconda, a no ser que prefieras el del Gran Mogol.

Muelita salió del cuarto con un hasta luego diplomático. Quería «ver pasar» a la Olmos, saludar a la Ávalos y girar una visita de inspección a todos los cuartos, sin olvidar el de las meritorias. Era su costumbre. Y no se crea que exploraba solamente los bastidores del Teatro del Sainete. No había noche en que no visitase, por lo menos, tres. De retirada iba a Fornos —el antiguo—, o a esos cafés de la Puerta del Sol en que se reúnen, noctámbulos forzosos, los autores y los cómicos. Muelita no podía dormir a gusto sin haber visto encender y apagar un puro a don Virginio Luaces en su peña del «Oporto».

La Ávalos «no salía» hasta la mitad de la obra. Muelita la encontró, como siempre, rodeada de admiradores. Era una actriz cómica insuperable. Poco guapa, algo hombruna, su modosidad fuera de escena permitía compararla con una abadesa de convento humilde. Sobre todo, cuando se la sorprendía rezando el rosario. La Ávalos hablaba en aquel momento:

—En mis tiempos —afirmaba— no hacían falta las varietés.

Y como alguien le respondiese que ella no había pasado de moda y que seguía estando «en sus tiempos», entornó con lentitud los párpados marchitos y agregó:

—Será lo que ustedes quieran, que son ustedes demasiado amables. Lo que ocurre es que, cuando yo empecé, había menos teatros en Madrid, y ningún cine, y menos fiebre en el público y, me parece a mí, más afición a lo de casa. Entonces, con un sainete de Luceño o un juguete cómico de Vital Aza, entreteníamos al público durante dos meses y estaba el teatro que no cabía lo que se dice un alfiler. ¿No digo bien, don Francisco?

Suspiraron casi al unísono la actriz y don Francisco. Y este, que era un autor retirado por los años y por el público, pero que había conocido horas de fortuna, respondió:

—¡No ha de decir, Rosaura! Era una época... 1885... 1890... Cuando me estrenaron usted y don Julián Romea.

Poco ducho en la que él llamaba «edad antigua» del teatro, y tan temeroso de las evocaciones de don Francisco como de las delicuescencias de Chacón, Muelita hizo mutis. Además, el cuarto de Rosaura Ávalos «le resultaba» demasiado serio. Más que cuarto de cómica —y eso que era comfortable y coqueto— parecíale locutorio conventual. ¡Y decir que Rosaura con solo salir a escena regocijaba al público! Era una gran actriz, y un rato de palique con ella sola valía por una comedia. Pero cuando venían a saludarle los veteranos, los fósiles, ¡cualquiera resistía el olor matusalénico que se respiraba en su cuarto!

Linaje, el galán, estaba en las escalerillas del escenario. Era un muchacho alto, bien parecido, de cara dura para papeles de amante. Su dicción correcta y sus americanas bien entalladas le habían traído a aquel puesto y a aquel teatro.

—¿Sabe usted si debuta el viernes? —le preguntó Lope, dibujando con sus guantes un signo de interrogación.

—¿Quién?

—Peter Wald.

Linaje se irguió desdeñoso.

—¡Ah! ¿El negrito? Creo que sí.

—Y usted... ¿Usted qué dice?

—Pues nada, hijo; que «formo» este verano...

—¡Ah! —Y Muelita paladeó la confidencia—. Conque usted forma este verano... ¿Y con quién?

—Curioso. Es largo de contar, pero formaré una compañía estupenda... Guárdeme usted el secreto, ¡ah!

—¡Se lo juro!

Y Muela dudó entre seguir al galán para «sacarle» el elenco de su compañía, o entrar en el cuarto de Rogelio Pera, el segundo actor cómico de la casa. La aparición del pálido Bélmez, al que le desagradaban los intrusos entre bastidores, le decidió por Pera...

... El cual no trabajaba en la obra, pero venía al teatro implacablemente, porque era gran pedidor de papeles y temía que se le escapasen los autores. Tan oscuro era de tez y tan arrugado, que habría debido llamarse Pasa. Su mujer, que había conservado su nombre de muchacha, para que no la llamasen la Pera, oficiaba de característica en la *troupe* de don Narciso, de segunda característica, pues los primeros papeles de este orden recaían en Rosaura Ávalos, la incomparable.

Llamaban a la mujer de Pera, muy castizamente, la López. La López era alta, fuerte, dominante. Cuando salía a escena, crujía todo el tablado. Como su marido era pequeñito y ella enorme, Roel les había apodado la Pera y el Melón.

Estaban los dos en conciliábulo cuando apareció Muelita.

—¿Estorbo?

—No —dijo la Pera.

—Al contrario —afirmó el Melón—. Viene usted como llovido del cielo. Siéntese usted aquí.

Muela tomó asiento en una silla de paja. El cuarto de aquel matrimonio estaba amueblado pobremente, casi con sordidez. La López bajó la voz:

—Dicen que Gandía se va...

—No lo sé.

—Pues —opinó Pera— yo en su sitio...

—¿Qué hacía usted?

—¡Me las piraba, amigo Muela, me las piraba! Si yo fuera el primer actor de una compañía de verso y me trajesen a mi teatro un bailarín de color, me daba un tiro, ¡vaya si me lo daba!... Pero es que Gandía, con todos sus humos, no tiene tanto así de vergüenza.

—¡Por Dios, amigo Pera! A mí me parece...

La López apoyó, haciendo chasquear una uña entre los dientes:

—Ni tanto así... Ni tanto así... No sé a qué aguarda para marcharse. Usted, que es de su tertulia, díganos de una vez si se va o no se va.

—No se va.

—¡Qué asco! —exclamó la López.

—¡Qué humillación! —dijo Pera.

Muelita creyó comprender.

—Entonces ustedes se marchan, por lo visto.

La López miró a Muela con estupefacción. Pera, después de suspirar, dijo:

—Esta y yo no somos la Ávalos ni Gandía... El público tiene sus caprichos... Y como nosotros no somos intrigantes ni pelotilleros, ni... ¡bueno, usted me entiende! Ya ve usted Roel, ese macaco, hecho actor cómico en tres temporadas y con doble sueldo que... que otros que él no sirve ni para descalzar... ¿«Eso» un actor cómico? En mis tiempos solo habría contratado Williams Parish, de orangután. ¡A cualquier hora le habrían repartido un papel don Vital Aza o Ramos Carrión!... Y —después de una pausa— la Ávalos como si tal cosa, ¿verdad?

—Ni que decir tiene —silabeó, rezumante de envidia, la López.

—En cambio —dijo Muelita, destilando el efecto—, el que «forma» es Linaje.

Pera dio un salto y tuvo que apoyarse en el aguamanil. La López cabeceó como esos tipos de las películas yanquis que reciben un martillazo en la nuca.

—¿Quién se lo ha dicho a usted?

—Él mismo.

—¿Cuándo?

—Hace cinco minutos; pero me encargó el secreto.

—Muy bien —aseguró Pera—; de nosotros no saldrá. ¡Qué gusto, ¿verdad, Isidora?, que Linaje forme!

—Y que lo digas. ¡Qué gusto!

La Pera y el Melón resplandecían de júbilo. Se hubiese dicho que sentían ganas de abrazarse y de bailar. Por segunda vez Muelita creyó comprender.

—¡Ah! ¡Vamos, es que los contrata a ustedes!

—¡A nosotros! —exclamó Pera—. ¿A nosotros ese infeliz? Nosotros nos quedamos, amigo Muela; nosotros nos quedamos siempre... Yo llevo —continuó, ahuecando su vocecilla— veinte años en esta casa y mi mujer quince, cuatro menos que Rosaura. Yo soy el decano, yo soy de los tiempos de don Sebastián Varela, el fundador del «Sainete». A nosotros lo que nos gusta es que la gente que pasa por aquí forme compañía o se vaya, y hasta se muera, porque no podemos con tanta ambición, con tanta intriga, con tanta envidia, con tanta... ¡bueno, usted me entiende!... Y Linaje, de seguro, se llevará a la Olmos...

—No lo sé —dijo, asustado y arrepentido, Muelita.

—Sí; se la llevará, porque de seguro el caballo blanco de Linaje es don Veremundo... Y aquí veo yo una de esas combinaciones de la Olmos...

—¡La muy tía! —Escupió la López.

—Y también se llevará a Roel, ese portento...

—¡Y si pudiera cargar con la Ávalos! —concluyó el Melón.

—¡Ah, entonces!

Y marido y mujer guardaron silencio: un silencio en el que se les sentía rumiar ideas antiguas, extraer del fondo del alma ilusiones que parecían enterradas, muertas. Muelita vio en sus ojos lo que no había acabado de comprender escuchándoles. Pera y la López constituían ese matrimonio de cómicos mediocres que han visto pasar por su lado a los elegidos del éxito, a los «geniales», y en quienes el despecho y la envidia han ido atrofiando poco a poco la inteligencia y el corazón. El Melón y la Pera se veían trabajando en el teatro del Sainete, en comedias de dos personajes, escritas para ellos solos. Y nada les importaba que hubiese varietés, y hasta número de circo, con tal que los Roeles, los Gandías, las Olmos y las Ávalos reventasen en cualquier forma. Muelita buscó un pretexto para despedirse. Le temblaban las manos. Tenía sed. La López y su marido le parecían dos fieras.

Las meritorias se vestían en un cuarto estrecho, improvisado con unas tablas en uno de los rincones del foso. Antes de llegar a él habían de atravesar una muchedumbre de muebles, rollos de alfombras y accesorios de escena que le hacían figurarse a uno en las Américas del Rastro, pero con más polvo y menos luz.

Las meritorias eran, además de la Cuevas —que se vestía como si cobrase un

sueldo de primera actriz—, la Fontecha, que, de puro gorda y sosa, parecía a los dieciocho años una característica, y Emma Cortadell.

La Cortadell tenía poco más de quince años y le faltaba acaso uno para espigar. La Fontecha era hija de un valenciano enorme, horchatero y esterero de la Cava Baja, que se había declarado en quiebra y muerto de congestión. Su viuda, prematuramente senil, era un hacecillo de huesos, de arrugas y de canas. Lo cual no impedía que fuese endiabladamente enérgica en lo de morder y calumniar al prójimo. La Cortadell —o Cortadita, según el diminutivo caprichoso de Mataró— era huérfana de madre, pero el autor de sus días, don Mucio Cortadell, suplía ampliamente a aquella orfandad, siendo padre y madre y escudero y maestro de su hija.

Este don Mucio Cortadell era un hombre tan pequeñín y escuálido que hacía bis con la viuda del horchatero. Lo cual resultaba de perlas en aquel cuartucho, donde apuradamente cabían cuatro personas.

Don Mucio solía decir:

—Doña Prisca —este era el nombre de la viuda— y yo solo pagamos medio billete.

Y al decirlo mostraba una dentadura tan renegrida y pobre como la de Mataró. Por el teatro corría esta aleluya:

*Al feísimo Roel  
lo hace guapo Cortadell.*

Era verdad. Cortadell, con sus ojillos de rata, su nariz granujienta y... aquella boca, dejaba en mantillas a Roel. Detalle por detalle, acaso fuese menos feo, menos simio que el actor; pero lo que remataba la fealdad de don Mucio era el aire fúnebre de todos sus gestos. Tenía tipo de enterrador, tal como lo establecen Shakespeare en *Hamlet* y Goya en sus «*Caprichos*». De primera intención podía tomársele por un solapado pícaro, por un alcohólico o por un alma en pena. Pero la realidad demostraba en seguida el error de estas suposiciones novelescas o de este análisis superficial. Cortadell era una persona honrada y no bebía más que agua. Tenía cincuenta años, un duro diario de renta y... su hija, en quien fundaba todas sus esperanzas de ser, más tarde o más temprano, rico.

*Cortadell, ese gorila  
¿es el padre de su hija?*

También corría este epigrama por el teatro. Aun sin haber conocido a la mujer de don Mucio, que era de honestísima condición y no había hecho, una vez casada, más que darle una chicuela y morirse, no era difícil reconocer en el rostro de Emma la paternidad de don Mucio. ¿En qué? No se sabe. Un monstruo, puede engendrar un

ángel y la fealdad trocarse en belleza sin que desaparezca el aire de familia. El caso es que Emma Cortadell era preciosa. Muy blanca, con los ojos almendrados y una gran finura de facciones, poseía esa hermosura bien dibujada y sólida de las vírgenes de Rafael. Bastante alta, su cuerpo era todavía infantil; pero la longitud del cuello, la brevedad del talle y la ligereza de sus cuatro miembros indicaban que no sería nunca una bola como la Fontecha, ni un alabardero como la López. Había de quedarse en las proporciones de la mujer bien hecha, pero más hacia lo pequeño y gracioso que lo macizo y grande; más goyesca que rubensiana, en fin.

Don Narciso la había admitido «por bonita», sin recomendación. Bélmez hubiese querido darle un cuarto para ella sola; pero «no quedaba uno, ni para un remedio, y cualquiera se atrevía con doña Prisca». Todo el teatro, salvo las Fontecha, celebraba a la Cortadell. La Olmos le sonreía en el escenario cuando entraba a traerle una carta o a decide: «Ha llegado el coche de la señora marquesa». El primer actor, don Luis, siempre en Don Juan, la miraba poniendo en juego su irresistible caída de ojos. Linaje, más práctico, medía sus posibilidades de primera actriz. Roel le hacía la corte, por lo fino y completamente en serio. «Si me quiere —decía— me caso con ella; y si me caso con ella, la encerraré en casita, porque de cómica no tiene un pelo».

A este propósito discutían Linaje y Roel.

—Yo te digo que sirve —afirmaba el galán—; que con paciencia puede sacarse una actriz. Y riéte de la Duse, de la Guerrero, de la Sarah Bernardt, si además de esa cara y de ese cuerpo tiene condiciones de cómica...

—No las tiene.

—¡Vaya! Te digo que será una actriz.

—De las malas, de las del montón. Mira, Linaje: tú sabes que yo adoro a la Cortadita; pero en ese punto no me hago ilusiones, y maldita la gana que tengo de verla actriz.

—Celoso antes de casarte. Pero, si no te quiere.

—Ya lo sé... Vamos al asunto. Yo olfateo en seguida, con estas napias, dónde hay cómicos, y la Cortadita no me huele a la Ávalos, ni a la Olmos, ni aún siquiera a Melón... Pa que te enteres...

—Apreciaciones tuyas...

—Hacer de Emma una actriz vestida en la *rú* de la *Pe* y sostenida por don Veremundo u otro ricachón baboso por el estilo, puede ser fácil, pero es una guarrada y una profanación. Esa chiquilla merece más. No puedo admitir la idea de que se prostituya, porque tú sabes lo que son para mí las cómicas sin talento y con brillantes: unas golfas que hacen carrera en el escenario. Esa chiquilla merece... merece un hombre que la quiera, que trabaje por ella...

—Y se la disfrute él solito, arrebatándosela al público, que podría admirarla y convertirla en uno de sus ídolos...

—¡Quiá! Yo no veo en su cara ni en su modo de ser lo que anuncia a la cómica de veras. Por de pronto, no tiene vocación. La aburre el teatro. Tú sabes que don Mucio

la ha puesto de meritoria sin consultarla, con la idea de que su palmito basta para triunfar. Ojalá me equivoque, ¿sabes?, y resulte una cómica prodigiosa. Todo es posible.

Don Mucio no sabía más que una cosa: «que su hija era una divinidad y que solo por verla podía pagarse». De modo que «con que soplara un poco la suerte...». A los quince días de su entrada en el teatro la habían visto los hermanos Villedo y le habían prometido un papel. Don Mucio contaba con esta promesa para la revelación de su niña. Entretanto, los autores o don Narciso «le repartían» doncellitas y figurantas.

La Cuevas no la podía ver... la «chinchaba aquella niña por lo melindrosa y lo *pasmá*». No bien le gastaban una broma «se ponía hecha un pavo», y dos lagrimones como dos uvas empezaban a correrle por las mejillas. Ella la había dejado por imposible... «Eso» sin contar con que iba siempre hecha una facha, con un abrigo de terciopelo bastante raído y una piel «de las que dicen *miau*».

Como ya se sabe, el nombre de entre bastidores de Emma era el de *Cortadita*. Dado su natural tímido y ruboroso, le caía muy bien. Lo cual no impedía que algunos la llamasen la Silenciosa y otros la Soñadora, porque hablaba apenas y acostumbraba a extasiarse en sí misma con facilidad.

Este misterio de la Cortadell preocupaba a Muelita, aunque no tanto como el *début* de Peter Wald o la vida íntima de la Olmos. Cuando Lope de Muela penetró en el foso, las Fontechas hacían *crochet* y don Mucio leía la sesión de Cortes en *La Corres*. Emma, que salía un momentito en la obra, estaba vestida de zagala o algo así, con refajo rojo y cofia de encajes.

—¡Monísima! ¡Ideal! —exclamó el infatigable Lope.

—Traje de gallega o asturiana en una comedia francesa —observó sin amargura, pero con espíritu crítico, Cortadell—. Traje de guardarropía... ¡Qué importa! Tiempos vendrán...

—Es que su niña —concluyó Muela, que conocía la frase— vestirá las obras como nadie...

—Eso es... Gracias a que, en el fondo, da lo mismo. Aunque la vistan de mona estará bien...

Emma se ruborizó hasta las orejas, que eran chiquititas y acaracoladas.

—Papá...

—Tiene sobradísima razón su señor padre —dijo Muela, galante—. Usted de cualquier modo luce, porque es un lucero...

Y se irguió sobre los dos pies, orgulloso de una metáfora tan feliz. Las Fontechas le miraron como dos basiliscos. Nunca le quedaba una celebración para Ramona —este era el nombre de la hija—, que tendría sueldo dentro de un mes. Don Mucio, al que no le hacían ninguna gracia los galanteadores, hizo un *jum-jum* que significaba «basta». Muela lo comprendió y, diestramente, pasó al asunto que en realidad le había hecho venir al cuarto de las meritorias.

—¿Es verdad lo que me han dicho, Emma? Que no le hace a usted ninguna gracia

lo de Peter Wald.

La Cortadell volvió a ponerse roja, es decir, más guapa aún, y haciendo un esfuerzo respondió:

—¿A mí?

—A usted. Me lo ha dicho la Cuevas.

—¡Liosa! —masculló don Mucio.

—Pues... es verdad —dijo Emma, decidiéndose—. A mí me dan mucho miedo los negros.

—¡Ni que fuera Peter Wald un *antropófago*! —terció la Fontecha.

—Antropófago querrá usted decir —atajó con sorna Cortadell, que era hombre de ciertas lecturas y se expresaba bien.

—Todos —silbó una vocecilla de bruja— no hemos tenido imprenta como usted, don Mucio, y se nos puede perdonar que cambiemos una sílaba por otra...

Cortadell se encaró con doña Prisca. Y secamente:

—Queda perdonada su niña de usted, doña Prisca; pero que no moleste a la mía, porque aquí estoy yo y..., tengamos la fiesta en paz...

Y después de una pausa solemne, autoritaria:

—¿Decía usted, señor Lope de Muela?

—Nada —respondió el pelmazo—, que espero que Emma rectifique en cuanto vea a Peter... Porque es una persona simpatiquísima, a pesar del color...

—Emma no entiende todavía de colores, y no se me alcanza a mí hasta qué punto sea importante que los negros la asusten o no. Me parece que no ha nacido para ganarse la vida en África.

Emma, a quien animaban los discursos de su padre, concluyó:

—A mí los negros me dan asco y me parecen demonios. Gracias que en Madrid no hay muchos.

—Bueno, hija... Eso será lo que yo te mande. ¿Don Narciso ha contratado un negro? Pues para ti como si fuese un blanco. Tampoco quiero yo que sean tan espantadiza, que la carrera de actriz exige cierto estómago, como te tengo dicho. Por ahora te toca someterte y obedecer. Tiempos vendrán...

—¡Vamos..., Cortadita..., a escena!

Era el aviso de Mataró.

Ágil y rítmica, la Cortadell se deslizó entre las mesas, los sillones y demás trastos que la separaban de las escaleras, y subió corriendo al escenario. Lentamente, pero sin perderla de vista, la siguió su padre. Ya sabía él que en la segunda caja estaría Roel esperándola.

Muelita quiso como decirle algo a la Fontecha. No se le ocurrió nada. Y mirando su reloj, dijo:

—¡Las once y media!... Y quiero llegar al tercer acto del Español...

—¡Pues... vuela usted!

Muelita siguió el consejo despechado de doña Prisca. Pero fue para entrar en el

cuarto de la Olmos, donde no estaba ya don Veremundo, y se podía vivir...

### III

Con mucho tacto Bélmez había logrado restañar las heridas del amor propio de don Luis. La víspera de la llegada de Peter el único sentimiento que había en toda la farándula era la curiosidad. Linaje no tendría inconveniente en vestirse durante quince noches en el cuarto de Roel para cederle el suyo a la pareja del bailarín. Y como no había un cuarto bastante grande para Peter, don Narciso llamó a los carpinteros del teatro al saloncillo y les ordenó:

—Vais a improvisarme aquí un tabique con una puerta...

—El saloncillo quedará demasiado pequeño —objetó el jefe.

Don Narciso repuso:

—No importa. Con que quede paso para los cuartos del otro lado, basta. He decidido suprimir el saloncillo. Que los autores y los cómicos digan sus vaciedades en el café.

Bélmez contuvo un lamento. Era otra tradición que desaparecía, empujada por las nuevas corrientes de la vida teatral. Pero ¿iba a vestirse Peter en el escenario? Y Bélmez ayudó a preparar dignamente el cuarto del artista. Por su propia mano descolgó unos retratos al óleo que perpetuaban en aquel sitio la gloria de dos saineteros y de otros dos comediantes ilustres, y sobre las paredes lisas tendió una cretona rameada, muy alegre, comprada ex profeso, y sin reparar en gastos, en una tienda de la calle de la Luna. Instalose además un lavabo grande, de madera curva, adquirido por Mataró en el Rastro, y se hizo subir del foso una consola Luis XV y un par de espejos, que se colocaron como en un salón de sastrería, «para que el bailarín —explicaba radiante don Narciso— pudiera contemplarse por delante y por detrás, y todo entero a la vez». Un sofá, dos butacas y varias sillas doradas —el juego de gabinete de las comedias aristocráticas— completaron el camarín de Peter. Solo faltaba una alfombra. Todas las del foso estaban raídas, lamentables. Don Narciso mandó a buscar a su casa la de su despacho, que era soberbia.

Cuando Gandía advirtió aquello, parpadeó bastante nervioso.

—¡Ni que viniera Sarah Bernhardt!

Y pensaba en la estera, la cortina de yute y el sofá desvencijado del chiribitil en que se vestía. ¡Bah! El arte seguirá siendo el arte, a pesar de los empresarios, y ya daría Peter todos sus miles de dólares porque le cambiaran la piel. Estas dos reflexiones concluyeron de consolar a Gandía. Además, la noche antes, en el círculo, habían tenido suerte.

Peter vino al teatro de madrugada la víspera del *début*. Le acompañaba Ginette, su pareja. Casi todos los actores y actrices se habían quedado «para ver al fenómeno coreográfico», según frase de Graciano Chacón. De ellas, solo la Ávalos se había ido a la hora de costumbre. De ellos, solo faltaba Gandía, pero no por despecho, sino porque tenía el santo de cara en el círculo y no era cosa de perder un rojo por un negro. La Olmos, fingiendo una curiosidad de princesa, quería ver «al negrito

guapo». Y su boca, maravillosamente sensual, se plegaba sobre la segunda sílaba de «guapo», como para dar un beso. Al filo de la medianoche había desaparecido don Veremundo, y la Olmos volvía a ser la cómica manola, la actriz bohemia, fácil a la tentación y amiga de olvidarse de su talento, de su gloria, de cuanto hacía de otras actrices unas damas presuntuosas, antipáticas y, sobre todo, cursis. Sus ojos brillaban mucho aquella noche.

—¡Qué reguapísima está! —Reconocía Roel.

No había en Madrid dos ojos negros más calurosos que los suyos, ni dos cejas más bien dibujadas, ni dos series de pestañas más largas que las suyas. La dama joven y la ingenua eran dos muchachas agradables, agitanada la primera y rubia la segunda, pero ya con esa tendencia a la redondez corporal que solo se encuentra en las actrices españolas, y contra la que había sabido precaverse la Olmos. A los cuarenta años tenía la esbeltez de los quince. Era alta, de cabos finos, de pecho justo, de cintura breve: una hermosura recia, sana, sin misterios, y una mujer nacida para agotar el bolsillo y la médula de muchos hombres. No bastaban las dos manos para contar el número de sus amantes, de los que habían sido algún tiempo sus Ulises y sus Hércules; pero ¿quién podía llevar nota de sus caprichos, de sus aventuras sueltas, en algún viaje a América, en alguna temporada de París y en los propios Madriles, donde algunos aseguraban haberla visto de mantón en las verbenas y en los bailes chulos? Todo lo cual no le impedía ser una estupenda actriz.

La dama joven y la ingenua se impacientaban. La Cuevas, rizada como un corderito y pintada escandalosamente, iba y venía de un cuarto a otro, haciendo chistes. La Cortadell quiso marcharse, pero don Mucio, grave, se negó.

—A la empresa le agrada que nos quedemos y se le haga una buena acogida al bailarín... Tiempos vendrán, hija mía...

Cortadell no terminaba nunca esta frase, o la concluía *in pectore*. Aquella noche la concluyó de este modo: «tiempos vendrán, hija mía, en que te hagan a ti estos recibimientos, porque tú también has nacido para ser una estrella».

Y sus ojuelos vivaces quedaron fijos, como si contemplaran la perspectiva triunfal de los tiempos en que la Cortadita sería un ídolo de la escena y él, don Mucio, cobrara la nómina: ¿veinte, cuarenta duros diarios? ¡Vaya usted a saber!

Peter y su pareja llegaron en automóvil. Don Narciso y Bélmez, Mataró y el jefe de la *claque* les acompañaban desde el vestíbulo. Era el mes de marzo. Ginette venía envuelta en un abrigo de marta zibelina, como una reina o una gran *cocotte*, y con un no sé qué de tul en la cabeza, tan leve y armonioso que se hubiese dicho un jirón de noche velando el brillo de su cabellera rubia. Dos magníficas esmeraldas, entre su cuello y el del abrigo, eran como dos cocuyos encendiéndose y apagándose. Su cara, ancha y gatuna, era muy francesa y muy de París: ojos verdes, nariz chica y graciosa y boca grande, con sonrisas que descubrían treinta y dos dientes limpios como los de

un animal. Andaba con ese trote menudo de la parisiense, con ese juego de caderas que solo se aprende en Montmartre y que no pasa de una insinuación. Ginette despedía tibios efluvios de tocador: polvo y perfume de Houbigant con reminiscencias casi imperceptibles de éter y drogas estupefacientes.

El epicúreo Chacón descubría el misterio de las emanaciones de Ginette a Roel, que la devoraba con los ojos y las narices.

—Tú dame un centímetro de su epidermis, y te diré el jabón que gasta y si usa Leche de Ninón.

—Tú dámela entera, y déjate de olorcillos. Es una *mamuasel descacharrante*, y na más...

—¡Plebeyo!

Peter pasaba entonces por su lado, entre don Narciso y Mataró. Bajo su abrigo de nutria se advertía el *smoking*: la pechera rígida, las dos perlas impecables. Traía frégoli gris, guantes blancos, escarpines. Verdaderamente, *chic, smart*, pero negro, de un negro fúlgido de café tostado.

—¡Qué lástima! —exclamó la Fontecha.

La Cuevas protestó:

—Pero ¡si es guapísimo! Hay que ver cómo le cae la ropa.

Los bailarines y sus acompañantes salieron del *foyer*. Muelita, adelantándose a Bélmez, abrió la puerta que conducía a las interioridades del teatro. Desde su camarín la Olmos vio pasar a la pareja exótica. Peter, que había saludado a todos con distinción, tuvo una reverencia para la ilustre actriz. Ella se la devolvió con una sonrisa larga, fresca, que parecía concederle beligerancia. Ginette se quedó un instante mirándola, con admiración. La Olmos sostuvo aquella mirada de simpatía. La española y la francesa se comparaban entre sí y terminaban gustándose.

—¡Qué mona es! —exclamó la Olmos.

—*Quelle superbe femme!* —pensó Ginette.

Pera se había unido a la comitiva y subrayaba con gestos y ademanes aduladores las frases de don Narciso. Este se las daba de hablar francés. Ginette no parecía entenderle. En cambio Peter le respondía a todo muy acorde, y don Narciso paseaba por su *troupe* una sonrisa de triunfo.

Linaje hizo los honores de su cuarto con bastante gracia. Chacón le había enseñado algunas frases «muy siglo XVIII», que el cómico dijo rematadamente mal, por lo que resultaron bien. Ginette, mirándole de arriba abajo, le llamó *gentil* cuatro o cinco veces y manifestó que todo aquello era *charmant* otras tantas. Por su parte, Peter, cuando don Narciso le introdujo en el cuarto que se le destinaba, dijo con un laconismo amable:

—*Parfait! Very well. Très bien!*

Ni una palabra en español. Roel, a mansalva, hacía chistes sobre Peter.

Lo cierto era que los bailarines habían hecho una entrada triunfal. Muelita, que se multiplicaba recogiendo los comentarios de la farándula, le preguntó a la Olmos:

—¿Verdad que es muy distinguido?

—Mucho —respondió la actriz.

—¡Y qué bien viste! Claro, el mejor sastre de Londres...

—Eso es lo de menos. Lo que pasa es que los negros están mejor formados que los blancos...

—¡Ah! ¿Usted cree, Mercedes?

—Estoy segura.

—¡Ah!

—He hecho la experiencia.

Y como Muelita abriese los ojos con espanto:

—Pero ¿qué se figura usted, hombre? —preguntó, entre cínica y jocosa, la hermosa actriz—. He visto muchos negros desnudos, o con taparrabos, en Marruecos, Dákar, o en el Brasil, durante mi viaje a la Argentina. Además, ¿usted no ha visto ningún boxeador negro?

—Sí; pero, la verdad...

—¿Que no ha entrado usted en comparaciones?

—Eso es.

—Pues yo sí...

Y después de una pausa —de una pausa turbadora y enigmática— concluyó:

—Este Peter es guapo, todo lo guapo que puede ser un negro. Siento no entender mucho de antropología. ¿A qué raza puede pertenecer, Muelita?

—¿A qué raza? Pero ¿hay varias razas? Yo creía que todos los negros eran lo mismo: negros...

—¡Está usted aviado! Pero, no importa, se lo preguntaremos a don Virgilio...

En el *foyer*, en un grupo de segundas partes, racionistas y meritorias, ponía cátedra Cortadell, precisamente sobre el problema que intrigaba a la Olmos.

—Yo entiendo algo de negros, señores. Yo me he batido en Cuba, a las órdenes del general Santocildes, y no solo he visto, sino que he matado bastantes negros.

—¡Por Dios, papá! —dijo emocionada la Cortadita.

—Era mi deber, paloma. Si me hubiesen matado a mí los negros, dicho se está que tú no habrías venido al mundo. Allá en Cuba no había, naturalmente, esa gran variedad de negros que existe en África, que es su tierra...

—¡Ah!

—Sí, señores. Es preciso que ustedes sepan que en América no había negros, sino indios. Los negros los llevamos los europeos, comprándolos, o robándolos, en África...

—¡Ah!

—Pues, sí... Allá en Cuba se distinguían comúnmente tres razas o especies de negros: los congos, los mandingas y los carabalís.

—Y —preguntó Infante, un «barbas» muy gordo, muy redicho y muy malo—, ¿a qué especie de las que usted acaba de nombrar, don Mucio, corresponde don Peter?

Cortadell irguió su nariz faunesca.

—Diga usted don Pedro o míster Peter, porque Peter es Pedro en inglés, señor Infante.

El barbas se disculpó, humilde:

—Todos no somos sabios como usted, don Mucio... Decía usted que míster Peter...

—Decía yo que no sé a qué clase de negro corresponde, porque lo mismo puede provenir de África, de alguna colonia inglesa, alemana o francesa, que de los Estados Unidos.

—De allí dicen que viene —corroboró Infante.

—Eso dicen y es lo más verosímil, porque no me parece a mí un negro de pura raza. Si su padre era un congo y su madre una mandinga, injerta un carabalí, ¿cómo quiere usted, señor Infante, que yo lo sepa?... De lo que no tiene nada es de chino, porque se le notaría en los ojos. Por el brillo de la piel, que está como barnizada, yo diría: mandinga; por los dientes como la leche, carabalí. Pero las narices no son bastante chatas ni la boca bastante gruesa para un negro oriundo de África. ¿Tendrá algo de piel roja? No lo sé, la verdad... Hay un enigma. Un misterio... Aunque el señor Infante me crea un sabio, me declaro incompetente...

Todos guardaron silencio, intrigados por el enigma de que hablaba Cortadell. Todos se miraban entre sí, y luego miraban a don Mucio, con más curiosidad que antes. Estaban en el grupo, además de Infante, las Fontechas; Torres, que era el segundo apunte; Altidor, un meritorio que parecía una niña, y la Cuevas... Emma no había vuelto a desplegar los labios.

—Total: betún —dijo, al fin, la Cuevas—; pero del superior.

Nadie le hizo caso.

—¿Y... ella? —preguntó tímido el meritorio.

—¿Ella? —repuso con desdén don Mucio—. Ella es un producto averiado de París.

—¡Ay, París! —suspiró Altidor dulcemente.

Entretanto, la famosa pareja medía el escenario, hacía jugar las luces, designaba los sitios —allá arriba, en los dos chaflanes de los palcos segundos— en que debían instalarse los reflectores. ¿El sexteto conocía ya la música? Peter quería ensayar. Su vestuario y el de Ginette estaban en la estación... Don Narciso respondía a todo *uí mesié, uí madán*. Bélmez y Mataró recibían órdenes. Pera, como payaso en intermedio, tropezaba, estorbaba, y hacía «cosas» grotescas...

—*All right!* —concluyó Peter.

Don Narciso, Bélmez, Mataró y todos los cómicos que se hallaban en el escenario se deshicieron en reverencias. Cortadell, que había venido a las butacas con Emma, señaló discretamente a aquel cuadro.

—Fíjate bien, paloma. Don Narciso es dueño del teatro, no le ahorcan por trescientos mil duros, y ¿qué hace? Le adula al negro. Bélmez, que se las da de

orgullosos y de Don Quijote, parece un lacayo. ¿Y Pera, que se cree un gran actor? No le falta sino servir de alfombra. ¿Y no ves a ese imbécil de Muela, pasmado, y al propio Linaje, respetuoso? Pues, hija... eso es el éxito: el éxito, que no es congo, ni mandinga, ni cristiano, ni judío; el éxito, que hace olvidar el crimen y la infamia; el éxito, que es... el éxito y tiene siempre el mismo color: ¡el del oro! Tiempos vendrán, chiquilla..., pero no te asustes, pero no tiembles..., en que, si me haces caso, don Narciso te doblará la espalda como se la dobla ahora a Peter... Y por esta noche, basta. Vámonos a casita. Abrígate bien...

Una vez en la calle, a solas con don Mucio, y respirando el aire fresco de la madrugada, Emma se atrevió a hablar:

—¿Oíste a la Fontecha y a la Cuevita? ¡Dicen unas cosas del negro! No sé; vamos... Para ella, como si fuese un blanco...

—Tú eres una paloma y ellas son... dos lagartas. Tiempos vendrán en que yo pueda explicarte ciertos detalles de la vida... Ni que decir tiene que debes retirarte cada vez que, no estando yo presente, hablen la Cuevas y la Fontecha de hombres ya blancos, ya de color. Pero, te lo repito, sin descararte sin perder nada de tu pudor, quiero verte menos melindrosa, menos pava, ¿entiendes? Así, por ejemplo, si un día Peter te da la mano, no vayas a espantarte. Tómasela y hasta apriétasela un poquito.

—¡Ay, papá, no podré!

—Yo te digo que sí.

—¿Sentir esa piel, como de mono, contra la mía? Te digo que no podré...

Y, estremeciéndose, Emma se apoyó en el brazo de su padre. Este se echó a reír, pero con ternura.

—¡Ea, ea, que no es para tanto! Cosas mías. Lo más probable es que ni siquiera se fije en ti...

—Dios te oiga, papá...

Padre e hija entraron en aquel momento en la Puerta del Sol. Todavía estaban abiertos los cafés. Algún coche rodaba sobre el asfalto. Una mujer voceaba un periódico. Un hombre pregonaba un número de la lotería: «el de la suerte». Un par de golfos desollaban las carteleras. Don Mucio y Emma, cogidos del brazo, entraron en el Colonial.

Como todas las noches, don Mucio ocupó una mesa del turno de Benito y pidió un café. Uno nada más. Subsistía aún la clásica costumbre del chorro. Benito trajo un vaso y una copa, y después de servir a don Mucio mitad y mitad, llenó casi la copa de esa mixtura blanca que llaman leche en los cafés. Don Mucio la colmó echando cucharaditas de su vaso. Y así, por cincuenta céntimos, pudieron el padre y la hija calentarse el estómago. Sobraba siempre un terrón de azúcar, que, «en uso de su derecho», trasladaba Cortadell a un bolsillo de su gabán.

Eran las dos y media en el reloj de Gobernación cuando Cortadell y la Cortadita

comenzaron a subir la calle de Carretas. Vivían en la de Mesón de Paredes, a la entrada. Desde su único balcón veían algunos árboles de la Plaza del Progreso.

Aquella noche no hubo cómico ni cómica, ni comiquillo ni comicastra de la compañía de don Narciso que no pensase en Peter antes de dormir. Algunos hasta soñaron con él. Tal fue el caso de Emma, Don Mucio tuvo que levantarse, a eso de las cinco, para tranquilizarla y arroparla. ¡Qué pesadilla! Peter y ella estaban solos en el teatro, entre bambalinas y telones viejos que formaban un laberinto. Él daba unos saltos terribles, persiguiéndola. Ella, había gritado al sentir las manos del negro sobre sus hombros: unas manos enormes y calientes...

—¡Ay, papá, no puedes figurarte!... Era un mono, muy grande, como el del Anís... ¡Ay, papaíto! ¡Ay, papá!

Don Mucio rio tiernamente.

—¡Qué niña! Ni que tuvieses cinco años... Toma un sorbito de agua... Vuélvete del otro lado... Y ahora, a dormir se ha dicho... ¿Que no me vaya? No te apures, mujer... ¿No ves que vengo envuelto en mi manta? Pues es para estarme aquí, en este sillón, hasta que te duermas.

Así lo hizo.

La Cuevas no pudo soñar con Peter aquella noche porque la pasó en un reservado de «restaurant» con varios amigos, entre ellos Chacón. Este le llamaba cálices a las copas, ánforas a las botellas y triclinio a ese mueble tolerante y sucio que no falta nunca en estos antros. Chacón era un hombre que divertía sin saberlo. Maniático de grandezas, le aplicaba a las personas, a las cosas y a los acontecimientos un disfraz retórico, una hipérbole brillante, un brochazo de ilusión. Todos le creían un bromista y, desde luego, un poco ido de la cabeza. En realidad era un gran soñador. Su credulidad generosa era ya clásica en Madrid. Aquella noche, con diversos motivos, fueron escabulléndose todos los juerguistas del reservado, y Chacón se vio a solas con una nota de cuarenta duros.

—Yo no llevo nunca encima ni medio dracma. Ya pasará uno de mis esclavos a solventaros eso...

Y salió, olímpico, del «restaurant».

Afortunadamente, un cochero, de los que conocían a todos los noctámbulos, le llamó:

—Señorito, ¿le llevo *onde* están los otros?

—¿Qué dices, auriga?

—Que están en la churrería de la Patro.

Era una churrería próxima a la Plaza de San Ildefonso, que estaba entonces de moda entre alguna gente de pluma, de tablado y de treinta y cuarenta. Nada más castizo que entrar en aquel tabuco, donde el humo del aceite cortaba la respiración, y tomarse una docena de «bolas»: es como le llaman en Madrid a ciertos buñuelos de

una oquedad inverosímil, y que no son malos cuando están calientes.

—¡Ah! —exclamó Graciano—. Ir ahora a Suburra. Bueno, auriga, condúceme.

Y diez minutos más tarde, con los buñuelos y los churros hacía sopas en un vaso de café.

—Este brebaje chicoriácero y plebeyo, después del néctar de Champaña, tiene un sabor delicioso. Cambiar es gozar. El contraste da la medida del gusto. Así, Cuevita, para gustar refinadamente mis caricias, te autorizo a traicionarme con el dios de ébano que se te ha revelado esta noche.

La Cuevas, que no había vuelto a acordarse de Peter, se echó a reír.

—¡Qué idiota eres, Graciano! Tu nombre dice lo que eres: Gracia... no; que no tiés gracia... ¿Tus caricias? Me resultas demasiado guapo... Y el hombre guapo es soso o sabe a mujer. Eso de que tú seas champán y Peter recuelo, será lo que tase un sastre...

Y, finalmente, ya no se habló en el tabuco de la Patro, sino del negro, de sus éxitos fabulosos, de su maestría en el baile y de su manera de llevar la ropa...

## IV

Hasta el segundo acto la sala estuvo casi vacía. Algunos espectadores esperaban en el *foyer*, fumando, a que llegase el público. Aquella noche —como decía don Narciso— la obra era lo de menos. Precisamente había aprovechado las circunstancias para resucitar una de autor famoso, que no había dado jamás un céntimo y que el dramaturgo consideraba la más perfecta de su repertorio.

—Vamos a darle un plato de gusto a don Virginio. Que al fin vea lleno el teatro con sus *Pompas de jabón*, gracias al negro...

Pero «ni por esas». El público solo venía al tercer acto, donde la Ávalos le hacía reír. Aquellas *Pompas* eran un alarde filosófico de don Virginio, y el público le prefería como histrión. Bueno, en aquel caso lo mismo daba. La empresa podía ser generosa y apoyar una comedia de ideas. Tres días antes del *début* estaba vendido «todo el teatro» para las dos primeras representaciones de Peter. Y llovían encargos para las siguientes. El taquillero había desempolvado el letrerito de *No hay billetes*, y don Narciso, sonriendo de satisfacción, exclamaba:

—¿Lo ve usted, Bélmez? Esto durará quince días tarde y noche, y si Peter quiere prorrogar el contrato, un mes o dos... Y luego que vengan galleando los autores. ¡Los autores!

Y de cada uno de sus dientes amarillos parecía saltar una chispa de desprecio o de lástima. ¡Los autores! ¡Puah! Ya estaba harto de comedias. Lo que hacía falta eran buenos números de *varietés*.

—No hay que darle vueltas, Bélmez. Vea usted cómo Madrid responde.

Era verdad. Los madrileños afluían por bandadas a la taquilla del Sainete. Los cartelones, los anuncios, los artículos ditirámicos sobre Peter habían ido tejiendo aquella red que traía al teatro de don Narciso la mejor pesca de la temporada.

¿No era Peter el genio coreográfico moderno? Así lo aseguraban sus panegiristas en los periódicos. Rey del *fox-trot*, emperador del *shimmy* y sumo pontífice del tango le llamaban también. Había bailado en los primeros *music-halls* del mundo. Su equipaje era el de un rajah. Isadora Duncan le había recibido como a un maestro en su Academia de la Danza de Berlín. Nijinsky, el maravilloso bailarín ruso, le pedía lecciones. Y su popularidad era tan grande en los Estados Unidos, que un senador había pedido que se derogase en su obsequio la ley de Lynch. «Si a Peter le da la gana —decía un cronista— puede fundar un harén con las *girls* más blancas y más rubias de Nueva York».

En realidad, Peter era una de las grandes *vedettes* universales de *varietés*, y, desde luego, el primer bailarín de tango, de *shimmy* y de *fox-trot*. Donde Peter fundase un *dancing*, allí estaría la Meca del baile convulsivo de nuestra época. Razones le sobraban a don Narciso Núñez para enorgullecerse «de haber traído a Madrid un espectáculo que le permitía codearse con París, Londres y Berlín». Porque, eso sí, a patriota no le ganaba nadie».

Los actores llevaban a toda prisa las *Pompas de jabón*, porque sentían la impaciencia del público. Roel, que solía estirar una escena con varios efectos de mímica, se limitó aquella noche a las indicaciones del libro. Menos discreto. Pero quiso colocar sus «morcillas» de costumbre. El público le llamó a la realidad en un «meneo». En un mutis del segundo acto, que le valía siempre una llamada, Gandía esperó en vano el aplauso.

—¡Guarros! —Escupió desdeñoso, mirando a las butacas. Y dirigiéndose a Bélmez, que daba órdenes a los tramoyistas:

—¿Qué hace Benítez? Hoy... ¡ni la *claque*!

En el tercer acto, las huestes de Benítez aplaudieron a la *Ávalos*, y las *Pompas de jabón* de don Virginio se disolvieron entre el ruido de las butacas que se abandonaban en el entreacto, y unos «aahhs» y unos «uuhhs» que significaban: «¡Gracias a Dios que ha concluido esto!».

La expectación del público era enorme, insólita, inaudita, más grande que en los estrenos de don Virginio, de los hermanos Villedo y de Galdós. La gente no cabía en el *foyer* y se estancaban en los pasillos de las butacas y en el corredor de los palcos. A fuerza de codos, alguna salía a la calle a respirar o bajaba unas escalerillas que conducían al ambigú. Estaban allí, naturalmente, todas las caras conocidas de los estrenos, todos los críticos, critiquillos y criticastros, todos los autores, autorzuelos y autorcetes y no faltaba ni uno de esos pollos «bien» de los *cabarets*, los *dancings* y los *palaces* del Madrid que se europeíza... buscando sus modelos en Montmartre. A la puerta del teatro, entre los *chofers* y los cocheros, algunos golfos recogían las colillas de los señoritos, y una mujer astrosa y cadavérica, con un chico envuelto en un mantón, pedía limosna. Nadie le hacía caso. Los cuatro arcos voltaicos del vestíbulo eran como cuatro lunas llenas, mofletudas, hinchadas de alegría y de luz. Peter y Ginette, agigantados en los carteles, parecían dos ídolos: dos ídolos de un culto frívolo, ligero, al que Madrid se rendía entero aquella noche.

Los comentarios y las murmuraciones iban y venían rebotando como pelotas de *tennis*.

—Dicen que es portentoso.

—Yo lo he visto en París.

—Y ¿qué tal?

—Estupendo.

—¿Y ella?

—Bonita; pero ¡bah!

Dos autores hablaban en el *foyer*:

—Esto se va.

—Yo no sé si llevarme mi obra.

—Núñez es un canalla.

—Por Dios, calle usted.

—¿Hay soplones?

—Pchis..., pchis...

Unas muchachas decían en un palco:

—Mamá, empeñada en que no viniese.

—Claro, tan chapada a la antigua.

—Yo le expliqué; pero figúrate...

—Nuestras madres no comprenden que una quiera vivir su vida...

—¡Ay, dicen que ese negro es guapísimo!

—El *Bomba* dado de chocolate.

El sexteto ejecutaba música americana, de *jazz-band*.

El pianista, hombre cincuentón, parecía un poco avergonzado; pero la viola y el violín, que eran jóvenes, golpeaban desafortadamente sus instrumentos.

Allá, al fondo, en las últimas butacas, un autor viejo, muy castizo, rugía:

—¡Qué vergüenza! ¿Esto es España? ¿Esto es Madrid?

—¡Que se calle! ¡Que se calle! —le gritaban los pollos de americana entallada y pantalones con pliegues.

—¡Majaderos!

—¡Vejestorio!

Entretanto, Peter, en su cuarto, concluía de vestirse. Su ayuda de cámara, Rolovitch, tenía el arte de alisarle las greñas y de llegar, con un cosmético de su invención, a sacarle la raya. Este Rolovitch era uno de esos hijos de los Balkanes en que hay de todo: eslavo y latino, germánico y magiar, con la sal semítica como sazón. Había nacido en Monastir y espigado en Constantinopla, donde fue discípulo de un insigne peluquero alemán. Rolovitch, delgado, cetrino y de mirada ardiente, era una excelente persona. Peter le llamaba Rolo y admitía que le presentase las cuentas del Gran Capitán. En cambio, Rolo, con frecuentes masajes y diversos aparatitos de metal y caucho, conseguía ir afinando la nariz de Peter y reduciendo la hinchazón de sus labios. Además, hacía estudios en libros alemanes que debían conducirle a blanquear la piel de su señor. Peter se echaba a reír; pero la sola idea de ese milagro le estremecía de esperanza y de reconocimiento hacia Rolo.

Cuando Peter salió del camerín, con su frac del más famoso cortador de Londres, sus escaupines y su *claque*, Rolo le contempló un momento con orgullo. Su elegancia era la de un *dandy* de la buena época; su gracia en los modales, la de un marquesito de Versalles. Visto de espaldas, y a media luz, ¿quién le hubiese acusado de descender del mono más directamente que Roel?

Ginette, vestida con un traje de gasa blanca admirable, era a un tiempo cisne y azucena, penacho de ola y espuma de champaña. Estas metáforas brotaban de labios de Chacón. Toda la compañía, todos los intrusos y un buen golpe de autores afluían al escenario. Los tramoyistas formaban en dos filas. Mataró estaba junto al encargado del telón. Bélmez, más pálido que nunca, parecía atento a todo. Sus manos estrujaban nerviosas un papelito. Era el programa de la sensacional pareja aquella noche y marcaba el orden en que el propio Bélmez, para mayor seguridad, sacaría por la

primera caja los letreritos anunciadores: *Schottish americano*, *Tango argentino*, *Valse-hesitation*, *Fox-trot* y, para concluir, el baile característico de Peter, su maravilloso *Shimmy*.

Al levantarse el telón y aparecer los bailarines, el jefe de la *claque*, allá en el paraíso, inició un aplauso que fue recogido y multiplicado por el público. Si alguna de las personas que ocupaban los proscenios, o la primera fila de butacas, era finamente observadora, apreció sin duda el efecto que aquellos aplausos de celebración anticipada producían en el danzarín. Su cara palideció como palidecen las caras de los negros (dijérase que una leve lluvia de ceniza las azota un instante), sus párpados se extendieron sobre sus ojos como si un relámpago los deslumbrase, y su sonrisa fría maquinal trocose en un rápido rictus de emoción. Tan efímera fue esta, tal vez por lo muy honda, que probablemente nadie se dio cuenta que Peter, el gran Peter Wald, estaba conmovido al presentarse al público de Madrid. Acaso, en todo el teatro, solo un corazón recibió aquella sonrisa como una flecha. Pero «¿por qué —se preguntaba algo ofuscada la venerable marquesa de Arencibia— me interesa tanto este negro? ¿De dónde le conozco yo?...». No tuvo tiempo de contestarse.

Armoniosos, leves, Peter y Ginette comenzaban el *schottish* americano. Una variedad del *boston* yanqui: cinco pasos, media vuelta, y así sucesivamente hasta el fin. El baile en sí valía muy poco. Lo importante era su ejecución, el ritmo, la medida, el «estilo». No podía pedirse más. Algunos espectadores se levantaban a medias de las butacas para apreciar el juego de los pies en cada tiempo. Pero los que habían venido al teatro para admirar, y no para aprender, protestaban:

—¡Sentarse!

—¡El que quiera lecciones que las pague!

—¡A mil pesetas!

—¡Sentarse!

Una ovación cerrada, persistente, premió aquel *schottish* magistral.

Siguió el tango. Otra maravilla. ¡Qué media luna! ¡Qué tijeritas! ¡Qué paso del cangrejo! Algunas personas tenían que sujetarse las piernas. Se oían suspiros de voluptuosidad. La Cuevas y Roel se habían abrazado en silencio, maquinalmente, y, en lo último del foso, remedaban a la pareja inimitable. La segunda ovación de la noche resonó frenética. Hasta Emma se había olvidado del color de Peter, y murmuraba al oído de don Mucio:

—Qué bien baila, papá...

—Así me gusta, paloma, que reconozcas dónde está el mérito.

Muelita, desde el palco de la empresa, lanzaba bravos estentóreos.

Pasó el vals, con el mismo éxito, con igual entusiasmo, no sin que algún caballero se fijase en Ginette: en su cintura de avispa, en el contorno clásico de su pierna, en el incentivo de su cara de gata, puramente —más bien impuramente— de París. Las señoras —las graves, las del abono, las que se retiran del palco cuando no se respetan las pragmáticas de su moral mundana— sentíanse complacidas. Lo que habría podido

ser licencioso, resultaba casto; de tal manera se notaba que en Peter y Ginette el baile era severo, matemático, científico. A pesar del alma que Peter ponía en ellos, sus bailes eran más representados que vividos, más automáticos que sensuales. Tal vez porque Peter era negro y Ginette blanca... Él parecía considerarla como una prodigiosa muñeca, que obedecía a todos sus movimientos y en quien se reflejaba su propio ritmo, cobrando gracia femenil. Ella, menos artista que él, más del público que del baile, sonreía como queriendo marcar su independencia y su íntima repugnancia por el negro. Bien se observaba que entre el hijo de África, vestido de frac, y la parisiense, ataviada de ampo, no existían más relaciones corpóreas que aquellas que presenciaba el público. Y esto —choque, antipatía, odio de razas— era el vaho dramático, la parte cruel del espectáculo, y el público la aspiraba con fruición.

El *fox-trot*, no bien iniciado, arrancó murmullos de sorpresa. Era un baile que acababa de ponerse de moda en Madrid. En los flamantes *dancings* de la calle de Alcalá, en los *thés-dansants* de los novísimos *palaces* y en los innumerables —e inconfesables— *cabarets* de la Villa y Corte el *fox-trot* imperaba, y venía a ser la expresión caricaturesca de este Madrid plagiarlo de París y de Viena, que va borrando al antiguo, sin gracia, sin belleza y sin rumbo.

En el *fox-trot*, Peter se jugaba su prestigio. No faltaba algún *fox-trotista* dispuesto a criticarle; pero bastó el primer paso para que todo el público se suspendiese de admiración. En la «mariposa», Peter convertía a Ginette en un maravilloso insecto blanco, mudo, y él mismo, por la cadencia de su talle y la vibración de sus piernas, sugería la idea de un ser mágico que podía elevarse y sumergirse en el éter a su antojo. En el paso del tonel la pareja giraba con una rapidez vertiginosa; el movimiento era tan fácil y tan puro, que parecía regido por un soplo sideral. El público, asombrado, se levantaba para seguir el juego de las piernas y ver cómo se desprendían de las tablas los escarpines de Peter y los zapatitos blancos de Ginette. Y cuando, con agilidad portentosa, él la hizo girar como una onda de espuma, el público, electrizado, prorrumpió en aplausos, en bravos, en gritos de placer.

Aquel entusiasmo —superior al de las grandes noches de don Virginio y los Villedo— hizo mostrar a Peter los treinta y dos trocitos de nieve que tenía en la boca. Porque su *fox-trot* no era nada al lado de su *shimmy*, que en todo Norteamérica se bailaba según su fórmula. Y los espectadores, jadeantes de tanto bailar imaginariamente y de tanto aplaudir, encontraron alientos para aclamar a Peter y a Ginette en aquel *fox-trot* espasmódico, que se bailaba con las piernas rígidas y un sube y baja del cuerpo isócrono como el de un émbolo. Era una danza de hipnotizados, de sonámbulos, o de autómatas dirigidos por dos pilas eléctricas. En aquel baile Peter recobraba toda el alma de su raza y era el negro, el negro bestial y místico que baila extasiado, como frente a un ídolo, y que da siempre a la danza un extraño sentido religioso y lúbrico, acaso porque su idea de la divinidad está fundida con la del delirio priápico. Así, mientras Ginette encontraba en aquel baile, hieratizado por Peter, sus sonrisas livianas del *Tabarin* o del *Rat Mort*, él, Peter, con

los ojos fijos, la nariz dilatada y la boca entreabierta, parecía obedecer a una fascinación celeste, y hasta se hubiese dicho que aspiraba rayos de luz.

Terminado el delirante espectáculo, los autores y amigos de la Empresa se precipitaron a los cuartos de los artistas y a la *loge* del gran Peter. El genio no tiene color, y Peter era el genio de la danza. ¿Por qué no habían de estrecharle la mano otros hombres geniales: dramaturgos, compositores, novelistas, críticos?... Físicamente, Peter exhalaba en aquel instante el olor acre y cálido de su raza. Rolo le había quitado el *smoking*, le había perfumado las axilas y puesto un batín de *tussor*, flamante; pero, de todas suertes, el glorioso danzarín olía a negro. Lo cual no impidió que, como si llevase dos taponcitos en su nariz vibrátil, se adelantara a felicitarle un autor famoso, de faz mefistofélica y que no parecía andar, sino deslizarse. Don Narciso, hinchado de alegría dentro de su chaqueta gris, hizo la presentación:

—Don Virgilio Luaces.

Y don Virgilio le tendió una mano femenina al negro. Este la estrechó respetuosamente, inclinándose y sonriendo, como si ya supiese que don Virgilio era una gloria nacional y un ídolo del público. Más aún... Peter murmuró: «gracias, gracias, don Virgilio»; y, aparte la prosodia, aquella frase sonó españolamente, madrileñamente. Hubo en la concurrencia una sensación de enigma.

Fernández-Monte, otro autor ilustre y otro hombre chiquitín, saludó también. Peter repitió: «Gracias, gracias...».

Los Villedo, arrastrados por el implacable don Narciso, no pudieron eludir la reverencia al héroe de aquella noche. Eran de ver la sonrisa consternada de Vicente y el gesto desabrido de Clemente. Peter se quedó mirándoles, y con sincera alegría exclamó:

—¡Los Villedo! ¡Los de *La mala suerte*, los de *La gracia de la vida*!

Y pareció mirar hacia el pasado, perseguir un recuerdo.

—¡Los Villedo!

Vicente y Clemente se apartaron confusos y sorprendidos y no sin que cierto orgullo se reflejase en la cara angulosa del menor. Detrás de ellos, con la cabeza ladeada y sus grandes ojos azules y mortecinos, estaba Arenales Mira, esperando turno. Con él quedaba completo el cuadrilátero de autores célebres de aquel instante, pues los Villedo, hermanos siameses del espíritu, representaban una sola línea. Luego venían los otros: los que se estaban formando, o desformándose, «para gustar»; los que el público había arrinconado y los que hacían la obra hilarante, la pieza astracánica y la adaptación del francés. ¡Toda la fauna! Véíanse allí las barbas azafranadas y los quevedos iracundos de Pérez-Carrillo; el bigote, ya desafiante, de Oroz-Checa; el gabán-levita y el hongo café con leche de Barradas. Una testa bethoviana, sobre un cuerpo retorcido, sonreía irónica: era la de un compositor famoso. Otra, rasurada, cetrina, de torero cordobés y moro de Argelia, observaba: era

la de un pintor de talento. De uno a otro personaje, como ligándolos con el lazo invisible de la adulación, iba y venía Lope de Muela, quien sentaba plaza desde aquella noche de primer turiferario de Peter. Andaban también por allí algunos catalanes: Suñol, alto, hermoso, que recordaba a Daudet y a Turguenief; Farina, el poeta civil, ancho, achaparrado, que daba una impresión de fortaleza hercúlea; Artemio Forts, que entonces «se hacía» una cabeza pálida de Nazareno y llevaba en el bolsillo de la petaca su Platón o su Kant.

Los señores críticos sentíanse en su feudo. Laplana, el de *El Neutral*, «se metía» entonces con los Villedo. *El amigo Manso*, miope e hirsuto, admiraba exclusivamente a Galdós. Rafael Melo, el más culto y sensible de todos, solo hablaba de las obras en el último párrafo de sus artículos. El pobre Carlos Perchel se moría: estaba lívido, desencajado, y sus ojos de batracio daban lástima y un pequeño terror. En cambio, *Flordelís*, blondo y rizado, era el crítico amable y diplomático que doraba las píldoras de los fracasos y rebajaba la hinchazón de los éxitos en un gran diario gráfico, mañanero y conservador. Todos fueron presentados a Peter por don Narciso.

Hubo apartes de aristarcos y autores, pequeños y efímeros conciliábulos en que se oían el secreteo de Fernández-Monte, el chiste epigramático de don Virginio, alguna expresión rabelesiana de Rafael Melo y los venablos de Pérez-Carrillo. Chacón desgranaba sus metáforas...

El humo del tabaco y la exudación africana de Peter hacían casi irrespirable la atmósfera del saloncillo. Los primeros en escaparse fueron Clemente y Vicente. El pasillo y todos los cuartos estaban llenos de cómicos, de autores, de periodistas y de esos seres impertinentes e indocumentados que son los zánganos de la colmena teatral, y de los que era Muelita un ejemplar perfecto.

Un grupo de zánganos pudo cercar a Vicente Villedo; pero Clemente, más ágil, no paró hasta el cuarto de la Olmos donde destapó bajo su nariz aguda un frasco de perfume. En aquel instante apareció Roel, y arrastrando por una manga a Clemente, exclamó:

—¡Ella huele a rosas! ¡Venga usted a desquitarse!

Ella era Ginette. Linaje, Chacón y el propio Roel, cansado de los desdenes de la Cortadita, habían comenzado a ponerle cerco.

—A ver lo que se pesca —explicaba el cómico por el pasillo, abriéndole paso con los codos a la ilustre mitad villediana.

—A lo mejor —repuso esta mitad— lo que se pesca trae cola...

—¡Quiá! Si está vendiendo salud..., si tiene una boca más fresca que el rocío... y unas carnes más blancas y apretás... Nada, don Clemente que me perdonen Daoiz y Velarde, pero ¡viva Francia!

—¡Se burla de ti! —exclamó Graciano, pálido de despecho.

Actor y autor penetraron *chez* Ginette. Allí estaba el apolíneo Chacón en

funciones de intérprete y de don Juan. Linaje le miraba con fingida burla. Sentíase celoso y habría dado su mayor éxito por saber hablar francés. La bailarina le explicó a Clemente Villedo que el público de Madrid era... *charmant*, que el de París era más frío, *moins chaud que le vôtre*...

—¿Qué dice? —inquirió Roel comiéndosela con los ojos.

—Que le gustas estrepitosamente —tradujo, irónico, Chacón.

—¡Anda este! Si te figuras que no diquelo el franchute... Dice que el público español aplaude que da gusto. Dila que es según, pero que ella se merecía más...

—Hombre, díselo tú... No pretenderás que le haga el amor por ti...

Roel, sin inmutarse, y con tanta gracia como si estuviese en público, se dirigió a la bailarina:

—Madam... Bus dansés epatanteman... Bus estes três choli... Bus... bus... bueno, ¡me gusta usted un rato largo, como de Madrid a París!

Ginette, sentada entre Linaje y Chacón y envuelta en un chal azul, dejó resbalar este y le tendió a Roel sus brazos desnudos.

—*Venez, que je vous embrasse!*

Y atrayendo hacia sí la cabeza horrible del cómico, le estampó un gran beso... en la boca.

Mientras Roel, sofocado, no sabía dónde meterse, ella, riendo de su azoramiento, le dijo que era muy simpático y que le gustaba mucho.

Ella, como si tradujese por intuición, repuso:

*Non!... Non!... J'adore la tête de monsieur... de monsieur?...*

—Roel —le apuntó Villedo.

Era una declaración fulminante, asombrosa, inaudita. Linaje masculló:

—Es una golfa...

Y Chacón, mucho más bajo:

—Una histérica...

Los dos sonreían para no morder.

Clemente se despidió de la bailarina, y al pasar junto a los dos guapos mozos, les susurró al oído:

—Mi más sentido pésame, señores.

El galán joven y el apolíneo autor salieron de estampía.

—¡Y en mi cuarto! —protestaba Linaje.

Chacón, recuperando su serenidad olímpica, explicó:

—Locuras de la morfina y la *coco*... Aberraciones... Además, te prevengo que no vale nada... Una hetaira vulgar... *Une fille!*

Peter salió del teatro con su fiel Rolo y un caballere pulcro que le había ayudado a ponerse el gabán y que en la acera le tomó del brazo.

—¿Cómo se llama usted, señor mío?

—Lope de Muela, para servirle...

Y en seguida, solicitó:

—Pero no va usted a andar a pie... ¡Cochero!

—No, no —dijo Peter—; me gusta andar de noche por Madrid.

—Pero... ¿ya había usted venido? ¿Lo conoce usted?

Peter no respondió.

—Es curioso... Decían que era usted yanqui y habla usted el castellano como yo...

Peter iba a responderle, pero se contuvo. Lo único que dejó escapar de sus labios, como en un suspiro, fue esto:

—Madrid..., Madrid...

Y Lope de Muela creyó notar que, sobre el suyo, temblaba el brazo del bailarín.

## V

Peter se detuvo frente al número 70, e iba a llamar con los nudillos, cuando un murmullo de voces y de risas le probó que ya Ginette había encontrado «su hombre».

—¡Ah!

Y con la discreción de un «gentleman» siguió pasillo adelante, hasta su alcoba, tres puertas más lejos.

Desde hacía un año, desde la muerte de la pobre Neva, una austríaca, conocida y contratada en Berlín, su pareja era esta Ginette, una bailarina de *Folies Bergères*, que él había concluido de formar. Como Neva, Ginette no era más que su acompañante, su mitad coreográfica. Aquellas mujeres de *cabarets* y *music-halls*, que conocía tanto, le daban siempre la misma sensación de carne enferma, de restos de un festín. Él prefería... otras cosas: más juventud, más inocencia y, acaso, un poco de amor. En realidad, no se había enamorado más que una vez, siendo chico. ¿Quién se acordaba de «eso»? Su género de vida era comparable al de los boxeadores y los atletas. La ducha, la gimnasia y el estudio de cada uno de los bailes le impedían pensar demasiado en el eterno femenino. Necesitaba electricidad en los músculos.

Ginette no le había gustado nunca. Siendo todavía joven y guapa, le repugnaba un poco... Pero hablar con ella de las *tournées*, estudiar una danza nueva o perfeccionar las antiguas, darle su opinión sobre vestidos y tomar a su lado, en el bar, un *cock-tail*, eran cosas que le agradaban... En fin, prescindiría de sus charlas con Ginette, y aquella noche, sobre todo, le encantaba encontrarse solo en Madrid, en su Madrid.

Una sonrisa de triunfo blanqueó en su cara, frente al espejo, mientras Rolo le quitaba el gabán. ¡Había conquistado a Madrid, la ciudad de sus amores y de sus odios! Hubiese querido recorrerla entera aquella noche, como un general victorioso y ávido de desquite; pero ¿cómo habría podido conservar su incógnito? Le perdían su popularidad —alcanzada en una hora— y... su color. A su paso se detenía la gente en la calle, y de los grupos de la Puerta del Sol —los últimos, los de la acera del Colonial— salían frases que le estremecían de placer.

—¡Ese es Peter Wald!

—¡Vaya pieles que gasta el negro!

—¡Qué tío bailando!

Lo de negro y lo de tío resultaban frases mimosas, rebosantes de una simpatía familiar. ¡El público de España trataba a sus ídolos de tú! En los tristes días de su infancia, el Madrid del arroyo le llamaba el «Betunes» o el «Mambís», y gracias si los apodos no venían acompañados de zancadillas y de golpes. ¡Qué lejos estaban aquellos años de martirio!

Rolo vino a sacarle de su evocación con un pijama en el brazo.

—Vete. No te necesito hoy.

Quería soledad. Él y Madrid. Prescindía también aquella noche de su criado blanco, casi de su esclavo blanco, que le servía, le adulaba, le robaba y, con el

esternón doblado y la mano diestra y dúctil, maceraba su cuerpo oleaginoso de etíope. Aquella noche no le divertía la humillación del blanco. Sentíase con menos odio a la raza enemiga, a la raza cruel que había sumido en esclavitud a la suya, tan inocente. Sentíase generoso y —momentáneamente— resignado con el color de su piel, casi orgulloso de su piel. Los aplausos de Madrid vibraban todavía en sus oídos, produciéndole el escalofrío medular de la victoria. Sus manos, color tabaco, creían sentir de nuevo la presión de las de don Virginio, marfileñas, lánguidas, y aquella otra recia, resistente —y, sin embargo, dulce— de la Olmos. ¡Blanca apetitosa! ¡Cuántas manos que parecían de cera, de marfil y de nieve, habían buscado las suyas aquella noche! ¿Y aquella adulación del pollito que le había acompañado desde el teatro al hotel? ¡Blanco empalagoso! Pero le había dicho —era él quien se lo había dicho— que era el ídolo de Madrid.

¿Por cuántas noches? No le importaba. Aplausos como los de Madrid no los había escuchado a lo largo de su carrera, solo comparable a los de una Carolina Otero o un Frégoli o un Bombita. Su fama universal se traducía en miles de libras, de dólares, de marcos y de rubios; era dos o tres veces millonario, pero todo esto no le ponía bálsamo en secretas heridas como las ovaciones de Madrid —de Madrid, donde se sabía bailar y de cuyos merenderos y bailes chulos habían salido el pasodoble, el *chotis* y el *agarrao*, base y substancia de otros bailes que después daban la vuelta al mundo—. Ese Madrid burlón y difícil, terror de cantantes y funámbulos extranjeros, le acogía con entusiasmo, con delirio. Hubiese querido darle las gracias de algún modo.

Abrió el balcón; se asomó. A la izquierda, las columnas y el frontón del Congreso; ese teatro español en que no había entrado nunca; luego la Carrera, que llevaba a la Puerta del Sol, la plaza más alegre del mundo. A la derecha veía, blanca y gris, salpicada de luna, aquella fuente que hacía pareja con la de la Cibeles, que era un alto hacia el Retiro y separaba al Salón del Prado del melancólico Trajineros. ¡Vaya si se acordaba de Madrid! Aquel cielo de marzo, tan unido, tan limpio, con la luna prendida como una moña de plata; aquellas luces que se iban apagando, aquel último rodar de coches, aquel aire glacial que llegaba de la Sierra, al través de las umbrías de Palacio y las casas viejas de la calle Mayor, le hacían evocar otras noches de su vida en Madrid, noches tristes que perdonaba en nombre de esta, tan suave y cariñosa. ¿Pues no sentía dos lágrimas en los ojos? De júbilo, de agradecimiento. Creía tener a Madrid en una mano, como un juguete. Madrid no tenía la culpa de la crueldad de una de sus casas, y, sobre todo, de uno de sus hombres. ¡Ah! ¿Dónde estaba entonces Néstor de Arencibia, el blanco orgulloso y sin entrañas, el amo cruel? ¡Quién sabe si no era uno de esos elegantes de las plateas que se habían dignado aplaudirle y asaetaban con sus gemelos a Ginette! ¡Ah, el odiado condesito! Peter crispó las manos sobre las barras del balcón, y empujando las vidrieras, vino a sentarse en un sofá. Ningún triunfo, ningún oro había logrado arrancarle del alma — porque los negros tenían alma— aquel odio que había sembrado en ella el condesito:

el odio natural al blanco, exaltado por el odio personal a un hombre de naturaleza perversa; un odio fino, reflexivo, que esperaba, con paciencia islámica, la ocasión de manifestarse. Ahora mismo, para que su desquite fuese real, habría necesitado tener a sus pies al condesito, en lugar de Rolo, descalzándole. Cada ilusión engendrada por sus éxitos recibía el soplo venenoso de la frase con que había amargado toda su infancia el condesito; una frase vulgar, estúpida, pero que le producía el efecto de un salivazo en el rostro: «¡Los negros no son gente!». Y, para escupirla, Néstor contraía sus labios en una mueca de desdén y de asco tan profundos, que excitaba al crimen. ¡Oh, de no escapar a tiempo hubiese tenido que matarle!

Y de ella, de Piedad, ¿qué se habría hecho? El palacio de los Arencibia estaba en la Castellana, a corta distancia del Hipódromo. Si hubiese tenido alas, si aquel poder de elevarse, y casi de volar, que tenía en el baile, no fuese algo artificioso, sino verdadero, habría ido volando hasta el palacio, se habría posado en sus terrazas y balcones, como un pájaro nocturno, de ojos penetrantes y habría espiado, escudriñando la casa dormida y los corazones que latían, acongojados tal vez, entre sus muros. ¡Oh, sí, le habría dado la más valiosa de sus sortijas o su colección entera de corbatas al que le dijese en aquel momento si Néstor y Piedad dormían en su palacio, si eran dichosos; si ella, tan blanca, había encontrado algún príncipe por marido; si él, tan soberbio, no había recibido aún en la vida el primer latigazo, el primer bofetón!

Imposible. Así, de pronto, no podía saberse nada. Estuvo un rato triste, sufriendo la terrible disminución moral, la trágica amargura de los negros cuando sienten ansia de ser blancos, porque han vivido con ellos, de ellos y —suprema aspiración del espíritu— no creen tener de negros más que el color.

Pero Peter había luchado mucho y resistido, y triunfado, para permitir que aquellas crisis de envidia, de absurdo anhelo de la piel blanca, le anulasen, convirtiéndole en un pelele. La sangre corría roja bajo todas las epidermis. La vida no era de color, sino de la fuerza. Ahí estaban los japoneses demostrándolo. Si todos los negros fuesen como él, ¿quién les impediría conquistar a la vieja Europa, que no se arrepentía ni se cansaba de sus revoluciones, sus vicios y sus guerras?...

Había dejado en tinieblas la habitación porque... porque tenía la debilidad de jugar a veces consigo mismo a que era blanco... ¡Y era tan cruda la luz de aquel «palace»! ¡Y había tantos espejos en la habitación! Pero bastaba de comedia... No faltaría más sino que, por los caminos del recuerdo, viniesen los Arencibias a vejarle, a atormentarle aún. «¡Los negros no son gente!». Él era negro, negro legítimo y sin mezcla, y era más, mucho más, estaba seguro, que el condesito. Encendió todas las luces. Y en una de las cuatro lunas del armario se miró, se remiró, se sonrió, pensando: «Sí, Néstor; soy negro, hijo de conga y de carabalí rayado, y gano más oro con mis patas negras que tú con tus manecitas blancas».

Dicho esto, Peter comenzó a desnudarse. Varios espejos reflejaron su silueta, admirable de esbeltez y proporción. Amigo del agua, como todos los de su raza, corrió desnudo sobre la alfombra —se hubiese dicho un fauno juvenil— y, de pie en la bañera, abrió la llave de la ducha. Los chorros de agua glacial, finos como agujas, se quebraron sobre su cráneo crespo, sobre su espalda reluciente, y le envolvieron como una vestidura de cristales y diamantes. Pequeños gritos demostraban su gozo. ¡El agua bendita, el agua santa, que no tiene color, que es la misma para el animal que para el hombre! Se enjugó, se friccionó con un alcohol perfumado, y al contemplarse en su *toilette* de noche, un pijama amarillo limón con crisantemos negros, sonrió feliz.

Sirvióse una copa de *whisky*, la saboreó, apagó las luces, y de un salto se encontró en la cama ancha, muelle, tibia, donde esperaba dormir siete horas seguidas y soñar acaso sueños encantadores. La noche, que traía entre sus sombras riquezas y castigos, vértigos y embelesas, la noche bruja era negra como él. Por eso la adoraba, por eso dormía reclinado venturosamente en ella como un hijo sobre el seno maternal.

Pero aquella noche apareció el duendecillo del insomnio: venía armado de las viejas estampas y las figuritas viejas del Recuerdo. Sin que él se lo pidiese, como esos vagabundos que levantan en cualquier paseo o plazoleta su desvencijado guiñol y esperan la parroquia, así el insomnio disponía las estampas y las figuritas y comenzaba a representar una tragicomedia en la que Pierrot, el pálido Pierrot pintado por la Luna, tenía la cara y las manos embadurnadas de betún.

Y «aquello» era el pasado de Peter Wald...

## VI

Peter Wald era la transformación inglesa de un nombre y apellido puramente españoles: Pedro Valdés, Peter —acatemos su voluntad de no llamarse Pedro— había nacido en la isla de Cuba, en la provincia de Matanzas, en el ingenio de *Los Mameyes*, propiedad de don Bibiano Arencibia, más tarde marqués de Arencibia y persona de alto rango en Madrid.

Un hijo de don Bibiano, Oscar, se había casado en 1890 con una condesa auténtica, la de Virama, que pertenecía a la más rancia nobleza de Camagüey. En 1891 nacía Néstor, que fue amamantado por una nodriza de Asturias. En 1892 venía al mundo Piedad, para quien se había «encargado» a España otra nodriza, esta vez gallega. Pero a los dos meses de su llegada a Cuba, la rapaza murió del «vómito» en el hospital. Hubo que buscar otra ama. Don Bibiano habló de una de las negras de *Los Mameyes*, la negra Mari Francisca, mujer de Pedro Valdés, el capataz. Justamente hacía un mes que Mari Francisca había dado a luz un negrito, y tenía «dos pechos como dos guanábanas». ¡Un prodigio de salud! Y de su marido no se hablase: era el más robusto de los hombres de la negrada, y tan fiel que había podido confiársele en *Los Mameyes* un puesto de capataz. Con el *cuje* en la mano le sobraba para dominar un plante, de los de cuchillo y sogá. Era un Hércules...

La madre de Piedad, una hermosura lánguida, tuvo un gestecillo de asco. ¿Su hija criada por una negra? ¡Cuánto sentía no poder ella misma...! Propuso el biberón. Se traería una vaca o una burra del ingenio. A lo que objetó doña Gertrudis, esposa de don Bibiano, que, en ese caso, más valía una persona que un animal, y que la leche no tenía nada que ver con la ubre: siempre salía blanca...

Además, Pedro Valdés y su negra eran hijos de esclavos libertos de la casa que no habían querido separarse de sus antiguos amos. La madre de Mari Francisca había sido comprada por don Andrés Soré directamente a su negrero, y el padre era ya tataranieta de esclavos de los Soré. Don Bibiano establecía la genealogía de Pedro, cuyos ascendientes habían pertenecido todos a los Arencibias, colonos montañeses llegados a Cuba en 1700.

Tanto los Arencibia como los Soré eran buenos amos. Jamás el síndico de los negros había tenido que elevar una queja, y en ambas familias existía la costumbre de manumitir por suerte, el día del santo de los señores, a una pareja de esclavos. El yugo era tan suave que aquella lotería especial era considerada como un contratiempo. Todos querían quedarse en los ingenios, los cafetales y las vegas en que habían nacido. ¡Los Arencibia y los Soré sabían tener esclavos! La prueba era esta Mari Francisca —Eva negra, Cibeles etíope— que podía nutrir, seis criaturas con sus pechos pletóricos y que, de puro sana, fresca y firme, parecía «hasta hermosa». Y hermosa lo era, con la hermosura de su raza. Su piel brillaba como la del caimito; sus dientes, entre los labios, «que eran dos tajadas de mamey», parecían cuadraditos de coco. El cruce de su raza con la refinada de los congos criollos, no le había

desachatado lo más mínimo la nariz; pero, en cambio —y este era el orgullo de Mari Francisca—, le había alisado lo bastante el pelo para que, con mucho tirar de peine y mucho aceite de palma, se pudiera hacer la raya y hasta el moñito en que se prendía el pañuelo: ¡el pañuelo amarillo y azul de los guateques y las rumbas!

Pedro, el capataz, era uno de esos negros mejorados por el medio ambiente: por el clima de la Isla, más benigno que el de su tierra africana; por la alimentación sana y copiosa y por el contacto y el ejemplo de la raza superior.

De todo lo cual se hizo mérito en la «saleta» de la suntuosa casa de Oscar Arencibia, cuando se decidió que la mujer de Pedro amamantase a la niña Piedad.

El propio don Bibiano tomó el tren, y desde las lomas del Yumuri hasta *Los Mameyes* hizo el viaje en volanta, para convencer a Pedro y traerse a Mari Francisca a la capital. Pedro se inclinó. Mari Francisca, que estaba en el *batey* con su negrito, se levantó al ver entrar al amo, y le escuchó respetuosa y sin quitarle la teta a la criatura.

—Mi amo me manda, pero con mi hijito.

—Con tu hijito, Mari Francisca. Nunca pensé que lo dejases en el ingenio.

Y de este modo el negrito Pedro se vio convertido en hermano de leche de la niña Piedad, hija de la condesa de Virama y del primer heredero del marquesado de Arencibia. Y también de esa suerte Pedro no conoció la hermosura de la vida en los ingenios cubanos, que son —o eran— cálidos paraísos, con una serpiente bonachona que se llama *majá* y unos frutos tan jugosos, tan perfumados y tan dulces que parecen hechos de sangre y de ambrosía para nutrir y deleitar a la vez.

No supo Pedro lo que es nacer a la vida en el campo cubano. Los frondosos mameyes, los espesos cañaverales, las ceibas majestuosas, las palmas, de troncos esbeltísimos, que se cimbrean sobre las lomas, y que hacen calle al bohío, forman una floresta mágica. El día es azul. El ocaso rojo. La noche es luz y perfume y silencio rumoroso. El día y la noche cantan. El campo cubano es siempre una canción.

Antes que las voces humanas hubiese reconocido Pedro el silbo de la cocuba, el arrullo de la tojosa entre las ramas del jagüey y el paso del majá por la manigua. Habría sido dichoso revolcándose en la tierra roja del ingenio, bañándose en el río, sin temor a los caimanes; trepando a los árboles para alcanzar nidos de tocoloros, o comer mangos y mamoncillos, y esperando la noche para adornarse las greñas con las esmeraldas vivas de los cocuyos. Su vida en el ingenio habría sido libre y ligera hasta el día en que hubiese podido manejar un machete para cortar caña o trabajar en el batey. A los catorce años habría comenzado a presumir en las rumbas. Luego llegaban el amor y la guerra. Acaso se iba Pedro a la manigua; acaso, como su padre, permanecía fiel a sus amos y corría el riesgo de que lo colgaran de una guásima los libertadores. Tal pudo ser su vida de negro del campo; pero el dios de su raza le tenía señalado para otros destinos, no se sabe si más venturosos o más tristes.

Pedro se crio en tan buenos pañales como un blanco rico. Los Arencibia y los Virama no tardaron en apreciar los resultados excelentes de la lactancia de Mari Francisca, y concibieron por ella y por su hijo uno de esos afectos de amo generoso

hacia el buen servidor. Pedro tuvo una cuna de hierro junto a la camita de madera de majagua de Piedad. Más precoz que la niña blanca, el negrito fue su maestro en el arte de andar a gatas y en el de dar los primeros pasos. Era una diversión para los abuelos y los padres de la niña asistir a sus juegos con el negrito. Piedad era esbelta y pálida; y Pedro lucía una barriguita inflada y tersa como una pelota. Piedad tenía remilgos y traiciones de gata. Pedro solo atacaba cuando ella le hundía las uñas en la carne. No se sabe qué voz misteriosa instruyó a Pedro en su papel de juguete vivo, o de muñeco esclavo; pero ello es que muy pronto se le vio someterse a todos los antojos, en ocasiones crueles, de Piedad. Le sirvió, naturalmente, de caballo; concluyó los dulces que ella tiraba al suelo; se dejó blanquear con polvos de arroz, y prestó sus greñas a los delirios furiosos de la niña.

Néstor era un caballere de cuatro años, vestido de encajes, poseedor de sables, escopetas y velocípedos, y no se dignaba intervenir sino como tirano en los juegos de los bebés. En estos casos, Pedrito defendía a Piedad, y era tal la furia de Néstor, que Mari Francisca se veía obligada a esconder a su hijo, hasta que la propia condesa venía a ponerlo en libertad.

La casa de Oscar Arencibia era una de las más espaciosas y ricas de La Habana. Tenía ocho ventanas sobre un pórtico de columnas, ancho balcón corrido en su piso alto, azotea y mirador. Encontrábase en el Prado, no lejos del Parque, en el barrio aristocrático. En el zaguán había portero blanco y con librea de dril. El pavimento era de mosaico o de mármoles en tablero de ajedrez. En el patio los arriates estaban revestidos de azulejos, y una fuente imitando una gruta presidía la muchedumbre de tintas, de macetones y macetas que formaban el jardín: un jardín demasiado verde y bastante áspero, sobre el que caía despiadado el sol. Para Piedad y Pedro aquel patio era una selva virgen que iban explorando poco a poco, en magníficas jornadas de aventuras. Allí aprendieron a cazar mariposas y a tronchar lombrices y lagartijas: primeras lecciones de la ciencia de matar. Lo que más les gustaba era remover con unos tallos de platanillo el fondo de la fuente para ver llegar a la superficie a la pequeña tortuga llamada jicotea, que dormía en el fondo en perfecto acuerdo con los pececillos de color.

Después del patio, Piedad prefería la saleta clara y elegante. Le daba gusto refrescar contra las losas de mármol su cuerpo bañado de sudor, o columpiarse en las grandes mecedoras de Viena a todo impulso, como en un *cachumbambé*. Pedro era más bien partidario del traspatio, de la cocina, de las caballerizas, del fondo de la casa, en que los juegos podían ser más libres, más inesperados y más violentos. Allí estaba el caballito de Néstor, y ningún placer podía compararse al de montarse en él a espaldas del tirano. Otro sitio admirable era el comedor con su «nevera», en que había «frutas de España», y aquel aparador que sustentaba enormes «dulceras» de cristal. Para que Piedad pudiese meter los dedos en el «coco rallado» o en los «cascos de guayaba» hacía falta que él se subiese a una silla y ella cabalgase en sus hombros.

Un día, sin que Pedro ni Piedad comprendiesen bien el motivo, aquella casa de mármol y de luz, donde eran tan felices, se trocó por otra que se movía como enorme cuna empujada por algún gigante, y donde los niños no tenían ganas de jugar y pasaban grandes temores escuchando ruidos interminables y viendo un inmenso monstruo azul, espumante de cólera, que amenazaba devorar la casa.

Cuatro años tenían apenas Piedad y Pedrito cuando salieron para España en uno de los vapores de la Trasatlántica. Era en 1896. La guerra presentaba mal cariz para los españoles. Los Arencibia sabían a qué atenerse. Les llegaban informes de Nueva York. Don Bibiano, que había soñado siempre con hacer figura en España, creyó oportuno el momento de abandonar la isla. Oscar debía quedarse para mantener la situación privilegiada de *Los Mameyes*, acordonado por las tropas peninsulares y defendido por una guerrilla en la que figuraba como sargento Pedro Valdés. Costó mucho decidir a Mari Francisca, pero su apego a la casa pesó más que el amor a su tierra y a su hombre. «Además —le decía don Bibiano—, Pedro vendrá a España en cuanto concluya eso». «Eso» era la guerra, y la pobre Mari Francisca ignoraba lo que sabía demasiado bien don Bibiano: que estaban contados los días de la dominación de España en la isla, y que los primeros meses de libertad cubana serían de venganza para unos y para otros de expiación.

Don Bibiano, doña Gertrudis y la condesa, su nuera, estaban en Madrid a fines de aquel año. No tardó mucho el potentado en adquirir un suntuoso hotel cerca del Hipódromo y comenzar a vivir en grande. Los Arencibia, los Virama y los Soré, no podían ser confundidos con los indianos propiamente dichos, esto es, con los *parvenus* de la emigración. Su riqueza databa de dos siglos. Constituían parte de esa aristocracia cubana, de savia puramente española, que la guerra dividía en dos bandos: uno por la tradición y el respeto a la metrópoli, otro por la independencia de la isla. Don Bibiano era del primero; doña Gertrudis Soré sentíase inclinada hacia el segundo, pero lo disimulaba. Oscar era un hombre reservado y eclético. La condesa, su mujer, no ocultaba su alegría a cada triunfo de los cubanos, y esta oposición de sentimientos en una misma familia no tenía nada de extraño en Cuba, y apenas si turbaba la paz familiar. De tal suerte que la condesa, deseosa de visitar España, no dudó en embarcarse con sus suegros, ni en alternar con la alta sociedad madrileña en aquella época, en la cual se llamaban «cabecillas» a los jefes cubanos y «mambises» a los soldados libertadores.

Comenzó entonces a cambiar el aspecto de las cosas y los seres para Pedrito y Piedad. Allá en Cuba el color de la piel se *veía menos* que en España; los niños, sobre todo, se figuraban que en todas partes había negros y blancos, chinos y mulatos. No era que no existiese una separación absoluta de razas. Solo algunos europeos de plebeyez extrema, y generalmente en el campo, tenían concubinas negras. Quiere decirse que la retina está acostumbrada en Cuba al negro y que este *no choca* como

en España. Un hombre o una mujer de color en la calle del Obispo, de La Habana, no obliga a nadie a volver la cabeza. En la calle de Alcalá, sí. Esto es todo. Pedrito se dio cuenta exacta de que era negro en Madrid, y no tardó mucho en comprender, además, que los negros «valían menos» que los blancos.

No obstante, Pedrito fue dichoso todavía algún tiempo: dos años, acaso tres. Su felicidad iba menguando conforme él crecía, pero, tan poco a poco y al través de tales acontecimientos, que casi vino a enterarse de golpe de su desgracia. Por de pronto, a la llegada a la tierra del frío (don Bibiano y los suyos se instalaron en su hotel de la Castellana en enero del 97) hubo una novedad, encantadora para Pedro. Néstor entró interno en un colegio. Era un niño «muy voluntarioso» —decía su madre, la condesa—. «De la piel del diablo» —añadía don Bibiano Arencibia—. Pedrito se alegraba de saber que el diablo tenía la piel blanca como Néstor, y no negra como él. Piedad seguía necesiéndole para sus juegos. Ahora consistía en rodar sobre alfombras, blandas como la hierba; en escaparse al jardín los días de nieve; en quemar muñecas descuartizadas en aquel gran fuego que ardía en el comedor. Mari Francisca lloraba algunas veces, pero Pedrito no comprendía por qué. Doña Gertrudis y la condesa la colmaban de mimos y de honores y no consentían que los criados blancos la hiciesen sufrir. Muy bien vestida siempre, era el ama seca de Piedad, la criada de confianza de las señoras y la mantenedora en la cocina de las tradiciones de Cuba. Detalle importantísimo, porque la condesa era de las que «no podían comer sin aguacate» y don Bibiano y su esposa adoraban el tasajito, la carne aporreada, el arroz en blanco, el majarete y otros platos de la tierra, que Mari Francisca aderezaba con verdadero primor.

De pronto vinieron juntos, en tropel, unos días tristes. Piedad y Pedro pasaban horas enteras en una habitación del fondo de la casa. Mari Francisca venía a verlos, y los besaba sollozando. Los criados andaban en puntillas. Una tarde, al fin, una señora de negro, muy elegante, vino a llevarse a Piedad y apenas se fijó en Pedrito. Este, solo, abandonado, triste acaso por primera vez en su vida, con esa insondable tristeza de los niños, que es pura intuición de la desgracia, se acercó a la ventana. El jardín, sin hojas, estaba envuelto por la lluvia. Allá al fondo, junto a la verja, se veía un coche de forma extraña, con ocho o diez caballos con plumeros en la cabeza; todo era negro: el jardín, el coche, los caballos y aquella gente que salía de la casa, llevando en los hombros una caja larga, enorme, que tenía encima una cruz. Pedrito creía comprender. Era un... entierro. Pero ¿qué era un entierro? Mari Francisca entró entonces y le tomó en brazos.

—Resa, hijito... Es la madre de Piedá... que se ha muerto de frío en esta España, donde también me moriré yo... Resa, hijito de mi alma...

La condesa había muerto de una congestión pulmonar, tan fulminante, que Oscar Arencibia recibió casi seguidos los cables en que le comunicaban la gravedad y el

fallecimiento. De la intensidad trágica de aquel período de su vida, y de la vida de sus amos, solo mucho más tarde pudo darse cuenta el hijo de Pedro Valdés. En febrero de 1898 los cubanos incendiaron *Los Mameyes*, y el fidelísimo capataz del ingenio aparecía colgado de una guásima, «por traidor». La fortuna de don Bibiano era muy sólida y, como decía Oscar desde La Habana, la demolición del batey y la quema de las cañaverales no eran sino «un contratiempo». Pero el corazón de la pobre Mari Francisca era menos sólido que la fortuna de don Bibiano y resistió mal la noticia de su desastrada viudez. Pedrito vio agotarse poco a poco a su madre, a pesar de los cuidados y atenciones de «los marqueses», pues nada de esto había sido obstáculo para que don Bibiano triunfase con sus millones en Madrid. Mari Francisca murió de nostalgia y de frío en 1900. Entonces comenzó de veras el calvario de Pedro.

Piedad tuvo una institutriz francesa, ya entrada en años, que le prohibía acercarse al *négrillon*. Piedad, por su parte, comenzaba a hacerse orgullosa. Tenía amigas y amiguitos que venían a merendar con ella, y con los que jugaba a la prendas y a la linterna mágica. Una tarde Pedro se escondió en el gabinete en que jugaban los niños. Piedad lo descubrió detrás de una cortina, y le dijo a un muchacho gordo y rubio, que no se quitaba de su lado: «Pégale para que se vaya». Él huyó antes de que ejecutasen la sentencia, y lloró largo rato en su alcoba, desconsoladamente. Pero seguía queriendo a Piedad, y esta, de vez en cuando, le sonreía, le daba un dulce o una estampa.

Como Pedro no sabía leer, la marquesa de Arencibia lo mandó por las mañanas a un colegio gratuito de religiosos. Un hermano de la Orden, compadecido de las burlas y puñadas que caían sobre el negrito, lo tomó por su cuenta, lo llevó a un rincón del refectorio y en seis meses le enseñó a leer, a escribir regularmente y a contar. Enterada la marquesa de este prodigio, mandó a Pedro a casa de un sastre para que le hiciese una librea.

—Empiezas por lacayo; pero ¿quién te dice que no terminarás en mayordomo? El hermano Julián dice que eres avispadísimo. Tienes a quién salir, pues tu padre «no comía bolas» y tu pobre madre tampoco...

«No comer bolas» quiere decir en Cuba ser listo, astuto, práctico en los combates de la vida.

Durante dos años Pedro fue un excelente lacayo, o más bien, un pajecito negro. La librea de los Arencibia, verde y gris, le sentaba perfectamente. Pedro era fino, esbelto, ágil, y más de una dama le miraba con sus impertinentes, como a un *bibelot*. Los criados blancos le odiaban. Los marqueses sentían, en efecto, una simpatía especial por el hijo de Pedro Valdés. Don Bibiano le daba grandes propinas diciéndole:

—Sé como tu padre, económico; cómprate una alcancía; aprende a guardar...

Él compraba caramelos, perfumes y cigarrillos. A veces volvía de los recados con la chaqueta salpicada de sangre. Alguien le había insultado, y él había hecho honor a su raza «pegándose con media dosena de blancos susios». Don Bibiano le reía la

gracia. Pero el hijo de Pedro Valdés sentía hondos anhelos de otra vida, de otros mundos donde el ser negro «no fuese tan difícil como en Madrid». Nadie, a excepción de los marqueses y de aquel hermano Julián, que había sido tan bueno como él, le llamaba por su nombre. Le ponían toda clase de apodos alusivos a su color. Los que más le molestaban eran los que, por antítesis, le recordaban lo que no era: «rubito», «merengue» y otros por el estilo. Prefería que le llamasen el «Betún» o la «Onza de chocolate». De todas suertes le irritaban las burlas de los blancos. ¡Eso de que el último golfo de Madrid pudiera «meterse» con él! ¿No valía más ser un negro limpio y vivir de su trabajo, que pasarse la vida pidiendo limosna, recogiendo colillas y rascándose la piel blanca comida por los piojos? Pero esta reflexión profunda no le consolaba de su desgracia. ¡Qué lata era ser negro! Y suspiraba, pensando vagamente en futuros desquites y en probables transformaciones de la tierra que pondrían al África por encima de Europa. Porque eso de que el negro era «inferior» lo habían inventado los, blancos. Habría que ver...

En casa de los marqueses no ocurrió en algún tiempo más novedad que la de ver un día senador a don Bibiano y otra a punto de ser ministro. Allá en Cuba a los dos o tres años de la independencia, «el caballero Oscar» se casó otra vez, restauró *Los Mameyes*, y Piedad y Néstor, «que no querían madrastra», se quedaron en Madrid con los abuelos.

Néstor salía de un colegio para entrar en otro. Cuando venía a casa, en vacaciones, solo pensaba en dormir y en pasear. Apenas si ponía en Pedro una mirada de desdén al darle alguna orden. No era valiente. Sabía que su abuelo, el marqués, no toleraba desmanes con el hijo de su antiguo colono; de otra parte, se preguntaba si Pedro tan alto como él y más fuerte, no sería capaz de responder con golpes a sus golpes. El blanco y el negro se medían, se consideraban como dos duelistas que proyectan un *match*. Desde niños no habían podido verse. La repulsión parecía recíproca y profunda.

Murió el marqués de Arencibia. Una carroza de Palacio asistió a su entierro. Vino Oscar de La Habana y comenzó la testamentaría. Néstor ya había heredado de su madre el título de conde de Virama. Para que lo honrase, su abuelo le dejaba tres millones. Piedad recibía dos. Los restantes, respetada la mitad de la viuda, recaían en Oscar, segundo marqués de Arencibia. Para el hijo de Pedro Valdés constaba en el testamento un legado de mil duros. Cuando Pedro manejó los cinco billetes, gastose dos en un mausoleo para Mari Francisca, uno en hacerse ropa —pues se perecía por vestir bien— y guardó los restantes en el fondo de su baúl.

El condesito, que tenía entonces dieciocho años, esperó a que el nuevo marqués de Arencibia se volviese a La Habana para hacer honor a su condado y a los millones de su abuelo. Era menor de edad y su padre le dejaba nombrado un consejo de familia. ¡Consejitos a él! Renunció a la carrera —que había comenzado con los escolapios del Escorial—, y lo primero que hizo, al instalarse en el palacio de la Castellana, fue entrar en estrechas relaciones con los más conspicuos usureros de la

Corte, comprar coches y caballos y decirle a Pedro, con una mirada entre cruel y protectora: «He decidido que me sirvas a mí».

Pedro bajó la cabeza, mordiéndose la boca. Su primer impulso fue de rebeldía. Dejar la casa antes que servir a Néstor. Con sus dos mil pesetas podía volver a Cuba, donde esperaba hallar pronto una colocación y donde estaría en su elemento. Dudó, calculó. Le tenía cariño a la casa de los Arencibia y los Virama, que era la suya. «Se le partía el corazón» a la idea de irse de ella para siempre como un criado que se despide. Aún algunas veces Piedad se dirigía a él, y cuando era para que le llevase alguna carta a su novio —a sus novios— le sonreía de tal modo que no podía menos de obedecerla. No le molestaba que Piedad tuviese enamorados, sino que hubiese crecido para tenerlos. Él la veía siempre chiquita, desnudita, como cuando jugaba con él. A pesar de haberse vuelto tan orgullosa, la quería. ¿No se habían criado a los mismos pechos? ¿Irse de aquella casa, no ver nunca más las cuatro paredes y los muebles de la alcoba de Mari Francisca, que era ahora la suya; dejar de oír la voz de la marquesa de Arencibia, de doña Gertrudis, siempre afectuosa con él?... Pedro titubeaba. Le daba miedo irse. Sus padres, sus abuelos, todos sus antepasados habían pertenecido a los Arencibia y los Soré. Él no les pertenecía, no. No era esclavo, sino hijo de negros «libres», y, no obstante, sentía por la casa un apego servil, una querencia de animal dichoso, algo que le avergonzaba y le enternecía a la vez.

Además, conocía poco el mundo. Los blancos le habían enseñado a pensar, a desear, a sufrir; pero no le habían despojado de aquel color negro que le pesaba como una librea de esclavitud. ¿Qué hacer? En ningún lado encontraría otra Piedad ni otra doña Gertrudis. ¿Podría aguantar al condesito? Iba a intentarlo, iba a ser humilde y respetuoso como su padre. Sería otro Pedro Valdés.

Néstor no tardó mucho en desengañarle. El conde de Virama era uno de esos adolescentes impulsivos y crueles que, cuando les acompaña la fortuna, no conciben el goce sin el abuso, ni la libertad sin el desmán. Guapo, elegante y millonario, se convirtió, en unos cuantos meses, en una celebridad del Madrid nocturno.

Jugaba y bebía. Era dadivoso y tramposo y, siendo más bien cobarde, se las daba de espadachín. Constituía ese tipo del señorito matón, que no deja de ser frecuente en Madrid. Pedro se habría reducido a complacerle —no sin saborear como un desquite aquella abyección de un blanco— si Néstor hubiese sido bueno con él. Pero el condesito sentía un odio estúpido por su criado y hasta una rivalidad recóndita. Pedro era más espigado y más ágil que él. Un día, en la habitación en que tiraba a las armas, le sorprendió haciendo unos fondos admirables y adelantando y rompiendo como un perfecto esgrimista. Seguro sobre las piernas, armonioso y rápido. Pedro hizo prorrumpir en un «¡ah!» de admiración a uno de los amigos del conde. Néstor se puso encendido de cólera e increpó a Pedro:

—¡Suelta ese florete! Te prohíbo que vuelvas a tocar nada de aquí... Estas son

armas para caballeros y no para negros ñáñigos como tú.

Pedro se irguió:

—¡Yo no soy ñáñigo!

—Eres... ¡No eres nada! *Los negros no son gente*. ¡Largo de aquí, en el acto!

Pedro salió lentamente, sosteniéndole la mirada. El negro y el blanco se midieron. La mano de Néstor pedía una espada con que matar. Dos siglos antes habría podido hacerlo y lo habría hecho. Ahora, no; el negro había caído en guarida como un señor.

Otra vez, en una orgía, una mujer le dijo a Néstor:

—Regálame tu negrito. Es precioso...

Néstor contestó:

—¿Y quién va a quitarme los zapatos? Si me lo pagas bien, es tuyo...

Pedro volvió a erguirse.

—¡A mí no se me vende!

Néstor lanzó una risa de desprecio.

—Imbécil, ¿de qué es tu sangre sino de esclavo? No, no repliques... ¿Desde cuándo un negro discute con su amo? Te lo digo y no lo quieres creer, los negros *no sois gente*, sino gorilas que han aprendido a hablar. Y tú..., tú eres un ingrato y un tunante que olvidas las mercedes que te han hecho en mi casa... No repliques y sírvenos champán...

Pedro iba a lanzar la botella contra Néstor, pero se contuvo. Era el hermano de Piedad. Llenó las copas. La orgía se hizo silenciosa, lánguida. Al verse en su alcoba, Pedro preparó su baúl, y contó sus ahorros y vio que tenía para volverse a Cuba y resistir algunos meses la falta de trabajo... No, no le era posible quedarse, «aunque se lo pidiera Mari Francisca». Y mordiéndose la boca y apretando los puños, concretó sus reflexiones: «... porque si me quedo, lo mato».

Se despidió de Piedad, de la marquesa. Díjole esta última que se quedase. No había que hacer caso de las «genialidades» del conde. Néstor era un niño. Pedro no podía discutir. La marquesa le hablaba de su padre, de Mari Francisca, tan afectos a la familia...

—Mira —le propuso—, te cambiaré a Néstor por mi primer mozo de comedor.

«¡Te cambiaré!». ¡Claro, si no era gente! Le cambiaban como una cosa.

Sonrió con dolor.

—La señora marquesa me perdone, pero quiero ser libre.

Doña Gertrudis repuso:

—Haces bien; pero yo nunca te traté como esclavo. Voy a darte cartas para Cuba, porque supongo que te irás a Cuba.

—Sí, señora.

Piedad guardaba silencio. La escena comenzaba a parecerle larga. Pedro, en actitud respetuosa, seguía la mano de doña Gertrudis escribiendo poquito a poco. Piedad se levantó.

—Bueno, Pedro, que todo te salga a pedir de boca... Y... ¡feliz viaje!

Nada más; ni un adiós con los dedos, ni una sonrisa en que se reflejasen los días dorados de la infancia. Piedad era la joven aristocrática y él un lacayo, el último del palacio, que se despedía. Dos lágrimas humedecieron sus ojos: las contuvo. Para ser libre necesitaba ser valiente. Ya estaba viendo lo que le daba aquella noble familia, por la que había muerto su padre en la horca, como signos de adiós: Néstor, insultos; doña Gertrudis, un poco de misericordia, y Piedad, una despedida glacial. ¿Qué iba a hacerle? Tomó las cartas que le tendía la marquesa. Se inclinó. Salió...

Dos días después, al atardecido, se encontraba en los muelles de Barcelona, contemplando las grúas hidráulicas, los barcos veleros, los vapores... Tendría que embarcarse en uno de los más grandes. Ya se había enterado. La Habana estaba lejos; no era como ir a Marsella o a Palma, y el pasaje, aun en tercera, «subía un pico». El viejo cargador que le explicaba todo esto le aconsejó:

—Tú tienes buena facha... Si te presentas con una buena recomendación en la Compañía Trasatlántica te tomarán de pinche... Y así, pelando patatas y fregando platos te sale el pasaje gratis. Es lo que hacen muchos.

—Gracias —murmuró Pedro—, estoy cansado de servir.

—Yo soy blanco y sirvo. De manera que tú...

El viejo le dirigió una mirada de lástima y se fue, enjugándose el sudor con un pañuelo de hierbas repugnante.

Pedro paraba en la Barceloneta por recomendación del cochero que había tomado al llegar. ¡Qué sórdido le parecía el barrio! ¡Y qué triste y sucia la alcoba que le alquilaron! Nadie quería admitir que un negrito como él llevase dinero encima. Y eso que estaba bien vestido y que hablaba y discurría como un blanco... Pues qué, ¿iba a seguir sufriendo? Antes de irse a Cuba visitaría Barcelona y se divertiría «pagando con su dinero». Además, se iba a dar el gusto de que le sirviesen los blancos... Desde Atarazanas subió hasta la Plaza de Cataluña por las Ramblas, ya encendidas, alegres, y en las que flotaba un olor de flores que a él le parecía el olor mismo de la libertad... Se le ensanchaba el pecho, nadie se fijaba en él. Era un hombre más en la muchedumbre. Una florista le prendió un clavel en la solapa, y él le dio una peseta, conmovido, temblando de felicidad.

Le atraían las terrazas de los cafés. Halló sitio en una. Pidió un refresco. Un limpiabotas pasaba perezosamente, tristemente, llevando su cajón como una cruz, y tuvo la ocurrencia de llamarle.

El limpiabotas se acercó. Era un muchacho pequeño, pálido, arrugado. Tenía cara de hambre. Se arrodilló en la acera frente a Pedro y comenzó el servicio de un modo natural, como si le diese lo mismo el color de las caras que el de los zapatos. Pedro le dio una peseta, y no quiso tomar la calderilla.

—Guárdatela.

El limpiabotas le miró despacio.

—¿Eres rico?

—No.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Porque ando buscando colocación, y sería tu criado si fueses rico.

—¿Criado mío?

—¡Anda! A mí el color no me hace nada. Yo soy más negro que tú... Mírame estas manazas... Yo he sido criado de un japonés... Pero me voy; no eres rico.

Pedro le asió de una manga.

—¡Oye!

—¿Qué?

—Algún dinero tengo. Te convidó a cenar.

—Pues sígueme... Dejo el cajón y te llevo a una taberna...

Fueron a una del Mercado de San José. El limpiabotas pidió monchetas, butifarra y mucho vino.

—Estoy triste, ¿sabes? Me aburro en Barcelona... Tú aquí, ¿qué haces? ¿Ti parle fransé?

—No.

—Me dije al verte: es de la Martinica. «De la Martini... Martini... de la Martinique!».

—Soy cubano —dijo Pedro, cortando la canción.

—¡Ah!

—Vengo a embarcarme.

—Con lo que te cuesta el barco podríamos largarnos los dos.

—¿Adónde?

—A París... Yo ya he estado en Francia, en Marsella, en París...

—¿Por qué no te quedaste?

—Cosas... Pero quiero volver. Llévame tú...

—Valiente idea. ¿Por quién me tomas?

El limpiabotas lo miró con lentitud, como estudiándolo.

—En París tendrías suerte... de «grun». Tienes el tipo.

—Estoy cansado de servir.

—Según donde sea. En un restaurante de París, en Montmartre, un «grun» de color y con estilo se hace de oro... Yo he sido «grun» en la plase Pigale, en la ru Fonténe, en le Jal...

—¿Y qué sacaste?

—Es que no me acompaña el tipo... Te tiene que acompañar el tipo...

—¿Y el color?

—¡Bah! ¡Los negros tiene *sucsés*, mucho *sucsés* en París! Decídetes...

Pedro dudaba. No sabía cómo decirle que no al limpiabotas. Llevaba sus dos mil pesetas en la cartera y alguna plata en los bolsillos. ¡Había oído hablar tanto de París! Era donde encargaban los sombreros la marquesa y Piedad y adonde había ido ya una vez el condesito «a corrérsela».

—¿Es bonito París?

El limpiabotas abrió una boca enorme. Sus ojos se humedecieron de emoción.

—¡El acabose! ¡No hay más allá! Anímate. Yo te serviré de intérprete. *Ye parle tre bien...* En el barco a lo mejor te vas a pique. ¡Eso del mar!... París está aquí junto, a veintitantas horas...

Dos días después entraban en París, por la estación de Lyon, como dos amigos que van juntos a su conquista. El limpiabotas se llamaba Luis Nonell, tenía veintiocho años y parecía un chicuelo o un viejo, según la luz y el punto de vista del que le mirase. Pedro le había dado algún dinero para ropa. Nonell le inspiraba confianza. Era su primer amigo. No había vuelto a hablarse de la diferencia de razas, pero Pedro sentía que Nonell le trataba con respeto y admiración, como si hubiese cambiado con mucho gusto su piel blanca, pero rugosa y lívida, por la que cubría, reluciente y tersa, el cuerpo de Valdés. En aquella unión, debida al azar y a la miseria, el blanco representaba la astucia desesperada, el dolor estéril, la picardía errabunda: las fuerzas negativas. Pedro era la salud, el entusiasmo y la fe. Luis llevaba veinte años de hampa. Pedro tenía en la sangre el vigor de tres lustros de higiene y abundancia. No obstante, hacían buena liga. Nonell iba a ser un maestro en artes pícaras para Pedro. Este iba a corresponderle, por de pronto, con su protección económica. En realidad, la situación hacía del blanco un servidor del negro.

Se instalaron en un hotel ínfimo de un pasaje de Montmartre: los dos en la misma alcoba. Nonell era ahorrativo y quería que «los cuartos» durasen mucho. Él había calculado que con trescientos francos al mes podrían vivir los dos «como dos Rochiles». A Pedro, después de los gastos del viaje, le quedaban mil setecientos.

—*Ti parles!* ¡Tenemos para medio año! —decía el catalán, contentísimo de no hacer nada, de vivir en París «a lo grande».

Y comenzó una vida maravillosa. Era el mes de junio. Las avenidas, los bulevares y los jardines despleaban su gracia estival. Luis condujo a Pedro a todos los *cabarets* del Boulevard de Clichy: al del «Cielo», al del «Infierno», al de la «Nada». Le enseñó, desde fuera, los restaurantes nocturnos de la Place Pigalle y de la Place Blanch... Subieron al más económico de todos, y a Pedro le deslumbraron los espejos, las cocotas y los tziganes. Observó que las mujeres le miraban y le sonreían. Una vino a sentarse junto a él, y la cara comenzó a arderle de vergüenza. Nonell le decía al oído:

—Mándala a paseo... Es de lo último. Tú te mereces más...

Fueron a la feria de Neuilly. Entraron en casi todas las barracas, montaron en varios tiiovivos, y comieron almejas y patatas fritas. Aquello era vivir... ¿Y los grandes Bulevares? Pedro se detenía ante todas las tiendas y le señalaba al *noy* las mil cosas bonitas, los mil objetos elegantes que le habría gustado comprar: aquella camisa..., esta sortija..., este reloj...

—Ya se ve que eres de buena casa —le decía Nonell, apartándole de la tentación.

El dinero se iba con mayor rapidez que la calculada, por culpa de Pedro. Nonell

era frugal y humilde y cualquier tabernucho le parecía suficiente para contentar el estómago. Valdés prefería los restaurantes con espejos y manteles del Boulevard de Batignolles y la Place Clichy. También necesitaba bañarse, «con jabón y todo».

—Has nacido para príncipe —criticaba Nonell.

—Gracias a que es verano y podemos dormir con la ventana abierta, porque mira que hueles mal...

El catalán no se ofendió.

—Pues mira, vamos a bañarnos al Sena.

Y fueron a la piscina de la Samaritana.

Después del 14 de julio, que celebraron como dos franceses, hicieron balance de su fortuna. Les quedaban ochocientos francos.

—Si no encogemos la tripa, habrá que trabajar en septiembre, que es todavía la *morte sesión*...

Pedro prometió refrenar sus ansias de lujo. Algunas noches comieron en un banco del «square» de Anvers pan y salchichas. Luego, de pie, en un bar, bebían por diez céntimos cada uno una taza de café.

Pedro protestaba:

—¿Y tú decías que en París...?

—Espera, hombre. Ahora estás aprendiendo. ¿No hablas ya francés? Quéjate de mis lecciones.

—No me quejo. Sabes mucho, Nonell... Pero la pobreza me aburre...

Una noche en la escalera sórdida y mal alumbrada del hotel una mujer rubia y alta tomó a Pedro por un brazo...

—Soy tu vecina. Tengo el *pépin* por ti...

—No vayas —susurró Nonell.

—Sí, voy —dijo Pedro.

Fue su primera aventura. Durante algunas noches compartió la alcoba de la *grosse Niní*, una de esas muchachas que circulaban entre la Place Pigalle y el café de León, gran *rendez-vous* de cocainómanas. Nonell no aplaudía aquellos amores.

—Ten cuidado, Pedro... Mira que la *grosse Niní* es capaz de jugarte una...

Pedro se ofendió. Estaba orgulloso de aquel gran juguete de carne blanca que le había regalado París. Cuando no llegaba borracha, Niní lo acariciaba, diciéndole: «¡Qué bonito eres...!; tu piel es más suave que la mía...», y otras cosas en *argot*, cuyo sentido lúbrico adivinaba entre avergonzado y dichoso. ¡Bah, él no era ningún idiota y tampoco Niní había intentado ocultarle su oficio! ¿A qué venían los sermones de Nonell?

—Tú eres un envidioso —le dijo.

—¿Yo? —repuso Nonell, con un gesto de repugnancia que le hizo daño en el corazón. ¿Tan poco valía Niní, que aquel hambriento la despreciaba?

—Es que tú no la has visto —murmuró con una sonrisa evocadora.

Cuando se quedaba dormida a su lado, él la contemplaba y le parecía amasada con harina y leche. No sabía cómo definir su blancura, ni cómo explicarse el misterio de que la sangre, roja en todas las razas, tuviese tan distintas envolturas. Tampoco era triste el comparar su carne con la de ella. Lo blanco y lo negro, ¿no iban siempre juntos?; ¿no eran los dos colores *que pegaban* mejor? ¡Bah! Nonell era un envidioso y él quería a Niní...

Una noche, Niní estuvo más cariñosa que nunca. Llegó temprano con un paquete de dulces y dos botellas.

—Vamos a divertimos mi negrito y yo...

Pedro se despertó muy tarde. Niní había corrido la cortina de yute, y sobre la alfombra, usada hasta la trama, solo se veía un hilito de sol. Pedro se lavoteó de prisa, se vistió contento. ¡Qué buena era Niní! Se había marchado sin hacer ruido para que su *petit négre* descansase a gusto. Al ponerse la americana, Pedro tuvo una sorpresa: pesaba menos que la víspera. Registró los bolsillos. Dio un grito:

—¡Niní!...

El que entró fue Nonell.

—Yo ya te lo decía... Era un *entôleuse*..., una ladrona... Vámonos al *commissariat*...

Pedro sollozaba.

—No, no... Lo que quiero es verla...

—Se irá a otro barrio o fuera de París. Mejor la policía...

—La polisía, no... Verla... Verla...

Nonell, mientras Pedro lloraba, apretando los puños y mordisqueándose la boca, habló de las hijas del arroyo con la sabiduría de un *groom de cabaret*.

—Me he criado con ellas, Pedro... Ahora, dime, ¿de qué quieres vivir?

—No sé.

—Cuando tengas más práctica, en lugar de quitarte el dinero te lo darán... Tú le gustabas a la Niní, pero su *mec* la mandó que te robase y... *voilà!*

Pedro se enjugó los ojos. Y con un gesto de energía:

—¡Vamos a buscar trabajo! —exclamó.

Nonell tenía la vuelta de un billete: unos cuarenta francos. Era agosto, la *morte saison*. ¿Dónde colocarse?

Recorrieron todos los *restaurants* de noche y las fruterías españolas próximas al Mercado Central. Nadie necesitaba dependiente. Allá para octubre, a la *rentrée*, acaso hubiese algo... No era posible vivir con cuarenta francos hasta octubre. Pasaron cinco días angustiosos. Nonell no perdía la serenidad. La miseria era su mejor amiga... Iba a terminar el alquiler de la alcoba. Pedro pensaba en Niní, en Mari Francisca, en Néstor y sentía, muy hondo, un indefinido anhelo de descanso, de paz...

—Yo me tiro al Sena, Nonell...

El *noy* le abrazó. Dos lágrimas colgaban de sus ojos tristes.

—¡Mañana estamos colocados, me caso en diez! Yo te he traído a esto —«esto» era París— para que triunfes...

Y desapareció.

Pedro no pudo dormir. Tenía hambre. Tenía miedo. París se le antojaba un monstruo, blanco y embrujador, como Niní.

Nonell apareció de madrugada.

—¡Come! —le dijo.

Le traía carne y pan en unos papeles. Pedro devoró, mientras el *noy* decía:

—Estamos colocados, ¿sabes?

No era gran cosa. Eran dos plazas en el *restaurant* español de Serafín, en el Faubourg Montmartre. Nada de sueldo. Lo comido por lo servido y las propinas.

—Tú vas de *botones* y yo de fregador... He escogido lo mejor para ti porque te lo mereces... A mí me da lo mismo.

Pedro le dio un abrazo y le preguntó:

—¿Cuándo empezamos?

—Mañana.

Serafín era un perfecto pícaro, y su «restaurant» *une boîte*, en la peor acepción del vocablo. Nonell y Pedro tenían que mantenerse de sobras de cocido y de arroz. Pero a la sala alta del *restaurant* venía casi todas las noches un hombre de tez bronceada y barba negra, que parecía un moro.

—¡Es Juanito Monterde! —explicaba Nonell—. En todos los *cabarets* y en el «Tabarin» tocan su música. ¡Es el autor de *La Cipaya*! Y tiene un corazón así...

También subía un profesor de guitarra, muy en boga en Montmartre y en el Faubourg Saint-Germain. Porque Eladio Cáceres lo mismo salía a un escenario, dando aire y ritmo a una zambra, que ponía cátedra en un salón. Algunas señoras «de la haute» eran alumnas suyas.

—Gana lo que se le antoja —decía Nonell.

Y aquellos dos hombres estaban a punto de asociarse para abrir un *restaurant* de noche que se llamaría *El Patio*. Un *cabaret* español.

—Ahí —insinuaba el catalán— es donde tenemos que meter nosotros la cabeza. Háblale a Juanito Monterde, que se ha fijado en ti.

Una noche Monterde tenía invitados a su mesa. Eran Hernán Flores: el pintor andaluz que iba a decorar *El Patio*; López-Carrera: el famoso cronista que iba a lanzarlos en sus artículos, y Simeón Fabricio: un gran poeta, que pensaba beberse todo el *champagne* y todo el *whisky* del *cabaret*. La inauguración sería a últimos de octubre. Cáceres se ocupaba del bar, de los *tziganes*, de los bailarines. Ya tenía contratados al gitano Manuel y a sus dos hijas. También era cosa de traerse al *Patio* a la «Maja» y a «Frasquito el Rubio», que estaban en el «Royal». Por su parte, Hernán concluía sus *panneaux*: ya estaban listos el del Corpus en Sevilla, el de una zambra

en el Albaicín y el de los novios a la reja... Solo le faltaba el de asunto taurino y no sabía qué hacer. López-Carrera la propuso «el paseo de las cuadrillas», porque las francesas se asustaban, hasta en pintura, de la «suerte de varas». Simeón Fabricio, paladeando un regular borgoña, votó «por el espada recibiendo al toro», y Juanito, interrogado a este respecto, contestó muy montmartrescamente *qu'il s'en f... pas mal!* De todos modos resultaría una España de pandereta, la única que daba dinero en París y, en resumidas cuentas, la mejor de todas.

Apareció Eladio a los postres y dijo que no le faltaba nadie del personal. Tenía hasta las señoras del guardarropa y el tocador. Entonces, tímidamente, y empujado por las sugerencias de Nonell, Pedro se dirigió al músico:

—Don Juan, ¿me da usted su permiso?

El compositor le miró afablemente, con sus ojos tristes y sensuales.

—¿No he de dártelo? ¿A que sé lo que quieres? ¡Ser el botones del *Patio!* ¿No es eso?

—Cabal, don Juanito...

—Pues desde que te vi se lo dije a Cáceres y se te nombró botones, *groom* y *chasseur* del *Patio*...

—Muchas gracias, don Juanito..., pero ¿y Nonell?

—¿Quién es Nonell?

—Pues... Nonell... Mi hermano, como quien dise... El *plongeur* de aquí.

Cáceres intervino:

—Ya sé quién dices. Es un golfo rematado. No hay quien haga carrera de él...

Una verdadera angustia oprimió el corazón de Pedro. Y, balbuciente, dijo que sin Nonell no podía colocarse; que Nonell era «un pedaso de pan», y que Nonell...

Simeón Fabricio le detuvo:

—Cállate. No nonelices más. Yo interpondré mi influencia...

Y quedó admitido el antiguo limpiabotas de las Ramblas, entonces fregador *chez Serafín*, como segundo botones de *El Patio*. Pedro se precipitó a la cocina, para comunicarle la fausta nueva. El poeta celebró «a aquel negrito extraordinario», que era una adquisición para el *cabaret*.

—¿Han visto ustedes su línea, su perfil?

—¡Sería un gracioso lacayo para De Max!... —exclamó López-Carrera.

Simeón Fabricio levantó una mano episcopal.

—Ese negrito lindo será una víctima de Venus, como yo, señores, lo seré de Baco. ¡Por Dios, Hernán, bebe usted el *Grand Marnier* como el *Agustín!* ¡No hay derecho!

Y el gran poeta se apoderó del frasco. Era un hombre grande, de faz abotagada y lechosa. Por el cráneo parecía un caribe, por la disposición de los ojos un asiático y por la boca y la nariz un negro. Predominaba esto último. Se hubiese dicho un dios negro pintado de blanco. En sus poemas inmortales los caprípedos pasaban haciendo resonar sus pezuñas sobre la tierra, crujían las montañas y sollozaban las diosas... Simeón Fabricio vivía embriagado —según el consejo de Baudelaire— de vino, de

ensueño y de amor. ¡Cuántas veces hubo de bendecirle Peter! Sin su borrachera de aquella noche, en la fonda de Serafín, acaso no hubiesen ido de botones a *El Patio* el negrito aventurero y el hampón catalán. Y hubiese sido otro el destino de Peter Wald...

En aquella época los negocios iban bien en París. Era una época de confianza y de paz. Monterde había estrenado en el *Empíreo*. Cáceres ganaba los luises a puñados. El gran Simeón dirigía un «magazine», López-Carrera estaba en el apogeo de su fama. Hernán Flores colocaba bastante bien sus cuadros (los de la «España Negra»), y hasta el propio Serafín, en su fementida fonda, tenía de parroquiana a la Fortuna.

La inauguración de *El Patio* fue un acontecimiento montmartresco, casi parisiense, y casi, casi universal. Las personas enamoradas de la España de «Carmen» acudieron a aquel patio de la rue Pigalle, que reproducía —fatalmente, convencionalmente— uno de la Alhambra.

La novedad duró poco. Muy pronto *El Patio* fue un *cabaret* más, en el que predominaban los ingleses, los tudescos y los argentinos. El *champagne* costaba tanto como en *Maxim's*; en cambio, el Jerez y el Oporto —especialidades de la casa— costaban más caros que en *Maxim's*. Monterde decía:

—Le van a llamar al *Patio* la *Sierra... Morena...* ¿No hay modo de refrenarse, Eladio?

Y Eladio respondía:

—Mientras tenga bebidas gratis Simeón Fabricio, no...

De todas suertes, *El Patio* prosperaba. La orquesta era admisible. Había tonadilleras y bailadoras; pero ¿a qué negarlo?, aquella sala, con su aire enrarecido y humoso y sus emanaciones de carne femenina, se diferenciaba poco de las demás... Las mismas mujeres, los mismos tipos. Cada *boîte* una estación del vía-crucis del juerguista. Sin la faz morena de Monterde y la mirada báquica de Fabricio, hubiese sido difícil encontrarle al *Patio* una personalidad.

A no ser... A no ser que se la comunicasen precisamente las figuras más humildes del *restaurant*: Pedro y Nonell. Tal era la opinión de una gran parte de la clientela. Nonell era gracioso, *drôle*. Pedro, ¡ah, Pedro tenía encantadas a las señoras! Era «un amour» aquel negrito. Con su pantalón oscuro y su chaquetilla roja, esbelto y elegante, recordaba a los criaditos de color de las revistas que se hojean en el *boudoir*. Solo que Pedro no era fácil... De su grande y triste aventura con la *grosse Niní* le había quedado una instintiva repugnancia por las mujeres: todas le parecían falsas y traidoras. Una blanca no querría nunca a un negro *de corasón*... Aquellas blancas le olían todas lo mismo que Niní: le daban miedo y, sobre todo, asco. Lo que él quería era trabajar y divertirse. Le atraía el baile, le sugestionaba el baile. Hubiera querido ser rico para pagarse un profesor. A veces, en el vestíbulo, bailaba solo o con Nonell. Una noche les sorprendió *La Esmeralda*, una *cocotte* vieja y fea, que bailaba

muy bien.

—¿Quieres que te enseñe yo?

Y como Pedro dudase:

—A *l'oeil*, ¿sabes? Es que con dos o tres lecciones te bastará... Ven mañana a casa.

Le dejó sus señas. *La Esmeralda*, que vivía en dos habitaciones abuhardilladas de la rue des Abbesses, no tenía piano. Pero esto era lo de menos, porque Nonell poseía un ruiseñor en la garganta, o, más bien, una orquesta en miniatura. Nonell, si no hubiese sido un inveterado golfo, un incurable gallofo, un ser nacido para la calle, el hospital y la fosa común, habría podido ganarse la vida en un *music-hall*. Silbando solamente imitaba la flauta y el violín, y ayudándose de un trocito de madera o de un pedazo de cartón... se atrevía con Wagner.

Nonell, en consecuencia, sirvió de orquesta de *tziganes* en la buhardilla de *La Esmeralda*, en aquellos días históricos del aprendizaje de Peter. Era de ver al *noy* inflando los carrillos, estirando el hocico ratonil y llevando, al mismo tiempo, el compás. Pero el negrito y su maestra no se fijaban en él, transportados por la alegría de la danza. Pedro no necesitaba grandes explicaciones. Una semana le bastó para ser un bailarín discreto.

—Ahora, a practicar —le dijo la *cocotte*.

Entonces Pedro comenzó a bailar en *El Patio* con algunas bailarinas complacientes y algunas damas caprichosas. Había que bailar en la cueva, entre las cestas de *champagne* y las cajas de jerez, y a la luz débil de una sola bombilla eléctrica. La música de los *tziganes* llegaba debilitada, casi dulce: no se oían los chirridos de los violines, ni los golpes contra la madera del violón. Era una música suave, acompañada por los pasos de los bailarines sobre la alfombra. Aquel aire clandestino, aquel misterio, encantaba a Pedro. Le parecía hallarse solo en el mundo, solo en París. La mujer que llevaba junto a sí era un fantasma que le seguía sumiso en sus marchas cadenciosas, en sus flexiones elásticas, en sus vueltas rápidas y justas. El baile le comunicaba una fuerza y un placer desconocidos. Era como si se encontrase en su verdadero elemento, en la atmósfera de su alma, en la propia razón de ser de su existencia. Y era dichoso, incomparablemente... Cuando el sumiller o algún mozo del bar venían a buscar botellas, no era raro que se quedaran un instante para contemplar a Pedro.

—*C'est épatant* —decían.

Y ese *épatant* comenzó a propagarse de la bodega al bar, y del bar al lavabo, y del lavabo a las mesas, hasta que todos los concurrentes de *El Patio* supieron que el negrito era un bailarín admirable y reclamaron su presencia en la sala. Monterde y Cáceres accedieron.

—Desde pasado mañana bailarás arriba —le dijo don Eladio—. Ahí tienes doscientos francos a cuenta de tu sueldo para un *smoking*.

—¿Y Nonell? —preguntó Pedro.

Cáceres le puso una mano en el hombro y le miró profundamente, como si quisiera «calarlo».

—¿Tú eres tonto?

—No sé.

—No; no lo eres. Tú vales... y llegarás. Pero suelta pronto a Nonell, que es un peso muerto. Si no fuera por ti le habría ya despedido veinte veces. ¡Pues no recoge las colillas de la parroquia, el muy guarro!

Pedro obtuvo que se respetase la colocación del Nonell, prometiéndose favorecerle desde las alturas esplendorosas a que le elevaba, de un soplo mágico, la suerte. ¡Bailarín en *El Patio*! ¡Bailarín de *smoking*! Sus dos pies, con escaupines de charol, tenían por delante la alfombra enorme y mullida de París. ¡Cómo sabría deslizarse en ella!

Fue el principio de su ascensión. Dos semanas bastaron para propagar su nombre por el París nocturno de los *music-halls*, los bailes y los *cabarets*. Su fama descendía de la *Butte* al *Boul Mich*, no sin hacer escala en los cafés y bares famosos de las cercanías de la Opera. Se oía hablar de Pedro en el *Moulin de la Galette*, en el *Café de París* y en *Bullier*: en todas partes. Cáceres y Monterde se felicitaban de aquella *trouvaille*.

—Es de oro el negrito este...

—De oro...

*El Patio* lo ganaba a espuestas. De los establecimientos más ricos de la Place Pigalle le llegaban proposiciones fabulosas al flamante bailarín, pero él no olvidaba las mercedes de don Juanito, de don Eladio, del gran Simeón, y, ganando menos, prefería quedarse en *El Patio*. Además, *El Patio* le parecía suyo, y en *El Patio* estaba, siempre con su librea dudosa y su sonrisa triste y apacible, Nonell. Quería a Nonell. Era el primer blanco que no se había fijado en su color. Y ahora, cuando el negro triunfaba y tenía muchos luses en el bolsillo del chaleco, Nonell, pobre y desventurado, no le envidiaba, no le decía siquiera: «Yo fui quien te traje a París». ¡Ah, si todos los blancos hubiesen sido como Nonell!

Pero ¿quién se acordaba de las infamias del condesito y de la indiferencia de Piedad? Ahora solo había tiempo para bailar y dormir, para comer golosinas y aceptar, de mesa en mesa, copas de *champagne*. Su vida no podía ser más dichosa ni más simple: se acostaba a las siete de la mañana, y ocho horas después Nonell venía a despertarlo. Íbase con el *noy* de paseo o al cinematógrafo. A la hora del aperitivo no faltaban en *El Patio* algunos clientes. Después, la comida en un buen *restaurant*, la vuelta a casa para ponerse el *smoking*, dos o tres horas de mariposeo por los *bares* y cafés, en que se le admiraba y, al sonar la medianoche, al *Patio*, a trenzar sobre alfombra los bailes predilectos de París. Nonell no le perdía de vista.

—Tengo que defenderte de esas grullas y esas garzas que te hacen el amor.

—Déjales. Todas son como Niní, y a mí no hay blanca que me la dé...

—Dásela tú a ellas; no te dejes consumir ni explotar, pero vamos..., ya me

entiendes.

—¡Bah!, no me gusta eso...

Quería decir el vicio y las bajas combinaciones galantes.

—Negro y todo, no he nacido para *gigolo*.

—Di tú que eres un soberbio bailarín y, además, para que lo sepas, uno de esos que llaman *romantiques*. Aún te duele lo que te hizo la *Grosse*...

—Cállate..., no me mientes a esa ni a ninguna. Yo solo sirvo para bailar...

Y bailaba cada día con mayor elegancia y en un estilo más depurado, más «suyo». Monterde y Simeón Fabricio le sentaban a su mesa, famosa por sus victorias sobre el *whisky*. Una noche, mejor dicho, un día, mientras el alba despuntaba entre las cúpulas del *Sacré Coeur*, Monterde le puso una mano en un hombro, se acarició con la otra la barba de visir y, envolviéndole en su soñolienta mirada de alcohólico, le dijo:

—Pedro, tengo que proponerle un negocio. Voy a estrenar una española en el *Empíreo*, y varios números he pensado que podría bailarlos usted: un tango, un danzón, una machicha y un zapateado. ¿Qué le parece a usted?

El éxito había ido dando a Pedro el aplomo y la astucia mercantil de los «artistas» solicitados por las empresas.

—Tendría que pensarlo —respondió.

—Pues —repuso Monterde— piénselo y verá como le conviene.

—¿Y don Eladio?

Fabricio y Juanito se miraron con una sonrisa que Pedro interpretó de este modo: «Cáceres y Monterde están en vísperas de separarse».

—Don Eladio —explicó francamente el músico— se ha quedado solo con esto. Parece que yo ya me he bebido mi parte. Ahora, tú me dirás cómo procedo mejor, si dejándote aquí, donde eres un *danseur* de sala de Montmartre o lanzándote en un teatro de renombre universal como el *Empíreo*. Puede que Cáceres diga que le arrebato el éxito; pero a ti y a mi, ¿qué nos importa lo que diga Cáceres? Él te da, ¿qué te da?...

—Tres luises.

—Ocho tendrás en el *Empíreo*, cien noches aseguradas y luego... el mundo para ti. Tú sabrás que varias operetas mías se hacen en Londres, en Viena en Nueva York...

Simeón Fabricio acercó su boca de Sileno a una oreja del bailarín:

—No dudes, hijo. Lo que Monterde te propone es la gloria..., la gloria...

Y el aliento del poeta caldeó un instante la cabeza de Pedro, abrumándola, exaltándola. ¡La gloria! ¡La gloria! Aquella palabra mareaba como el vaho que despedían los labios hinchados del poeta: era una palabra que olía a escotes de mujeres y a *champagne*, una palabra que le daba miedo y ansias de posesión. Pedro se irguió:

—¿Ustedes creen en mi triunfo?

—Te lo he profetizado, hijo —murmuró Fabricio—, y, en su nombre, ofrécame

algo..., porque ya no quiere fiarme Cáceres, ese bandido que te explota, que nos explota, pues la gente viene aquí a verte bailar y a verme libar en esas flores —dijo señalando la copas vacías—, que marcan el camino de mi sepulcro.

Dos lágrimas arrasaron sus ojos pequeños, inteligentes y oblicuos: sus ojos de mandarín. Pedro saludó al poeta y al músico. Los *tziganes* atacaban el vals de moda, y bebedores y danzantes esperaban su «salida», que era siempre un asombro de elegancia y de ritmo.

Pedro había sentido siempre una gran admiración por los teatros de variedades y los cafés-conciertos, pero ninguno le parecía más hermoso que aquel *Empíreo* enclavado en pleno Bulevar. El *Moulin Rouge*, con sus aspas iluminadas, era una cosa de Montmartre, una guarida de «Ninís» y de los clientes y los amantes de las «Ninís». Las *Folies Bergères* ya eran algo más serio, más caro. Él no podía pasear por su anchuroso patio, transformado en café, sin realizar un leve esfuerzo para no perder su pose de negro elegante, fino y desdeñoso de la carne blanca y emponzoñada de las *cocottes*.

Le gustaban las *Folies Bergères*. Hombres de todo el mundo —blancos, cobrizos, amarillos y negros como él— circulaban por su *promenoir*, entre las mujeres que solo se fijaban en el color de sus monedas y sus billetes. Le gustaba el verde de la menta y el oro del *champagne* en las copas del *hall*. Le sorprendían las revistas luminosas, mágicas, con sus teorías de *girls* blondas y blancas como muñecas de *biscuit*, moviendo con graciosa rigidez las piernas y dando, al terminar el número, unos gritos encantadores. Le agradaban el frac azul o el terno hoja seca del *compère* y los vestidos vaporosos y centelleantes de la *commère*. Seguía con atención los trucos, los juegos de luz, los efectos coreográficos. Nada escapaba a su admiración comprensiva, a su intuición del buen número de *varietés*. Después de las *Folies* y sus estupendas revistas, admiraba algunas *vedettes* sueltas, no muchas; era difícil; necesitaba algo muy personal: una Mistinguett, un Polin, un Mayol, una Polaire... Pero acaso porque Juanito Monterde estrenaba allí sus *espagnolades*, o porque las luces de su vestíbulo se reflejaban sobre el Bulevar, es lo cierto que el *Empíreo* —con su *foyer* anchuroso, su *hall* enorme y su sala monumental— se le antojaba el *non plus ultra* de los teatros y, sin disputa, la basílica de las *varietés*. Debutar en el *Empíreo* era algo portentoso, increíble.

Dieron principio los ensayos. Su pareja, una húngara, bailaba bastante bien. El director del *Empíreo* y don Juanito parecían contentos. Los bailes de Pedro se acoplaban perfectamente a la revista.

—Gustará usted —afirmaba el director.

A pesar de los esfuerzos de Pedro, no había sido posible contratar a Nonell. «No tenía figura...». «Parecía un mendigo...». «Eso de imitar instrumentos con el gajnate era un número muy sobado y que gustaba poco». Nada, que no había manera de sacar adelante al *noy*. Porque, naturalmente, don Eladio le había despedido con cajas destempladas del *Patio* al enterarse de «la traición» de Monterde, de Pedro y de «ese

curda lírico» de Fabricio. Sin la honrada amistad de Pedro, Nonell hubiese vuelto a encontrarse en los caminos que conducen, con más o menos curvas, a la Morgue o al Sena. El negro quería al blanco, y le dijo:

—Tú te encargarás de vestirme en el teatro y, en lo demás, como antes: ni tuyo ni mío. Pero, eso sí, tenemos que mudamos de hotel, que mejorar. Yo quiero una bañera para mí solo...

Nonell frunció toda su cara ratonil.

—¡Cuidado que te gusta el agua!

Y comenzó otra vez la vida de grandezas. Monterde había triunfado en el *Empíreo*. De todos los números de su revista española, los más celebrados eran el tango argentino, la machicha brasileña y el danzón cubano. También tenían éxito una zambra gitana y un baile de candil; pero nada había impresionado tanto al público y los críticos como la *línea* y la *manera* del «danzarín de ébano».

El antiguo lacayo del condesito de Virama y exbotones de Serafín había pasado de la sala alfombrada del *Patio* al escenario del *Empíreo* con la facilidad con que se cambia de postura en los sueños. Le habían dicho —Nonell entre otros— que el público, fiera de mil cabezas agazapada en las butacas, en los palcos, en toda la parte del teatro «que se quedaba a oscuras», era terrible, y que las primeras veces «daba mucho miedo». ¡El público! ¡Pero si él no veía nunca a nadie cuando bailaba! ¡Si él, cuando bailaba, creía rodar entre nubes, mecerse en troncos flexibles de palmeras y describir curvas rápidas de insecto! ¡Si él, cuando bailaba, no era él! Le daba risa el público.

Nonell abría los ojos.

—Bueno, es que vales tanto...

Valía tanto, que Juanito y el director le renovaron la contrata con doble sueldo, antes de que se presentasen otros empresarios y *revuistes* que olfateaban el número excelente y todavía económico.

A pesar de su instinto de hombre nacido para el éxito, Pedro no comprendía del todo las combinaciones de los agentes y empresas de *varietés*. Le faltaba experiencia. Además, el *Empíreo* era su primer *réclame* con vistas al mundo entero, y cuando alguien venía a decirle: «Le explotan a usted; Hilder, el bailarín blanco que se pinta de negro en la revista de *Folies Bergères*, y que no sirve ni para descalzarle a usted, cobra cuatrocientos francos», él se encogía de hombros y murmuraba: «Ya ganaré yo pronto cuatrocientos mil». Y tampoco era posible portarse mal con Monterde.

Entretanto, la vida se deslizaba felizmente. Vivía con Nonell en un pisito amueblado en una de esas calles que nacen a espaldas de la Magdalena y concluyen junto al Boulevard Hausmann, en una de esas calles que no pueden nombrarse sin una sonrisa o un guiño de ojos, porque son las más abundantes en nidos de alquiler, en nidos elegantes y caros para el turista rico y la *petite femme* bien vestida del *Empíreo*, del *café de la Paix*, del *Bar Duffot* y de otros lugares semejantes.

Cautamente había vuelto a acercarse a las Ninís. Mejor dicho, se dejaba querer,

adorar, satisfaciendo de tarde en tarde el capricho de alguna *girl* del *Empíreo* o de alguna muñeca del Bulevar. Pero sin hacerse ilusiones.

Nonell, vestido de negro y relativamente limpio, era su ayuda de cámara, su administrador y su hermano; pero aquella vida, más bien metódica, le sentaba peor que la otra, la del hambre. Adelgazaba lo poco que aún podía adelgazar. Parecía un muñequito de papel mascado con una pincelada de bermellón, que era la boca. Esto aparte, no se quejaba nunca. Era un hombre que no se quejaba nunca, que sonreía siempre, y cuyos ojos solo dejaban de ser burlones al fijarse en Pedro; entonces se cubrían de ternura y admiración. Sus grandes placeres de aquella época eran beber ginebra con hielo y granadina en los *bares* y concluir los cigarros que Pedro arrojaba a medio fumar.

—Siempre serás un *cochon*... —le decía Pedro.

Y él respondía:

—Tú déjame... Me he hecho a las colillas y me da asco lo otro.

Al agotarse el jugo de la revista de Monterde, Pedro no tuvo más preocupación que la de escoger entre varias ofertas. Se decidió por una, de Londres, Nonell hizo el equipaje, y allá se fueron el danzarín y su limpiabotas, seguros del éxito. El tren, en coche-cama hasta Boulogne; el vapor, el mareo, la llegada a Folkestone, donde les esperaban un intérprete del Alhambra, y después doscientas noches de trabajo en Londres, en esos grandes *music-halls* de Trafalgar Square, y doscientos días de abundancia y felicidad... De felicidad relativa, porque la niebla de Londres hacía toser desgarradoramente a Nonell, y cuanto inventaba Pedro para distraerle era inútil. Sin decir nada, el *noy* estaba triste. Había dejado de silbar, y eso que la música de las revistas de Trafalgar Square era la más a propósito para la orquesta de su garganta. ¡Pobre Nonell! Cuando el *noy* sorprendía la inquietud de Pedro hacía un esfuerzo para tranquilizarle:

—Es la vejez, ¿sabes? Que me ha caído encima, de pronto, como un fardo.

—Pero ¿tú qué edad tienes?

—Ninguna.

—¿Y la de tus papeles?

—Treinta; una mentira. Yo debo de tener cincuenta o sesenta; pero no te apures; viviré lo que haga falta para no separarme de ti...

En Londres surgió una contrata para los Estados Unidos. Era por el mes de marzo. Al llegar a Nueva York sería la primera. Luego irían a México, a La Habana.

—Ya verás cuánto sol.

—¡Ah, sí; a veces tengo ganas de ver sol! ¡Pero aquí, en Londres, solo despachan niebla!

Se embarcaron en Liverpool. Pedro hablaba fácilmente el inglés, y como el *noy* se había resistido a aprenderlo y estaba debilísimo, tuvo él que dirigir el viaje. Nonell, pasados los días del mareo, se animó. Le sonreía a los furiosos del mar, le hacían gracia todas las evoluciones de los marineros, y nada le gustaba tanto como asomarse

a las calderas y recibir en la cara su calor de infierno.

—Oye, ¿hará en La Habana este calor?

—Creo que sí.

Pedro estaba dispuesto a renunciar a la contrata de los Estados Unidos con tal de que Nonell se curase.

—Puedes estar tranquilo. Si no te sienta Nueva York, tomamos el tren para México o el vapor para Cuba. Tú lo que tienes es frío en los huesos, nada más.

~Tú no te ocupes de mí y no vayas a perder un buen negocio por mi culpa. Yo no quiero estorbarte, ¿sabes?

—Yo haré lo que me dé la gana...

Pedro consultó al médico de a bordo. Nonell estaba tísico pasado, y lo mismo podía durar un mes que un año. Dependía del clima. Había sido un disparate embarcarlo. Que, al menos, se cuidase, evitando el aire demasiado vivo de la cubierta. Pedro se echó a llorar, y el médico le preguntó, estupefacto:

—Pero ¿usted lo quiere?

—Sí, señor.

—¿No es su criado?

—Es mi hermano.

—Es usted sentimental. ¡Curioso, curioso! Voy a darle unas inyecciones a ese muchacho para sostenerle.

Demasiado tarde. En veinticuatro horas una hemoptisis se llevó a Nonell... El pasaje se enteró de la tragedia. Pedro lloraba con toda la fuerza de su alma al hombre blanco, para quien no había sido un negro, sino otro hombre, otro hijo de Dios. Lo amortajó y lo veló, y a sus labios volvieron a subir, espontáneas y dulces, aquellas oraciones que le había enseñado Mari Francisca, su madre... ¡Se había muerto Nonell! Estaba otra vez solo en el mundo. Todas sus ilusiones se desvanecían, como había ido desvaneciéndose la sonrisa del *noy*. Ahora, a seguir luchando solo, a ser esclavo del público. ¡Siempre esclavo de alguien! ¡Oh!, ¿qué era la vida sino una triste esclavitud? Allá arriba, donde forjaban las cadenas de los hombres, ¿por qué no habían roto la suya al mismo tiempo que la de Nonell? Y pensaba, mirando al pequeño, al suave, al levísimo Nonell de cera que tenía tendido en la litera: «Sí; yo hubiese preferido irme contigo. ¿Tú crees que vaya encontrar otro corazón como el tuyo?... No me vayas a decir que sí. Tú eras negro por la desgracia, por el hambre, por la vida; un negro como yo... Me acuerdo de tus manos cuando me limpiaste las botas; me acuerdo de tu cara, cuando echabas carbón en la cocina de Serafín. Y ahora, ahora das miedo de tan blanco...».

Tuvo que separarse del cadáver. Faltaban cuatro días para llegar a Nueva York, y no era cosa de proceder a un embalsamamiento —decía el médico—. Envuelto en unas lonas y con unos plomos a los pies, el cadáver sería lanzado al agua. Pedro no protestó. El mar, verde o azul, le gustaba más que la tierra negra. Verdad que Nonell le había huido siempre al agua. ¿Entonces? Entonces Pedro sufragó los gastos de una

excelente caja de pino, forrada de cinc y que se rodearía de resistentes flejes.

Y así, escudado por algún tiempo contra el agua, pequeñín e insignificante en su buen ataúd, Nonell fue conducido en hombros hasta la borda de estribor por Pedro y otros tres pasajeros. Era bien entrada la noche. El mar, de un profundo azul, estaba salpicado de luna y de fosforescencias que morían en el penacho burbujeante de las olas. Se había improvisado un cortejo. El pastor iba delante, salmodiando. Unas jóvenes yanquis habían esparcido flores sobre el ataúd. Paró el barco. Abriose una pequeña escotilla, y la caja se deslizó por una tabla inclinada hacia el abismo... Hizo «¡paf!» al caer; pero un «¡paf!» humilde, como el de una botella que se arroja al agua. El ruido de la hélice, del corazón del barco, mostró en seguida que no había pasado nada. ¿Quién era Nonell? ¿Quién era nadie frente a la inmensidad del mar y frente a la crueldad inmensa de la vida?

Pero el bailarín no podía consolarse. Las escenas de la muerte de Nonell habían sido demasiado rápidas y atroces. Se le doblaban las piernas y, en aquel instante, mientras del brazo de dos pasajeros compasivos regresaba a su camarote, le parecía imposible que pudiese volver a bailar. A la mañana siguiente no pudo levantarse. Le ocurría algo extraordinario. Junto a Nonell se olvidaba de que era negro, o no le importaba ser negro. Ahora, en su soledad doliente, reaparecía la honda vergüenza que le inspiraba su piel, y la lucha entre su cerebro de hombre civilizado y su envoltura salvaje llegaba al paroxismo. Se mordía las manos. ¡A dentelladas hubiera querido desollarse! ¿Para qué? Sobre su carne viva, roja como la de los blancos, volvería a extenderse el mismo pellejo oscuro, color de estiércol, de tierra y de carbón. ¿Quién podría consolarle de su desgracia? El éxito, el dinero... ¡Oh, no! El dinero y el éxito le desvanecían, le daban ideas de dominación. La última de las *cocottes* y el último de los mendigos blancos podrían recordarle siempre que era un negro, un negro. Más dichoso habría sido en África, entre los suyos, con un taparrabos y una argolla en la nariz, o allá en Cuba, en un ingenio, cargando caña sobre los hombros desnudos.

El médico vino a verle, le administró sendas dosis de bromuro, le auscultó y le dijo:

—Tenga cuidado; procure reaccionar más fácilmente de sus emociones. No sea usted niño. Después de sus triunfos en París y Londres, puede ganar usted lo que se le antoje, y con bastantes libras esterlinas en su cuenta corriente, ríase usted de los demás. No hay razas ni clases, sino circunstancias. En nuestra época todo estriba en ser rey de algo: de Inglaterra, del petróleo, del caucho o del *fox-trot*. Es lo mismo...

Aquel lenguaje práctico le hizo un efecto beneficioso. Le dio fuerzas para desembarcar gravemente en Nueva York y entrevistarse con su empresario. Los ensayos con su pareja, una francesa que había venido por la línea del Havre, acabaron por distraerle. La víspera de su *début* en el primer *music-hall* neoyorquino. Pero, sin olvidar a Nonell, era el hombre seguro de su arte —ya que no de su alma— que no dejaría de ser nunca desde entonces. Se instaló en un buen hotel donde los hombres

de su raza eran admitidos, buscó criado y paseó por la Quinta Avenida viendo su cara —una cara gigantesca— en los carteles. Su vida azarosa y romántica había terminado con la muerte de Nonell. Ya no era Pedro Valdés un infeliz, sino aquel Peter Wald que habían aplaudido los noctámbulos de Trafalgar Square... ¡Peter Wald! Sonaba perfectamente. Además del seudónimo había adquirido en Londres aplomo, distinción y una ropa, una ropa que no la gastaba mejor el propio príncipe de Gales.

En Nueva York pasó por los *music-hall* de más importancia. Luego fue a Chicago y a San Francisco. Estaba lanzado. Su arte coreográfico sería pronto un valor universal, indiscutible. Peter Wald constituiría uno de esos *números* que se arrebatan las empresas.

Mucho antes de venir a Madrid se cumplieron todas sus esperanzas. Recorrió América. Ganó centenares de miles de dólares en Nueva York, dirigiendo una academia. No hubo *kursaal* de Europa que no le solicitara. En París, pudo invitar a su mesa a Simeón Fabricio y no medirle el *champagne*. El *Patio* languidecía: puso dinero en él. A Monterde lo había dejado en México haciendo otra fortuna y liquidándola... No había hablado nunca a nadie de su origen. Con Nonell, acaso... Su capricho era pasar por negro americano, no permitir que nadie descubriese, bajo el frac de Peter Wald, la librea del lacayo de los Arencibia y del botones de Serafín. Y su grande anhelo, su ilusión profunda era volver a España y conquistar la ciudad en que había sufrido tanto, donde vivía su «enemigo» y donde estaba enterrada Mari Francisca.

Y después de la apoteosis deslumbrante, Madrid le daba aquel insomnio, aquel insomnio inmenso en que cabían todas las sombras del pasado y ya se insinuaban las del porvenir.

## VII

Lope de Muela pretendió erigirse en su acompañante, en su Mentor. Tuvo que decir en el despacho del *Kolossal-Palace* que no estaba nunca para él. Le gustaba andar solo por Madrid. Bastantes visitas recibía y bastantes «latas» soportaba en su cuarto del Sainete, comenzando por las de don Narciso, que no se cansaba de preguntarle «cosas» de los *kursaals* y *music-halls* extranjeros, «para el día en que mandase al diablo definitivamente las comedias y se consagrara en cuerpo y alma a las *varietés*». ¡Qué bárbaro era aquel don Narciso y qué pena le producía ver cómo «le daban coba» hasta los primeros autores!

Dos días le habían bastado para recuperar los dichos madrileños, para sentirse en Madrid como en su patria, si bien le molestaba la curiosidad excesiva, el pasmo lugareño de los transeúntes al verle por la calle, en el café o arrellenado en uno de los sillones de aquel pesadote *Kolossal-Palace*, donde el té y el café eran medianos y los dulces detestables. Sí; le molestaba que le mirasen fuera de escena, porque no le miraban sus pies, ni por sus trajes exquisitos, ni por sus perlas y sus brillantes, ni por su figura de *dandy*, sino porque era negro. Hombres blancos bien vestidos sobraban en Madrid, y no faltaban algunos tan esbeltos, «tan bien formados» como él. Y solo le miraban las mujeres que poseían su amor o lo solicitaban. También recibía él miradas de esa clase: oblicuas, hondas, equívocas miradas femeninas. ¡Eran tan caprichosas las mujeres! Bien sabía que desear a un negro o a un amarillo era en una mujer blanca una aberración, y por eso, por dignidad, por no ser el objeto del antojo o la curiosidad de una histérica, solía oponer a aquellas miradas una impasibilidad de estatua, un hermetismo de fakir. Por eso, cuando deseaba correr una aventura prefería a todas las mujeres la que, por una hora o una noche, se vendía como una esclava. Y, en resumidas cuentas, ¡puf!, que no le hablasen de mujeres, que le dejasen en paz con sus ilusiones y sus escrúpulos. ¿Podía quererle a él una blanca? No. Pues entonces, ¿a qué hablar de eso? Su única pasión era su arte. Bailar, bailar, ganar mucho dinero y... se acabó.

En el Sainete —¿quién lo hubiera creído?— le miraba «así» la Olmos. ¡Brava mujer! Tenía un amante viejo y, claro, necesitaba resarcirse. Aquel pelmazo de Muela, y Chacón, y Linaje, y casi todo el mundo le habían hablado de la Olmos como de una mujer divina e insaciable: una Cleopatra de entre bastidores. ¡Había tantas! ¡Sabía él cada anécdota de los grandes *cabotines* de París y de Viena, de Londres y de Nueva York! Pero todo aquello le hacía bostezar... ¿La Olmos? Era verdaderamente guapa, una chula y una señora a la vez. Le gustaba. Solo que él no había venido a Madrid de juguete, de mono. Había venido a recordar, a satisfacer lejanas ansias de su corazón, probablemente a vengarse de alguna manera del condesito.

Charlaba en el cuarto de la Olmos, fumando algún cigarrillo, apreciando el color de magnolia de los brazos y el escote de la actriz, y sonriendo de la nerviosidad mal contenida de don Veremundo, que no parecía aprobar la admiración de la Olmos por

un negro, aunque fuese un portentoso bailarín... Charlaba en su cuarto con el gran don Virgino, que se parecía al inolvidable Nonell en lo de considerarle como un blanco. Era muy simpático aquel don Virgino, bueno y burlón, distante y afectivo, siempre rodeado de gente joven y hablando de cosas sencillísimas... Los Villedo no le concedían beligerancia. El menor le miraba con cierta burla. Fernández-Monte quería escribirle una pantomima. Aparte don Virgino, le aburrían bastante los autores. Bajo todas las palabras sentía una especie de rencor: él era un rival, uno de esos números de *varietés* que el público prefería a las más hermosas comedias y sin los cuales no se llenaba nunca el teatro. ¿Era culpa suya?

En cambio él veía las comedias y las admiraba. Nada le gustaba tanto, desde que ponía el pie en el Sainete, como presenciar desde la última fila de butacas los diálogos de amor o de celos en que andaban siempre enzarzados la Olmos y Linaje, o Gandía y la Olmos. A no ser que estuviese en escena la Ávalos. Entonces reía, se emocionaba, se divertía de veras... Era mucha actriz aquella Ávalos. Por sus anchuras corporales le recordaba nada menos que a la pobre Mari Francisca. ¡Oh, si la Ávalos supiese que la comparaba a una negra! Pero aquella negra era su madre, Mari Francisca, lo primero para él en el mundo, aunque estuviese muerta. También se divertía con Roel... Roel, el *pépin* de Ginette. ¡Qué loca!

Llevaba ya quince días bailando en el Sainete a teatro lleno. Las localidades se agotaban todas las noches. Era el éxito matemático, absoluto, que obtenía en todas partes. Don Narciso le pedía prórroga. Había firmado por un mes. Y como no le urgía abandonar Madrid hasta que supiese lo que deseaba del condesito, de Piedad y de la marquesa de Arencibia, firmaría cuanto quisiese el empresario. Estaba por alquilar un piso e instalarse en Madrid.

Madrid le inspiraba un amor receloso. Era una amante altiva sugestionada por sus caricias, pero dispuesta a burlarse de él en cuanto pasase el frenesí. O era una fiera domada, de la que no debía fiarse mucho el domador. Ningún público le parecía más vehemente ni más voluble que el de Madrid. Ninguno derribaba ídolos con facilidad y crueldad más grandes. ¿Qué se habían hecho los toreros y los cómicos que eran famosos durante su niñez, cuando usaba la librea de los Arencibia? Había preguntado; le habían dicho... Algún espada conseguía retirarse a tiempo, antes de que «lo retirasen» el desdén del público o la cornada mortal. ¿Los otros? ¿Quién se acordaba? Habían ido rodando, hacia el olvido, todos los escalones del fracaso. ¿Y en la farándula? El gracioso predilecto de las masas concluía, generalmente, en el manicomio o en el hospital. El público se había cansado de él, las contratas disminuían y bajaba el sueldo. ¿Y las actrices? Brutalmente, despiadadamente, con su desvío o insolencia, el público les demostraba que se habían puesto viejas, y era cosa corriente hallar por las villas y villorrios de España, con una compañía de mala muerte, a la comedianta que había reinado en la Corte un lustro o dos. Fuera — pensaba Pedro — no pasaba así. Los prestigios escénicos duraban; el público era más tolerante, más piadoso o, simplemente, más civilizado. El talento no tenía edad. Y la

simpatía perseverante del público, abriéndole delante un camino seguro, permitía al artista perfeccionarse, modificarse, cambiar. En Madrid «se llegaba» pronto; las reputaciones se hacían en una temporada, en una obra y a veces en una noche; pero después la caída era tremenda. ¡Ah, cuánto se felicitaba de ser en Madrid un ave de paso, de saber que a la menor muestra de fatiga de los madrileños podía marcharse con sus bártulos y su ayuda de cámara a París, a la Argentina, al Cairo!

Él era una «atracción mundial». Y tal vez por esto, por haber llegado a Madrid con nombre y «postín» extranjeros, el público le recibía en palmitas y le bailaba el agua... Si, en lugar de Peter, los carteles hubiesen puesto Pedro, a pesar de toda su maestría coreográfica, el éxito habría sido veinte veces menor. Él conocía a Madrid... Además, en todas partes le daba resultados magníficos su *pose* de negro anglosajón. Lo yanqui y lo inglés dominaban el mundo, a pesar de la competencia de los alemanes. Todas estas razones le hacían mantener en Madrid la comedia de su americanismo. Decía, para explicar lo fácilmente que hablaba el castellano, que había aprendido nuestro idioma en la América del Sur, y para dar absoluta verosimilitud a su aserto ponía en sus conversaciones modismos platenses, uruguayos y chilenos. Era muy divertido oírle, porque además rociaba aquella jerigonza con la salsa de su acento inglés. El único que parecía *tañarle* era don Virgilio; sin duda porque delante de él se le habían escapado algunas frasecitas de las que solo se aprenden entre la Ribera de Curtidores y la Costanilla de San Andrés. Pero don Virgilio le inspiraba confianza. No le parecía un hombre, sino un brujo chiquitín y bondadoso, que podía «hacer pupa» con un chiste, pero no verterle a nadie veneno en el corazón.

De todas suertes, él no le revelaba ni a don Virgilio que se llamaba Pedro Valdés, ni que las horas que le dejaban libres el sueño y el teatro las dedicaba a pasear por Madrid olfateando el rastro del conde de Virama y de los Arencibia. Preguntar habría sido descubrirse. Sorprendíale no haberse topado con Néstor en ningún café, ni aun siquiera en aquel *grill-room* tan concurrido del *Kolossal-Palace* —donde se comía tan mal— ni en el *hall* del mismo hotel, por el cual pasaban, a una hora u otra, todas las caras conocidas de Madrid. ¿Qué se habría hecho de Néstor? Hubiese podido utilizar a Rolovitch, que había sido espía de los turcos en la primera guerra balcánica, para la obra policíaca de encontrar al condesito y saber de Piedad, pero le repugnaba el procedimiento y no tenía prisa. Quería encontrarse de pronto, cara a cara, con el conde; ver si reconocía en Peter Wald a su antiguo lacayo, y si se permitía la ironía más remota o la indiscreción más leve, arrojarle un guante. ¡Oh, no se batiría con un negro! Entonces él sabría vengarse a lo negro, a lo ñañaño. Su odio al condesito, tantos años aletargado, despertaba en Madrid.

No podía vivirse —en su entender— sin un odio o un amor en el alma, odio o amor que eran el resorte mismo de la vida. Él tenía varios amores, pero no amor. Su vocación por el baile hacía las veces de una gran pasión. Estaba enamorado del baile y era divinamente feliz mientras bailaba; pero ¿y después?... Después tenía el recuerdo de su madre, el recuerdo de Nonell, pálidos amores retrospectivos, suaves

evocaciones que no bastaban para acallar ciertos lamentos confusos de su corazón. Entonces, al desear «no sabía qué», al detener las nubes de su cielo y verlas disolverse en humo, al comprobar que el dinero y la fama eran látigo y no freno para su quimera, prefería odiar a llorar y odiar a sufrir. Odiaba al condesito. Quería apabullarlo con su éxito, con sus millones, y hacer todo lo posible para verlo, servilmente, a sus pies.

Este odio tenía un punto vulnerable: Piedad. Ninguna burla, ningún golpe de la vida habían logrado arrancar de su espíritu el cariño por «la hermanita blanca». Si Madrid despertaba su rencor hacia Néstor, también hacía levantarse de las profundidades del recuerdo las imágenes encantadoras de su infancia. No veía a Piedad, «grande». No la presumía casada, tal vez infeliz, tal vez violentamente embriagada por la pasión. La veía pequeña y desnuda, junto a él, sobre la almohada negra y palpitante del seno de Mari Francisca. No podía odiarla. Ella y él habían bebido la vida en el mismo manantial. Pero este parentesco, a la vez artificioso y profundo, no le obligaba a perdonar a Néstor. Mas ¿cómo hacerle *algo* al condesito sin herir de rechazo a Piedad, sin causar pesadumbre a la marquesa? ¿Vivía la marquesa?

Estas contradicciones le fatigaban y le entristecían. Terminaba por sacudir la cabeza murmurando: «¡Bah, no haré nada ni para bien ni para mal! Como si se hubiese hundido la casa de los Arencibia».

¡Aquella casa! Algunas noches, a la salida del Sainete, le daba a Lope de Muela un discreto esquinazo y tomaba un coche hasta Colón. Desde allí proseguía a pie hacia el Hipódromo. Subíase el cuello del gabán, tendía sobre la frente el ala del flexible, y con ambas manos en los bolsillos y a un paso de gimnasta, consumía media hora en un paseo solitario y silencioso. Era raro tropezar con alguien. La Castellana dormía. Algún balcón iluminado indicaba insomnio, trabajo, enfermedad, muerte, amor. Desde fuera todo podía presumirse. Luz en una ventana a tales horas: misterio, inquietud fugaz para el paseante, que va en pos de otro misterio, de otra luz... Allá, a lo último, cerca del Hipódromo, se levantan las tapias y las verjas del palacio de Arencibia. Árboles y fachada forman la misma silueta de antes. No ha habido ningún cambio en el jardín. A lo sumo, si no es un engaño de la noche, se diría que está menos cuidado y que una insinuación de ruina lo envuelve todo: árboles y casa. Hay balcones, todos los del ala derecha, que tienen las persianas echadas como si media casa estuviese sin vida. ¿Quién se fue? En el tercer piso reconoce la habitación de Mari Francisca. ¡Pobre vieja! Si pudiese verlo ahora, triste, pero millonario; solo, pero célebre... No se ve nada en el palacio. ¿A qué horas se retira Néstor? Manchas de aceite, huellas de neumáticos sobre la grava del jardín, revelan el automóvil; son todavía ricos; por lo menos viven bien. Y respira. Prefiere que vivan bien. Está delante de la casa de su enemigo y la maldición se detiene en sus labios. Apenas logra

imaginar a Néstor. Ve borrosamente a Piedad, al marqués, a la marquesa. En cambio, se figura que una sombra oscura, ancha, lenta, majestuosa, vendrá hacia él y, tomándole de la mano, le franqueará la entrada del palacio. Desde la tumba, donde era libre, Mari Francisca, la nodriza buena, la esclava fiel, llega para poner mansedumbre en su alma. La obedecerá. No dará un solo paso en adelante por encontrar a Néstor.

Una pequeña y graciosa aventura vino, afortunadamente, a sacarle de aquella languidez en que le dejaba su evocación del pasado y a sacudir de su mente la idea fija del condesito. Peter Wald no podía perder el tiempo en sufrir, y en sufrir ¿por qué?, ¿por quién? Algunas noches, a la salida del teatro, cenaba con Ginette y Roel, cuyo idilio continuaba en medio de la estupefacción o el regocijo de la farándula. Siempre invitaba Peter con munificencia. A Roel se le iba sembrando la ganchuda nariz de bolsitas rojas a fuerza de *champagne*. Además, sus amores con Ginette le debilitaban, sumiéndole los ojos en abismos violáceos y dándole a toda hora un temblor faunescos.

—Esta mujer me mata —solía decir—. Una semana más *d'amour* y la «diño»; vaya si la «diño»... Pero «diñarla» así da gusto..., ¡ay!

Y se llevaba las dos manos a la cintura, como un hombre roto por el placer. «¡Famoso Polichinela!», exclamaba Peter. Y no dejaban de turbarle un poco los juegos de Ginette y su orangután. «Creo que también tengo yo ganas de broma. Más vale así. Eso me distraerá». Pensó en la Olmos. En su camarín, la idea concreta de pedirle un *rendez-vous*, de invitarla a una cena íntima, de hacerle ver, en fin, que la deseaba, le dio miedo. Él no era presumido ni temerario con las mujeres; más bien cobarde. Además, aunque esto pudiera parecer absurdo, hasta entonces y desde Niní todas sus conquistas le habían hecho la primera insinuación: un guiño, una mirada inconfundible, una oferta brutal. Él no era nunca el primero, por si acaso... La blanca loca que sintiese el capricho de su piel tenía que decírselo, y luego él contestaba sí o no. Ningún orgullo experimentaba por esto, porque ninguna blanca limpia le había querido, porque las blancas que gemían de placer entre sus brazos eran todas como demonios femeninos; eran todas como Niní... Una blanca honrada, una «blanca de verdad» no podía quererle. Amor solo podía dárselo una de su raza. No valían engaños ni ilusiones. Tal vez alguna blanca le fingiese amor por su dinero; pero él no era tonto, él sabía, él conocía a las blancas... y a los blancos.

En resumen: la Olmos no pasaba de mirarle con curiosidad y simpatía. No podía él jactarse de un apretón de manos de los que equivalen a una promesa de abandono; no podía él afirmar que le dedicara coqueterías especiales. Lo único era aquel brillo intermitente de sus ojos, aquel rubor en que se extinguían de pronto sus miradas provocantes. La Olmos dudaba, quería y no quería, estaba en ese período de indecisión que suele preceder a las locuras. Desear, avergonzarse del deseo, gustar del

sabor de la vergüenza, y volver a desear... Peter sonreía. Por ese período habían pasado, revelándose luego, estremecidas de gozo, algunas de sus efímeras amantes. ¡Ah, no era tan fácil, tan fácil, decidirse por un negro! Aun en la más lasciva de las blancas había un vestigio de repulsión, un residuo de asco que era preciso vencer...

¿Juzgaba demasiado bien a la Olmos? Tal vez. Mercedes no era solamente la hembra escultural, la *cabotine* que había puesto sitio a los millones de don Veremundo y traía loco al desdichado Muela. Era además, la heroína de cien obras famosas. Don Virgino había hecho de ella una mujer fiel y una adúltera, un corazón débil y una virgen fuerte, una reina y una cortesana. Con los Villedo era... lo mismo, pero con acento andaluz. Arenales-Mira la ponía en ciertos lances dramáticos, que se resolvían festiva o muy burguesamente, y Fernández-Monte la obligaba a tomar un aire místico y hasta la vestía de religiosa. La Olmos también había encarnado mujeres de Echegaray y de Galdós. Y él, un pobre negro, ¿iba a usurpar de repente los papeles de Gandía y de Linaje, del primer actor y del galán? ¿Iba a declararse a la mitad femenina del teatro español contemporáneo? Nada; que, a pesar de cuanto se decía entre bastidores, a él le costaba trabajo admitir que la gran comedianta fuera, como mujer, cualquier cosa. Debía de exagerarse... De todos modos, él no se arriesgaba a una declaración: la esperaba.

Todo esto contribuía a darle, como en otras ocasiones, el apetito de la carne blanca. Aunque su primer desengaño le había servido de escarmiento para toda la vida, aunque su fiebre coreográfica y su voluntad se confabulasen para impedir cualquier conato de pasión, aunque una hermosa mujer blanca fuese para él como uno de esos frutos lácteos y suavísimos del trópico, de los que se sorbe el jugo y se devuelve el bagazo, era verdad que le gustaba el contraste de su piel con la piel enemiga, el choque de las dos razas bajo el látigo enfurecido del amor. Nunca había dejado de parecerle noble su piel cuando tenía adherida a ella una piel blanca: el contraste realzaba los tonos de una y otra, y no era, ea realidad, un contraste, sino una armonía. ¡Blanco y negro, los dos colores-almas! ¡Oh, sí, le habría gustado tener entre sus brazos de color de tierra aquel montón de nieve esculpida que era el cuerpo de la Olmos! Pero si no podía ser...

Una noche, por excepción, se encontraba solo en su cuarto antes de salir a escena. Después de vestirlo, Rolovitch solía manipular con una baraja por los rincones del escenario, o beber en una taberna próxima con el criado de Gandía. Peter estaba solo y no pensaba en nada. Lo mejor que puede sucederle a un hombre es no pensar en nada, no temer, no desear nada, reclinar el corazón en el regazo de la inocencia y echarle doble llave a la imaginación. Peter, a pesar de ser negro, a pesar de estar más cerca del gorila que cualquier señor de las butacas, no disfrutaba a menudo de ese beneficio de la Providencia que consiste en no pensar, en vegetar. Peter era un negro pensativo y hasta un negro filósofo. Una maldad que le debía a los blancos, a los

blancos que le habían enseñado a leer, a comparar, a calcular y a desear. Pero, en aquel instante, con los brazos cruzados sobre la pechera, los párpados entornados y las piernas extendidas, Peter tenía el cerebro de un antropoide. Ese cerebro le permitía saber que dentro de un momento un ser pálido y sucio vendría a decirle: «Señor Peter, cuando usted quiera», y que el aviso de Mataró, el traspunte, bastaría para cambiar aquella dulce modorra en la sacudida nerviosa que precedía a cada uno de sus bailes. Entretanto, vivía...

Una mano blanca y ensortijada se deslizó entre los dos paños de la cortina de yute, que servía de puerta al camerino. Una voz amable murmuró:

—¿Se puede?

Peter se puso en pie. ¿Era la Olmos? Tomó la mano ensortijada, y tras la mano vio entrar en su cuarto el cuerpo menudito y la cabeza arremolinada de la Cuevas. La conocía poco, pero supo disimular el chasco.

—¡Buenas noches! Siéntese usted aquí...

Le indicó un sitio en el sofá, junto a él. La Cuevas le miraba con temor y con malicia. Se detenía en las dos perlas de la pechera, admirables.

—Son, negras como yo —dijo Peter.

—Son preciosas.

Él se echó a reír.

—De mí no se puede decir lo mismo.

—Es según.

—¡Ah!

—Sí, señor, según... Hay aquí en el teatro una niña muy estúpida que no sé si se habrá fijado usted en ella, una que llaman la Cortadita, que es hija de un señor feísimo que le llaman don Mucio, ese que dicen que hace guapo a Roel y que le da un susto al miedo... Pues, a lo que voy, esa niña no le puede ver a usted ni en los carteles. ¡Habrás cursi! Dice que le dan pánico los... (la Cuevita se mordió la lengua), bueno, que no le gustan los hombres que tienen el cutis así, bronceado, como usted. Que no entiende, que es tonta de la cabeza...

Peter reía, divertidísimo con la charla.

—¿Y a usted no? ¿A usted no le dan pánico los negros?

—A mí no me dan pánico ni los miuras. Y por lo que se refiere a usted, lo único que yo digo es que usted fox-trotando, Titta Ruffo cantando y don Virgilio escribiendo. Esa es la fija...

—*Thanks! Merci!* Quiero decir, gracias.

—¡Ah, bueno!

—¿Y le gustan a usted mis bailes?

—¡Un rato largo! Me estaría viéndole bailar a usted toda la temporada. La que me da envidia es esa Ginette...

—¿Por qué?

—Bueno, verdad que para usted Ginette es un socio... ¿Ha visto usted que

volverse loca por Roel?

—Loca, no. Un *béguin*.

—¿Qué es eso de *begán*?

—Un capricho.

—¡Ay! ¡Un capricho! ¿Por Roel?... A mí lo primerito que me gusta en el hombre es que esté bien plantao, que sea marchosillo, no mucho ¿eh?, y que vista bien. ¡Ay! ¡Es que me derrito por los hombres que visten bien! Aquí el que ponía el mingo era Linaje, porque Gandía, con toda su fama, resulta bastante cursi y, sobre todo, «un poco antiguo», como el Caballero de Gracia. Linaje se traía a veces algunas americanas que estaban bien, y en *Égloga*, de Fernández-Monte, sacaba un traje de caza que era como para volverse liebre y gritarle: «¡tira!». Pero desde que vino usted...

La Cuevitas se detuvo, con un rubor deliciosamente falso. El bailarín se acercó a ella.

—¿Desde que vine yo?

—Pues que ha dejado usted a Linaje a la altura de mis contrafuertes...

Y entrechocó los zapatitos de charol. Peter tuvo que fijarse en las piernas: poquita cosa, pero remataban bien. No era fea la muchacha. Un poco verde y muy delgada, pero, de seguro, flexible como una lagartija. Tenía un par de ojos «chulones», rasgados, luminosos. Pero lo más gracioso era el pelo, que llevaba corto y aborascado. A Peter le temblaban las manos. Sentía ganas de sumergir los dedos en aquel oleaje de seda negra y perfumada.

—¿Se puede tocar?

—Sí.

Jugó con los rizados, eran suaves, ligeros y exhalaban un perfume tibio y penetrante.

—¿Se pueden besar?

Ella se apartó un poco y bajó los párpados.

—Eso no.

Pero en seguida, como si se arrepintiese de su virtud, le tendió una mano, que él subió respetuosamente hasta sus labios. Era la misma que había entreabierto la cortina. Lucía tres clases de piedras preciosas montadas en platino —esmeraldas, brillantes y zafiros— y una perla gris.

—¡Qué mano más rica! —murmuró Peter.

—La otra lo es menos —dijo ella.

—A ver.

La otra solo tenía tres sortijas: una lanzadera de brillantes, un rubí y un topacio. La Cuevas parecía avergonzada de aquella manecita pobre, olvidada.

—¿Qué quiere usted? Son regalos de mi tío Fermín, de mi padrino, de mi hermano... La esmeralda la heredé de mamá. Si yo tuviese algo, pero algo *chic*, que me falta para este dedo...

Era el índice de la mano izquierda, un dedito largo, fino, con la uñita aguzada y espejeante: una joya natural.

—Es una lástima, ¿verdad? ¿Sabe usted cómo yo le llamo a este dedito? El desheredado.

Pedro lo acariciaba y lo escondía entre los suyos. La Cuevas le miró, al fin, con la mirada que él quería para decidirse a hablar. Entonces le dijo:

—Hace falta la *bague*..., ¡ah, ya me acuerdo!..., la sortija número ocho, para este pobre dedito...

Ella se estremeció.

—¿Verdad que sí? Yo he visto una...

—¿Dónde?

—En una joyería de la calle del Príncipe...

Se oyeron pasos. Ella murmuró consternada: «Mataró». Peter, descubriendo sus treinta y dos dientes en una sonrisa amable, se puso de pie, atrajo hacia sí, con suavidad, a la meritoria y le dijo, con los labios junto a su oreja:

—Mañana, a mediodía, daré una vueltesita por la calle del Príncipe.

La Cuevas acudió. Finalizaba marzo y aún se veían algunas pieles en Madrid. Peter se encontraba en la acera del Español cuando la vio llegar con un *renard* al cuello, que le tapaba la boca, y un velito que le caía sobre los ojos. Desconocida. Indumentaria para el *rendez-vous* de un negro. Estaba bien.

—*Miss*..., señorita...

—¿He tardado? Perdóneme...

—No. Vamos a ver... la *bague*...

—Es por aquí...

Se detuvieron frente a un escaparate. Entre otras sortijas se destacaba, deliciosa, la que pretendía la meritoria: una esmeralda y un brillante unidos airoosamente sobre un aro de platino. Estaba marcado el precio: 3500.

—Vamos a entrar.

Entraron. Ella estaba pálida de gozo y de vergüenza. Peter examinó la joya, pidió la factura y la abonó. Luego, risueñamente, sumió el estuche en uno de sus bolsillos. En la calle le preguntó la Cuevas:

—¿No me la da usted?

—Bien sabe usted que tengo que ponérsela yo mismo. Esta noche en el «Kolossal», después del teatro. Mi *chambre* es el 72.

Dos días después la Cuevas lucía la sortija número ocho.

—¿Quién te la ha ofrendado? —le preguntó Chacón.

—Mi padrino.

Pero Roel tenía sus sospechas.

—¿Tu padrino no es uno muy moreno?

—¡Anda y que te zurzan!

—Hipocritona... Yo que tú le pedía ahora un aderezo... Mira que no tie a nadie en Madrid.

La Cuevas pensaba lo mismo, pero Peter había encontrado sosa a la lagartija y no parecía acordarse de la aventura. Soñaba de nuevo con la Olmos.

## VIII

Desde la última fila, envuelto por la penumbra de la sala, Peter seguía con curiosidad la representación de aquel sainete. Una de aquellas cosas que, a favor de su éxito, exhumaba don Narciso. «¡Ponga lo que ponga —le decía— se ha de llenar el teatro! Y así doy de comer a los autores». El sainete le hacía a Peter mucha gracia. La Ávalos representaba el papel de verdulera; Roel, uno de sastre de portal; Pera, el de guardia; Linaje, el de chulo romántico; una de las damas jóvenes, el de chula decente, y la otra, el de chula «arrastra». Había una serie de tipos episódicos: la rifadora, el «cacharrero por trapos», que salía a escena con su burrito «y todo», y algunos más. Ni que decir tiene que el sainete ocurría cerca de la plaza de la Cebada, y que, al celebrarse la boda del chulapo digno y la manola buena, triunfante de las asechanzas y calumnias de su adversaria, había un baile; un baile en la «Bombi», después de la paella nupcial, un baile en el que perfilaban las piezas los artistas del manubrio y donde, entre inmensas carcajadas, se veía a la señá Ulogia —la Ávalos— marcarse un *chotis* con Roel. «Una estupefacción» —como decía el guardia de la obra.

Para este baile había tenido Bélmez que reclutar a todas las segundas partes, racionistas y meritorias. Ahí estaba la Cuevas, con su cimbreo de lagartija, entre los brazos de un actorcete afeminado. Había una gorda —la Fontecha—, divertidísima. Daba la Impresión de un elefante de tiovivo. Dos o tres parejas bailaban de un modo admirable con el estilo de la Costanilla o de Amaniel, que Peter se guardaba de desdeñar. El baile chulo de Madrid tenía un gracejo inimitable, hecho de solemnidad y de alegría; era afectado, algo tieso, pero con sal propia. A él le gustaba. En escena, algunos querían bailar «a lo Peter». Resultaba estúpido. Flexibilidad y buen aire tenía la Cuevitas, pero —se dijo irguiéndose en la butaca— ¿quién era aquella chiquilla alta, medio rubia, preciosa al parecer, que bailaba «como los propios ángeles»? No la conocía. No tenía tiempo de preguntar. No quería perder ni uno solo de sus pasos. No era del oficio, Bien se le notaba la escuela: la calle y el organillo, pero ¡qué condiciones!, ¡qué modo de adivinar! ¡y qué bien formada para el baile! La miró con los gemelos: pies chiquitos, pierna fina y admirablemente torneada, el talle largo y flexible como un junco, el cuello alto, la cabeza chica. ¡No podía pedirse más! ¡Ya hubiese querido Ginette parecerse a ella! Y ¡qué guapa!... Era un encanto la criatura. Un poquito sosa, ¿verdad? La miraba, la seguía con los gemelos. Se hubiese dicho que sentía vergüenza de bailar en público. Temores de principianta. Era una niña. Imposible descubrir bajo el inocente *maquillage* la menor arruga, ni el más ligero signo de esa mustiedad precoz originada por la anemia. Era una chiquilla fuerte y delicada a un tiempo.

Antes de terminar la obra atravesó Peter el *foyer* para ir a su cuarto. Iba pensando en la muchacha «medio rubia». Y como se tropezase con Mataró, lo llamó y le dijo:

—¿Cómo se llama, de todas las que bailan, la mejor de todas?

Exhibiendo en una sonrisa sus dientes ennegrecidos por el tabaco, Mataró repuso:

—Explíquese usted, míster, porque la mejor de todas depende del que la mira. Hay para todos los gustos...

Peter no quería bromas. Le molestaba, además, el aire celestinesco que había tomado el semblante de Mataró. Insistió seriamente:

—Yo digo la que lleva unos zapatos de lona blanca y una falda azul celeste.

—¿Una falda azul? ¡Ah, ya caigo! ¡Esa es la Cortadita! Ya cambia la cosa.

—¡La Cortadita! ¿Por qué ese nombre?

—Diminutivo teatral de Cortadell.

—¿Tiene madre esa niña?

—Tiene un papá que se llama don Mucio, que es mi amigo y que quiere a su nena... Figúrese usted que don Mucio...

Peter interrumpió al traspunte:

—Necesito hablar con don Mucio, y con la niña, si puede ser...

Los ojos de Mataró brillaron de curiosidad y de alegría.

—¡No ha de poder ser! Ahora mismo se lo digo yo a don Mucio, y de que termine usted estarán en su cuarto. ¿Don Mucio y yo? Uña y carne, míster, uña y carne... ¿Y no puedo adelantarle algo del objeto de... la entrevista?

—Un objeto profesional...

Y el bailarín dejó al traspunte intrigado, estupefacto. Nadie conocía tan bien a don Mucio como Mataró. No era don Mucio hombre que aceptase protecciones de cierta índole para su niña, ni estaba cortada Emma por el patrón de la Cuevas, de quien eran sospechadas o sabidas las «golferancias». Reflexivo, pero más bien contento, Mataró bajó al foso. Don Mucio esperaba, fuera del cuarto de las meritorias, a que su hija se desprendiese de los trapillos de la obra. Mataró le hizo una seña.

—¿Qué hay? —preguntó don Mucio.

—Más bajo. El negro ha visto bailar a la niña, y quiere hablar con ustedes...

Don Mucio tomó de un brazo a Mataró. Parecía emocionado. Y la emoción, acentuando las rojeces del rostro, daba un aire épico a su fealdad.

—¿Dice usted..., dice usted que quiere verme?

—Verles...

Mataró tuvo que repetir, punto por punto, su conversación con el negro. Don Mucio encontró que la palabra «profesional» no permitía ningún género de dudas. Peter quería contratar a Emma. ¿Para qué? ¿Para dónde?

—Porque la niña no baila como para que la contraten, ni nunca pensé yo que su camino fuera este. En fin, allá veremos. Nada se pierde con ir a saludar a Peter, y ya quiere decir algo, y aun mucho, que se haya fijado en Emma.

—Ya lo creo.

—Pues nada, Mataró, Ahí está la niña cambiándose de ropa... con esas pécoras... ¡Misericordias del oficio! En cuanto acabe, subiremos al cuarto del bailarín.

Don Mucio quería evitar a todo trance que la Cuevas y las Fontechas olfatearan el asunto. Le daba cierto sonrojo subir con Emma al cuarto de Peter, no fuera alguien a

figurarse que era entremetimiento o algo todavía peor. Bien sentado creía tener su renombre de persona decente, pero se veían tales inmundicias en el teatro, que la hipótesis de un padre haciendo negocio con su hija hasta con un negro podía parecer admirable... ¿Negocio? Negocio artístico *profesional*, ¿por qué no? En definitiva, no iban a adularle al negro, ni a solicitar nada de su merced. Él les llamaba y ellos iban. Eso era todo. ¡Ah, si fuera el principio, el origen de la fortuna con que soñaba para Emma! Pero ¡qué fortuna ni qué narices! Mataró, al darle a boca de jarro la noticia, había puesto en marcha aquel resorte que se encontraba en no sabía qué punto de su ser y le lanzaba con la velocidad de una bala de máuser por las regiones de la más alucinante fantasía. «Tente, Mucio —pensó—, no veas ya a tu Emma convertida en un astro coreográfico, porque todo va a reducirse a que ese negro cimarrón tiene ganas de bromas. Pues buena es la hija de este súbdito para hacerle cosquillas a un negro congo ni a un negro de ninguna clase... Como que aún no sé si querrá venir. ¡Esta hija mía es tan pava! Porque quién sabe, quién sabe si ese caballero de color no piensa proponernos algo... algo digno y aceptable. Porque mi niña será más blanca que el ampo de la nieve, y yo, a pesar de mi rubicundez, figuraré entre los miembros de la raza aria; pero el caso es que mi pimpollo y yo nos vemos negros para poner todos los días un cocidete y andar humildes, pero limpiamente vestidos».

Don Mucio cesó aquí sus reflexiones para dar dos golpecitos en la puerta del cuarto de las meritorias, y decir en voz alta:

—Emma, hija; date prisa, que me estoy cayendo de sueño...

—Ya estoy lista, papá...

Don Mucio oyó las voces de doña Prisca, de la Fontecha y de la Cuevas; pero no reparó en lo que decían. Le repugnaba aquella promiscuidad del cuarto de las meritorias, por la que forzosamente tenía que pasar. La viuda y la hija del esterero de la Cava Baja eran maldicientes, «ansiosas» e intrigantes, pero nada más, acaso porque la Fontecha, con sus protuberancias de nodriza y su cara vulgar y mantecosa, no servía para el oficio de la Cuevitas. ¡Ay, la Cuevitas, con sus joyas ganadas ignominiosamente, y sus perfumes de pelandusca, y sus enaguas de veintiún duros, y sus zapatos hechos a la medida! Gracias que Emma era una inocentona y una santa. ¡Ay, bien quisiera él tales monadas y tales lujos para la hija de su corazón, pero ganados honradamente! Pues qué, ¿no había grandes actrices honestas, cantantes famosas con marido e hijos, incapaces del más leve desliz, y hasta tonadilleras y bailarinas de *varietés* de las que no podía decirse «nada»? Eso de que el teatro y la galantería fueran la misma cosa era una mentira muy grande. Ahí estaba, en el Sainete, la Ávalos, que, una vez muerta, podría ser canonizada como virgen y cómica. La Cuevitas era una sinvergonzona que había elegido el teatro como esquina desde donde llamar con más éxito a los mentecatos de los hombres. En fin, era triste, muy triste, que un ángel como Emma tuviese que desnudarse al lado de un ángel como Emma tuviese que desnudarse al lado de una..., de una... Cortadell iba a pronunciar para sus adentros las cuatro letras gráficas y castizas, cuando se abrió la

puerta del cuarto y apareció, un poco sofocada y sonriente, Emma.

—¡Pobre papaíto!... ¿Te he hecho esperar mucho?...

—No.

La tomó de una mano, la miró de los pies a la cabeza y, a pesar de la modestia de su atavío, pareció encontrarla a su gusto. Subieron la escalera del foso. Cortadell buscaba un sitio donde poder preparar a Emma. Y, como supiese que Bélmez no salía del escenario durante el número de Peter y Ginette, cruzó de prisa el pasillo central, bajó otra escalera y se refugió en el zaquizamí del representante de la Empresa.

—Siéntate en esa silla, nena... Yo aquí, en el sillón de Bélmez...

Emma no conocía el cuartucho, y miraba con curiosidad infantil los retratos y caricaturas recortados de los periódicos por Bélmez para «decorarle».

—Toda gente célebre, papá...

Don Mucio hizo un gesto filosófico.

—No son todos los que están, ni están todos los que son... En esto del teatro, hija, como en todo, hay mucho fraude, o mucho «camelo», que diríamos hablando en chulo... Tiempos vendrán en que los fotógrafos del *Nuevo Mundo* y el *Blanco y Negro* hagan antesala en tu casa; pero a lo que hemos venido aquí es a otra cosa...

Emma se asustó.

—¡Ay! ¿A qué, papá?

Don Mucio la miró tiernamente. Con su vestidillo a cuadros y aquella capa de color café que le habían comprado por cuarenta reales en el Monte —para sustituir al famoso gabán de terciopelo, ahora que amainaba el frío— la encontraba más elegante que a la primera actriz. ¡Como que la ropa era lo de menos! El caso era el aire.

—Escucha, Emma, y no seas tonta... Se trata de una visita que tenemos que hacer y en la que quiero que no me pongas en ridículo... Ya sabes que te tengo prohibido ser melindrosa y espantadiza. Pura, y honrada, sí, pero boba, no. ¿Estamos?

Emma enrojeció ligeramente.

—No te entiendo papá.

—Paso a explicarme. Ahora, dentro de cinco minutos, tenemos que subir al cuarto de Peter Wald.

La Cortadita se puso en pie, asustada, nerviosa.

—¡Ay, eso no, papá! Tú sabes el horror que me inspiran los negros, el asco que me dan... No me obligues a hacer esa visita. No, papaíto, no...

Dos lágrimas empañaban sus ojos. Don Mucio se enfadó.

—Es mucha simpleza, mucha ñoñería... ¿Te crees tú, acaso, que Peter es un antropófago, un caníbal, y que va a devorarte? No, Emma, no... No puedo consentir que seas tan pusilánime, tan corta de genio, tan niña-boba. Peter te ha visto bailar en el sainete de esta noche, le han gustado tu figura y tu estilo y quiere saludarte. ¡Y sanse-acabó! Todo se reduce a que un artista de fama le hace el honor a una principiante de felicitarla y de darle algún consejo. Tenemos, pues, que subir a saludar a ese caballero, y tú responderás a lo que te diga como si te hablase el señor de Gandía, que

aún no se ha dignado dirigirte la palabra, o don Narciso, que aún no te ha repartido el papel más insignificante, pues a él la que le hace tilín es la Cuevas y... bueno, ¡basta! Mientras no llegue esa doncella andaluza que te han prometido los Villedo, para que salgas a escena diciendo, todo lo más, «¡juzú, y qué caló jaze!», ¿te parece que vamos a perder, así como así, por remilgos tuyos, una amistad que puede sernos útil?

La Cortadita se había puesto pálida. Se notaba en su semblante el esfuerzo por obedecer. En voz tímida y dulce respondió, sin embargo:

—Yo haré lo que tú me digas, papaíto; pero, perdóname si me equivoco, yo no veo en qué puede sernos útil ese caballero, puesto que él es un bailarín y tú me dedicas a mí al teatro y no a las *varietés*...

—¿Te dedico? Yo no te dedico a nada... La vida es quien nos dedica, quien nos empuja. ¿Y si ese negro nos dice que tú sirves para el baile? A mí, ¿qué más me da lo que tú hagas como artista si lo haces con honra y provecho para los dos, sobre todo para ti, porque yo, con media libreta y un cuarterón de queso como y me hartó, para que lo sepas...? Yo quien quiero que triunfes eres tú...

—Papaíto...

Emma se levantó, abrazó a su padre y sobre el rostro endiablado puso hasta media docena de besos que le salían del alma.

—Ya sé yo que eres buena —decía él, conmovido—. Vamos, ten valor... Yo, figúrate... No es que te riña... Es que quiero ver por dónde salimos de esta pobreza en que estamos... Ya debe de estar Peter en su cuarto... ¿Subimos?

Emma apretó la mano de don Mucio y cerró los ojos.

—Como tú quieras, papá.

Lope de Muela estaba en el cuarto de Peter cuando don Mucio, asomando la nariz entre los dos paños de la cortina, preguntó:

—¿Se puede?

Peter se dirigió a su encuentro.

—Pase usted, señor... ¿A quién tengo el gusto?...

—Yo soy el padre...

Peter le tendió las dos manos.

—¿De esa señorita tan simpática y que baila tan bien?

—Justamente.

—Y, ¿por qué no ha venido esa señorita?

—Es algo tímida. Y como no estaba usted solo...

Peter se volvió a Muelita:

—Muela: ¿por qué no va usted a esperarme al café de Oporto, a la mesa de don Virginio?

—Bueno —contestó el intruso.

Y se marchó, dispuesto a quedarse junto a la cortina, escuchando. Pero don Mucio salió tras él, tomó de una mano a Emma y le dijo:

—Supongo, señor de Muela, que no va usted a levantar acta de mi conversación

con el míster. Por si acaso, sepa que no hay ningún misterio, pero es que a mí los zánganos...

—¡Señor don Mucio!

Cortadell no era hombre que se perdiese en conversaciones inútiles y dejó a Muelita con la palabra en la boca.

—¡Ay, usted perdone, míster Wald, pero es que tengo sentados en la boca del estómago a todos estos caballeres que se pasan la vida papando moscas entre bastidores, si no es que hacen algo peor! A usted deben de tenerlo frito...

—Un poco, sí...

Peter no separaba la vista de la meritoria. La turbación de Emma era grande. Tan pronto abría los ojos, para sostener la mirada de Peter, como los dejaba entornarse con un terror instintivo. Don Mucio la tomó por un brazo y la sacudió ligeramente:

—Aquí tiene usted a mi hija, míster Peter.

—Encantado.

Según la costumbre extranjera, Peter esperó a que la joven que acababan de presentarle le tendiese la mano, pero Emma no hizo el menor ademán. Entonces recordando cierta historia de la Cuevitas, exclamó:

—Siéntese usted, señorita... No tenga miedo. ¡Ya sé que le impresionan a usted un poco los hombres de mi raza!

Cortadell se irguió, encendido como la cresta de un gallo:

—¿Quién ha dicho eso? A mi niña no le impresiona nada. Mi niña sabe perfectamente que los hombres no valen por su color, sino por sus actos. Yo tengo a mucha honra el haberme visto una vez, cara a cara, en un combate, con Antonio Maceo, el mulato, que fue el militar más valiente de la guerra de Cuba. Yo oí en La Habana a un violinista del color de usted, Brindis de Salas, y lo único que digo es que se me saltaron las lágrimas. Si le han dicho a usted que mi hija no abunda en mis ideas, diga usted que no es cierto. ¿Verdad, hija? ¿Verdad que para ti el señor no es más que un artista, un gran artista, que te hace el honor de celebrarte como tú no mereces?

Cortadell tenía los ojos inyectados, el labio tembloroso. La fortuna aleteaba junto a ellos, y Emma, con su actitud ofensiva para Peter, era capaz de permitir que se escapase. ¡Maldita niña! Emma comprendió y, muy pálida, pero sonriendo, le dijo al bailarín:

—Mi papá tiene razón... Yo pienso lo mismo que él, y, además, le admiro a usted mucho.

—¿Lo ve usted? —preguntó don Mucio triunfante.

Lo que veía Peter eran dos lágrimas detenidas en los párpados de Emma. Lo que veía era el espanto de aquel rostro encantador, que hubiese querido acariciar como el de una hermana. ¡Pobre criatura! Sentía «pánico» de los negros. ¿Qué se figuraría, allá en su alma, de los negros? ¡Ah, esta no era como la otra, la de las sortijas! Esta era la blanca inocente, la blanca-blanca, es decir, la que tenía el espíritu como la piel.

Ahí estaba, no sabiendo qué hacer para no mirarle, y mirándole, sin embargo, fascinada, atraída por el magnetismo de su fealdad. Él no era feo, pero *era negro*. Para aquella niña debía de ser horrible y temible, como una boa o un caimán. ¿Qué hacer? Volvióse un poco de espaldas a ella, pero de modo que la veía reproducida en el espejo, y se encaró con don Mucio:

—*Time is money*, ¿verdad, señor mío? Yo le quiero proponer un negocio...

Los ojos ratoniles de don Mucio despidieron lumbre. Su nariz se esponjó, se infló, como si fuera a reventar. Cualquiera otra persona que la Cortadita habría reconocido que de aquellos dos hombres que se miraban, ahondándose, el que debía producir terror no era el negro, sino el blanco. Por contraste, la hermosura de Peter se elevaba hasta el símbolo, como la de un Dios. Venus, llamada a elegir entre los dos hombres, había designado al negro. La Olmos, también. Y casi todas las mujeres del mundo si no hubiese habido más hombres que Peter y Cortadell.

—Pues usted me dirá —profirió este último.

—Es muy sencillo —respondió el danzarín—. Su niña tiene todo lo que hace falta para ser mi pareja... Todo, menos la experiencia...

La Cortadita creyó que las paredes giraban y se hundían en torno suyo. Un sudor helado se extendió por su piel. No, no era posible que su padre aceptase. Ella preferiría morirse a bailar con el negro... Don Mucio la miró, por primera vez en su vida, con unos ojos cargados de violencia y de cólera. Emma se hundió las uñas en la palma de la mano, como buscando la sangre que parecía huir de sus venas. No podía hablar... Veía, de perfil, al negro: su frente corta, su nariz aplastada, sus labios hinchados, «color de carne cruda», repugnantes... Don Mucio contestó:

—¿Todo menos la experiencia?

—La experiencia puedo yo dársela. Yo la enseñaré a bailar como es debido. Estoy cansado de cambiar de parejas; quiero una a mi gusto, hecha por mí, para siempre...

—Hombre, hombre —balbucía Cortadell—, lo que usted me propone, así, de sopetón... Yo no sé, la verdad...

Emma lanzó a su padre una mirada de reconocimiento. Ya lo sabía ella: no era posible que aceptase. Y no pudo contener un leve suspiro en que todo su ser tomaba aliento después del combate. Mas, he aquí, otra vez, la voz de Peter, la sonrisa de Peter, la mano de Peter, accionando...

—La cosa no urge tanto, señor mío... Usted lo piensa, la niña lo piensa... Yo acabo mi contrata aquí con la Ginette; luego ella se marcha al Brasil, adonde la llama... no sé quién..., y si esta señorita no es mi pareja, lo será otra, que buscaré, no sé dónde... Lo que pasa es que usted —y Peter se volvió del todo hacia Emma— ha nacido para el baile... Créame... Con un par de meses de lecciones hago yo de usted una bailarina del género que yo cultivo, pero soberbia, créame, pero *épatante*... Ya me perderá usted el miedo. No se olvide que yo bailo con guantes, con guantes blancos, y que solo me queda de negro esta cara, hijita, que no me puedo cambiar...

Emma le escuchaba sobrecogida, pero sintiendo, confusamente, que el negro era

una persona bondadosa y que no podía causarle ningún mal. Hubiese querido oírle sin verle y bailar con él sin que la tocase. Hubiese querido que fuese blanco «porque merecía serlo», porque nunca le había hablado nadie con tanta dulzura, ni en aquel tono de respeto. Pero una fuerza inexplicable y profunda le impedía mirarle frente a frente. Hasta su olfato se rebelaba contra la proximidad de aquel hombre. Dominando los perfumes de tocador, flotaba en el cuarto de Peter un olorcillo acre, tibio, insoportable para su nariz. Decididamente sentíase medio mareada y como a punto de desmayarse. Peter seguía envolviéndola, como en una red de mallas invisibles, en su mirada amarilla y ardorosa. Y entre los labios morados sonreían, agudos y blancos como piñones todos sus dientes: dientes limpios de chacal.

—No me conteste, hijita... Piénselo usted. Y si no puede ser... lo dejaremos...

—Eso —atajó don Mucio, asaetando a la Cortadita con los ojos— habré de decidirlo yo. Desde el momento que usted entiendo que esta sirve para el baile, lo creo, en principio, que nada se pierde con probar. Usted dígame lo que se debe hacer...

—Muy sencillo: la señorita tiene que recibir algunas lecciones, un mes o dos... Y, si llegamos a un acuerdo, yo hablaré con uno de los pianistas del «Kolossal» para que él nos acompañe en su casa.

—Eso está muy bien. ¿Y cuándo comenzaríamos?

—Por mí, mañana mismo.

Emma no pudo contener un sobresalto. Don Mucio levantándose, fue hacia ella, le rodeó con la mano uno de los brazos, y, no sin darle un pequeño apretón, le dijo:

—Ya lo sabes. Tienes que probar si sirves. Y cuanto antes mejor, para, si no sirves, poner los dos un puesto de pedir limosna...

—¡Vaya si sirve!... —exclamó Peter levantándose a su vez—. Estoy convensido del éxito de la señorita. Podíamos debutar aquí mismo, en Madrid. Yo no bailo por menos de mil pesetas y mi pareja aparte. Cuarenta duros le dan a la Ginette. Esos tendría la señorita para empesar, porque si no llegase a tanto la Empresa, yo pondría lo que faltase de mi bolsillo...

Cortadell levantó los brazos, abrió una boca enorme y miró a Peter tambaleándose.

—¿Doscientas pesetas diarias?

—¿Y qué menos, señor? La niña merese mucho más. Y si llegamos a lansar ciertas variaciones del tango y del *chimmy*, que nesecitan una figura como la de ella, yo pediré el doble de lo que pido ahora y la señorita ganará lo menos sien pesos cada noche.

—¿Cien pesos? ¿Ha dicho usted cien duros, quinientas pesetas cada noche? ¿No se burla usted de nosotros, míster Peter?

—Yo hablo de lo que sé... La señorita tiene una fortuna en la sintura y en las piernas, si la quiere explotar. Pero ¡si basta verla! Además, es justo un poquito más baja que yo, lo que hase falta... Formaremos una pareja inmejorable...

Cortadell suspendió a su hija por un brazo, como una muñeca, pues había advertido en un ademán de Peter el deseo de comparar estaturas. Impelido por el fervor profesional, Peter había dejado de ver la palidez de Emma. Espontáneamente la tomó por el talle con el brazo derecho y buscó con su mano izquierda desguantada la manecita temblorosa de la muchacha. A este contacto de la piel de Peter Emma exhaló un pequeño grito, de pálida se tornó lívida y entre don Mucio y el bailarín tuvieron que acostarla en el sofá. Se había desmayado, parecía muerta.

—Un síncope —dijo Peter, tomando del tocador un frasco de sales que puso en manos de Cortadell.

Y mientras el padre, que se había puesto blanco del susto, auxiliaba a la niña, Peter murmuró tristemente:

—¡Qué lástima, qué lástima! No se puede haser nada... Tiene miedo de mí, la pobresita... Me voy antes para que no se me vea al abrir los ojos. ¡Adiós!

Y echándose el abrigo al brazo, salió encorvado por la melancolía y la impotencia.

Todos los millones que ganase no cambiarían el color de su epidermis, y, por mucho que le aplaudiese el público, no dejaría de ser negro y de repugnarle a las virgencitas blancas. Experimentaba como nunca el ansia de ser querido por el color del espíritu, no por el de la piel. ¡Ah, si la niña hermosa quisiera oírle! Hizo un ademán desesperado. La calle, medio a oscuras, le ofrecía complicidad. Con el cuello del gabán subido y las manos en los guantes, apenas se advertía su color... Pasearía a pie por las aceras sombrías, por las callejuelas sucias y tortuosas que llevaban a la calle Ancha, por un Madrid clandestino, tabernario y golfo. Sentía ganas de beber, de envilecerse, de olvidar... Había dejado encargo a Rolovitch de ofrecer su coche a los Cortadell... E iba a penetrar en una callejuela ignominiosa, cuando una mujer de aire servil, ocultando el rostro entre el mantón y el velo, le sujetó por una manga.

—Señor Peter... Haga el favor de seguirme...

—¿Adónde?

—Muy pronto lo sabrá; pero, por Dios, sígame a distancia y entre rápido por la puerta que yo misma abriré...

En otra ocasión habría rechazado la propuesta misteriosa: una celada, una burla, lo que fuese... Pero aquella noche no le importaba morir ni matar... Siguió silenciosamente a la mujer.

Entretanto don Mucio concluía de consolar a Emma. Al verla sin sentido y como en trance de muerte, solo había pensado en reanimarla. ¡Al diablo el negro y sus miles de pesetas! Lo primero era vivir y vivir en paz... En cuanto la Cortadita volvió en sí —para lo que bastaron el frasquito de sales y unas palmaditas en la mejillas—, don Mucio la tomó en sus brazos, la meció como a una niña y le dijo:

—Vamos, no te apures... Borra esta escena de tu imaginación. Pon que fue un

sueño. Yo no soy ningún verdugo y no voy a obligarte a algo superior a tus nervios... ¡Ea, vámonos a la calle, a casita! Apóyate en mi brazo... Ven...

Le compuso el velito, arregló los pliegues de la capa, todo con mimo maternal, y padre e hija salieron del teatro a tiempo que el conserje apagaba las últimas luces del *foyer*. Rolovitch esperaba en la acera y abrió la portezuela del coche con un ademán tan correcto, que don Mucio no se atrevió a rechazarlo...

—Es su coche, papá —murmuró Emma, con una mueca de repugnancia.

Entonces Cortadell, con energía, la impulsó por la cintura y la obligó a entrar en el coche, que era uno de círculo, elegante y cómodo.

—¡No tanto, hija, no tanto! Ni que el negro tuviese lepra...

El aire de la madrugada entró por una de las ventanillas, y Emma comenzaba a aspirarlo con placer.

—No te enfades, papá.

Don Mucio no respondió. Meditaba. Hacía seis años que no iba en coche. Justamente, cuando el entierro de Bouzá, su socio en la imprentilla de la calle de la Magdalena, había tenido que tomar un coche a medias con Riaño, el minervista. Hacía seis años que andaba a pie con los tacones torcidos y a veces con las suelas rotas. Hacía seis años que no tenían secretos para él los adoquines, ni los charcos, ni las bocas de las alcantarillas de Madrid. Hacía seis años que era pobre como un perro de la calle y que vivía a fuerza de equilibrios, de privaciones inverosímiles, de heroísmo, de ese heroísmo negro que da el hambre. Hacía seis años que vivía para Emma, «compitiendo con el camaleón», para que a ella no le faltase nunca su «filetito», su «huevito», ni su «ropita» limpia, y ahora, cuando Dios le venía a ver en la figura de un negro bailarín y millonario, ¡zas!, la niña se ponía nerviosa, se empavorecía como si viese al diablo, y... había que llevarla a casita, en coche de limosna, para reanudar desde el día siguiente la vida miserable... ¡Qué asco!

Cortadell dio un suspiro con sus trémolos de iracundia. Emma se volvió hacia él.

—¿Qué te pasa, papá?

—Nada, no me pasa nada —respondió don Mucio, en una voz trémula y sorda en la que luchaban la ternura y el rencor.

Emma se encogió en su sitio. Comprendía lo que estaba pensando su padre. Era lo que pensaba ella misma al sentirse rodada suavemente por Madrid, al creerse por cinco o diez minutos rica: «¡Qué bueno sería tener coche!». Iba a proponerle a su padre que la llevase a una Academia. Si él quería que bailase, bailarían; pero sola o con un hombre de su raza. Tímidamente habló, razonó... Cortadell repuso:

—¿Dónde tengo yo los cuartos para mandarte a una Academia o ponerte un profesor? Nada te da el roñoso de don Narciso, pero tampoco nada hay que darle y, mal que bien, si te lleva a provincias este verano, y te llevará si cumplen su palabra los Villedo, tendrá que ponerte sueldo. Yo, ya sabes que me apaño; no te preocupes... Pero todo ello, si se realiza, seguirá siendo la miseria, mientras que lo que nos proponía ese hombre era... la fortuna, ¿lo oyes bien?, la fortuna.

Y Cortadell volvió a su silencio hosco, a su combate íntimo entre la ambición y la flaqueza paterna.

El coche subió por Barrionuevo, bordeó la Plaza del Progreso, hizo un ángulo y se detuvo en uno de los primeros números de la calle del Mesón de Paredes. Apeose don Mucio y tendió una mano a su hija, mientras con la otra buscaba en el bolsillo del gabán dos reales para el cochero. Eran los dos reales del café, que con las desventuras de aquella noche se había disipado como una nube estival.

## IX

Peter seguía a la mujer, cabizbajo, lento. Aún tenía en los ojos la visión de la niña desmayada. Aún le dolía la herida de su amor propio, pero comenzaba a distraerle la aventura. Era una distracción mecánica y forzosa. No era posible abstraerse al trabajo de seguir a la mujer enlutada: una silueta que se movía entre las sombras de la noche, que se deslizaba sin ruido por la acera solitaria; que, de tiempo en tiempo, al cruzar una calle, al doblar una esquina, se volvía rápida y discreta para cerciorarse de que él iba detrás, a distancia, plegándose al itinerario nocturno, dejándose llevar pasivamente adonde fuese. ¿Qué más le daba? Desconocía a la mujer. ¡Como si no fuesen iguales en todas partes esas viejas que brindan en la calle al hombre errabundo un momento de placer clandestino, una copa de amor cenagoso y glacial! Aquella mujer, ¿no le había guiado una noche en Constantinopla, a cierta casa? ¿Y no era la que solía espiarle, en Montmartre, cuando cerraban los últimos *cabarets*?

Pero ahora no le conducía a ningún antro. Habían salido, por un dédalo de callejuelas y de plazuelas antiguas, a una de las calles que se inician en la Puerta del Sol, una calle sin tranvías, con el asfalto liso, las aceras bastante anchas y algunas casa de porte señorial. Pasaba un solo coche a todo lo largo de la calle; uno de esos coches de punto de Madrid, limpios y ligeros: parecía un juguete en la soledad amable de la noche. Allá, al fondo, se veía la torre cuadrada de Gobernación, con sus relojes todavía encendidos, como pupilas vigilantes. Un sereno corría con su farol, al conjuro de dos palmadas, o de unas voces que resonaban apacibles en la oscuridad de la noche. Eran un encanto las soledades nocturnas de Madrid... Peter había seguido incansablemente, suavemente, a la dueña misteriosa. Un momento pensó —¿por qué? — en los Arencibia, en Piedad, en un desagravio oculto que pudieran ofrecerle sus antiguos amos. Tal vez habían sido descubiertas sus peregrinaciones al palacio de la Castellana... Pero esta idea era absurda. ¿Por qué llevarle a pie hasta el Hipódromo?

La mujer, que había acortado la marcha, se detuvo en el instante en que desaparecía el sereno en una calle transversal. Entonces corrió e hizo, levantando un brazo, un ademán que significaba: «corra usted». Peter tardó unos segundos en encontrarse junto a ella. Mientras abría la puerta:

—Prepare una cerilla... En el principal... No haga usted ruido... —murmuró rápidamente.

El portal era espacioso, de casa rica; la escalera tenía alfombra. A la luz pálida de la cerilla, Peter hizo estas observaciones. Y aunque minutos antes sentíase dispuesto a morir o matar, hallaba ahora un reposo de los nervios y cierta oscura alegría en decirse que la aventura tomaba un aspecto «confortable». El desgarramiento producido por el desmayo de la Cortadita no podía arrancar de su espíritu aquella fibra que le hacía tan sensible al lujo y a los refinamientos de la civilización. Sus pies experimentaban confianza y seguridad en hollar la alfombra de la escalera, y, cuando estuvieron en el rellano, frente a la puerta blanca del piso, le acometió una

impaciencia especial, debida, acaso, a la proximidad del misterio.

Giró un llavín y hallose Peter en una antesala pequeña, decorada con exceso de cuadros, de cerámicas y de bronces. Una linterna de vidrios anaranjados y azulados diluía el perfil de los objetos. Aquella penumbra, suave y amable, ¿era la prosecución o el límite del misterio? La mujer recogió una cortina:

—Pase usted.

Peter se encontró en una sala sin luz; pero la había en un gabinete próximo, centralizada sobre un diván turco por una pantalla de raso negro con arabescos rojos. Fue hacia la luz, hacia una forma humana tendida entre los almohadones de tal manera que, de pronto, era imposible advertir su sexo ni su edad. Cierta curva rítmica permitía pensar en la mujer; pero algunos hombres sabían adoptar posturas lánguidas, abandonadas, declinantes, de Narcisos en contemplación de su hermosura, o de durmientes Hermafroditas, como aquella. Esa broma o celada del *rendez-vous* masculino no era extraordinaria en Berlín ni en París. Él lo soportaba difícilmente. Adelantó unos pasos para cerciorarse. La forma permanecía inmóvil, pero en el círculo de luz se advertía una nuca blanca con delicados rizos. Respiró. Iba a descubrir a la que se ocultaba, y su mano se detuvo. No quería ser brutal. Tendría paciencia. Respetaría el pudor o el capricho de la persona extendida en el diván, que ahora sentía estremecerse, respirar, vivir. Olía bien en torno suyo. ¿Qué le recordaba aquel olor? Dilató las ventanas de la nariz, esperando reconstituir por su perfume a una mujer que conocía de seguro y que había deseado o le deseaba a él. De pronto no pudo contener la risa: una risa en que parecía reprocharse su tardanza en adivinar, en comprender. ¡Era... la Olmos!

Ella se levantó, armoniosa, del diván.

—Qué torpe ha estado usted, amigo Peter.

Envuelta en amplio abrigo de piel, le tendía ambas manos.

Él las besó.

—Contentísimo del susto; pero... ¿por qué?

—¿Por qué? Primero, precauciones; luego, un poco de vergüenza... Hágame usted el favor. Siéntese aquí, a mi lado... Este diván permite la cercanía y la distancia, según se quiera... Siéntese usted aquí... Eso es... Míreme bien a la cara; soy Mercedes Olmos. Aprovechando una de las crisis de don Veremundo puedo recibirle a usted en mi casa, y hablarle a mi gusto, sin testigos... Aquí estamos mejor que en el teatro...

—¿Para qué?

El tono de Peter fue incisivo. La Olmos se mordió la boca.

—Para nada; para charlar, si no le disgusta; para tomar conmigo una copa de *champagne*, campechanamente. ¿No somos compañeros?

—Si usted me consede el honor...

—¡El honor!

Y la actriz mostró sus dientes níveos y su encía de coral en una carcajada franca,

impetuosa, que hizo palpar sus senos, como si estuviesen libres bajo el ropaje de la piel. El bailarín cerró los ojos. El pensar que la Olmos pudiese estar desnuda, entre las suavidades de su abrigo, le turbaba profundamente... No obstante su tristeza, acaso por su tristeza, que le incitaba a anegar su despecho en el placer, que le incitaba a un desquite.

—El honor —repuso.

—No hay tal cosa —dijo ella, estirando los brazos hasta la rodilla, en una actitud infantil—; usted y yo nos ganamos la vida del mismo modo: en las tablas. Somos compañeros. Si yo valgo, vale usted; si a mí me buscan los hombres, a usted le buscan las mujeres. No hay diferencia. Nos podríamos tratar de tú...

—Queda el color.

Ella supo ser cínica.

—Es lo que me encanta en usted.

—¡Ah!

—Pues claro... Si fuese usted lo mismo que los otros..., que un Gandía o un Chacón cualquiera..., no habría tenido necesidad de invitarle. A los hombres de mi raza me los sé de memoria... Claro está que he visto hombres de tez oscura; los he visto... completamente, en mis viajes... Los nadadores de Dakar... En Tánger, unos que se bañaban en el mar... Pero no había tenido nunca la ocasión de hablarles, de sentirlos junto a mí, de aspirar el olor de otra raza, de ver el efecto que de cerca, en la intimidad, puede producirme un hombre que no está hecho, exactamente, de la misma substancia que yo...

Peter escuchaba con curiosidad creciente, casi con angustia. Hasta entonces nadie le había hablado en tal forma del tema eterno de su imaginación, de la causa profunda de su tristeza de negro civilizado, capaz de dar la vida por cambiar durante una hora de piel, y sentir, amar y pensar, en esa hora milagrosa, y en ese espacio florido de eternidad, como los hombres blancos. Nonell, el inmortal, había cumplido aquel milagro en uno de sus aspectos. Nonell y Peter se querían como dos almas, y las almas no tenían otro color que el de sus actos y sus sueños. Nonell y Peter habían suprimido la barrera de la piel, pero el pobre Nonell era humilde, era «como esos santos para quienes hasta los propios animales eran dignos de amor». En cambio, «la niña blanca que bailaba bien» se estremecía de terror y repugnancia cuando la mano de un negro se posaba delicadamente en su talle. ¿No era posible hacer con el corazón heroico de Nonell y con el de la niña guapa un corazón indulgente? ¿No era posible?... Puso sus grandes ojos melancólicos en los de la actriz, que fulgían alegres e impacientes, y murmuró:

—¿Usted cree invensible la repugnancia que a veces producidos los negros?

La Olmos levantó los brazos hacia la nuca, y este ademán ensanchó la visión láctea y palpitante de su escote. Recostándose al fin sobre los almohadones, con los párpados extendidos, de modo que la mirada se filtrase, como una luz, entre las pestañas, dijo:

—¿La repugnancia? Yo no sé, porque yo no la he sentido nunca...

Peter no vio que, al decir esto, la Olmos buscaba su mano, como para demostrarle de una manera tangible lo lejos que estaba de la antipatía epidérmica a que se había referido él. Y no lo vio porque pensaba en Emma.

—Pero ¿admite usted que pueda sentirse?

—Eso sí; pero no por cuestión de raza, sino de sensibilidad. Es un misterio. Yo, que soy curiosa, muy curiosa, y que habría querido ser Cleopatra o Mesalina..., vamos..., una de esas señoras que podían permitirse todos sus caprichos..., no he podido comprender nunca por qué me dejan helada los hombres rubios. Mi tipo es el hombre moreno, cuanto más moreno, mejor...

De esta vez Peter supo darse por aludido:

—Gracias por la parte que me toca... Pero a nosotros nos llaman morenos por caridad o por galantería... No somos morenos, sino negros, y en los Estados Unidos nos linchan cuando nos permitimos tocar a una blanca...

—En Madrid, no... Yo, al menos, no le lincharía a usted...

Y poco tuvo que hacer la mano de Peter para encontrarse con la de Mercedes, fina, suave y sin sortijas: sin obstáculos. El bailarín la aproximó a su boca, murmurando:

—Es usted *charmante*.

Ella exhaló un suspiro.

—*Charmante?*... Hechicera, decimos nosotros. ¡Ojalá! Si yo tuviera una varita mágica...

—¡Ah! —exclamó, sincero y pueril, Peter—. Si usted tuviese una varita mágica, yo le diría: «Tíñame usted».

—Y se quedaría usted con las ganas, porque yo no cometería esa profanación. ¡No faltaba más! Por nada en el mundo cambiaría yo un ídolo de basalto por un muñeco de loza blanca... Vamos, amigo Peter, no tenga usted falsas modestias. Usted sabe que la belleza no está en el color sino en las proporciones, en la forma. Lo que es verdad para la madera y la piedra lo es también para la carne. ¿O es que todos los muebles son de pino y todas las estatuas de yeso? No me hará usted creer nunca que Roel, o don Narciso, o ese carcamal de Veremundo, sean más hermosos que usted. Además, ¿yo qué voy a contarle a usted que usted no sepa? En los serrallos orientales suelen abundar las favoritas de su raza de usted... Dicen los hombres que ciertas temperaturas amorosas solo se alcanzan con las negras y las mestizas. En una de nuestras *tournées* por América, en La Habana, Linaje, el bello Linaje, hizo el experimento. Y llegaba a los ensayos que no se podía tener... ¿Qué quiere usted? En nuestra época de grandes hipócritas, de un modo u otro, los hombres llegan a satisfacer todos sus caprichos. El que quiere y puede, sabe a lo que sabe una japonesa, una india o una Venus del Senegal. Le basta con ir a París, a Berlín o a Barcelona, que es más cosmopolita que Madrid. Pero las pobres mujeres... Las pobres mujeres somos las cenicientas del amor, como si no tuviésemos los mismos

derechos que el hombre, las mismas curiosidades, el mismo afán de la sensación nueva, del descubrimiento voluptuoso. Miedo e hipocresía, amigo Peter. El hombre no es ni más soñador ni más vicioso que la mujer. Es... más fuerte. Pero, de vez en cuando, sale una mujer fuerte, que no admite leyes absurdas, y va hasta donde la lleve... su temperamento. ¿Comprendido?

—Sí. Usted es una mujer fuerte. Yo he conosido algunas mujeres fuertes, como usted...

—Lo sabía. En París, sobre todo...

—En París, sobre todo...

—¿Quiere usted que bebamos una copa de *champagne* y que nos figuremos que estamos en París?

—Como usted guste...

La Olmos se levantó del diván serpentidamente, rozando el cuerpo del bailarín y envolviéndolo en la tibieza y la fragancia que brotaba del suyo. Peter entornó los ojos, como si resistiese a una fascinación. La actriz se deslizaba sobre la alfombra; sus pies corrían desnudos entre las babuchas de seda y Peter pudo ver sus calcañares color de fresa, hasta que la sombra de una habitación contigua envolvió por completo a la actriz.

No tuvo ocasión para reflexionar. Mercedes reaparecía, empujando una de esas mesitas con rodajas en que suelen servirse el desayuno, el *lunch* y el *souper* en algunas casas modernas. Sobre el tablero había varios platos de Sèvres y de China con emparedados y dulces, y, en un cubo de hielo, la botella de *champagne*. Mercedes hizo ademán de querer abrirla, y, al quitársela con suavidad, uno de los extremos del abrigo quedó entre la botella y las manos de Peter. ¡Ah, lo que sospechaba! Contra la piel de zibelina una desnudez deslumbrante, como la pulpa de la guanábana bajo la monda verde y áspera. Rio, para no morder. Ella sonrió simplemente. Y ofreciéndole uno de los platitos:

—Estos son de caviar...

—Gracias...

Cenaron. Un *souper* con galantinas trufadas, dulces ligeros como besos, y el vino rubio y espumoso en cálices de cristal. Era el eterno *souper* galante; pero la Olmos, con su locuacidad, supo darle una picardía madrileña, y, al mismo tiempo, un sabor de escena o estampa amorosa.

Boucher no habría desdeñado aquel asunto: la conquista de un Antinóo negro por una cortesana blanca. Porque la Olmos había dejado de ser la actriz. Era una Aspasia. Y, también, una de esas reinas voluptuosas que había sabido evocar.

El pobre Peter se condujo como un esclavo. La fascinación fue absoluta. Pero cuando estuvo lejos...

## X

Cuando estuvo lejos se sintió triste, más triste que antes. A la tristeza que llevaba en el alma al tropezar con la mediadora de la actriz vino a unirse la tristeza de la carne; ese *después* fatídico de los arrebatos del hombre. Ella se había quedado en su alcoba, satisfecha. Las mujeres no se cansaban nunca. Él, en cambio, sentíase débil y melancólico. Tomó un coche en la Puerta del Sol. Eran las seis de la mañana: de una mañana grisácea, lloviznosa, triste, como él. Bostezaba en el coche. Hasta las ocho no llegaría Rolovitch al *Kolossal* para afeitarse, friccionarle y ponerse a sus órdenes. Dos horas de descanso. No; no era cosa de convertirse en un *jou-jou* de la Olmos. Era capaz de gastarle los resortes y de romperle la cuerda. ¡Qué mujer! Le había recordado a Niní. Era otra Niní: una Niní más inteligente, más aristocrática y también más gastada, pero en ese punto inicial del otoño de las mujeres que suele cautivar a los hombres. Resumió sus reflexiones en francés: *Encore une cocotte, quoi!*

Le quedaban tres semanas en Madrid. Había renovado su contrato con don Narciso. Al cabo de esos veintiún días iba a encontrarse solo, sin pareja. Ginette se marchaba al Brasil en pos de la fortuna, y tal vez de la mano de un amigo de las *Folies Bergères* que acababa de enviudar y de heredar. Entretanto, muy formalmente, cumplía sus compromisos coreográficos con Peter y le decía adiós a su vida caprichosa con Roel. ¡Ah, tenía razón la Olmos! Cada temperamento femenino era único y resultaba inexplicable. ¿Por qué le atraía a Ginette un hombre espantoso, entre perro y orangután? ¿Por qué a la Cuevas *le daban todos lo mismo*, con tal que sus dedos y su garganta se fuesen poblando de piedras preciosas? Histerismo, vanidad, frivolidad..., sin duda; ¡pero había en cada mujer tantos matices, tantas lucecitas rápidas, tantas sombras misteriosas!... Verdad que él, como negro y bailarín famoso, solo conocía por fuera cierta clase de mujeres. ¿Qué habría dentro de las otras, de las inocentes o las sacrificadas, de las que no conocían los estremecimientos del *shimmy* ni los mareos del *extradry*? Todas sus conquistas las hubiese dado por tener cerca a la «muchacha que bailaba bien», y, tomándole con dulzura una mano, preguntarle lo que pasaba en su corazón. «Eso» habría sido vivir, gozar como un ángel y no como un negro. Mas ¿a qué insistir? Las blancas no le querrían nunca de amor. No le faltarían magnolias de aroma penetrante, con gusanillos entre las hojas, ni guanábanas a punto de pudrirse, que son acaso las mejores; pero pensar que alguna vez habían de darle una azucena para plantarla en su pecho y regarla con su propia vida eran... ganas de perder el tiempo. ¡Una azucena! La hija de aquel hombre tan feo y tan curioso le sugería esta imagen. ¡Qué blanca en su desmayo! Cerró los ojos para recordarla, resucitando la escena desgarrante y dulce...

El coche se detuvo en el chaflán del *Kolossal*. En el *bureau* le dieron varias cartas. En una le rogaba Muela que se resignase a almorzar aquel día en el *grill-room* del hotel, donde debía presentarle a un empresario de Barcelona. «¡Bueno!», se dijo, entrando en el ascensor, con estoicismo. ¡Se comía tan mal en aquel «palace»!

Habían escogido un rincón, cerca del *grill*. A Peter no le desagradaban el olorcillo de la carne sobre las parrillas, el ir y venir de los camareros, los ademanes majestuosos del *chef*, todos los aspectos íntimos del *restaurant*, que le recordaban los tiempos del fonducho de Valentín y de *El Patio*. Los botones del *Kolossal* le adoraban por sus propinas. ¿Cómo hubiese podido adivinar que eran ofrendas a la memoria del primer «botones» del mundo, del amado e inolvidable Nonell?

Lo único que le desagradaba a Peter en el *Kolossal* era la cocina seudofrancesa, las salsas lamentables, la repostería con manteca rancia. Por eso se había suscrito al simple trozo de carne asada y a las frutas: lo único que se podía comer... Por la noches había *tziganes* y mujeres: un horror.

Pero ahora, ya instalado en su asiento, sonreía. Muela atacaba a los *ros d'oeuvre*; Chacón, visto en el *hall* e invitado por él, decía aquellas cosas suyas de «negro catedrático», divertidas e ininteligibles. El empresario de Barcelona era un señor redondo y afeitado que parecía formal. Sus proposiciones eran admisibles, pero él no podía darle una respuesta hasta haber substituido a Ginette.

—En Barcelona encontrará...

Sí, era posible... Él formaba una pareja en una semana, porque en su baile no había colaboración por parte de la mujer...

—Peter —explicaba Chacón— fascina a su pareja, la capta, la hechiza, la hace girar en su órbita, como el astro al satélite. ¿Ha comprendido usted?

—Sí, perfectamente —mintió el catalán.

Muela tenía preparada su indiscreción:

—Yo creí que iba usted a arreglarse con la Cortadita... Todo el mundo lo decía anoche en Madrid...

—Empesando por usted, que la vio en mi cuarto... Pues no hay nada. Era una simple visita de compañeros...

—Más vale así...

Peter se inmutó:

—¿Por qué?

—Porque una Cortadita no substituye a una Ginette... Esa niña es un palo...

Peter crispó los dedos contra la servilleta. Habría abofeteado a Muelita. Respondió cautelosamente:

—Pero de un palo se saca lo que se quiere. Todo depende del que lo talle...

—¡Magnífica metáfora! —Encomió Chacón—. Me prometo plagiarle a usted. Creo, además, que usted sacaría lumbre de la nieve. Sería una paradoja ver a Emma en un *fox-trot*, en un *shimmy*; una paradoja rítmica, una disonancia armónica, un contraste sobrenatural.

El empresario de Barcelona miró a Graciano con respeto.

—Los números sobrenaturales gustan en Barcelona, ¿sabe, señor?

Graciano no pudo contener la risa. Apareció el camarero con la carne asada, hizo las porciones, y los cuatro comensales dejaron un instante de hablar. De pronto le pareció a Peter que una saeta invisible le atravesaba el pecho. Un malestar inexplicable le envolvía. Levantó la mirada con ansiedad, y sus órbitas giraron apenas antes de encontrarse con dos ojos febriles y profundos que estaban fijos en él. ¿De quién eran aquellos ojos? ¿De quién aquella faz macilenta, atrocemente arrugada, con los parietales y los pómulos acusándose bajo la piel y un gesto de suicida en la boca? ¿De quién era aquella boca sin color, cuyo bigote recortado parecía un rastro de ceniza? Aquella boca... Creía recordarla, haberla oído alguna vez, haber querido que callase para siempre... El hombre seguía mirándole, desde una mesa frente a la suya, al otro extremo del *restaurant*. Y le miraba de un modo misterioso: con temor y cinismo, como si quisiera implorar, y el odio y el orgullo se lo impidiesen. Era él. Tenía que ser él. Pero ¿tan cambiado? ¿Tan envejecido? Sacudió por un brazo a Muelita:

—Allá, a lo último, el que está solo en una mesa, ¿quién es?...

Graciano y Muela miraron al mismo tiempo en la dirección que indicaba el bailarín. El cual advirtió en sus labios esa mueca que sugiere la presencia inesperada del hombre peligroso, del tahúr, del *chantagiste*, del espadachín; una mueca en que la repugnancia y el miedo se neutralizan y se confunden en un gestecillo de prudencia.

—Virama —murmuró Chacón.

—El conde de Virama —recalcó Muelita.

—¡Un pillo de siete suelas! —exclamó virilmente el catalán.

—Hombre —dijo Chacón—, no creo que tenga necesidad de oírnos. Siempre son desagradables las explicaciones con un hombre así...

—Pues —preguntó Peter, sintiendo un dolor incomprensible y simulando una curiosidad superficial—, ¿qué le pasa a ese Virama? ¿Es algún *souteneur*, algún *escroc*?

Graciano respondió, traduciendo:

—De chulo y petardista, como decimos aquí, tiene bastante; pero es más bien ese tipo del jugador fullero y matón que nos viene de Montecarlo...

—¿El condesito es jugador?

Y Peter hizo la pregunta en voz tan conmovida, tan apiadada, que todos se quedaron mirándole con sorpresa.

—Pero —inquirió Muelita—, ¿es que usted le conoce?

—No, no... Pero todos los jugadores me dan lástima, desde que vi suicidarse a uno en Buenos Aires. Entonces, el conde..., ese señor..., ¿estará arruinado?

—Completamente.

—Es joven... Tendrá una familia... Le ayudarán...

—Sí, le ayudan... Vea usted, Peter, se me han agotado las metáforas, y ahora —dijo Chacón— me harían falta para hablarle de este asunto.

El criado acercó los postres: los pasteles, la mermelada, el cestito de frutas. Solo

el catalán no había perdido el apetito y comenzó a mondar plátanos y a engullirlos con rapidez. La locuacidad de Muela sufrió una parálisis momentánea; Chacón, despojándose de su *pose* literaria contó lo que se decía y maldecía del conde de Virama en Madrid...

... Estaba arruinado... Cuando heredase de su padre, el marqués de Arencibia, que vivía en La Habana, casado en segundas nupcias y con varios hijos, no tendría ni para contentar a los usureros... Su abuela, la marquesa viuda del primer Arencibia, había dado la mitad de su fortuna para evitar el suicidio o la prisión del conde... El palacio de la Castellana tenía dos hipotecas formidables. Porque si el condesito había sido jugador, su hermana, la célebre Piedad de Arencibia, casada con el marqués de Yéboles, había salido...

Graciano iba a pronunciar una palabra rápida, expresiva, innoble... Y aún no había alargado los labios para emitir la primera sílaba, cuando una mano de Peter se posó sobre ellos, suplicante y temblorosa...

—¡Eso no!

Entonces Chacón, Muelita y el catalán se miraron entre sí. ¿Qué podía importarle a Peter —decían sus miradas— que Piedad de Arencibia fuese o no una mujer adúltera? El negro habría bebido..., estaría loco...

Peter comprendió. Hizo un esfuerzo para serenarse. Y con una sonrisa caballeresca dijo:

—Es... que esa palabra no me gusta para ninguna mujer. Me hace daño... Pero si no encuentra otra, dígala... Yo soy muy raro, lo comprendo... Tengo lástima de todo el mundo...

—Emocionante, curioso... —susurró Chacón.

—Incomprensible, folletinesco... —añadió Muelita.

—¡Señores, yo me marchó! En Barcelona no perdemos el tiempo en bromas como esta... ¿En qué quedamos? ¿Firma, o no?

Y el catalán se dirigía a Peter con enfado y dulzura, deseando contratarle, pero suponiendo que se burlaba de él. Peter le contestó que iba a responderle aquella noche, por escrito. El empresario se despidió, receloso, y, no bien hubo desaparecido, a una insinuación del negro, Graciano reanudó su historia.

—Ha hecho usted bien en advertirme, generoso Peter, que soy un nieto de Don Quijote y, además, que la virtud y el vicio son productos naturales, como el agua y el carbón...

—No está malo eso —dijo Muela, asombrado.

—¡Pchs! Podría hacerte creer que es mío, pues tu inopia intelectual es abismática; pero estoy en vena de sinceridad. Es de Taine...

Muelita enarcó las cejas.

—¿De «ten»? No «ten»... tiendo...

—Por Dios, señor de Muela, no haga usted ahora *calembours*... Yo tampoco he leído a Taine, pero me interesa escuchar al señor Chacón.

—El cual —profirió este irguiendo su cabeza byroniana— se complace en ser escuchado... Decía, pues, que así como él un víctima del treinta y cuarenta, su hermana, la marquesa de Yéboles, es una víctima de Venus... Venus Afrodita puso en su sangre el elixir ardiente de la voluptuosidad. Y eso es todo... Traicionando al marqués de Yéboles, con sucesivos o simultáneos amantes, no hace más que cumplir los designios de la diosa. No es posible culparla, Jesús perdonó a la adúltera, y Taine tiene razón.

Peter había palidecido. Un tono mate y ceniciento daba a su rostro una lividez de momia. Algo todavía sano acababa de corromperse en su corazón. Sentía frío en la espalda, fuego en el pecho y esa angustia que solo se resuelve con el llanto. La taza de café tembló entre sus dedos, vibró entre sus dientes. No podía más. Asustados y estremecidos, Muela y Chacón le vieron levantarse, titubear un momento y correr con las dos manos tendidas hacia el conde de Virama. No pudieron oír ni sospechar lo que se decían aquellos dos hombres, lo que significaba aquel segundo —que les pareció eterno— en que se miraron antes de abrazarse furiosamente, como para ahogar entre sus pechos algo: algo que sugería la idea temblorosa de un reptil.

Muela, por más frívolo, se atrevió a hablar:

—Algún misterio del tapete verde.

Chacón no dijo nada. Seguía, fascinado, los movimientos de Peter y el condesito. Y cuando los vio salir del restaurante del brazo, como sosteniéndose el uno al otro murmuró:

—No sé, no sé lo que ocurre, pero me parece que tendremos que salvar a Peter.

## XI

—¡Siéntate! ¡Habla!

—Esos te habrán dicho horrores...

—Háblame... Dime la verdad... Júrame, por tu honor..., si te queda..., o por la memoria de tu madre..., que no vas a mentirme, ni a violar el secreto de esta conversación.

Néstor tuvo una sonrisa maligna.

—Te lo juro.

—Ante todo: ¿es cierto que Piedad tiene amantes?

—¿Pero tú no sabes que su marido le lleva veinte años?

—Y su marido... ¿lo sabe?

—Probablemente.

—¿Y no le hace nada?

—No. La cree, la quiere... ¡Es tan hermosa!

Peter respiró.

—Está bien... Y la marquesa ¿qué dice?

—Está tan vieja...

—¿Y tu padre, Oscar?...

—En La Habana. Se desentendió de nosotros. Tiene cuatro hijos de su segundo matrimonio. Nos estafó la herencia. No me hables de papá... Es un monstruo...

—¿Y tú?

—Dicen que otro monstruo, pero no es verdad: una víctima... Que no he tenido suerte. Fui millonario antes de ser hombre; el dinero me corrompió.

—Tú nasiste corrompido, Néstor... Siempre fuiste malo; siempre tuviste el alma negra...

Ningún músculo del rostro del condesito se contrajo. Aceptaba la condenación de Peter.

—Eso mismo —repuso— te probará que no soy responsable. Fui despótico y cruel contigo, ciegamente... Atavismo... Mi abuelo era un santo y mi padre es un hombre vulgar; pero ¿quién te dice que algún Arencibia no mataba a sus siervos como Nerón? Yo he sentido muchas veces, sobretodo de niño, ganas de matarte...

—Lo sé. Y yo a ti...

—También lo sé...

—No te maté por miedo...

—No te maté por lástima...

Entonces Néstor se inmutó.

—Hace todavía un año hubiese preferido la muerte a esa injuria. Ahora, no...

—¿Por qué?

—Porque todo me da lo mismo; porque soy hombre al agua y quiero vivir lo que me quede de vida lo mejor posible. No tengo el valor de matarme. «Qué cobardía»,

dirás.

—Lo diría si te mataras. ¿Tan terrible es tu situación?

—Tan terrible.

—¿El palasio hipotecado?

—Dos veces.

—¿Y la marquesa?...

—Ya no le alcanza para pagar los réditos hipotecarios y para vivir.

—¿Tú la arruinaste?

—Casi.

—¿Piedad no es rica?

—Lo fue. Es una manirrota. Yéboles no le negaba nada. Y que Piedad no se priva de ningún capricho. Es de las que dan dinero cuando hace falta...

—¡Cállate!

—¿Qué puede importarte a ti?

Peter no contestó. La presencia de Néstor contenía sus lágrimas, que pugnaban por brotar. La ruina de los Arencibia y la abyección de Néstor le impresionaban como una catástrofe, como un castigo del cielo demasiado cruel. Pero el libertinaje de Piedad le producía un dolor más hondo y más noble. Veía a Piedad en su desnudez de criatura, a su lado, rodando por el suelo, o adherida al pecho inagotable de Mari Francisca. La veía después en Madrid, desdeñosa y bella como una princesa de romance. Mas no podía admitir, sin desgarramiento, que de la niña-ángel y la virgen-princesa hubiese salido... la mujer de todos. Menos mal que había muerto Mari Francisca. Por su parte, sufría como el hombre que al volver de la emigración o el destierro halla la prostitución en su casa.

Entretanto, sin interrumpir el mutismo de Peter, Néstor recorría con los ojos las cuatro paredes de la habitación y su mirada era la de un «hombre de mundo», que calcula, por el *confort* de que está rodeado, la fortuna o las deudas de otro. Pequeños detalles decían —dentro del lujo de bazar del «Palace»— que Peter era rico: una tabaquera de platino, un aguar de tocador en concha rubia, un pyjama de *tussor* legítimo, abandonado en una silla... Se levantó.

—¿Puedo encender un cigarro?

—Sí.

Peter le alargó su encendedor de oro, con una línea sesgada de esmeraldas.

—¿Ganas mucho, Pedro?

—Regular.

—Vives bien...

—Regular.

—¿De qué te quejas? Te ha mimado la Fortuna. Yo, ¿cómo iba a sospechar que Peter Wald fueses tú? He estado mes y medio en cama... Un duelo... Un balazo en una pierna... Ayer dejé la *chaise-longue*. En cuanto te vi, te conocí... Estás mejor que antes... ¡Y vistas! Dame las señas de tu sastre...

—No lo podrías pagar.

—Es cierto. No perdonas una... Y yo me agunto. Ha cambiado la situación: tú eres rico, yo pobre...

—Yo he trabajado...

—Y vencido... Del trabajo solo, ríete tú. La suerte, la estrella...

—Y la voluntad...

—¡Qué bien te expresas!

—¡Bah! No olvides que me crie en tu casa.

—Gracias.

—Tú me enseñaste a meditar...

—Haciéndote sufrir...

—No hay otro modo...

—¿Cuándo dejaste de odiarme?

—Hoy. Acaso no te odié nunca. Y si te odié me arrepiento de ello...

—Me abrumas con tu compasión...

—¿Qué quieres? Soy así. Déjame, si te molesto...

—¿No querrías ser mi amigo?

—Como de cualquier hombre; pero preferiría que fuésemos hermanos durante cinco minutos.

—¿Para qué?

—Para desirte, sin que te ofendieses: «¿Cuánto nesesitas, Néstor?».

El conde se echó a reír. Sus arrugas precoces se agitaron. Una fosforescencia de júbilo pasó por sus ojos. Y abalanzándose hacia Pedro, quiso como postrarse de rodillas. Él lo impidió con nobleza:

—Eso no, eso no...

—Sí; quiero humillarme... Quiero besarte las manos... Quiero pedirte perdón...

Con un movimiento de atleta, Peter tomó a Néstor por el talle y lo arrojó suavemente sobre el sofá.

—Te he dicho que íbamos a ser hermanos. ¿Cuánto nesesitas? Habla...

—No me atrevo. Ignoro la cuantía de tu fortuna. ¿Puedes prestarme ochenta mil pesetas?

—Sí; pero ¿para qué?

—Cincuenta mil para réditos hipotecarios, atrasos a la servidumbre, un pagaré que vence ahora...

—¿Y las otra treinta?

—Para desaparecer de España.

—¿Con rumbo a Montecarlo?... No. Si puedo impedir la ruina de tu casa, de nuestra casa, daré veinte, treinta mil dólares, pero tú tienes que cambiar...

—Ya no es posible. ¿No has sentido el sudor caliente de mis manos? ¿No te has fijado en mi cara? Estoy tísico, deshecho; vivo con la mitad de un pulmón, con permiso de la funeraria...

—Te llevaré a un sanatorio de Arcachón, de Suiza. Te salvarán...

—No. Y si me salvaran, me moriría de tedio...

Peter contempló a aquel hombre. Era verdad lo que decía. Había llegado a un punto de descomposición del cuerpo y del alma en que todo es inútil, en que el vicio y la muerte se distribuyen los últimos despojos. Debía abandonarlo. Pero el corazón se opuso a esta solución práctica, y acaso, justiciera.

—Ponme al habla con vuestro notario. Yo procederé...

—Mañana mismo... Y ahora, a cuenta de tu generoso préstamo, ¿no podrías adelantarme?...

Peter preguntó «cuánto» con el ademán. Néstor lanzó la cifra:

—Cinco mil.

—Tómalas.

Peter sacó de su cartera los billetes. El conde los sumió en uno de sus bolsillos.

—¡Gracias, Pedro! ¡Eres grande!

El gozo rejuvenecía su cara. Y como si la posesión del dinero le devolviese su aplomo de hombre de mundo, y algunas partículas de su antigua insolencia, le puso a Peter una mano en el hombro y le dijo:

—Mañana en la notaría, ¿no es eso? Te diré la hora por teléfono.

Acaso, en aquel tono superficial y casi protectorio, iba a pronunciar otra palabra, pero dos golpes en la puerta le obligaron a guardar silencio.

—¿Una visita?

—Será mi criado. *Entrez!*

Era Chacón.

Entonces Néstor, mirando de pies a cabeza al literato, glacialmente, tal vez burlonamente, se despidió de Peter.

—¡Hasta la vista, chico!

—Hasta la vista...

No bien hubo cerrado la puerta tras sí, Chacón le preguntó a Peter:

—¿Cuánto le ha timado a usted ese hombre?

—Nada.

—Bueno, ¿le ha sacado a usted mucho?

—No.

—Pero algo sí... Era lo que yo me temía. Por discreción no he subido antes. Estaba nervioso en el *hall*, cerca de la escalera, esperando que bajase ese hombre; pero viendo que tardaba tanto, no he podido contenerme... Escúcheme usted, Peter. Nada me autoriza a inmiscuirme en sus asuntos; ignoro, y no habré de indagar, el misterio de su amistad con el conde de Virama, pero le admiro a usted sinceramente, me es usted muy simpático y le pido permiso para preguntarle...

—Siéntese usted. Dígame no más...

—Para preguntarle si hace mucho tiempo que conoce usted al conde...

—Bastante.

—Entonces lo sabe usted todo...

—No. He estado muchos años sin verlo.

—Entonces ignora...

—¿Qué?

—Lo del robo. Virama le robó siete mil duros de alhajas a la *Alma Roja*... Ella dio parte. Pagó la marquesa de Arencibia. Se echó tierra al asunto; pero en España, para todo el mundo, Virama es un ladrón.

Peter repitió aterrado:

—Un ladrón...

—Pero hay más...

—*Trincheur*?

—Fullero, naturalmente, y de los que cobran el barato en algún garito... Pero hay más... Prepárese a oír algo abominable...

Peter cerró los ojos.

—Diga usted.

—Explota a su hermana, realiza con ella un *chantage* indigno.

Peter se levantó. Y con la voz alterada:

—Eso no es cierto. El marqués de Yéboles lo sabe todo... Y consiente.

—No hay tal. El marqués de Yéboles es un señor muy bueno y muy caballero, que nene un venda en los ojos. Es como el señor Polichinela: todo el mundo «lo sabe» menos él. Hay muchos casos en que se establece tácitamente una convención social a favor del marido burlado y de la mujer adúltera. Yéboles es tan ingenuo y tan digno, que a nadie se le ha ocurrido aún enviarle un anónimo. Ella es tan hermosa que los hombres lo que hacen es desearla y ponerla cerco, y las mujeres se reducen a compadecerla o a imitarla. En resumen, Yéboles no lo sabe, y Virama, que ha logrado apoderarse de algunas cartas recibidas por su hermana y que no permiten ninguna duda, las emplea como un vulgar e indigno *chantagiste*. ¿Qué le parece a usted?

—Increíble. ¡Pobre Piedad!

Chacón miró a Peter con asombro.

—¿También a ella la conoce usted?

—También.

El bailarín hundió la cabeza entre las manos. Dos lágrimas resbalaron entre sus dedos. Creía capaz al conde de lo que decía Chacón; pero, de pronto, una duda le produjo cierto alivio. Era posible que Graciano mintiese. ¿Quién le había impuesto de tal modo en los detalles más íntimos de la vida de Piedad? Se lo preguntó:

—Y... ¿cómo sabe usted todas esas cosas? A lo mejor son chismes, fantasías...

Graciano no supo contener una sonrisa fatua.

—Yo he tenido el honor de ser durante dos meses el *béguin* de Piedad...

Peter se levantó de un salto. Y zarandeando al escritor por las solapas:

—¡Miente usted! ¡Miente usted!

Graciano, muy pálido, repuso:

—Suélteme usted... Está usted loco...

Peter seguía zarandeándolo:

—Es usted un canalla, un canalla...

Graciano repitió:

—Está usted loco... ¡Suélteme!

Volvieron a hallarse separados, pero el uno frente al otro, sorprendidos de la escena violenta. Jadeaban. Al fin Peter dijo:

—Usted me disculpe... Tiene usted razón. ¿Por qué no habría de ser usted uno de los amantes de Piedad?

Chacón, arreglándose la corbata, repuso:

—Es usted un hombre extraño. El acto de demencia que acaba usted de realizar me autoriza a batirme con usted o a preguntarle: ¿También usted ha sido amante de Piedad?

—¡Yo! —gritó Pedro—. ¡No sabe usted lo que dise! Piedad es mi hermana... Nos hemos criado a los mismos pechos... Mi madre fue su nodriza. Yo desiendo de esclavos de los Arencibia... Yo he sido lacayo del conde... aquí... en Madrid... No puedo más... Váyase... Dígaselo a todo el mundo...

Y arrojándose sobre una butaca, comenzó a llorar con tal vehemencia, con tal congoja, que Graciano sintió que se le nublaban los ojos y se le oprimía el pecho a impulsos de la compasión.

—No, Peter —murmuró con nobleza—. No diré nada. Respeto ese dolor y lo admiro. Ahora lo comprendo todo... Vamos, sosiéguese usted... Ya hablaremos. Yo he subido aquí para ayudarle. Ahora le admiro más que antes. Además de bailarín es usted un santo...

Peter le tendió la mano.

—Gracias.

Y Chacón, lentamente, con su faz apolínea todavía alterada, fue hacia la puerta, la abrió sin ruido y desapareció.

## XII

Como todas las mañanas, poco antes de las nueve, don Mucio atravesó el estrechísimo portal de su casa con un gabán viejo —uno color tabaco, inverosímilmente, raído, pero limpio— y un capacho en la mano. Iba a la compra. Ya antes, a las siete, había bajado a la churrería y al cafetín, dejando a Emma en el epílogo de su sueño. Ahora, después del desayuno, se dirigía a la Cabecera del Rastro, la calle de la Ruda y la Plaza de la Cebada, etapas sucesivas e invariables de su viaje mercaderil. Luego, calle de Toledo arriba, compraba su periódico matinal en un café, ofrecíase, acaso, una copita de cazalla en determinada taberna, y, doblando por la derecha de San Isidro, hallábase en la Plaza del Progreso, junto a su casa, con el capacho lleno y el corazón tranquilo. Unos cuantos metros de acera y noventa y siete escalones le separaban de Emma. Solía encontrarla ya vestida y peinada, reluciente de limpieza y de júbilo, pronta a lanzar sobre la camilla el contenido del capacho y a hincarle el diente a alguna pera o manzana, y, en su defecto, a un tomate. Luego quería ayudarle en la cocina, meterse en todo, hasta que él tenía que repetirle: «Ya sabes que no quiero que te estropees las manos...».

Solo le permitía barrer, sacudir los muebles, hacer las camas, regar los tiestos del balcón y limpiar la jaula del jilguero. Para los demás menesteres, hasta los de la artesa, estaba él. No quería que «se le estropeasen las manos» pelando patatas, cortando astillas y hundiéndolas en el agua de la lejía. De puerta adentro de su casa reía don Mucio de la dignidad viril. Su viudez, su pobreza y su ambición habían hecho de él uno de esos padres-madres que no retroceden ante ningún sacrificio, que dan cara al ridículo y llevan al hijo en brazos, le mudan las bragas en el paseo, y le acunan y le arrullan cuando hace falta. Luego de niñera, había sido maestro de su hija, enseñándole gramática, historia, cuentas, geografía... Y si en toda ocasión había guisado y lavado para ella, ahora que «decididamente» iba para actriz, extremaba su propósito de conservarle su cara de ángel y sus manos pálidas de princesa. Una gota de aceite hirviendo bastaba para desfigurar un semblante. Nada de bromas. Su niña tenía el porvenir en su tipo, en su belleza, y no era él tan zote que, por miramientos y prejuicios hombrunos, fuese a disminuir el valor de aquella alhaja. Traíala, pues, en palmitas, diciéndose, con su frase de costumbre: «Tiempos vendrán en que ella me resarza de mis privaciones, en que me devuelva ciento por uno, en que colme de mimos y regalos mi honrada vejez». Todo esto sin que jamás, jamás una idea indigna se mezclase a sus cálculos. Él ignoraba —o quería ignorar— la existencia de esos «príncipes rusos», y de esos «protectores» que rondaban por los teatros. Él no quería para Emma más que un protector: el público. Que la niña gustase, que la pagaran bien los empresarios y... ¡a vivir! Él sería su representante, su secretario, su cancerbero y... su padre... ¡qué narices!, su padre, que era su mayor título de gloria. Él, más feo que Picio, había dado vida a aquel cromo, a aquella estampa. ¿No era natural que la explotase honradamente?

Claro que sí... Estas ideas, siempre al trote en su cerebro, emprendían aquella mañana un galope desenfrenado. No había podido dormir en toda la noche, pesando y repesando la fabulosa proposición de Peter y poniendo en línea de batalla los argumentos para convencer a Emma. Se había levantado sombrío, de mal humor. Los churros le habían producido náuseas, y no se diga el *recuelo* del cafetín. Las tres pequeñas habitaciones en que vivía con su hija, pobres, pero pulcras, habíanle dado una sensación intolerable de estrechez, de asfixia moral. Y después, en la calle, con su capacho y su abrigo viejo, no había podido entrar en su carnicería y en su tienda sin un suspiro de galeote, de pobre esclavo de la vida. La señá Eufrasia, su verdulera de la calle de la Ruda, se sorprendió de su silencio, del color bilioso de su cara, generalmente rubicunda.

—¿Está mala la niña, señor Mucio?

Le respondió cualquier cosa, mientras ella vaciaba las patatas y los pimientos en el capacho. No tenía ganas de hablar. Otras veces, ante cada puesto conocido, dejaba caer un saludo, un chiste, un comentario... Era el orador de la calle de la Ruda. «Se metía» con los concejales del distrito, criticaba el último discurso de don Melquiades o de Maura, emitía su opinión sobre el «crimen de ayer»... Era un hombre —según la señá Eufrasia— «que debían nombrarlo pa el Ayuntamiento». Aquella mañana por poco pierde su popularidad.

Subió, como de costumbre, por la acera de San Isidro, compró su *Liberal* en el café, pero no tuvo ánimos para el aguardiente tabernario... Nada, que le pasaba, como nunca, la pobreza.

Cuando su hija le vio entrar con la compra, no pudo menos de sorprenderse de su aire descorazonado y fúnebre.

—¿Qué te pasa, papá?

—Nada —respondió, dejando resbalar el capacho hasta el suelo—, que no he podido dormir...

—¡Pobre papá! Pues, no creas, tampoco yo he dormido como las otras noches. Solo por la mañanita me desquité... ¿Qué has traído?

—¡Pchs! ¡La miseria de siempre! ¿Qué quieres tú que se compre con los catorce reales que nos quedan para la plaza?

—¡Anda, pues cosas!... A ver... ¡Ay, qué sardinas más grandes!

—¡Que te vas a ensuciar las manos!

—¡Qué pimientos más colorados! Para fritos ¿eh?

—Para fritos.

—Y qué lechuga más fresca... ¡Y castañas! Pues, ¿qué más querías?

—¿Yo? Todo me da igual. Ahora, que si hubiese podido subir para ti un cuarto de cordero o una pareja de perdices, me parecería mejor...

—Yo no me quejo, papá. Soy dichosísima. Por mí que dure cien años nuestra

pobreza, como tú dices...

—¿Y si yo me canso de soportarla?

—¡Ay, papá!

El tono de don Mucio había sido tan irascible, que Emma se puso pálida y tuvo que apoyarse contra la pared. Estaban en la habitación que tenía vistas a la calle: sala, comedor y despacho, alternativamente. La mesa camilla, dos butacas y un sofá recubierto de yute, una cómoda de castaño, un espejo que hacía unas caras cortas y torcidas, y el escritorio, de esos antiguos de caoba, en que don Mucio copiaba las comedias facilitadas por Mataró y sobre el cual, durante largos años, había corregido galeradas en su imprenta... Un quinqué, unos retratos «al crayón» de don Mucio y su esposa y unos paisajes cubanos, debidos al pincel irresponsable de un hombre de la guerrilla de Cortadell, completaban «el decorado» de la habitación. Mísero, sin duda, pero hasta entonces florido por la gracia de la hija y ennoblecido por la modestia laboriosa del padre. Además, toda la mañana daba el sol; toda la mañana se oían los trinos del jilguero y, a cualquier hora del día, con solo asomarse al balcón, se veían los árboles de la plaza y un cielo «que no terminaba nunca».

Con dolor y asombro hubo de admitir Emma que su padre estuviese cansado de aquella casa y de aquella vida. En su mano estaba «cambiar». Pero ¿cómo? Resignándose a formar pareja con el bailarín que le daba asco, que le daba miedo.

—Habla con franqueza, papá.

Don Mucio se desbordó entonces. Hundida en uno de los extremos del sofá, mientras él daba paseos por la habitación, accionando, la chiquilla tuvo que escuchar uno de esos discursos amargos y matemáticos que giran en torno del problema del pan, de la ilusión de la riqueza, del ansia de un vivir confortable y fácil.

Con los cuarenta duros escasos que él reunía cada mes no podía vivir sino de aquel modo miserable. Era preciso que ella supiese que no había entrado en negocios y que había dejado que los herederos de Bauzá se quedasen por cuatro cuartos con la imprenta, sencillamente por cuidarla, por instruirla, por hacer de ella una señorita humilde, pero decente, y no permitir que la calle y el taller se la *achulapasen* y pervirtiesen. Su duro diario de renta representaba un calvario de ahorros, de privaciones, de sacrificios.

—Mientras fuiste niña, para que no te faltase nada y te criases robusta, yo no probé la carne ni el pescado fresco. Cocidos blancos y «filetes de golfo» eran mi yantar cotidiano. No te lo echo en cara. Conseguí evitarte la anemia, la clorosis, el histerismo. Tres veranos te llevé al mar, a Alicante. Y, cuando no, desde que empezaban los calores, allá me iba contigo a la Fuente de la Teja o la Virgen del Puerto a que respirases... ¡Vaya si te he defendido, hija mía! Luego te instruí. Luego, al verte formada y con esa gracia y esa luz en los ojos, me dije: «Puesto que luce, hay que lucirla». Y mi amistad con Mataró hizo que entraras en el teatro... Ahí, ya te dije anoche lo que te espera: cuatro pesetas de sueldo la temporada próxima, si es que, al concluir esta, nos llevan a provincias, que lo dudo, pues aún no te han dado ningún

papel y, antes de empezar, tienes fama de apática, de fría... Al decirme Peter que servías para el baile, no te he de ocultar, hija, que vi el cielo abierto...

Emma, que había escuchado sin chistar, emocionada y humilde, se atrevió a decir entonces:

—Pero ¿no puedo bailar sola? ¿No puedo bailar con otro hombre?

La voz de Cortadell hízose otra vez áspera, colérica.

—¡Claro que sí! Pero hace falta pagar lecciones, lanzarte, comprar vestidos, ir a esas agencias de *varietés* que parecen casas de... ¡Bueno, haz lo que se te antoje! ¡Viva la bazofia, el brasero con tufo y los tacones torcidos! Se acabó... no digo nada más... Trae acá el capacho... ¡A la cocina, Cortadell! ¡Galeote, al remo, al remo, al remo!

Emma no había visto nunca a su padre en aquel estado de excitación. La sorpresa y el miedo la paralizaron. No podía moverse, ni llorar, ni pensar. Fue un instante fugacísimo en que dejaron de funcionar sus resortes vitales. No bien recuperó la noción de las cosas y la posibilidad de mover los brazos y las piernas, abandonó la butaca, y titubeante, pero resuelta, atravesó el corto pasillo que la separaba de la cocina. Allí estaba don Mucio haciendo lumbre: las astillas ardían en el fogón con una llama de color de oro que se reflejaba en los ojos febriles y en la nariz congestionada de Cortadell. Inclinado sobre la lumbre, con dos trozos de carbón de encina en los dedos crispados y la boca enorme agrandada por un gesto de cólera, tenía el aspecto de un demonio pequeño y terrible, capaz de poner fuego a la casa y de salir dando aullidos por el balcón.

Pero Emma era ciega para la fealdad de su padre. En lugar de huir, lo que hizo fue ponerse a su lado, y decirle con precipitación nerviosa:

—Papá..., haré lo que me mandes..., lo que digas..., lo que ordenes... Bailaré con un negro, y hasta con un oso... No quiero que sufras... Dile que sí a ese hombre, esta noche... Esta misma noche...

Don Mucio puso los carbones sobre las astillas antes de levantar la cara. La resolución de Emma le dejaba, de pronto, atónito, ofuscado. Sentía vergüenza de sus exabruptos. Se había conducido «como un bárbaro» con la niña. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero podía ser culpa de los carbones que comenzaban a chisporrotear en el fogón. En cuanto pudo, dijo:

—Vamos a la sala, hijita...

Su voz era tan suave, tan mimosa, que Emma le perdonó en el acto sus frases injustas y sus violencias, pensando que «después de todo» tenía razón. Así volvió a decírselo.

—Es verdad, papá; yo no tengo derecho a condenarte a esta vida... Además, yo sé todo lo que tú ambicionas para mí.

—Era lo que quería decirte. En realidad, yo para mí nada quiero, poco necesito; mal que bien, arrastraré los años que me quedan de vida; pero... ¿y tú? Me obsesiona tu porvenir, hija. No puedo hacerme a la idea de que seas pobre, de que no te cases

por cuidarme hasta que muera, y de que te pongas a vivir luego, solita y con el pelo gris, esa existencia miserable de las pensionistas de un duro diario... Lo que propone Peter puede ser, ¡vaya si puede ser!, el principio de la fortuna. Tú deja que él te enseñe a bailar y que te lance... Después veremos. Después... Bueno: tiempos vendrán en que tus contratos los dictes tú, en que tus parejas las elijas tú. Ahora bien; si la cosa te repugna verdaderamente, si lo del desmayo ha de repetirse, si el bailar con ese negro te ha de costar la salud, entonces ¿cómo ha de ser?, nos liaremos la manta a la cabeza y seguiremos andando a pescozones con la vida hasta que se nos presente otra ocasión de dominarla... Solo que, otra como esta, ¿cuándo se presentará?

—Por eso digo que acepto, papaíto.

—Piénsalo bien.

—Está pensado. Trabajo me costará vencer la repugnancia, pero... a todo se acostumbra una.

—Es que da vértigo lo que ofrece ese hombre: cien pesetas diarias para empezar. ¿No te da vértigo?

—Sí.

—Figúrate el calzado, los sombreros, los vestidos que podrás comprarte... ¿Y el gusto de saltar de este zaquizamí indecente a un cuarto de veinte duros?

—También.

—¿Y lo de poder tomar coches? ¿Y lo de no tener que doblar la espina al último autorcete, a ver si se le ocurre darte un papel? Créeme... hasta ahora hemos vivido como de limosna...

—Dices bien, papaíto. Solamente una cosa, pero no te enfades... Ya sabes que no he de volverme atrás...

—Habla, mujer...

—¿No crees tú que las malas lenguas nos critiquen?

Cortadell se echó a reír. Y en un tono sarcástico:

—¡Pues no he de creerlo! ¡Como si no conociera yo el mundo! ¿Si nos criticarán, preguntas? Nos morderán, nos arrancarán a tiras el pellejo... Las calumnias más rastreras y las suposiciones más indignas saldrán de la boca venenosa de doña Prisca, de la Fontecha, de la Cuevas, de cuantas te envidian. Algún imbécil, como Muela, las regará por Madrid, por charlatanismo, por echárselas de malicioso, pero claro está que, en cuanto yo me entere, voy y le salto el plural de su apellido... No te asustes; aún no hemos llegado al capítulo de los golpes.

—Pero ¿habrá golpes, papaíto?

—No sé, puede que no... Ahora, que yo no toleraré bromas, ni reticencias, ni nada... Todo Madrid sabe que Ginette, siendo una solapadísima golfa, no tiene nada que ver con Peter. ¿Por qué a ti no se te concederá lo mismo: que puedas ser la pareja del negro de un modo exclusivamente mercantil? ¿Por ser decente? ¡Tendría gracia! Tú, al salir a bailar con Peter, es como cuando la Barrientos sale a cantar con un

tenor. No hay diferencia. Y hasta digo que hay más arte en las danzas de Peter que en la mayoría de las óperas del Real... ¡Ea, por eso no te apures! Tu virtud la van pregonando tus ojos. Y de Mucio Cortadell podrá decirse que es pobre como una rata y feo como un diablo, pero que no es honrado, no... En definitiva, la gente y yo nos veremos las caras.

Emma sonrió. Su padre «se lo decía todo», no la dejaba hablar. Algo, sin embargo, tenía que decirle. Precisamente eso... eso de Madrid, de doña Prisca, de la Cuevas, de los pollitos chismosos, de las calumnias, de las murmuraciones que pudiesen sobrevenir. En voz baja, humildemente, pero con firme convicción, le dijo:

—A mí no me gustaría debutar en Madrid. Me daría mucha vergüenza, papá... Aunque no soy nada, me parece que me conocen todas las piedras de la calle, todas las hojas de los árboles de Madrid... No sé; me da sonrojo la idea de debutar en Madrid... Prefiero otro sitio, donde no sea Emma ni la Cortadita, donde no estén mis compañeras en la última fila de butacas murmurando: «Hay que ver, y con un negro... Hay que ver». Me parece estar oyéndolas, papá... Dirás que soy muy poquita cosa...

—No; no digo nada. Digo que acaso tengas razón, y que mejor sea que debutes en otra parte, en Barcelona o en París, y que vuelvas a Madrid consagrada, ¿me entiendes?, consagrada...

Emma se levantó para abrazar a don Mucio.

—¡Ay, qué alegría, papá! Así, en otro sitio, hasta me parecerá que no soy la misma... Creeré que estoy soñando... ¡Ay, qué alegría, papá!

Pero don Mucio, de repente, se había puesto grave.

—¿Qué te pasa, papá? ¿No estábamos conformes?

—Tú y yo sí, hija... Pero queda él. De pronto se me antoja que estos no son más que castillos en el aire. ¿Quién te dice que, disgustado por la escena de anoche, no quiere ni recibirme? ¿Quién te dice que no ha encontrado ya otra pareja? Mucho me lo temo, hija. Y, por si acaso, no perdamos la costumbre de la pobreza. Sardinas con patatas y pimientos en ensalada son el *menú* de hoy. A componerlo se va este cura, y tú, hija, haz lo que te parezca: cose, lee, asómate al balcón, pero no pienses...

—¡Ay, papá!

La Cortadita pensaba... Pensaba que Peter accedería a todo. Y esta convicción le encendía el rostro en una vergüenza confusa, inexplicable.

Se puso a limpiar la jaula del jilguero, para no pensar.

## XIII

Aunque el tren no llegaba hasta las nueve, Peter se había levantada a las seis. La impaciencia... Emma y su señor padre harían su aparición en París aquella mañana, por las escaleras automáticas de la estación de Orsay. El detalle de las escaleras no dejaba de preocuparle mientras, después de la ducha fría, se abandonaba a las fricciones vigorosas de Rolo. Él había decidido que Cortadell y su hija entrasen en París como por arte de magia, pasando, sin sentirlo, de su vagón al automóvil, que les esperaba para llevarlos al hotel —uno del Boulevard Montmartre, con ascensor y teléfono, en las habitaciones—, y para comenzar en seguida el descubrimiento de la metrópoli. Quería que París fuese para Emma como un cuento de hadas. ¡Qué placer estar en mayo y que el cielo de París estuviese azul, con ese azul ligero, diáfano, tranquilo, que a él le parecía el más celeste de todos! Si Emma hubiese llegado un mes antes, aún habría encontrado el cielo gris y triste del invierno, desgarrándose poquito a poco, desapareciendo paso a paso, como si quisiera retardar, por envidia, el triunfo de la primavera. En fin, París estaba azul y verde, y plateado de sol: era un jardín, un jardín enorme en el que habían puesto los hombres algunas torres, algunas casas, y por el que se deslizaban los tranvías y los coches como casitas con ruedas... A este París de encanto llegaba la niña blanca, la muñequita madrileña que bailaba bien. Y llegaba —¡oh, inmerecida ventura!— para que él, Peter, la enseñase a bailar; para que Peter, el negro la sacase un día por el talle y se la presentara al público de París, formado por todas las razas del mundo diciendo: «¿Qué les parece esto?». Y creía escuchar gritos de entusiasmo, como en una Babel dichosa, en todas las lenguas...

Soñaba... Soñaba despierto. Desde hacía dos semanas todo era soñar, todo era esperar con deliciosa inquietud la aparición de la criatura amable y adorable. ¿Lo de la escalera? ¡Ah, sí! Temía que, no acostumbrada a las «que andaban solas», tan corrientes en las estaciones, en el metropolitano y los grandes almacenes de París, fuese a perder el equilibrio y que entonces, al sostenerla él, delicadamente por la cintura o por un brazo, se pusiese pálida o revelase, con un pequeño suspiro, su terror: aquel terror que la piel negra le inspiraba, aquel terror que habría de cambiarse, si no en simpatía, en tolerancia, porque, de lo contrario, «niña mía» ¿cómo vamos a poder bailar?

A las siete estaba desayunando. Su garzonera era pequeñita, íntima. La única pieza importante la constituía el salón, donde bailaban cómodamente hasta seis parejas. Un piano vertical y varios sillones de estilo, que se arrimaban a la pared a la hora del baile, formaban, con el espejo Imperio de la chimenea, su único mobiliario. En cambio, la alcoba y el comedor estaban recargados, eran un hacinamiento de muebles, de objetos y de telas de un gusto que no pecaba de vulgar, sino más bien de *snob*. Las fotografías y los retratos y caricaturas del bailarín pululaban por todas partes.

El recibimiento —*l'entrée*—, un pasillo ancho, estaba materialmente tapizado con los carteles de sus *tournées*: muchas cabezas color de ébano o color chocolate, algunos cuerpos gráciles enlazados en el *fox* o en el *shimmy*; pero sobre uno de los cuerpos, el que vestía frac, siempre una cabeza negra, siempre una sonrisa blanca: las suyas.

A las siete y cinco había terminado su café y sus tostadas. Rolo le trajo los periódicos. Se reclinó en la butaca. Desplegó *Excelsior*, miró los grabados y con curiosidad de profesional leyó las gacetillas de los *music-halls* y de los *dancings*. Ya anunciaban su *debút* a fines de mayo, en los «*Arnassadeurs*» *avec une étoile inconnue*. ¡Ya vería París qué estrella! Él la había descubierto, como esos astrónomos que, cada cinco o seis años, descubren un astro o un cometa con su telescopio. Él la había descubierto con sus ojos y su corazón. Su corazón le había anunciado: «Tú, con tu arte, harás de ella una bailarina portentosa».

Resbaló el periódico de sus manos. Volvía a soñar. Pero ahora con el pasado, con el pasado palpitante, caliente todavía de pasión, de sus tres últimas semanas de Madrid. ¡Cuántas cosas antes de verse en la estación del Norte, a la hora del *sud-express*, despedido como un gran ministro, un gran tenor o un gran torero, por dos centenares de personas! La Olmos, agradecida —fueron tres los coloquios misteriosos; no hubo manera de ser frío con la *brave fille*—, bajó a despedirle, llevando de caballero a don Virginio. Este le abrazó y le dijo: «Vuelva». Don Narciso y Bélmez le llevaron, en blanco, que él pusiese la cantidad, un contrato para noviembre. No firmó. Se reservaba. Quería volver a Madrid con Emma, pero con una Emma que valiera un Peter y que arrancase «todos los moños que hubiese que arrancar en Madrid». Allí, en el andén, estaba Roel consternado, horrible con su tristeza, por la partida de Ginette, que se había realizado la víspera de un modo automático y cortante por parte de ella: «*Mon cher, plus de jou-jou... On m'attend, avec des millions et un prêtre, au Brésil... Alors, tu comprends...*». Roel no comprendió nada: había confundido un efímero *béguin* de viciosa con un amor. ¡Pobre Roel! No conocía a las francesas de la calaña de Ginette y había cometido la estupidez de enamorarse de «*cette garce*», como él, en *illo tempore*, se había enamorado de Niní. ¡Pobre Roel! La Cuevitas no vino. ¿Para qué? También había españolas de la calaña de Ginette. *Et comment!*... No faltó Fernández-Monte, «que tenía terminada su pantomima: un verdadero *ballet*, ¿sabe?»; ni casi ningún autor o asiduo del saloncillo del Sainete. Claro que ahí estaban el imprescindible Muela y el rutilante Chacón...

¡Ah, pero Chacón no era un pelele como Muelita, sino un hombre que, en las horas serias de la vida, era capaz de uno de esos actos que revelan a un tiempo inteligencia y corazón!... Sin Graciano no habría podido realizar Peter, de una manera a la vez práctica y noble, su venganza contra los Arencibia, venganza que consistía en apuntalar el palacio y la vida de la vieja marquesa y en proporcionar a Piedad, delicadamente, la certidumbre de que Néstor no podría enviar ninguna de las

famosas cartas al marqués de Yéboles. Treinta mil pesetas pagó Peter por aquellas vulgarísimas cartas de tres amantes distintos de Piedad. Por Graciano, que conservaba la suficiente confianza para interrogar a la adúltera, supo que eran tres. Las mismas que fueron quemadas en su presencia por Piedad en una de las chimeneas del palacio.

Su entrevista con Piedad fue, por parte de esta, afectuosa, tal vez demasiado afectuosa. Piedad le recibió «en camarada», como si los años de ausencia —tan tormentosos, tan fecundos— no hubiesen servido sino para resucitar los de la infancia. Pero Piedad no era una niña, y a él le daba vergüenza que hubiese dejado de serlo. Ninguna alusión al contenido de las cartas. En presencia de Néstor y Chacón las había puesto bajo sobre, sellándolo con una sortija del segundo. Néstor, como la cosa más natural, recibió en un cheque el precio de su *chantage*. Y desapareció... Aquellos seis mil duros —siete con los del primer sablazo— iban a servirle para morir «a lo príncipe», como decía él. Néstor, ¡bah!... Un cadáver. Piedad, en cambio, ¡qué viva, qué hermosa, qué arrogante! No le sentaba mal el pecado, ni la traición. Era, exactamente, de la raza de la Olmos. Hubo un instante, al decide ella: «Pero qué guapo te has puesto, Pedrito; siempre lo fuiste, pero lo estás más que nunca», en que vio en sus labios y en sus ojos la sonrisa que descubre a las mujeres, esa sonrisa del deseo inconfesable, de la curiosidad malsana, del ansia de novedad. Él, claro, se ruborizó hasta las raíces del alma, sofocado por la sensación incestuosa que le producían la frase y la sonrisa de Piedad. Pero fue una turbación fugacísima. Más hondo y más dulce afecto le produjo el sentirse llamar Pedrito. Ese «Pedrito» le evocó toda su infancia, toda su inocencia, vividas y perdidas junto a Piedad. Hablaron cerca de una hora. Habló ella más que él... Y cuando quiso darle las gracias, cuando le dijo: «Eres un caballero», él se levantó, y tomándole las manos, que ella le abandonaba suavemente, repuso:

—Hago lo que le habría gustado a Mari Francisca...

Los ojos de Piedad se nublaron:

—¡Qué bueno eres!

Pero él, vencido por la emoción, ya huía hacia la sala contigua, donde le esperaba la marquesa para tomar el té. Nada menos... El hijo de Pedro Valdés, el descendiente, por ambas ramas, de esclavos de los Arencibia, había sido invitado por las dos marquesas. Un criado blanco, lívido, con el frac en ruinas, como la casa, trajo la bandeja. Piedad le sirvió la infusión, enturbiándola con unas gotas de crema. La vieja marquesa, mundana, venerable, arrugadísima, una momia con la peluca blanca, le ofrecía emparedados y dulces: «Mira, estas panetelas están hechas en casa como las hacía tu madre para ti...». ¿Qué mano oculta le sostenía el corazón para que no se le rompiese en lágrimas como fragilísima copa de cristal?

Después quiso la marquesa que visitase la casa, esa casa que él venía a salvar «como un ángel del cielo». Y la visita fue sonriente, triste, temerosa. Hubiese querido hacerla en puntillas: temía despertar demasiados recuerdos, resucitar demasiadas sombras. Por fortuna, Piedad, admirablemente vestida, daba una impresión tan

moderna y tan mundana, que el sabor romántico de la visita quedaba como disuelto en la espuma de su frivolidad. La alcoba de Mari Francisca, transformada en lencería del palacio, no le hizo sentir nada. En vano evocó la figura de su madre. Faltaban las cosas que la rodeaban, su atmósfera, el crujido del pavimento de madera bajo sus pasos pesadotes de reumática...

Las dos marquesas le acompañaron hasta la escalinata; las dos le dijeron adiós con la mano cuando, tras la verja, se quitó el sombrero por última vez. La casa quedaba apuntalada; Piedad, tranquila. Total, veintiséis mil dólares menos de capital; pero ¡qué bienhechora alegría en el alma! *Finie, bien finie la vengeance!*

Quedaba el otro asunto. *La belle affaire!* Todo había salido a pedir de boca. Él, mareado por el oleaje de los acontecimientos —el desmayo de Emma, la celada de la Olmos, la aparición de Néstor, la disputa con Chacón—, había llegado a uno de esos estados de fatiga moral que reclaman el baño tibio, el aislamiento y la cama precedida de la droga somnífera, cuando, a mediodía, mientras Rolo le invitaba a levantarse, sonó el teléfono de la alcoba.

—Pregunte quién es, pero que no recibo a nadie...

Rolo se dirigió al aparato.

—Pregunta por monsieur, monsieur Cortadell...

—¡Que suba! Un *pyjama*, una bata, cualquier cosa...

Y dos minutos después, en el desorden fastuoso de la habitación, junto al balcón abierto, hablaba don Mucio, con timidez, casi con vergüenza, el pobre. Tuvo que ayudarle.

—¿Qué, se ha despedido la niña?

—Sí, señor.

—¿Y cómo se llama?

—Emma... Emma Cortadell, para servirle.

—¿Y no volverá a desmayarse?

—Fue la sorpresa y ese calor del teatro. Además, andaba algo malucha.

—¿Y ya está bien?

—Del todo.

El asunto se planeó y trató en un instante. Ningún inconveniente en debutar en París. Al contrario. Y para evitar las murmuraciones *imbésiles* de que hablaba el señor Cortadell, lo mejor era que su hija dejara el teatro con cualquier pretexto y tomase el tren para París seis u ocho días después de la despedida de Peter, en compañía de su señor padre.

—En esos ocho días yo prepararé las cosas, firmaré un contrato para junio, lo dispondré todo para las lecciones de la niña.

—Pero...

Aquel «pero» de Cortadell era elocuentísimo. Envolvía mil interrogaciones. A todas las cuales respondió Peter, con diplomacia:

—Les buscaré a ustedes dos habitaciones en un hotel desente donde se habla

español... Yo les serviré de intérprete en los casos de apuro, si se presentan. Vendré a buscarlos a la estación. Usted habla algo de francés.

—Sé decir *pardón* y *silvuplé*...

—Es la mitad del idioma.

—Además, compraré un vocabulario, y de aquí al viaje...

—Entendido... ¿Ya sabe lo que le ofresco a la niña?

—Dijo usted, me pareció que decía usted antes de anoche, cien pesetas... Pero pude oír mal...

—No, señor... Sien pesetas es mucho sueldo ahora, antes de empesar; pero en cuanto debutemos y ella guste, será poco. Pongamos sien pesetas hasta el *début*...

—¿Y las lecciones que va a darle usted? ¿Y el viaje?

—Abriremos una cuenta. Cuando ella gane tanto como yo, me pagará esos antisipos. ¿No les parece?

—Como usted diga; me confunde usted. Yo creía que los hombres generosos eran personajes de folletín.

—Yo no les regalo nada a ustedes: emprendemos un negocio. Tengo fe en el triunfo de Emma. Juntos hemos de ganar millones.

—¿Millones? ¿Dice usted millones?

—Unos cuantos millones, señor Cortadell. Veo en sus ojos la sorpresa... Un viajecito a París no le vendrá mal... El día que yo quiera fundar un *dancing* en París, en Londres, en Berlín, donde se me antoje, tendré a los capitalistas a la puerta, así, apiñaditos... ¡Soy el Rey del *fox-trot*!

Y Su Majestad, francamente regocijada, se echó a reír. Luego se dirigió a un bufetito, sacó un cuaderno de cheques de la gaveta, y extendió uno de cinco mil pesetas a favor de don Mucio Cortadell.

—Con esto llegarán ustedes a París.

Don Mucio, horripilante de fealdad, tembloroso de emoción, leyó la cifra sin tocar el papel.

—¡Mil duros! No; esto es un sueño. Esto es una película... Yo no tomo ese cheque. ¿Por qué me da usted tanto dinero? Con mil pesetas basta y sobra...

—No sea usted así... Hay que hacerse ropa, viajar cómodamente, saldar deudas...

—No las tengo.

—Pues bien. ¿Le regalo yo esa suma?

—Es verdad. Voy a extenderle un recibo.

Peter respetó aquel arranque de dignidad, y en cuanto don Mucio hubo salido encendió un habano con el pagaré... Era verdad que le gustaba jugar al conde de Montecristo, en lo de la largueza; pero, en este asunto de la Cortadita, ¿era todo generosidad?

Tal vez estaba al principio de otra de sus «venganzas». Emma Cortadell le parecía, desde luego, hecha para triunfar en los bailes modernos de su repertorio. Era la masa dúctil con que él formaría una gran *danseuse*, y, precisamente, lo que le

encantaba era, por decirlo de algún modo, la inocencia coreográfica de la chiquilla. La última *foxtrotera* o tangueadora de Bullier o del Moulin de la Galette podría, de pronto, darle una lección; pero en cuanto Emma supiese cuatro cosas, en cuanto Emma se soltase, en cuanto Emma, a la hora del baile, «se le entregara», no habría en todo el mundo nada igual. Estaba persuadido. Le había bastado verla dar dos vueltas en un lánguido *agarrao* para comprender el partido que podía sacarse de ella. ¡Y pensar que el Sainete la llamaban sosa!

Peter recordó, una vez más, la cara y las proporciones de la Cortadita. Sí, era eso: la cabeza chica y el cuello largo, el pecho breve, el talle finísimo y flexible, la pierna justa y el brazo también. Lo que hacía falta, lo que él le habría pedido al fabricante, si existiese uno de bailarinas. Pero no solo pensaba en Emma el danzarín profesional. Pensaba, acaso con más penetración, el hombre. Aún no se había preguntado Peter si iba a enamorarse de ella; pero desde el primer momento, el propósito de seducirla le parecía, a la vez, un imposible y una infamia. La suponía honrada, virtuosa, *pura*; mas admitiendo, *a contre coeur*, que no lo fuese, bastaba su repulsión por los negros para defenderla de las asechanzas que él hubiese podido tenderle. Eran muy numerosas las blancas que experimentaban frente a los negros una sensación de miedo y de asco simultáneos. Así debía ser. Una blanca normal no podía sentir deseo amoroso ante un hombre de raza inferior. Lo contrario era vicio o mercantilismo. Plagado estaba el mundo de viciosas, lo que sobraban en París eran esas pobres muchachas que, a lo sumo, elevaban la tarifa cuando el cliente era un amarillo o un negro. Todo lo cual no impedía que hasta rematadísimas *filles*, como la Ginette, por ejemplo, fuesen insensibles a la seducción de la raza negra. La Ginette le decía en ocasiones: «Es curioso, *mon vieux*... Hasta en el más furioso *shimmy* me dejas como si tal cosa... Bailo contigo como con un muñeco». Y él no se enfadaba: comprendía. También a él la Ginette lo dejaba «como si tal cosa». Pero Emma, no...

¿La deseaba? No lo sabía. Sabía únicamente que para dominar el dolor producido por el desmayo de Emma había tenido que aturdirse, y que si los acontecimientos no hubiesen sido tantos y tan varios a partir de la entrevista con Emma, habría enfermado de dolor. Bien le había dicho un médico, cuando la muerte del pobre Nonell, que era un sentimental. ¡Un negro sentimental! Y tan grande era su temor de asustar a Emma, que había tratado exclusivamente con su padre el asunto de la contrata, contentándose con verla en el escenario, en sus papeles insignificantes o mudos de meritoria. Quería que se le pasase el miedo, y que la parte de compromiso moral que había en los papeles firmados con su padre contribuyese a hacerla desaparecer. Mucho le temía a la primera lección... Antes de dársela iba a ir acostumbrándola a su presencia, a su mirada, a la presión rápida de su mano... enguantada. Tenía un plan. Deseaba profundamente cambiar en simpatía y en confianza la repulsión. Quería que, coreográficamente, Emma le perteneciese. Y luego... ¿Luego? Nada.

Al llegar a la zona de los anhelos, de las incurables ilusiones de su corazón,

prefería detenerse, como ante un abismo. Sería absurdo e inútil enamorarse de la niña blanca. Tenía que extirpar los gérmenes de pasión que comenzaba a sentir dentro, allí donde todo era llano y glacial desde la burla atroz —y saludable— de Niní. ¡Oh, si hubiese sido blanco! Si hubiese sido blanco, no habría sido el Rey del *fox-trot*, ni habría ganado millones, ni habría conocido a Emma Cortadell... Pero si hubiese habido un Mefistófeles capaz de hacer blancos a los negros, él lo habría llamado y le habría dicho: «Deme una piel como la de Graciano para gustarle a Emma». Sueños. Solo había Mefistófeles en la Opera.

Miró la hora en su reloj-pulsera. Las ocho. Oprimió un timbre y —con sus mangas de lustrina y su delantal de gamuza— Rolo apareció.

—¿Qué hase usted, hombre?

—Concluyo la limpieza, señor.

—El tren llega a las nueve. Quiero salir de aquí dentro de media hora. Vuelva a telefonar al *garaje*... No olvide que quiero flores en el piso... Telefonee también al hotel del Sur, que estén listas las habitaciones para las nueve y media...

—Muy bien, señor.

Peter se acercó a la vidriera de uno de sus dos balcones. Su *garçonnière* estaba en el barrio de Europa, más cerca de Montmartre que de San Lázaro, en una calle decente, sobre toda cara. Hubiese querido ver llegar el *auto* y volar a la estación de Orsay.

## XIV

En aquel momento, el tren que traía a Emma y a don Mucio atravesaba «la grande banlieue» de París: villas, pabellones, chimeneas, almacenes, algunos prados, algunos huertos... Todo a la querencia del río generoso.

—¡Vaya un río, papá!

Cortadell bajó la voz.

—Ya sabes que se llama el Sena. ¿Tú creías que iba a ser el Manzanares?

En el compartimiento de primera —Cortadell no se había atrevido con el coche-cama— venían tres viajeros más, franceses. No parecían comprender el español, ni sentir curiosidad ninguna. No obstante, Cortadell se dirigía a Emma con una vocecita velada y suave, como de cura en confesonario.

—Falta media hora para llegar... Cuando falten diez minutos te avisaré para que te pongas el sombrero.

—¡Qué viaje más largo, papá!

—No digas eso... Es más largo ir a Almería o a Vigo desde Madrid... Estos trenes franceses vuelan... Y ya lo has visto: ningún tropiezo...

Era en tiempos de paz. Cortadell y su hija no habían necesitado pasaporte para atravesar la frontera, y, como los mozos de Hendaya son bilingües, don Mucio pudo hacerse la ilusión de que dominaba el francés. Durante el viaje, el padre y la hija, cada cual a su modo, y a veces en diálogo cordialísimo, recapacitaron acerca de los orígenes, del desarrollo y las posibles consecuencias de la aventura. Ninguno estaba arrepentido. Ella obedecía resignada, distraída y por momentos feliz. Todo pasaba como en uno de esos sueños de color de rosa que parecen dirigidos, por un ángel. Lástima que el epílogo tuviese que ser oscuro... Emma procuraba no pensar en el epílogo. Iba viviendo al día, infantilmente, aquella vida mágica que había comenzado desde que ella tuvo la ocurrencia de desmayarse... Veía llegar a su padre a la casita del Mesón de Paredes, tambaleándose. Escuchaba la relación de su entrevista con Peter y se santiguaba al enterarse de que un papelito con su firma pudiese valer mil duros. En seguida los preparativos y las compras imprescindibles, pues para los trajes de baile esperaban las órdenes de Peter, y para las «cosas lindas estaba París». Y, desde aquella misma noche, la gustosa comedia de fingir «renunciar al teatro», de sentirse desilusionada porque no le daban papeles, de presentarse a los ojos de la Cuevitas y la Fontecha como una infeliz vencida por la indiferencia del público y los autores. ¡Ah, si Peter hubiese sido blanco! Pero ya, gracias a la indiscreción de Muelita, le había soltado la Cuevas alguna alusión extraña a su visita al cuarto de Peter, y, sofocada por el rubor, había tenido que mentir: «Mataró se empeñó en presentárselo a papá. Yo, ¿qué iba yo a hacer?».

Prefería ser compadecida, como podían compadecerla las otras meritorias, con solapada burla, que producir en ambas la envidia a costa de su dignidad. El pudor era en ella más fuerte que el deseo, tan profundo en las mujeres, de lucir su riqueza o su

ventura. Una mujer no es completamente dichosa sino cuando luce o posee algo envidiable: un collar, un automóvil o un hombre. La situación de la Cortadita cerca de Peter habría hecho saltar de júbilo a la Cuevas y a la propia Fontecha, si su volumen le hubiese permitido aceptarla. Pero si ella les hubiese revelado la verdad, la verdad dorada y triste, ¡con qué saña no habrían criticado su conducta! En cambio, aprobaban su decisión de *retirarse...* «Sí, hija, sí —opinaba la Fontecha—; yo siempre dije que no servías para esto, no por nada, sino por falta de condiciones... Que no has nacido para el teatro... Consuélate. A lo mejor resultas para hacer sombreros...». Entonces había intervenido la Cuevitas: «Eso es: métete a hacer sombreros, y no tardaré yo en encargarte los míos... Si es que te salen... Porque, hija, hasta para hacer sombreros hay que tener calorcito en la sangre, y tú eres lo que se dice un témpano... Y perdona...». Aquella conversación no pudo oírla su padre, porque era uno de esos momentos en que se vestían para la escena. Ella se alegró. Su padre hubiese sido capaz de «decirlo todo» para confundir a las que tan cobardemente la insultaban. También ella sintió deseos de hacerlo, pero se contuvo. Ya llegaría la hora de su desquite.

Antes de salir de Madrid habían comenzado a desvanecerse en su imaginación las figuras del teatro. Persistían un poco las mejores: la Ávalos, tan gran actriz; la Olmos, tan simpática; Gandía, siempre «como si fuera a retratarse»; Roel, que había llegado a asustarla con sus requiebros y suspiros, y que de pronto, no volvía a fijarse en ella... Confusamente sabía por qué. Pero ¿era posible que la francesita de Peter se hubiera enamorado de aquel monstruo? De todos modos, daba gusto no estar más en el teatro, arrinconada, sufriendo con las indirectas y los chistes de la Cuevas, que no comprendía casi nunca, y con la envidia sorda y el desdén fingido de la Fontecha. Bélmez y Mataró eran los únicos que la habían despedido cariñosamente. Bélmez le dijo: «Ya verás cómo vuelves al teatro. El que lo prueba no puede dejarlo. Es como uno de esos venenos que matan tan poquito a poco, pero haciendo gozar. Ya verás... Si yo hubiese sido la empresa, te ato, dándote un papel. Pero —concluyó con un suspiro— yo no soy la empresa; yo soy aquí don Nadie, hija mía». Mataró «no las tenía todas consigo». Y se lo manifestaba a don Mucio: «Hay gato encerrado, olfateo novedades». Cortadell le puso una mano en un hombro: «No hay nada. La niña va a aprender mecanografía. Eso es todo. Nos hemos convencido de que no sirve para el teatro». Mataró repuso: «¡A otro perro con ese hueso! La niña, con solo salir a escena, tiene conquistado al público. ¡Pues no es maja ni na!... Que se la lleve usted a otro sitio, y hace usted bien, y santas pascuas. Pero ¿a dónde se la lleva usted, don Mucio?». El honrado Cortadell mintió: «A casita... Y a una casa de máquinas de la calle del Carmen...». «¡Bueno!». Y Mataró exhibía toda la podredumbre de sus dientes en una sonrisa de incredulidad.

Mataró, al que don Mucio debía algunos favores, hubiese merecido la revelación del secreto. No obstante, hubo de quedarse con las ganas, porque, como decía Cortadell, «toda prudencia era poca en aquel pícaro mundo de la farándula».

Y a callanditas, evitando la curiosidad de la señá Nieves la portera, con una serie de espionajes graciosos, don Mucio y Emma consiguieron que nadie supiera en la casa que dejaban Madrid, hasta que llegó el coche en que iban a la estación.

—¡Qué sorpresa! Pero ¿adónde van ustés? ¿Herencia? No, porque no están ustés de luto. ¡Hay que ver qué majos!... ¡Vaya un impermeable el de don Mucio y traje de paño el de la niña! Pero ¿qu'ha pasao? ¿Adónde van ustés? ¿Y qué hacemos del cuarto?

Don Mucio le tapó la boca a la señá Nieves con un duro, y le dijo:

—Un primo hermano mío, que acaba de llegar de América, me llama a Tolosa, de donde es natural. Un viaje de ocho días... Por el cuarto no se apure. Estoy al fiel de los recibos, y antes de fin de mes nos tiene usted aquí de vuelta.

La señá Nieves, por santiguarse, dejó resbalar el duro. Cortadell, atentísimo, lo recogió y volvió a ponérselo en la mano. En seguida, al coche. Solo llevaban un baúl y una maleta. Del jilguero había quedado encargada la señá Eufrasia, la verdulera de la calle de la Ruda. «La nombro a usted su tutora —declaró don Mucio—; cuídelo como a un hijo, y aquí tiene usted tres pesetas con cincuenta céntimos para su manutención». La señá Eufrasia abrió toda la boca, que era desdentada y grande: «¡Hay pa un año de cañamones! ¿Adónde irán ustés?».

Nadie lo supo... Y al entrar en París, por el túnel interminable de la estación de Orsay, la Cortadita y su padre se miraron de pronto con ligera angustia, con fugaz inquietud. El secreto y la distancia del viaje eran como dos enormes abismos entre ellos y España, entre ellos y Madrid. Fue un minuto de efímera depresión, debido al túnel gris y largo, iluminado a trechos por unos grandes tragaluces y unas lámparas eléctricas, pálidas como cirios. De repente, el tren se detuvo, sin sacudidas, suave, blando, como si entrase en un salón. Algo nervioso, don Mucio sacó medio cuerpo por una ventanilla. Peter y su criado estaban en el andén.

## XV

—Muy bien, Emma... ¡Bravísimo! —decía Peter satisfecho, e invitándola a descansar.

Era la octava lección y el bailarín estaba asombrado de su alumna. El primer día, antes de comenzar por un vals simple, le había explicado en pocas palabras toda la teoría del baile moderno. Del vals en tres tiempos y exclusivamente circular, se pasaba al boston, es decir, hacia el paseo adelante, hacia atrás y a los lados, y del boston simple se iba naturalmente al boston americano, poniendo lentitud en la música y dando una vuelta completa de seis pasos, sin girar sobre la punta de los pies. Los demás bailes «no eran nada». La base residía en el boston. Un buen *bastonneur* lo bailaba todo: el tango, el *one-step*, el *fox-trot*, el *schottis*, el *shimmy*, y podía permitirse cualquier género de fantasías e innovaciones. El boston era el álgebra de la danza «a dos». Mas importante aún —y esto ahorra un cúmulo de explicaciones—: en todo baile de pareja, la dirección correspondía al hombre. A ella le bastaba obedecer, seguir sus indicaciones, dejarse fascinar por el bailarín, siendo como su reflejo o su sombra. El contraste no podía ser nunca de ritmo, de movimiento. Si el hombre y la mujer hubiesen podido bailar desnudos —explicaba Peter con serenidad científica—, se habría visto que la mujer se reducía a copiar los pasos y actitudes del hombre. La mejor bailarina era la más obediente, la más compenetrada y fundida con el bailarín. En todo baile de pareja, el hombre era señor y la mujer esclava, y en ciertos bailes aún más: verdugo el hombre y víctima la mujer. El baile de pareja venía a ser el símbolo coreográfico de la posesión...

Esto último no lo entendió Emma, pero don Mucio sí. Fuertecita era la imagen, pero justa. Peter poseía en uno de los ángulos del salón, un primoroso estante de laca con libros y álbumes de historia y teoría coreográficas. Ya los hojearía Emma más adelante. Casi todos eran alemanes o yanquis y él los había comprado después de hacerse célebre. Lo cual probaba la futilidad de las teorías. El caso era tener cuerpo y alma de bailarín: amor al baile y condiciones físicas para el baile. A Emma le gustaba el baile y estaba echa para él. No le faltaba más que práctica, y no mucha, porque tenía la *pose*, el instinto, el don.

Aquella tarde había estado admirable de ligereza, de comprensión, de abandono a la voluntad del bailarín. Sus zapatitos habían obedecido sin titubeo a los escarpines de Peter. Había sido una sesión «definitiva», en la que pudo comprobarse el «ajuste» de la pareja, su armonía, su acuerdo. Peter exultaba. Y mientras Emma, sentándose cerca de su padre, abría el abanico, él se puso a manifestar su júbilo, diciendo:

—Ya lo sabía yo desde Madrid; pero no me esperaba tanto... Solo he conocido otra persona igual que usted: yo mismo. El tango ya lo domina, y el *fox*... Un poco más de audacia para el *shimmy*. En general, en todo, más..., ¿cómo lo diría yo?..., más olvidarse de quién es. Figúrese que no existe, que es una muñeca que yo manejo, que yo vuelvo loca, a mi capricho. También, a veces, olvídense de que es mujer. Casi

todos los bailes de ahora están inspirados en marchas de animales y en vuelos de insectos. Tenemos que ser osos, patos, zorros, mariposas...

—Sí, hija —atravesó don Mucio—, lo que te falta por comprender es que tú, mientras bailas, no eres tú, y que por mucho que te zarandeas y te estremezcas no pierdes ni tanto así de tu dignidad... Hay que ser modernos, paloma, ya te lo tengo dicho. Una bailarina vale tanto como una actriz. Si te hubiesen dado en el Sainete un papel de..., bueno, un papelito de lo que es la Cuevas, no hubieses podido decir que no, porque te echaban.

—Yo reconosco —dijo Peter, mirando con gran delicadeza a la Cortadita— que los bailes de moda son..., ¿cómo diría yo?... bestiales, pero a mí me parece que dándoles intensidad artística se les purifica. Además, todo depende de la pareja: usted y yo no podemos bailar susio... No es posible. ¿Me entiende?

Ella se había puesto roja.

—Sí, señor, le entiendo a usted perfectamente; pero, por lo visto, usted y papá se figuran que yo estoy asustada o que le tengo miedo al *fox* y al *shimmy*... Será que soy torpe o que no me he soltado aún...

—Claro que con un poquito más de practica... —asintió Peter, amable.

—Toda la que haga falta —dijo ella—. ¿Quiere usted que volvamos a bailar el *shimmy*? Aún no domino el *papillón*...

Él se puso a reír afectuosamente, orgulloso de la obediencia de su alumna.

—No; por hoy, basta. Ahora a descansar. Maestro —dijo, acercándose al pianista, un joven escuálido y completamente calvo—, hemos terminado la sesión. Mañana, como siempre, a las tres...

Bailaban de tres a seis, con algunos descansos, y haciendo honor a las cinco al *lunch* que servía Rolo en una gran bandeja de plata. Aquel *lunch* —emparedados, dulces, té y cerveza para don Mucio— constituía uno de los múltiples detalles del famoso plan de Peter, que consistía en envolver a Emma y a su padre en un ambiente de lujo, de amabilidad, de distinción que concluiría por parecerles imprescindible y a cambio del cual sacrificaría ella la mayor parte de sus escrúpulos. No se explicaba muy bien Peter la razón de cada uno de los actos de captación, de seducción que venía realizando desde la llegada de los Cortadell a París. «No quería querer» a Emma, y, sin embargo, se proponía hechizarla, hacer de modo que ella le respetase, le admirase. Era como si pretendiese compensar la desventura de su piel rodeándola de una aureola de taumaturgo.

Ahora bien: un hombre verdaderamente rico y que conoce París, es un taumaturgo en cuanto se le antoja. Le basta con tener el luis fácil y con firmar todos los cheques que vayan necesitándose. En todas partes el dinero es una potencia mágica, pero en ninguna lo es tan fluida y amablemente como en París.

Don Mucio y su hija paseaban amablemente por París en una preciosa *limousine* con *chauffeur* y lacayo de librea. Peter les acompañaba, y era quien daba la orden de cambiar de rumbo o de detenerse aproximando la boca a la trompetilla acústica. Ha

de recordarse que don Mucio y Emma pasaban, casi sin transición, del coche de San Fernando al automóvil. Aunque Cortadell era discreto y había leído a Julio Verne, no lograba dominar el asombro «que le producían la blandura y rapidez de aquel medio de locomoción». En una mañana podía descubrirse la mitad de aquel mundo que se llamaba París, y en una tarde la otra mitad. Era maravilloso.

Por su parte, Emma estaba deslumbrada. Su balcón de la calle del Mesón de Paredes daba ahora sobre el Boulevard de Montmartre, y, en lugar de barrer y poner la mesa, la servían unas mujeres de cofia o unos criados de frac. Para colmo de venturas, en París no hacía falta hablar el francés. (Peter había escogido un hotel donde la mitad de la servidumbre era española y la clientela casi exclusivamente hispanoamericana). Además, no había que molestarse por ver nada. Los monumentos «venían a buscarla a una». Emma, experimentaba la sensación de que la Opera, los Inválidos, *Notre dame*, la Torre Eiffel, y sucesivamente todos los monumentos de París, llegaban a colocarse junto a su automóvil, como inmensos juguetes con ruedas, para que ella los contemplase y admirase. Para Emma habían dejado de existir la distancia, la dificultad, la molestia: cuanto deprime y fatiga. Emma habitaba una ciudad encantada, donde todo era sonriente, perfumado y fácil. Era el París de las princesas antes de la ruina, de las multimillonarias yanquis y de las actrices mimadas por el amor y por la gloria. Era el París de los grandes restaurantes, de los *cabarets* de lujo, del *pesage* de Auteuil, de Armenonville, de las casas de moda de la Place Vendôme y de la rue de la Paix.

Su corta temporada en el Sainete le había dado cierto aplomo; la silenciosa convicción de su hermosura y el sentirse protegida por un hombre a quien sonreía y saludaba todo París, concluyeron por darle ese equilibrio mundano que permite no *azararse* —como dicen en Madrid— al penetrar en un mundo superior al nuestro. Los vestidos que le había comprado Peter le daban —como él mismo decía— el *chic* parisiense. Mirándose al espejo, comparándose con las mujeres que veía en los *foyers* de los teatros, en el Bosque y en los restaurantes, comprobaba hasta qué punto tenían razón los que la mareaban en Madrid llamándola elegante y bonita. ¡Sí; era lo que daba en llamarse «una belleza»! Lo sabía, y sabía también que esa belleza era su fortuna y que luciéndola tenía que ganar dinero. Pues a lucirla...

Emma no iba más allá en sus reflexiones. Sospechaba, confusamente, que una Olmos hacía algo más que lucir su belleza, pero no se le ocurría que ella tuviese que imitar a la Olmos. Del mismo modo que «no se le había pegado nada de la Cuevas», calculaba que no podrían contagiarla nunca ciertas mujeres, ni ciertos hombres de París. En menos de quince días había aprendido «a no ver» las miradas procaces, a contener a los hombres con una actitud digna y natural. No corría ningún peligro. Sentíase fuerte en París, como lo había sido en el teatro, donde también «la miraban» Gandía, Linaje y Roel y algunos espectadores de los proskenios y la primera fila...

De cuanto le había ocurrido, a partir de la famosa noche del desmayo, lo más curioso, «lo más grande», era aquella manera de ir acostumbrándose a Peter sin

esfuerzo hora tras hora, día tras día, como si alguien que supiese hacer milagros se hubiera propuesto transformar lo que miraban sus ojos. No era que Peter dejase de ser negro, ni que, en lo más recóndito de sí misma, hubiese dejado de sentir aquella repugnancia que le inspiró al principio. Era, en primer lugar, que lo encontraba simpático, atento y generoso, a pesar de la piel. Era que comprendía, al fin, una de las verdades de don Mucio: que el éxito no tenía color. Era que estaba agradecida de sus atenciones, de sus delicadezas infinitas, de aquel culto en que la envolvía desde su llegada a París... Era —pero esto no podía definirlo Emma— que Peter le inspiraba confianza y asombro a la vez: nada lo hacía temible y mil cosas lo hacían admirable. Le recordaba esos genios de los cuentos de hadas que realizan cuanto les pide el poseedor de la sortija mágica o de la lámpara maravillosa. Le sorprendía por su elegancia, por sus modales de príncipe y por su buen corazón. Se preguntaba «cómo podía él saber tantas cosas», y él le respondía con sencillez: «los viajes». A veces llegaba a parecerle un hombre extraordinario y único en la tierra: ¿un hombre sin color? No, no era eso... Un hombre en quien no importaba el color, un hombre que no debía mirarse como a los demás, por fuera, sino al través de sus actos y hacia adentro. Un hombre de color de noche, misterioso como la noche, fuerte como la noche, que da el reposo y el sueño, ese encanto de la vida. Gracias a él estaba soñando despierta un sueño portentoso; gracias a él comenzaban a cumplirse las profecías de su padre: «Tiempos vendrán, hijita...». Ya habían llegado los tiempos de la comodidad y del esplendor. Don Mucio era feliz. Y ella, que había dominado su repugnancia hacia el hombre oscuro por complacerle, sentíase orgullosa de aquella felicidad que reposaba en su sacrificio: en un sacrificio aceptado valerosamente en un instante, y que había sido, por la voluntad de Peter, no muy difícil de hacer.

En la primera lección de baile temió que se repitiese el desmayo, aunque los paseos en automóvil, las visitas a las casas de moda y a los *music-halls* y *cabarets* que la precedieron, hubiesen ido acostumbrándola a la presencia de Peter, a su voz, a sus modales, a su mirada cariñosa y triste, y hasta al hálito que, envuelto en perfume, se desprendía de su cuerpo. La primera presión del brazo de Peter sobre su espalda, de la mano de Peter contra su mano, la hizo cerrar los ojos y traspillar los dientes en un estremecimiento de terror, de pudor. Fue, en cierto modo, como un suplicio virginal, como si una parte de su pureza quedase desgarrada y manchada por el abrazo de aquel hombre. Pero su padre la miraba suplicante, y por la cara de Peter al sentir la frialdad de sus manos y el temblor de sus piernas, pasó una nube de dolor tan profundo, tan humilde, que ella sintió algo que la animaba como un soplo celeste, algo indefinible y dulce que le decía: «Ten lástima de los dos: de la miseria de tu padre y del corazón de ese hombre». Y se irguió, heroica. Y al terminar el boston con que habían comenzado las lecciones, Peter supo darse cuenta de su victoria.

Intensamente, dramáticamente, Emma había recorrido en unas cuantas semanas

los círculos que separan a la niña de la mujer. La cólera de su padre había sido una revelación: era necesario vivir. París, el París lujoso y fácil que le enseñaba Peter, era otra revelación: valía la pena de vivir. Recordaba nombres de «estrellas» españolas. ¿Por qué no habría de ser ella una de las grandes, de las que contrataba don Narciso, de las que ganaban cien duros cada noche? Peter era famoso, era rico y le ofrecía su mano enguantada para guiarla por el camino de la gloria. Sería ridículo dudar... De todas suertes, Emma se miró al espejo asombrada de pensar «así». Quiso ver «si era ella», y mirando, escudriñando su rostro —que París había comenzado a estilizar— halló un lejano parecido... con el de su padre. «¡Naturalmente! —exclamó—. Tengo en la cabeza las ideas que me ha dado papá». Y se echó a reír, contenta y asustada de lo que descubría de pronto: era ambiciosa y sabía hacer cálculos.

Aquella noche cenaban en un restaurante de los Campos Elíseos, donde había *tziganes* y bailarines; Peter quería que observara a una pareja. Le había dicho: «No es nada al lado de lo que haremos nosotros, pero desearía que se fijase en la mujer. Yo le iré disiendo al oído lo que está mal. Lo que ella hace bien, usted puede hacerlo maravillosamente». Aquella noche —por consejo de Peter— se pondría un vestido color de oro, fulgurante, que la envolvía como una llama, y una capa de seda con cuello y bandas de armiño. Ya empezaba a darse cuenta del valor de una piel.

Estaba en los preparativos de su *toilette*, cuando llamaron a la puerta de su habitación. Era su padre. Era un Cortadell bien vestido, rejuvenecido, y cuya fealdad comenzaba a tomar tintes de distinción. Su tipo de sepulturero se desvanecía, dejando paso a otro todavía indeciso, pero en el cual habrían de sentirse el resplandor de la riqueza y la pasión del lucro.

Tomó asiento en una butaca.

—Emma, vengo a felicitarte... Mucho esperaba de ti, pero has sobrepujado mis esperanzas. Peter está loco de alegría. Acabo de tener con él una larga conferencia, ahí en ese café donde tomamos el aperitivo... Nada, que me aficiono a estos brebajes de los franceses. El ajeno no me encanta, se me sube a la cabeza y me da ideas subversivas. En cambio me gusta con delirio el picón... Le llaman picón... Bueno, que no he venido a darte un curso de alcoholismo sin consecuencias; no vayas a figurarte que a la vejez... borracho. Aquí donde me ves, no había en mi guerrilla quien le hiciera honor al aguardiente de caña como yo, pero cuando fue necesario me sometí al régimen hidropático, y ya sabes por qué... Ahora me desquito, y a lo que íbamos. Tienes a Peter encantado. Dice que debutáis el primero de junio. Mañana me traerá el contrato entre él y tú, para que yo lo firme. Tú y yo nos entenderemos con él, no con la empresa. Te da doscientos francos diarios, que hacen hoy doscientas diez pesetas, cuarenta y dos duros. Y esto para abrir boca, como tú verás. Cierto que él cobra lo menos mil quinientos; no se pierde el negrito...

—Por Dios, papá...

—Ya, ya sé que eres una debutante; no me quejo; pero es, hija, que se me ha desatado una ambición... A ver si vaya volverme loco. Algunas noches me dan las

cuatro y las cinco haciendo cálculos y castillos en el aire y tengo que levantarme, zambullir la cabeza en la jofaina y acordarme de que no hace aún veinte días andaba con mi capacho por la calle de la Ruda, hecho un pelafustán... Es que esto ha sido tan rápido, tan fabuloso, que más parece cosa de magia que suceso verídico y palpable. Tú eres tú, yo soy yo, y esta alcoba tan bien puesta está situada, como quien dice, en el ombligo de París. Peter Wald no ha dejado de ser negro, ni la vida una fiera que domamos o que nos devora. Trátase, pues, hija mía, de no perder la cabeza, de luchar contra el vértigo en cuanto sintamos los primeros barruntos...

Muy juiciosamente interrumpió ella:

—Pero, papá, yo no he perdido todavía la cabeza ni la pienso perder... Ten además presente que yo no sé a lo que sabe el picón...

—¡Anda! ¿Y esta era la niña boba? Así me gusta, que seas aguda hasta con tu padre. Pues bien: concluye de aviarte, ponte muy bonita y a ver si acabas de apoderarte del intríngulis de las francesas. No hay una sola más guapa que tú, pero tienen un no sé qué en el vestirse y en el caminar, que se las conoce a la legua. Acabo de ver precisamente una...

—Papá...

Cortadell había ingerido dos copas de picón. Pero su hondo sentimiento paternal se sobrepuso a la elocuencia alcohólica.

—Perdona... Eres muy buena... Ya me avisarás cuando estés lista... —concluyó en voz baja, marchando hacia la puerta de la alcoba, que cerró con delicadeza tras de sí.

## XVI

Un mes más tarde, a mediados de junio, la Cortadita había hecho algo más que apoderarse del intríngulis de las francesas: había conquistado al público de París. Su presentación como *partenaire* del gran Peter Wald señalaba la aparición de una nueva estrella coreográfica. Un número de *varietés*, por importante que sea, no produce nunca en París sino una sensación limitada a los espectadores de los *music-hall*, a los cronistas de este género de espectáculo y a la gente del oficio. La noche de su *début* afortunado en los *Ambassadeurs* no tuvo Emma el honor de ser felicitada por Anatole France, ni aun por el *vaudevilliste* Feydeau, y no vio tampoco que Peter recibiese las ovaciones delirantes con que le había acogido el público de Madrid. Pero sintió que los aplausos y los murmullos de la sala sonaban a éxito de veras, a éxito previsto, y vio en los ojos de Peter la alegría del triunfo. Habían bailado un *vals hesitation*, un *fox-trot* y el famoso *shimmy* de Peter, que les obligaron a repetir. Ella, lejos de atemorizarse, se confió al público, y fue, bajo la mirada magnética y la presión corporal de Peter, lo que él había deseado que fuese: su reflejo, su sombra. Se había realizado la ecuación cinemática de la pareja. Peter y Emma alcanzaban el máximo de simpatía coreográfica. Frases como estas se leían en los periódicos al día siguiente del *début* y se escuchaban en los *dancings* y los *cabarets* de alta categoría. Peter Wald había encontrado su mitad definitiva. Además, Emma Cortadell era —según un crítico— *une grande et pure beauté espagnole*. Se evocó, naturalmente, a *La Maja de Goya*, y un periódico nacionalista lamentó que *une pareille artiste* descendiera a bailar con un negro *ces dances lubriques importées d'Amérique*. Peter se echó a reír.

—¡También hacen política conmigo los *camelots du Roi*!

Cortadell solo sabía una cosa: que Emma había gustado, que Emma «estaba llamada» a ser la primera bailarina del género que hacía entonces furor. Habiendo comprendido la importancia de su triunfo, la misma noche del *début* decidió renunciar a toda veleidad alcohólica. Le hacía falta su lucidez completa para administrar el talento de su hija y ser el Argos de su virtud. No quería que se la explotasen ni se la pervirtiesen. Afortunadamente, por temperamento y por su educación, su hija era honesta y entraba en aquella vida de tablado porque él, su padre, se lo exigía. Emma hubiera podido guardarse sola, pero no estaba de más que, junto a su belleza, acabada de florecer, estuviese la fealdad escrutadora y espantadiza de su padre. Muchos eran los hombres en el hotel, en los restaurantes, en los teatros, que asaeteaban y desnudaban a su hija con los ojos. ¡Ah, ya sabía él que su Emma era un finísimo bocado! Pero para llevárselo a los dientes habrían de hacer falta la autorización del juez, la bendición del cura y el consentimiento sopesado y bien medido de don Mucio Cortadell. De lo contrario, ¡magras! Había querido hacer de Emma una actriz dramática y le resultaba una *danseuse* de *fox-trot*. ¡Caprichos de la suerte! Cómica o bailarina, pero no *cocotte*. Era Cortadell, a un tiempo, muy de su época y muy del teatro de Calderón. Dolíale, sí, allá en los entresijos de su alma, que

Emma fuese la pareja de un bailarín de color, pero este orgullo, este prejuicio de raza, rechazábalo repitiendo la famosa frase de un torero que se arrimaba a los toros y no había leído a Darwin: «Más cornás da el hambre». En la áspera lucha por la vida ciertos escrúpulos equivalían a suicidios parciales. Los que opinaban que bailar con un negro era deshonoroso, tenían que ser muy estúpidos o muy ricos. Entre la fortuna al lado de Peter y el mísero porvenir que le brindaba a Emma la farándula, él no había dudado ni un momento. Tango a precio de oro, y no papelitos de limosna y sueldos conquistados duro a duro, y temporada tras temporada, angustiosamente. Le criticarían en Madrid, le desollarían, le calumniarían. ¿Y qué? El tiempo concluiría por demostrar que no era el padre bribón que prostituye a su hija, sino el que la salva de la tuberculosis, de la miseria y de lo que en diferentes escalas hacían la Cuevas y la Olmos.

Cortadell meditaba, no dudaba. Sentíase satisfecho de sí mismo. Había logrado con un arranque de energía, con un rugido de franqueza, convencer a Emma. El resultado estaba a la vista: éxito, dinero, bienestar. Pero la situación tenía un peligro en su propia base, un peligro que olfateaba desde su llegada a París: Peter iba a sentir por Emma —si no era que ya lo sentía— algo..., algo muy grave..., que se llamaba amor.

En Madrid no había visto más que la parte útil de la aventura. En París comenzaba a explicársela. Era demasiada generosidad la de Peter para que no hubiese algún fondo de egoísmo en ella. Y no siendo admisible que en el apogeo de sus facultades y de su fama quisiera explotar a Emma, viéndose bien claro que la favorecía con un sueldo portentoso y con anticipos y regalos de gran señor, la experiencia de la vida y la intuición paternal —en él agudísima— obligaban a Cortadell «a ponerse en guardia».

De otra parte, y pensando en lo mismo, se había puesto a estudiar a Peter, a seguir en sus palabras la línea de sus pensamientos, a buscar en sus ademanes y sus sonrisas los indicios de su recóndita intención. Por de pronto, una verdad tranquilizadora y palpable: Peter era correcto, caballeroso, incapaz de aprovechar los contactos imprescindibles del baile para satisfacer estúpidos caprichos. Ni en sus ojos, ni en sus gestos, ni en sus actitudes podía señalarse nada que no obedeciese al desarrollo científico del baile. Ciertos pasos, ciertos contoneos y contorsiones eran francamente lúbricos y tendían a evocar imágenes de la intimidad amorosa, pero Peter acertaba a poner en ellos algo de maquinal que anulaba toda interpretación grosera. Con Emma, como con la Ginette, el gran danzarín era el artista coreográfico, más aún, el estilista y estilizador de la danza. Y lo que obedecía en Peter a depurada estética, era en Emma instintiva reserva virginal. Y así, lejos de encanallar y bestializar los bailes modernos, los espiritualizaban, dándoles una elevación sorprendentes. Mientras las cinturas se contoneaban y las piernas y los hombros afectaban sacudidas nerviosas, los rostros conservaban una expresión púdica y serena, de tal modo que Cortadell habría podido evocar, frente a Peter y Emma, y en determinadas evoluciones del

*shimmy*, las gloriosas crispaturas de ciertos personajes del Greco, si hubiese sido algo más que un padrazo atento a la felicidad y el honor de su hija. Para él lo importante era que Peter fuese un bailarín decente, que no le sobraba ni le pervirtiera a la hija. Y por este lado no había nada que temer. Peter y Emma, bailando, parecían de goma, de metal, de cualquier substancia regida por una corriente eléctrica, pero no de carne. Y estaba bien. Bromitas libidinosas, no.

Además, no bailaban nunca sin testigos. A todos los ensayos asistía él. Habíase propuesto no dejar a sol ni sombra a su hija y prevenir las asechanzas de los tenorios y los viejos verdes. Así como en Madrid no había tolerado las asiduidades de Roel, ni los madrigales del hermoso Chacón, tampoco había de permitir en París nada por el estilo. La noche del *début* había estado en los Ambassadeurs López-Carrera, periodista famoso, al que rodeaba una aureola de mosquetero y de Don Juan. Mirando a Emma con sus pupilas de noctámbulo y con la cabeza despeinada sobre un hombro, en actitud de cansancio voluptuoso, la invitó a celebrar el éxito en algún *cabaret*. Emma, turbada, miró a su padre, y don Mucio, sin azorarse, supo declinar la invitación. Despidiose irónico el cronista. Y cuando Emma, Peter y don Mucio se hallaron en el automóvil camino del hotel, el bailarín dijo:

—Ya sé que le ha dado usted el quien vive a López-Carrera. Llegó preguntándome a mi cuarto que quién era usted, que por qué no ponía usted a Emma en un fanal... Yo sonreí, como dándole la razón, pero el que la tiene es usted, don Mucio. Para López-Carrera, Emma no es un ídolo como para nosotros, sino una bailarina más, bonita y de éxito, pero una bailarina, una mujer que debe tomar *coco*, ir a pedirle un artículo a su peña del Napolitano y dejarse acarisiar el pelo. Es amigo mío López-Carrera. Lo conozco desde que empesé; le debo elogios; me recuerda a Juanito Monterde, que se murió en América, y al gran Simeón Fabrisio, que también se volvió allá para morir. Pero, como este dichoso Emilio disen que embruja a las mujeres, más vale que lo alejemos de Emma...

Don Mucio aprobó. Conocía anécdotas de la vida de López-Carrera. Lo que le inquietaba era sorprender una palpitación de celos en las explicaciones del bailarín. Esto le hizo ratificarse en sus sospechas, pero mientras el negro no traspasara los límites de una adoración platónica, mientras Emma fuese para él «un ídolo», no era cosa de estropear el negocio. Adelante. Él vigilaría. Y en su deseo de no abandonar aquella vida regalada, que sin el negro no hubiese conocido nunca, puso fin a sus meditaciones con esta frase: «No hay peligro inmediato, y lo que fuere sonará».

Peter comenzaba a tener el presentimiento de la fatalidad de una pasión, que había ido desarrollándose silenciosamente en su alma.

Era preciso contenerla. Creía no engañarse al considerar el «cambio» de Emma más superficial que profundo, más impuesto por las circunstancias que nacido espontáneamente en su corazón. Don Mucio había forzado la voluntad de su hija, y él, por su parte, había tejido una red de seducciones exteriores para cazar a Emma. Desde el primer instante, desde que don Mucio vino a verle en Madrid, había

comenzado, por secreto instinto de enamorado, a preparar aquella serie de trampas en que forzosamente habían de caer la ambición honrada, pero ignorante, de don Mucio y la inocencia casi infantil de Emma. Había fingido sueldos y anticipos, pues en su ánimo no había más propósito que el de comprometer a don Mucio y el de conseguir por todos los medios la presencia de su hija en París. Que esta era una portentosa bailarina, ¿cómo dudarle? La mejor de todas. Un buen negocio para él y para ella; para los dos. Naturalmente, al principio, y dados los sueldos usuales en las *varietés*, no podía ganar ni la tercera parte de lo que él le daba, ni empresario o asociado alguno le habría abierto una carta de crédito sin límites, como la suya. ¡Valiente cosa! Lo que deseaba era que don Mucio no abriera del todo sus ojos de rata y no viniese a decirle: «¡Eh, amigo!, ¿qué espera usted cobrar por todo esto? ¿Por quién nos ha tomado usted?». Lo que deseaba era algo muy simple; y para cuyo logro, no obstante, hacían falta aquellos recursos: que Emma estuviese cerca de él, en aquella intimidad del baile que le permitía tanto y tan poco, pues la ilusión amorosa del contacto corporal traía aparejado su desvanecimiento. Concluida la danza, el bailarín se transformaba en un hombre, y en un hombre de color que no podía acariciar ni un dedo de la mujer que antes oprimía entre sus brazos y dominaba con el ritmo de su cuerpo, sin que esta mujer le rechazara con indignación... o se desmayase del susto. Pues bien: no importaba. Sabría conformarse a aquel simulacro de cariño nupcial. Sabría más aún, esconder el goce que le producía el perfume de la cabellera de Emma y la fragancia de su aliento, aspirado con disimulo voluptuoso, adorar en secreto, amar sin egoísmo, querer sin esperanza. Lo contrario habría sido una triste locura; espantar a Emma y verla desaparecer horrorizada. ¡Eso no! No quería volver a sentir nunca el dolor inenarrable de parecerle un monstruo. Quería que ella le quisiera como le quería ya: como a un ser inferior y hermoso que se ama y no puede desearse, como a un perro de raza, como a un ave de suntuosas plumas y suavísimo canto, como a una de esas fieras de marcha rítmica y piel de manchas simétricas que una valiente amazona llega a domesticar. Tenía sangre de esclavo, y esta sangre le permitía tolerar, indefinidamente, aquella servidumbre de amor.

¿A qué luchar? Se había enamorado de Emma contra su propósito. ¿Qué era el propósito de un hombre ante el poder sin límites y sin entrañas del amor? Era una desgracia haberse enamorado de una mujer que no sería nunca suya, de una blanca de veras, por la piel y por el espíritu. Era una desgracia porque se había enamorado, justamente, de lo imposible: de la inocencia, del candor, de la blancura íntima de un alma virginal. Ninguna torpeza aparecía en su amor, ningún deseo inmediato, nada que, al materializarse, no adquiriese el valor de una caricia mística. Emma era su ídolo, y cada uno de los regalos y de los regocijos que le brindaba equivalía a una ofrenda, a un rito de religioso amor. Peter no amaba: adoraba. Siempre había existido en su espíritu un hondo anhelo de amar: había amado a su madre, a Piedad, a Nonell,

a Niní, con diversos amores, con ternuras diversas, pero con el mismo corazón ansioso de no encontrarse solo, de sentir una lumbre de vida animándole, y un manantial de sacrificio que le refrescase. Era, según el diagnóstico que había escuchado después del entierro de Nonell, un sentimental. Es decir, un caso perdido, un hombre al agua. Los blancos podían correr el riesgo de ser sentimentales y hasta tener la suerte de satisfacer su sentimentalismo. Pero un negro sentimental, en Europa, en la América de Lynch, en cualquier punto del globo en que hubiese blancos, era un absurdo viviente, una cosa grotesca, algo como un hipopótamo que se empeñase en imitar a un cisne. Un negro no podía tener corazón, ni imaginación, ni inteligencia, nada de cuanto hacía falta para soñar, para desear, elevándose a las cumbres del sentimiento. Los blancos habían decretado que el hombre de color fuese una bestia o un hombre primitivo en quien se llamase celo lo que ellos, los blancos, llamaban amor. ¡Qué abominable injusticia! El negro fuera de su tribu solo podía ser carne de cañón, máquina humana o músico de *jazz-band*. También se le toleraba que fuese bailarín; pero lo que no se había visto nunca, lo inadmisible era que un negro cavilase como un blanco y tuviese las mismas aspiraciones que él. Nadie se oponía a que Peter gozase con su dinero, ni a que satisficiera el capricho de algunas depravadas: la prostitución y el vicio le acogían afectuosamente, sin reparar en su piel, o a causa de su piel. ¡Pero el amor!... Esta era la muralla infranqueable. Él comprendía las profundas razones del instinto en que se fundaba la antipatía de las razas, antipatía que estaba muy lejos de ser recíproca, pues había negros —ahí estaba él demostrándolo— que se enamoraban de las blancas y no era caso excepcional que amarillas o negras inspirasen pasiones a los blancos. Para el hombre, en general, las mujeres eran como frutos que se saborean y devoran sin miramientos ni contemplaciones. La mujer, más difícil y más honesta, rechazaba como un oprobio y un martirio el contacto del hombre inferior. Las mujeres blancas como la Niní, la Olmos y tantas otras, eran realmente excepcionales. La blanca normal estaba representada por una Ginette o por una Emma: la virtud no intervenía para nada en el asunto: *era una cuestión de sensibilidad*. Obstinarsse en vencer la repulsión que inspiraba a la hija de don Mucio era tanto como querer subvertir la ley natural y la lógica de la vida. Y, sin embargo...

Tan profunda era la convicción de su blancura psíquica, de su nobleza espiritual, que por instantes se sorprendía de no ver operarse el milagro de su metamorfosis... No que, de súbito y por magia de algún químico prodigioso, un ácido esparcido sobre su piel la blanquease hasta la tumba: allí donde se unificaban los colores. No. De lo que se sorprendía era de no ver operarse el milagro de la suplantación del cuerpo por el alma, de no ver congregadas y victoriosas las fuerzas de su espíritu, de no escuchar un día una voz de mujer que le dijese: «Te quiero por la blancura de tu corazón».

Fantasía, locura... Jamás se operaría el milagro. ¿A qué esperararlo, pues? ¿Y por qué adorar a Emma egoísticamente, interesadamente, como se adoraba a los ídolos, con el secreto afán de la reconquista gloriosa que estaba en su poder otorgarnos?

Y luego de recorrer todos los círculos de la ilusión y la tristeza, Peter se afirmaba en su propósito de no suscitar el drama, de seguir representando su papel de bailarín que iba a su negocio y sentía por su pareja una afectuosa amistad.

## XVII

La comedia pudo prolongarse algún tiempo. Cortadell se preguntaba si no había pecado de suspicaz al suponer a Peter enamorado de su hija. Emma había llegado a querer al bailarín casi fraternalmente, y la idea de que este viese en ella algo más que su pareja, su discípula, y, si se quería, una hermana —¿no éramos todos hijos de Dios?— no se presentaba nunca en sus meditaciones, que solían ser ligeras y rebosantes de optimismo. Por su parte, Peter gustaba los suaves y melancólicos encantos de su pasión platónica. Como en todas las luchas del espíritu contra la materia, pasaba por esas alternativas de gozo y desesperación que hacen del hombre un bienaventurado y un mártir. Tan pronto creíase seguro, suavemente resignado a no confesar nunca su amor, como sentía unas ansias locas de descubrirlo. Los proyectos más descabellados y románticos se atropellaban entonces en su imaginación... No decirle nada a Emma; pero un día, en un raudo automóvil, raptarla y conducirla a un lugar donde nadie la viera, y, al fin, se conformase a ser suya. No —rectificaba en seguida—, eso era estúpido y un crimen además. Él no quería en modo alguno hacer de Emma su víctima, su esclava. Hubiese querido casarse con ella, convertirla en madame Wald, colmarla de comodidades y venturas. ¡Ahí era nada lo que se le ocurría pensar! Por ningún oro del mundo consentiría don Mucio en darle la mano de su hija, y, aun suponiendo que se la diese, ¿qué harían los dos si ella se negaba a obedecer? De todos modos, don Mucio ejercía sobre Emma un verdadero poder de sugestión. La idea de explotar este poder y el frenesí con que don Mucio deseaba la fortuna, deteníase largos instantes en el cerebro de Peter, y, sin llegar a obsesionarle, era la que se le antojaba más hacedera y práctica.

A cada crisis de impaciencia sucedía un período de distracción, de reposo, de conformidad. La vida nómada, pero ordenada y rica, que les imponían sus contratas, eran parte a distraerle, oreándole el alma con las brisas de la amistad. Después de las representaciones en los *Ambassadeurs* habían ido sucesivamente a Deauville y a Dinard, las dos primeras playas de Francia. Emma había conocido el lujo de los grandes expresos, de los casinos, los *palaces* y los hipódromos. El público de esas reuniones estivales no podía ser más desprendido ni más rumboso. Una hora de baile en el casino bastaba para merecer un gran sueldo y una multitud de sonrisas y de aplausos. Luego, todo el tiempo para pasear por las playas, que parecían salones y jardines; para entrar en las pastelerías y las tiendas de modas y dar encantadores paseos en automóvil.

Sin comprender geográfica ni históricamente nada de lo que veía, Emma recorrió la mejor parte del litoral normando y del país bretón. Estuvo en las ciudades que señalaba el índice despótico de Baedeker; visitó museos, castillos derruidos, abadías famosas, catedrales en que la piedra parecía trenzada, bordada, recamada por los

propios dedos de las vírgenes del cielo; pero nada le gustó tanto como bañarse en el mar, como lucir vaporosos vestidos en las *digues* y las *terrasses* y aprender a jugar al *tennis* con algunos deportistas que conocían a Peter.

Tanto ella como su padre comprobaban el poder maravilloso del éxito: eran innumerables las personas que saludaban a Peter, que le sonreían, que venían a darle la mano casi con respeto, y, desde luego, con efusión.

—Son admiradores —explicaba él—. Esas sonrisas, esos apretones de manos son como los terronsitos de azúcar y las palmaditas en la grupa que se le dan en el *pesage* al caballo que ganó el *grand-prix*. Yo soy un caballo por el que puede apostarse una fortuna... No me hago ilusiones. Hase años, ustedes se acordarán, hubo un chimpancé llamado *Cónsul* que era el mayor éxito de los *music-halls*. Yo soy *Cónsul*, que se ha metido a bailar...

Aquel tono de amargura encontraba su réplica adecuada en Cortadell.

—No me venga usted, amigo Peter, con filosofías. El público va allí donde está el mérito. Ya querrían millones de blancos la gloria y la consideración de que disfruta usted.

—¡Pues es claro! —intervenía Emma, alegremente—. ¡Pues es claro!

Y no decía más... Peter hubiese querido que hablase, que dijese algo suyo, algo que no fuese un eco de las palabras de Cortadell. Pero Emma, como por instinto, rehuía en la conversación los temas dolorosos, las alusiones al color de Peter, los comentarios en que la sensibilidad de su amigo pudiese hallar cualquier motivo de pesadumbre. Emma era delicada, sin duda; pero algo había en su actitud de temor, de recelo, de distancia. Él quería hablar precisamente de su drama íntimo, de su piel; quería ahondar en el espíritu de Emma y ver hasta qué punto habían disminuido la repugnancia y la antipatía que le inspirara en el primer momento.

Emma estaba siempre pronta para el diálogo superficial, para oír con atención profunda sus consejos y lecciones de profesor de baile, de *sportsman* y de hombre a la moda. Nunca había sorprendido un mohín de disgusto en su cara ni un temblor en su cuerpo cuando le hablaba cerca, cuando —hecho frequentísimo— comían en la misma mesa o él venía a sentarse a su lado en la playa o en el café. La camaradería era tan normal, tan franca, tan fácil, que, según Peter, no podía ser obra sino de un dominio absoluto de los nervios, de una a modo de victoria de la voluntad sobre el instinto, que se repetía automáticamente en cada ocasión. Pero ¿y si estaba equivocado? ¿Si Emma, en realidad, había conseguido olvidarse de que era negro?

Y esta hipótesis lanzaba otra vez a Peter por los espacios de la ilusión. Así como Emma «no había visto nunca» la fealdad fabulosa de su padre, podía también «dejar de haber visto» la piel negra del hombre con quien bailaba todas las noches, del hombre con quien viajaba y vivía familiarmente. Los ojos eran esclavos del corazón. La costumbre y el cariño cambiaban el aspecto de los seres y las cosas. Él había llegado a encontrar una hermosura seráfica en el rostro lívido y lamentable de Nonell. ¡Ah! ¡Si Emma le quería, ya no era negro! ¡Si Emma le quería!... «¿Qué ha de

querer, idiota? —le gritaba la razón—. ¿No ves que se ha acostumbrado a ti como a una fiera domesticada, pero no como a un hombre? ¿No ves que, si su padre se lo mandase, bailarían con un oso, entrarían en una jaula de tigres y darían un salto mortal sobre el abismo? ¿No has comprendido que en ella *todo* es obra del amor filial?». Y Peter, furioso, le preguntaba a la razón: «¿Y si su padre le dijese: Cásate con ese hombre?». Entonces la razón desrazonaba, el deseo podía más que la lógica y la pasión aconsejaba temerariamente: «Intenta... Prueba... Tantea al terreno... Quién sabe... Todo pudiera ser...».

## XVIII

En octubre se presentó un buen negocio. Acababa de inaugurarse un gran *dancing* entre la *Trinité* y la Plaza Clichy y el empresario le ofrecía la dirección a Peter. Una cláusula del contrato estipulaba que Emma y Peter bailarían con algunas parejas, a título excepcional.

—A veces —decía el empresario— se presenta una gran dama que desea dar unas vueltas con usted, o un señor *du dernier chic*, al que le encantaría bailar con mademoiselle Emma.

—Sierto —murmuró Peter—. Mañana le contestaré a usted.

Y la respuesta fue negativa, aunque diplomática. No quería Peter que Emma bailase con señores *chics*, ni medio *chics*, ni con señores de ninguna clase. No quería, en modo alguno, que Emma se convirtiera en una de esas *vedettes* que han de sonreírle a todo París y a quienes ponen cerco sus multimillonarios, sus rastacueros y sus *snoobs*. Estaba celoso. Deseaba huir de aquella atmósfera cosmopolita de los Bulevares y Montmartre, en que se respira demasiado el español: el español de España, y sobre todo, el de cada una de las Españas americanas, que conocía tan bien. En Deauville un joven argentino había osado mirar a Emma, perseguirla en sus paseos, y hasta escribirle billetes en que le brindaba «su vida, su fortuna y su libertad».

Peter temía que Emma encontrase en el *dancing* otros adoradores por el estilo. Y eso sí que no... Emma no era ninguna Ginette. Y no había venido a París sino para bailar con él.

Su caballerosidad le obligaba a reprimir los celos. Pero sufría profundamente cada vez que un hombre, un hombre blanco, ponía en Emma una de esas miradas en que palpitan la curiosidad, el deseo o un ansia súbita y misteriosa de amor. Sufría. El último de los hombres blancos le parecía un rival. Solo recobraba la calma cuando tenía a Emma entre sus brazos, fascinada, esclavizada por el baile y lejos de la seducción y la mentira de los otros hombres. Su ideal habría consistido en bailar constantemente, eternamente, substrayendo a Emma de la vida, elevándola a una región gloriosa donde no hubiese colores, sino luz.

A cambio de este ideal, presentose la ocasión de abandonar París en condiciones inmejorables. Una *tournee* por Suiza, Italia, Austria y Alemania. Peter acepto en el acto. Bailarían en los mejores *music-halls* de Europa, comenzando por el *Kursaal* de Ginebra. Don Mucio adoraba los viajes, y como ya lograba hacerse comprender en francés, sentíase con arrestos para darle la vuelta al mundo. Además, él y Peter habían llegado a una compenetración absoluta en el negocio. Lo que proponía el bailarín era «palabra santa» para Cortadell.

—¿Qué quiere usted sino lo que nos conviene a todos? ¿Voy yo a enmendarle la plana a quien ha sabido ganar tantos millones? Emma y yo vamos con los ojos cerrados adonde usted nos lleve.

Y era verdad. Don Mucio, después de sus famosos experimentos psicológicos, había llegado a estas conclusiones: primera, que, enamorado o no, Peter se conduciría siempre con Emma como un caballero de la Tabla Redonda; y segunda, que Peter era «la persona más cabal con que había tropezado en la tierra». No dejaba de gustar don Mucio el saborcillo irónico de esta última conclusión: había tratado a tantos hombres de su raza, que no podía acordarse ni de la mitad, y para contar a los que no eran unos rematados granujas le sobraban siete dedos de las manos. Hombres de la calidad de Peter «solo se encontraban en las novelas». Eso sí, a él podía ganarle en riqueza y generosidad el negro, pero en cuestiones de honradez, no.

Llevaban ya unos cinco meses asociados y aún no había habido discusiones ni trabacuentas. Lo que él quería dar, eso era lo que valía el trabajo de la niña... Claro que, en su fuero interno, Cortadell tenía la certidumbre de que Peter multiplicaba por tres o por cuatro el sueldo que cualquier empresario habría podido ofrecerle a Emma. También tenía incrustado en el mejor sitio de su cerebro la idea *de que la niña se estaba haciendo un gran nombre al lado de Peter*. Estas dos convicciones, destiladas en el alambique del egoísmo paternal, iban creciendo y depurándose cada día. El éxito constante, el buen vivir, el buen viajar, la salud y la alegría de Emma, ¿no eran otros tantos prodigios de aquel brujo de Peter? Peter era el brujo bueno, el que comunicaba su suerte y atraía la dicha sobre las personas que lo rodeaban. «Por nada del mundo, mientras vayamos viento en popa, separarse de él», concluyó el padre de Emma dando saltitos en su alcoba.

En esto estaba cuando llamaron a la puerta. Peter, sin duda, con los últimos detalles de la *tournée*. Efectivamente, Peter, con unos papelotes y unos libritos en la mano.

—Buenas tardes, don Musio... Aquí tiene usted estas guías para que vaya enterándose de nuestro itinerario. Están en francés, pero usted lo entiende ya a maravilla...

—Así, así —respondió Cortadell con modestia—. Le agradezco mucho estos libritos. Lo que más me divierte son los planos: sirven para perderse con seguridad; pero estoy bromeando y veo que usted necesita hablarme...

—Don Musio —dijo Peter, sentándose en una silla—, hágame el favor de tomar asiento frente a mí y escucharme cinco minutos.

—Cinco horas si hace falta.

—Cinco minutos. Vengo a proponerle un negocio... Usted, en realidad, no hace nada entre Emma y yo...

—¡Hombre!

—No hace usted nada útil; no gana usted dinero; usted necesita ganar dinero... todos necesitamos ganar dinero...

—Esa es la fija; solo que me parece...

—¿Que lo gana Emma? Eso no impide que lo gane usted. Yo vengo a proponerle que sea usted mi gerente, mi apoderado... Hasta ahora me administraba yo mismo, y esto daba lugar a ciertas combinaciones de Rolovitch...

—¡Qué pícaro!

—Yo necesito un hombre de confianza.

La ambición, el júbilo y el orgullo trastornaban la nariz de Cortadell en una serie casi indescriptible de resoplidos y temblores. Peter le tendió la mano.

—Quedamos en que asepta usted...

Don Mucio no respondió nada. Le daba miedo decir que sí, le asustaba decir que no. Administrar a Peter era entrar en los secretos de su fortuna, sentir el vértigo de la fortuna... Pero las palabras, brotando al fin trémulas de su boca, cortaron toda reflexión.

—Yo haré lo que usted guste, lo que usted me mande... Honradísimo. Usted me dirá cuáles son mis obligaciones en ese cargo...

—Aquí tiene usted la minuta del poder que pienso otorgarle... Solo me reservo la elección de contratas... Una vez aseptadas, usted cobra y yo solo me ocupo de salir a bailar... Aquí tiene usted un balance de mis fondos...

Don Mucio no pudo contenerse. Veloz como una flecha, su mirada fue a clavarse en la cifra total del inventario. La cifra, puesta a máquina y en guarismos rojos, era fabulosa, increíble, inadmisible... El estupor, la duda y el respeto se reflejaron en su faz, que la emoción enrojecía como una llama. La voz, al través de la laringe seca y contraída, tardó unos segundos en salir.

—¿Tres millones quinientos mil francos? ¿Usted... tiene... esa... porrada de miles de duros? ¿Usted..., usted?...

Don Mucio soplaba por la nariz y por la boca. La llama de su emoción parecía devorarlo. Largas gotas de sudor corrían sobre su piel. Con una sonrisa indefinible, el bailarín le alargaba otros papeles.

—Ahí tiene usted los resguardos...

—No hace falta —balbucía don Mucio, enjugándose las mejillas y la frente—; yo no he dudado de usted... Le creía rico, sabía que ganaba usted mucho; pero, la verdad, tener ahorrado ese dineral...

Y estas explicaciones no le impedían ojear los resguardos, palparlos con sus dedos trémulos y mirar a Peter con una expresión pasmada, respetuosa, y que, sin un resto de orgullo, habría sido servil.

Peter no esperaba aquel efecto. Había preparado la escena para deslumbrar a don Mucio; pero ahora, al verle casi convertido en su esclavo, sentía vergüenza de su proceder. No era un juego limpio el que se traía con aquel hombre, queriendo tener ganada su voluntad para cuando se atreviese a pedirle la mano de su hija. No era juego limpio; pero ¿podía emplear otro? Cada vez que quiso «decirle algo» a Emma las frases se quebraron en su garganta, y tuvo la extraña y dolorosa impresión de que una mano invisible le ponía delante un espejo: un espejo en el que veía su color y sus

facciones abultadas de etíope; un espejo diabólico, en el que su propia cara se burlaba de él. ¡Una tortura abominable! Mientras bailaba, mientras hablaba con Emma, merced a sus guantes blancos y al prestigio de su voz —que envolvía ideas modernas y espirituales, y recogía, a veces, en una opinión rápida su experiencia de hombre de mundo—, conseguía olvidarse de su maldita cara... Entonces se operaba aquel magnífico espejismo de la ilusión que le permitía vivir. Se creía como los demás hombres que le rodeaban. ¡La idea, más fuerte que la raza; la idea, transparente y cargada de electricidad, como el aire, era su vida! ¡Ah, si solo hubiese podido pensar, hablar y bailar! Habría sido dichoso.

Pero, de súbito, una noche, viendo en un escenario a una criatura deliciosa, le había entrado en la carne y en el alma el ansia de querer. El negro quería amar, el negro quería amor, porque ya no se conformaba con la adoración platónica, sino que, insensato, aspiraba a ser querido, a ser amado, y lo único que le detenía frente a Emma cuando intentaba insinuarle su pasión, era el miedo de escuchar la negativa que, quitándole toda esperanza, le daría la muerte o peor aún, el ver en los ojos y en la boca de Emma reflejados la repugnancia y el pavor que le inspiraba su piel. ¡Su piel! Menos de un milímetro de substancia oscura bastaba para aislar a un ser de otro ser, a una raza de otra raza, a un mundo de otro mundo. Era imposible que Emma admitiese junto a la suya aquella piel, a menos..., a menos que la voluntad, una gran voluntad, la fuese preparando al sacrificio. Mas ¿resignaríase él a convertir en una víctima, en una mártir a la mujer por quien habría dado «hasta la última gota de su sangre?». No. Y, sin embargo, seguía tendiendo sus redes de araña; seguía realizando, con la precisión y la seguridad del instinto, todos los actos que debían conducirle a convertir a Cortadell en su defensor cerca de Emma, en su cómplice. Si el fin justificaba los medios, ¿qué mayor justicia que la de su amor, de su amor delicado y romántico? Pues no deseaba a Emma, sino que la quería para vivir con ella, para morir por ella, para luchar por su ventura como un Hércules, para hacerse perdonar con sus trabajos heroicos el color de su cuerpo.

Cortadell, más sereno, seguía comprobando la minuta del poder; el balance y los resguardos pasaban y repasaban ante sus ojos. No cabía duda: Peter era rico, inmensamente rico y, por su parte, no veía razón alguna que le impidiese ser el hombre de confianza de aquel *nabab*. Le devolvió los papeles y le dijo:

—Estoy a su disposición... Algo se me resiste el francés, pero los números son iguales en todo el planeta. No me engañarán, descuide usted...

Entonces Peter, sintiendo que era suyo, le dijo, con un tono de fingida ligereza:

—Vamos a firmar un compromiso por cinco años, prorrogables, naturalmente...

—Como usted quiera...

—Es lo que yo calculo que necesita Emma para hacerse un nombre que, cuando llegue el caso, la permita separarse de mí. Vea usted —y Peter sacó un nuevo

papelito, esta vez de su cartera, donde hacían bulto los billetes—, vea usted el proyecto de contrato que firmaríamos usted y yo. Aunque ella es menor de edad, nada se ha de haser sin su consentimiento. Léanlo juntos... Me contestarán mañana. No olviden que debutamos en Ginebra dentro de tres días... Buenas tardes... Recuerdos a Emma... No se moleste... *Au revoir!*

Y Peter desapareció, sonriente, ligero, misterioso, como un demonio amable que hubiese venido a tentar a don Mucio. Cuando este volvió a encontrarse solo se dirigió al lavabo, vertió agua y sumergió en ella, por de pronto, la nariz igniscente, y al fin toda la faz. Enjugose, abrió una boca de caimán, como si necesitase una gran provisión de aire, y tornó a poner los codos sobre la mesa en que le esperaba el último papelito de Peter...

¿Era una broma? Aquel hombre se había vuelto loco, y su locura consistía en regalar dinero... Peter pedía las siguientes cosas:

1.º Que durante cinco años consecutivos, a partir de la firma del contrato, Emma y él habrían de bailar siempre juntos, constituyendo un numero inseparable, una razón social.

2.º Que don Mucio Cortadell fuese el representante y administrador exclusivo de la pareja.

En el acto ofrecía:

El treinta y cinco por ciento de las ganancias a favor de Emma, y el quince como remuneración del trabajo del señor Cortadell. Es decir, que aquel hombre, que ganaba medio millón al año, le ponía junto a la boca una breva de cincuenta mil duros.

Tan fantástico era el regalo, que don Mucio se resistía a tomarlo en serio. Ninguna alusión en el contrato a los anticipos, que pasaban de treinta mil pesetas. Don Mucio tomó el partido de meditar: «Este negro —comenzó por decirse— no tiene ni una sola pasa de tonto. Una de dos: o Emma es una bailarina de P P y doble U y quiere echarle el lazo por un quinquenio, o él está, como yo sospechaba, enamorado de Emma. En el primer caso, su oferta merece meditarse. En el segundo, ¡cáspita!, en el segundo surge para mí una cuestión de conciencia. ¿Debo yo, con el señuelo del palmito de la niña, explotar a este hombre? Él es libre y multimillonario, y puede permitirse, a pesar de su pellejo, el lujo de contraer matrimonio con una blanca. Ahora bien: aunque yo fuese capaz, que no lo soy, de darle mi hija a un negro, aun a peso de oro, buena es Emma para no morirse del susto. Y, la verdad, a mí no me haría ninguna gracia tener nietos mulatos. Feo Y pobre, he sabido traer al mundo una azucena, un ángel, una de esas vírgenes que solo se ven en los museos. Y yo sería un grandísimo sinvergüenza y un padre desnaturalizado si permitiese que esa flor la deshojase un mandinga, por el mero hecho de poseer tres millones quinientos mil francos y la posibilidad de ganar con sus patas algunos milloncitos más... Dicen que poderoso caballero es Don Dinero, pero no creo yo que pueda cumplir la proeza de blanquear a Peter, ni de decidir a Emma a casarse con una venda en los ojos, ni de hacerme a mí cometer... una infamia. Bueno; una infamia, no; una indecencia.

Tampoco: un acto censurable, dados los prejuicios de nuestra, época... Pero, en definitiva, ¿quién me dice a mí que esta segunda hipótesis sea la buena? ¿Qué diantres vienen a sacarme así de quicio? Peter es raro, pero bueno y decente. La niña no corre ningún peligro. Seamos cautos y no ahuyentemos a la buena sombra con filosofías trascendentales. Hay que vivir al día... Voy a ver a la nena y a contarle estos admirables sucesos, pero sin entrar en disquisiciones enfadosas... Pero veo que anochece... Falta un cuarto para las ocho. Ya me lo decía este pícaro del estómago. Es la hora de cenar. Cuidado que se come bien en París...».

Don Mucio abrió un armario repleto de ropa y descolgó de una percha un flamante sobretodo gris. Se lo puso. Luego tomó el hongo nuevo, de burgués; el paraguas de seda, los guantes. Y contemplándose en el espejo:

—¡Si me viera doña Prisca! ¡Si me viera Mataró!

Por el balcón entreabierto penetraban en la alcoba el ruido y el aire del Boulevard. Don Mucio permaneció un instante mirando la policromía alegre de las luces, los ómnibus y los coches que pasaban continuamente, lentos, interminables, como eslabones de una cadena sin fin. También miró hacia la acera de enfrente, por donde parecía deslizarse —o arrastrarse— la multitud: esa multitud bien trajeada, pero afanosa, de París. Y volviéndole la espalda al Boulevard:

—¡Tres millones y medio de francos! —suspiró.

## XIX

Firmó don Mucio... Y dio principio una vida admirable, rápida, diversa... Los trenes expresos, los automóviles y los barcos llevaban a la *troupe* de una ciudad a otra, de un país a otro, tan velozmente, tan muellemente, que Cortadell decía: «¡Europa es más pequeña que Madrid!». ¿Qué le importaba a él la distancia entre París Y Ginebra, entre Viena y Berlín?... Salía en auto del hotel, penetraba en su coche-salón o en su *sleeping*, y a charlar o a dormir hasta la llegada. Esto era vivir, y lo demás arrastrarse.

Tampoco se quejaba Emma de que la llevaran en palmitas, de que hubiesen cesado para ella las agujas, las escobas y los sacrificios de cuando era pobre, sacrificios de que se daba cuenta por primera vez ahora, al verse convertida en una gran *vedette* con equipajes de princesa y una doncella a sus órdenes. Para la «primera *tournée* internacional» Peter no había querido reparar en gastos. En los baúles de Emma iban más de veinte vestidos de baile, primorosos, y otros tantos para «vestir». Todos, como los sombreros de la Plaza Vendôme y la rue de la Paix. Una fortuna en trapos, en pieles, en encajes. Y, por último, la doncella: una «Madame» muy silenciosa, muy formal, que le recordaba a las institutrices que «hacía» la Ávalos en el Sainete. Peter tenía a su Rolo. Ella a su «Madame». De modo que la *troupe* se componía de cinco personas, bajo la presidencia de don Mucio, porque Peter se empeñaba en conferírsela.

—Usted es el jefe de la caravana, señor Cortadell.

Y la caravana se detenía frente a los Alpes, esperaba a que Peter y Emma asombraran al público del *Casino* o del *Kursaal*, y volvía a seguir su camino hacia la encantadora Viena, la dulce Venecia, el automático Berlín, o hacia donde lo exigiese el itinerario de la *tournée*.

Don Mucio no hablaba alemán ni italiano; chapurreaba malamente el francés; pero, lápiz en ristre, no había quién le engañase... ni aun en Italia. Tres y dos eran cinco en todas las partes del mundo. Los billetes de mil francos de mil marcos, de mil liras, las monedas áureas de distintos cuños pasaban por entre los dedos de aquel hombre como si toda su vida no hubiese hecho otra cosa que manejar millones. Don Mucio era feliz. Le gustaba administrar y cada vez que distribuía las ganancias sentíase deslumbrado por las suyas. Porque llegaba a olvidar el trabajo de su hija. ¿Quién sino él había *filado* el negocio?

—¿Lo ves, paloma —solía decirle a Emma—, lo ves? Ya han llegado los tiempos de que yo te hablaba. Al final de tu contrato con Peter seremos ricos, muy ricos, aunque no tanto como él...

Y entonces volvía a recordarle la cifra mágica, incrustada en su mente. ¡Tres millones quinientos mil francos en oro! «Y lo que caiga»...

Emma entendía poco de números. Se dejaba guiar por aquellos dos hombres que eran

su maestro y su padre, alegrándose de verlos tan unidos en el negocio, tan enfrascados, a veces, en amistosas conversaciones y tan acordes en la mayoría de sus actos, que nadie hubiese dicho que casi acababan de conocerse. También ella se llevaba bien con Peter. Sentíase cada vez más identificada con su arte y más contenta de recibir —gracias a él, naturalmente— aquellos aplausos del público que lo mismo sonaban en sus oídos en los Linden berlineses que en los Campos Elíseos de París. Como que los aplausos no necesitaban traducción. Daba gusto.

Ella se enteraba apenas del país en que vivía. Su padre y Peter le hablaban siempre en español, y su «madame» la vestía en todos los teatros y *music-halls* con los mismos dedos ágiles y las mismas palabritas amables en francés. Ella sabía que estaba en Alemania porque los hombres eran casi todos rubios y tripones y bebían mucha cerveza y devoraban salchichas a toda hora. Sin las referencias de su padre o Peter, no habría distinguido a un tudesco de un austríaco, ni a un checo de un dinamarqués. Todos aquellos hombres eran «extraños», no hablaban, ni sonreían, ni fumaban como en Madrid. Bueno, la cosa cambiaba en Francia y en Italia. En París, sobre todo el Boulevard Montmartre, se oían «cosas» de la calle de Alcalá, y en Italia, aparte los macarrones, a cada paso se creía en España. El cielo era igual... En los teatros de Roma, de Milán y de Nápoles se gritaba como en Madrid. En Venecia las mujeres del pueblo llevaban mantón y flores en el pelo, como las andaluzas, o las madrileñas por San Isidro. En fin, Europa le hacía pensar en un gran cinematógrafo con películas de color en las que hablaban —sin que ella los entendiese— los actores. Cada ciudad, cada hotel, cada teatro era un episodio de aquella película admirable. Peter y ella tenían los dos primeros papeles, o *rôles*, como decían en París. Menos lucido era el de su padre; menos lucido para el público; para ella, acaso el de mayor importancia... Porque le parecía que sin su padre le habría faltado un «no sé qué», un fluido o un resorte que la impulsaba a vivir, a bailar, a «ser una Emma» que no había sospechado nunca en el cuarto del Sainete ni en su alcobita de la casa, de la casa pobre de Madrid.

¡Cómo había cambiado! En seis meses una verdadera transformación. Y sonreía pensando en el asombro, en la «rabia» que habría producido presentándose en el Sainete con sus trajes y sus abrigos de princesa... Mataró y Bélmez habrían aplaudido, Roel era capaz de arrodillarse, Graciano habría dicho algo «muy poético», Muela una gansada, y Linaje... Bueno: todos habrían dicho «cosas», pero nada más divertido que las reverencias del empresario y las miradas con que la Fontecha y su madre le desearían la muerte... La Cuevas, por su parte, se dedicaría a calumniarla y a adularla, y la Olmos, tan hermosa y tan franca, la miraría como a «una igual»... Claro que no eran iguales, ni mucho menos. La Olmos le doblaba la edad y era, según don Mucio, una lagartona. Eso de ser una lagartona le parecía a ella tan terrible, tan atroz —aunque no supiese del todo lo que era serlo— que se resistía a condenar a la Olmos.

¡Ah, cuando volviese a Madrid! ¡Cuando debutase con Peter en el propio teatro

de don Narciso! «¡Los moños que quitarás, paloma!», como decía su padre.

Entretanto vivía, gozaba, aprendía. Peter «le explicaba» los monumentos, los lagos, los volcanes, los museos, «todas las cosas que iban saliendo en la película». También su «madame», al ir de compras, mientras la vestía o la desnudaba, solía darle consejos o hacerle algunas advertencias. Era una buena persona aquella Madame Leclerq con sus quevedos, su boca redondita y fruncida y su pelo gris. Ella le agradecía sus lecciones discretísimas y aquel respeto que parecía sentir por *monsieur* Wald... Cuando hablaba de Peter, sus lentes se mecían sobre la nariz. *Monsieur Wald était le premier danseur du monde, et puis un véritable gentleman.* ¡Qué generosidad la suya! ¡Qué corrección! No había con quién compararle... Por lo general, los artistas de circo y de *varietés*..., y los otros, los de ópera y comedia, bien merecían su nombre de *cabotins*: eran malos y falsos en la vida, cuando no lo eran también en la escena, lo que sucedía generalmente. Madame Leclerq era viuda de un *régiseur de music-hall*. ¡Si estaría bien enterada!

—Pues bien, Mademoiselle, he encontrado un tipo *chic*, que me ha tendido una mano protectora al encontrarme sola, vieja y sin recursos: *monsieur* Wald...

Emma escuchaba complacida a su *habilleuse*. Pensaba lo mismo de Peter. Solo que no era cosa de contarle a la «madame» que también ella y su padre, «Monsieur» Cortadell, conocían la generosidad sin límites del «patrón», por haberla experimentado en sus personas. Nada de confidencias. La que un tiempo fue la Cortadita y protegían Bélmez y Mataró, sabía ya mantener su rango, establecer distancias, representar, en fin, a las mil maravillas su papel de grande *danseuse internationale*, y, sobre todo, de pareja exclusiva del portentoso Peter. No era orgullosa; pero tenía ojos en la cara, y al contemplarse en el espejo «le daban ganas de hacerse una reverencia hasta los pies». ¡Tan guapa se había puesto, tan bien le sentaban los vestidos y de tal modo se había vuelto parisiense y *chic*! Todo lo cual no le impedía divertirse como una chicuela, no pensar «en nada malo», no mirar a los hombres sino como muñecos de un pim-pam-pum que, cuando se ponían pelmas, derribaba ella con una risa o un gesto de desdén.

Total: que se alegraba de haber nacido y que era feliz, feliz como una niña que hubiese tenido un gran miedo y un gran susto antes de darse cuenta de su felicidad. Imposible quejarse. Como si fuera poco el amor de su padre, sentía en su alma otro amor: un amor cristianísimo hacia Peter, en el que había a la vez agradecimiento y lástima, admiración y caridad. En definitiva, quería a Peter como podía quererse a un negro: con toda el alma, pero sin los sentidos...

No lograba explicarse... «Peter podía ser su hermano... pero no su novio». Al fin había encontrado la explicación. Y segura de sí misma, sincera, espontánea y cordial, sentíase cada vez más discípula y más hermana de aquel hombre que no tenía de negro sino la piel.

La vida de la pareja al través de Europa había ido haciéndose más confiada, más unánime. La identificación del baile pasó paulatinamente a los actos del vivir cotidiano. A ella le gustaba pasear con Peter, enterarse de sus gustos, y, en raros instantes de ocio, bordarle unos pañuelos o hacerle una corbata de *crochet*, si no era que él prefería la charla, aquellas charlas en que volvían a aparecer los tipos del Sainete, las primeras impresiones de París, o en que se comentaban los risueños incidentes de los viajes. Era bien raro que ella y él se encontrasen solos. Casi siempre les acompañaba don Mucio, y cuando no, Madame, absorta en la lectura de un periódico o un libro. ¿Por qué, en el fondo, se alegraba de no encontrarse nunca completamente a solas con Peter? El temor y el malestar de antaño habían desaparecido del todo, en absoluto, hasta el extremo de que le habría molestado tener que bailar con otro hombre, y que la conversación con Peter la entretenía «como una comedia con disfraces de don Virginio», o como un periódico de modas. Pero a veces, raras veces, si su padre tenía que ausentarse por sus trabajos administrativos, y el arrobo de Madame era profundo, Peter se ponía a mirarla con unos ojos demasiado tristes, que de pronto se volvían brillantes e irisados, como los de una fiera. Le bastaba con entornar los párpados y con insinuar un gesto sutilísimo de enojo para que la mirada volviera a ser triste, y de triste a tornarse alegre, clara y fraternal...

## XX

Febrero. En Bruselas... La *tournée* concluía. Dentro de poco, el regreso a Francia y un *debút* sensacional en las «Folies Bergères». En su alcoba del hotel «Bellevue», don Mucio —o Monsieur Cortadell, como había que llamarle entonces— hacía números. La excursión había sido triunfal, maravillosa: doscientos ochenta mil francos de ganancias y unos setenta y cinco mil de gastos —¡gastar era!—; de modo que, pesetas más, pesetas menos, le correspondían a los Cortadell unos veinte mil duros. ¡Nada! Los que no se traían el *Bomba* de Méjico, ni la Guerrero y Mendoza de Buenos Aires. «A ese paso —calculaba don Mucio—, no tardo en alcanzar el millón. Quedan cuatro años y medio de contrato... Da vértigo... Como siga así la cosa..., ¿y por qué no ha de seguir?...», don Narciso a mi lado, un pimiento. Solo Urquijo y Romanones me podrán tutear».

Puso orden en sus papeles y los deslizó en una cartera de piel de Rusia, acariciándola como a una amante y husmeando con las narizotas su olor a cosa delicada y rica. ¡Y tan rica! Entre sus pliegues se encerraba una fortuna en letras sobre París. No la cambiaba él por la de ningún ministro. Y eso que la mitad del tesoro correspondía a Peter...

Suspiró. Su codicia había ido apareciendo poco a poco, a medida que se acostumbraba al dinero. Contarlo, contemplarlo, familiarizarse con el papel-moneda y el metal acuñado de todos los países, calcular sus réditos, pensar en las hipotecas y en las operaciones bursátiles que con él podrían realizarse, eran goces que don Mucio gustaba con ardor cada día más refinado y exigente. Felicitábase de haber firmado por cinco años con el negro, y se le daba un pito de su color. ¿Colorcitos a él? Peter no era un hombre, sino una mina: había que explotarla honradamente, legalmente, eso sí, pero no tolerar que nada ni nadie atentara contra el privilegio que el famoso contrato le confería.

Pensando de este modo estaba don Mucio cuando llamaron a la puerta. Tres golpecitos rápidos: la señal convenida con Peter. Abrió.

El bailarín parecía triste, pero, como de costumbre, sonreía guardando una actitud de *gentleman*.

—Don Musio —dijo con una voz lánguida—, necesito hablarle.

—Todo lo que usted quiera. Siéntese ahí, en esa butaca... ¿Qué le pasa a usted? ¿Está usted enfermo?

—Enfermo, sí...

—¡Caramba! ¡Eso es grave! ¿Enfermo hasta el punto de no poder bailar, de no terminar aquí, en Bruselas, de rescindir el contrato de París?

—Nada de eso... Tranquilícese... Yo bailaré hasta la víspera de morirme...

Cortadell —cosa rara— palideció.

—Pero... usted no se va a morir.

—¿Por qué no? Me gustaría morirme.

—¿Que le gustaría a usted morirse, a usted que gana el dinero a espuertas? ¿A usted, que tiene un cartel internacional? ¿A usted, que no le falta nada?

—No se burle usted de mí. Me falta... no tener este color.

—¡Esa es otra! Si fuera usted blanco no tendría usted el mismo éxito. Ya cambiaría yo mi pellejo por el de usted... Vaya si lo cambiaría...

Esta frase hizo erguirse a Peter con la mirada fúlgida y el labio tembloroso.

—¿Y quién le ha dicho a usted —preguntó en un tono profundo— que no pueda intentarse esa operación? Yo me muero porque necesito una piel blanca, y esa piel..., esa piel..., si usted quiere..., puede usted dármela...

El asombro y la incompreensión se reflejaron en los ojos de don Mucio.

—No le entiendo a usted... Confieso que no le entiendo a usted... Hable más claro...

Entonces Peter entornó los párpados y bajó la voz:

—Estoy enamorado de Emma...

Quedose Cortadell sin habla, y tan pálido, que Peter se levantó para sostenerle.

—Gracias... No es nada... Así, de sopetón me ha sobrecogido la cosa...

Aquel hombre reaccionaba con rapidez. Vencido el momento difícil, Peter continuó:

—Estoy enamorado de Emma y vengo a pedírsela en matrimonio... No necesito desirle a usted lo que he sufrido y luchado antes de hablar... Estoy enamorado de ella desde Madrid... Y si ella no me quiere, si no tiene el valor de casarse conmigo, créame usted, don Musio, me mataré...

Don Mucio respondió con lentitud:

—Querido Peter, ¡yo qué más querría que poder complacerle! Pero usted sabe que no es costumbre el matrimonio entre razas de colores distintos, y, además, aunque yo quisiera otorgarle a usted la mano de mi hija, contra viento y marea, y poniéndome a la sociedad por montera, ya conoce usted a Emma...

—Usted ejerse un dominio absoluto sobre su voluntad...

—Para eso, no...

—Para todo. ¿Por qué no lo intenta usted?

—No me atrevo... Y... con franqueza..., a mí me encantaría que desechase usted ese antojo.

—No es antojo: es amor.

—Pues... ese amor.

—No puedo. He llegado a ese instante en que el corasón se resiste a continuar la lucha. O me caso con Emma o me doy un tiro en la frente... No quiero abusar de su pasiencia... Me doy cuenta de lo odioso de la situación... Le agradezco que no se haya indignado, que haya sido tan cortés... Adiós, don Musio...

Y Peter se levantó con un suspiro de cansancio, con un gesto de fatiga moral.

Cortadell le puso una mano en un hombro:

—¿No va usted a matarse?

—Creo que sí.

—Pero ¿está usted loco?

—No puedo más.

—¿Y... el contrato?

—Me obligaba a bailar, pero no a vivir. Yo no tengo ningún interés en ganar millones que no me sirven para nada. Me aburro, y antes de darme a la bebida o a la morfina, prefiero la solución de mi pistola. Si usted me pide que baile las dos noches que nos quedan en Bruselas, bailaré... Pero el día que concluyamos, usted a París, y yo al bosque de la Cambre, y en un sitio escondido... ¡paf!... Tranquilamente... Nada, don Musio, que me he cansado de haser el oso y que me voy...

No había ningún artificio en la actitud de Peter, ni nada en sus palabras que autorizase a dudar de ellas. Don Mucio estaba acostumbrado a la rectitud del bailarín y a su sobriedad de lenguaje. Bastaba con lo dicho para comprender que no era una broma ni un ardid la hipótesis del suicidio en sus labios. Además, como hombre, don Mucio comprendía la situación desesperada del bailarín, y se daba cuenta de su tormento. Era necesario impedir que se matase, por cálculo y por caridad. Hubiese sido absurdo concluir «de aquel modo» el negocio. Se trataba de ganar tiempo. El contrato en las *Folies Bergères* era magnífico.

—Vamos, no diga usted niñerías... Tal vez la cosa pueda arreglarse... Ea, siéntese otra vez... Escúcheme.

Y don Mucio prometió que hablaría con Emma. Entonces, Peter, reanimado, con la mirada ardiente y la voz trémula de esperanza, dijo que dotaba a Emma con la mitad de su fortuna y que la nombraría su heredera universal.

—Por mucho que yo viva, cuando yo me muera ella será joven aún, y mal han de ir las cosas para que en diez años no ganemos juntos otros tantos millones.

Anocheecía... Don Mucio pensaba demasiado para ocuparse de encender la luz. Peter, con voz apacible, iba diciendo lo que haría si Emma se resignaba a ser su esposa. Desde luego, la vida en París, en una casa que podía comprarse y ponerse, naturalmente, a nombre de ella. Luego el automóvil, la *villa* para descansar, la servidumbre... Una vida de gran lujo, que contribuyese a distraerla... Acaso, si don Mucio lo aprobaba, la fundación de un *dancing*, o de un *cabaret*, para no ser explotados por las empresas y triplicar las ganancias. Don Mucio, claro está, con ellos y siempre administrando...

Anocheecía... La voz de Peter era cada vez más suave e insinuante, y también más lejana. Creía don Mucio oírla por primera vez y como si llegase de las honduras misteriosas de, un sueño: de un sueño en que los hombres no tenían color ni dolor, y en que eran sencillos, libres y dichosos como los pájaros... La noche había entrado en la habitación, y ya don Mucio no veía los ojos tristes y amarillos de Peter, ni su sonrisa demasiado blanca en la negrura de su tez. Peter y él eran dos sombras: dos

sombras que se compenetraban y entendían. Y el mundo entero era una sombra, una apariencia, que el hombre fuerte iluminaba o destruía con la antorcha de su voluntad.

## XXI

Los ojos de don Mucio ya de por sí pequeños, eran dos agujeritos rojos: habían llorado en una hora más que en la mitad de su vida. Y no se cansaban de contemplar a Emma, la cual dormía al fin, en un sueño entrecortado por sacudidas nerviosas.

Peter dejó a Cortadell junto a la cama de la enferma e hizo pasar al médico a la habitación contigua. Sufría el bailarín más cruelmente que don Mucio, pero su situación le obligaba a refrenar su pena y a mantener en su semblante un gesto de dignidad viril. Cuando estuvo a solas con el médico, le preguntó:

—¿Hay peligro?

El médico respondió:

—Ha pasado el peligro. Esta señorita ha tenido una gran conmoción moral y su razón ha vacilado un instante.

—¿Ha podido volverse loca? —inquirió Peter con angustia.

—Sí. Ha estado a dos dedos de la locura, pero la crisis se ha resuelto en lágrimas. Solo queda una gran postración y un estado de sensibilidad tan frágil que otro susto podría enajenarla. En resumen: impedir que vuelva a presentarse la causa que motivó esta crisis. ¿La conoce usted?

Peter exhaló un suspiro:

—Soy yo mismo, doctor.

Y en cuanto se hubo explicado, quiso saber si debía alejarse para siempre, si su presencia, aun renunciando a todo proyecto matrimonial, no sería peligrosa para la señorita Cortadell. El médico, uno de los más sagaces e ilustres de París, le respondió:

—Por de pronto, aléjese usted... Según las derivaciones de la dolencia, que es puramente moral, yo le diré si puede usted reanudar su trabajo con esa joven, o si debe renunciar en absoluto a verla. Desde luego, si usted y su padre insisten en lo del matrimonio, creo que la muchacha perdería la razón.

—Pues no la perderá —repuso Peter gravemente.

Entonces el médico le hizo concebir alguna esperanza:

—Si usted logra convencer a la joven de su renunciamiento, si todos los actos de usted le prueban que usted sigue con ella por no romper el contrato, es probable que dentro de un par de semanas, tal vez antes, podamos volver a aplaudirles en esa revista de las *Folies*, en que eran ustedes el número sensacional... Esa joven tiene una naturaleza bastante pasiva: es obediente y sugestionable. Usted y su señor padre la dominan, pero hay algo más fuerte que su voluntad de obedecer... No necesito repetírselo. Acaso llegara al matrimonio; pero iría a él como una víctima y presumo que no viviría mucho tiempo, si mi hipótesis de la locura no se realizara antes... En fin, monsieur Wald, hace años que le conozco y sé que es usted un hombre de conciencia. Ese matrimonio es imposible; a menos... a menos de exponer a esa joven a un experimento que puede serle trágico.

—Gracias, doctor —dijo Peter, con melancólica tristeza—; cumpliré mi deber. Lo importante es que ella se reponga y olvide... Si su padre y su *habilleuse* no bastan para cuidarla, podría venir una enfermera... Si conviene que deje este piso amueblado, que le hise alquilar por la duración de la revista, dígamelo usted para buscarle algo en la Costa Azul... Lo que quiero es que se sane pronto, y que olvide, que olvide... No puedo soportar que sufra, doctor.

El médico miró a Peter con una curiosidad respetuosa.

—Merecía usted que le quisiera —murmuró.

La escena trágica palpitaba todavía en sus nervios y en su corazón. Ahora estaba en su casa. Había llorado, había pensado y había determinado morir. Como en las tragedias antiguas, los acontecimientos se habían acumulado en unas cuantas horas. Aquel mismo día por la mañana don Mucio había venido a verle. Llevaba quince días de trabajo y de éxito clamoroso en las *Folies* y don Mucio no había cumplido su promesa... Él se la recordó. Y don Mucio llegaba, al fin a comunicarle la victoria. Emma... accedía. De ordinario parlanchín y jovial, don Mucio habló poco y gravemente. Peter comprendió el carácter dramático del diálogo entre Cortadell y su hija. Don Mucio tenía el aspecto de un hombre que lucha denodadamente contra su conciencia. Y al verle en aquella actitud, Peter sintió remordimientos. Él había transformado al infeliz don Mucio en un hombre de presa, inyectándole el virus de la ambición. Él había captado la voluntad de aquel hombre. Él le había atraído a un mundo artificioso y amoral, en el cual parecía admisible que un negro se casara con una virgen blanca y que el precio de la *compra* lo cobrase el padre de la virgen. Él, nieto de esclavos, *había comprado una blanca*. Y le pareció odioso y abominable el desquite, porque él no quería a Emma para saciar apetitos ni venganzas, sino para adorada, para ser su siervo a cambio de ser tolerado como su esposo: como un esposo que sabría hacerse perdonar por el espíritu el color de su piel.

Subieron a sus labios las palabras del sacrificio. Pero el amor las detuvo. Tenía la ilusión de todos los enamorados: esperaba conquistar el corazón esquivo. Tenía también el humano y profundo anhelo de la caricia de la carne amada. ¡Pensar que era posible tener a Emma entre sus brazos, sobre su pecho, contra su corazón! ¡Pensar que la boca próxima e inasequible de su pareja —un suplicio de Tántalo— calmaría al fin su sed! ¿Qué le importaban los escrúpulos de aquel hombre feo y avariento, ni las costumbres de la raza enemiga, ni el tortuoso camino por donde llegaba el amor? ¡Había llegado el amor! Esto era todo. Había llegado el amor: fuerza creadora, libertad y realidad. Luego, podía venir la muerte, de antemano burlada, porque una hora del amor soñado era... haber sido Dios.

Rápidamente habló con don Mucio. Aquella misma tarde, a las tres, iría a ver a Emma y quedarían celebrados los esponsales.

—¿Quiere usted acompañarme a la rue de la Paix? Me ayudaría a escoger la

sortija... Veríamos otras alhajas para la novia...

—Vaya usted solo —dijo Cortadell sordamente—; es mejor que yo siga preparando a Emma...

Fue un minuto atroz, glacial. Pero el hombrecito de la nariz roja y los ojuelos de rata se había propuesto ser pronto millonario.

—*All right!* —exclamó Peter.

Se despidieron. Le pidió a Rolo un abrigo y bajó a la calle ebrio de gozo. En el primer taxi que pasaba se hizo conducir a la joyería. Después de alguna duda se decidió por dos brillantes que titilaban como dos lágrimas sobre un leve aro de platino. Pagó por la joya veintidós mil francos. Designó collares y brazaletes que vendría a comprar con «ella» y separó un alfiler de corbata para don Mucio. Esto le hizo sonreír. Luego, como eran poco más de las once, almorzó en un restaurante de la rue Royale, y, desde allí, pidió su auto por teléfono. Hasta las tres de la tarde tenía tiempo de visitar algunos ebanistas, tapiceros y anticuarios y de encargar a una agencia de buscarle casa. Procuraría ver a su notario para que fuese preparando las capitulaciones. Era imprescindible visitar al florista; que todas las mañanas le llevaran flores a Mademoiselle Emma Cortadell, 14, rue de Tilsit.

A las dos estaban de vuelta en su casa. Tras la ducha y la fricción, Rolo le ayudaba a vestirse de chaqué. La fiebre cedió al aproximarse el momento de la entrevista. Hubiese querido detener el auto, eternizar la vida ilusoria que, acaso, en aquel instante, al parar su coche frente a la casa de Emma, se disolvía para siempre. Volvió a dudar, a tener miedo. Guantes claros cubrían sus manos, pero, entre la perla negra de su corbata y los ocho reflejos de su *haut de forme*, el espejo del ascensor le representaba la negrura odiosa de su faz. Cerró los ojos. No quería verse. Sus dedos temblaron al aproximarse al timbre de la puerta. Madame Leclerq vino a abrir.

Emma y don Mucio le esperaban en el saloncito. Ella le sonrió y le tendió la mano, tan exangüe y tan fría, que él no tuvo fuerzas para besarla. También su cara parecía de mármol; los ojos tristes y los labios secos disimulaban, con sonrisas, la conmoción profunda de su alma. Pero el dolor purificaba su belleza. Su palidez era como un claro de luna, que él sentía diluirse en su corazón.

En una voz trémula y amable, Emma le dijo:

—¿Quién pensara, Peter, que íbamos a casarnos? Cuando papá vino a decírmelo tuve una sorpresa... Una sorpresa...

Don Mucio, advirtiendo la emoción de Emma, intervino hábilmente, afectuosamente, y la conversación tomó un giro natural. Por su parte, Peter evitaba las alusiones directas al matrimonio y no sabía cómo dejar cumplida la ceremonia de los esponsales. Cuando Emma le preguntó, disimulando su ansiedad, la fecha de la boda, él respondió: «La que usted mande». Y eligió aquel momento para levantarse y decir:

—Querría ofreserle la sortija...

Ella alargó la mano. Él le deslizó la joya en un dedo y, como sonreía, la estrechó entre sus brazos y le dio un beso en la frente. Tuvo que sostenerla por la cintura. La había visto desfallecer con los ojos extraviados por el terror, los labios contraídos en una mueca de repugnancia indómita, instintiva, animal. Don Mucio se precipitó hacia ellos.

—¡Démela usted! La hemos matado... ¡Hija de mi alma!

—Es un síncope... Un síncope... como el de Madrid —balbucía Peter.

Sostenida por su padre, que la arrastraba hacia el sofá, Emma comenzó a dar gritos, a arquearse, a crisparse en un modo de temblor epiléptico. Sus ojos volvieron a abrirse, y giraban enloquecidos y fulgurantes fuera de las órbitas. De su boca salía una espuma sanguinolenta.

—¡Se ha vuelto loca! ¡Hija, hija mía!

Peter, horrorizado y tembloroso, tomó a Emma por los pies y ayudó a mantenerla sobre el sofá. Atraída por los gritos, apareció Madame Leclerq, y él dijo:

—Mademoiselle tiene un ataque... Ayude usted al señor... Corro a buscar al médico...

Y después, lo demás: el llanto silencioso de don Mucio, la reacción afortunada de Emma y los consejos del médico, que convenía seguir. El causante del drama iba a ocultarse momentáneamente. ¿Por qué momentáneamente? ¿No era mejor «del todo»? Así, como en la gran tragedia humana, en aquel pequeño conflicto familiar el negro sería la víctima del blanco. Era la ley.

Peter no protestaba. Había consumido todas sus energías en aquella lucha estéril contra la inferioridad de su raza. Había experimentado todos los dolores y angustias que la sociedad blanca ofrecía al negro que se extraviaba en los laberintos de su civilización. Era un crimen civilizar a los negros, blanquearles el espíritu, mientras no existiese un modo de blanquearles la piel. No había ser más triste, ni más infeliz, ni más ridículo que el negro que pensaba como un blanco. El negro más dichoso era el más negro, el más bestial. El negro catedrático, el negro culto, el negro de etiqueta, el negro «redimido» por la civilización, en una palabra, era un ser híbrido y grotesco que... hacía reír...

Peter reflexionaba sin rencor. Veía la realidad objetivamente. Iba a morir porque estaba cansado de su situación, tan pronto la de un príncipe como la de un idiota. Había creído que el alma poseía una belleza o una fealdad trascendentes. Había inventado una teoría según la cual solo contaba la fisonomía interior. Había sido bueno, generoso y noble. Había amado y perdonado, como ordenaba el Dios pálido que moría en la cruz. Y la recompensa era morir solo, con la muerte lóbrega del suicidio. ¡La muerte lóbrega! Porque había muertes claras, muertes blancas, muertes de amor, de senectud y de heroísmo... Hasta su muerte era negra, como él.

Abandonó su asiento para dirigirse a la mesita en que escribía. Escribió... Y al comenzar la carta a Emma, el llanto volvió a resbalar de sus ojos y la ternura a

apoderarse de su ser, acariciándolo y proponiéndole el sacrificio de amar en silencio y de morir de amor. ¡Oh, sí, por no dejar de ver a la inocente! ¡Oh, sí, para adorarla ocultamente!

Aquel culto doloroso habría de ser efímero. Porque ya se iban apagando las luces de su corazón.

## XXII

Aquel culto duró apenas un año.

—Él vivía de una frase de ella.

Cuando el médico le permitió visitarla, ella le acogió dulcemente y le dijo:

—Perdóneme... Yo no tengo la culpa... Yo querría que fuésemos iguales: usted como yo, o yo como usted... Me daría lo mismo. Yo no soy superior y usted inferior... Lo que pasa es que somos..., a ver si me explico..., diferentes.

¡Diferentes! Él sonrió, agradecido. Un instante, entornando los ojos, se la figuró negra, pero con sus facciones purísimas y su mirada azul. No... La prefería blanca, blanca e imposible como la luna. Pero aquella frase: «Yo como usted», vertía bálsamo en su corazón.

Y así pudo vivir consumiéndose.

Reapareció la pareja célebre en los *music-halls*. No era la misma. Ella se había hecho más mujer, más vibrante, más profunda. El dolor había borrado su sonrisa ingenua. Ahora Emma sonreía como si se hubiese asomado a los abismos de la pasión y conservase en sus ojos un reflejo de espanto. Ya no era la *girl* graciosa ni la *poupée charmante*. Era la bailarina de carne y hueso que se exalta y sufre entre los brazos del hombre. Era, sobre todo, la artista. La sacudida trágica le había dado la conciencia de su arte. El público comenzó a respetarla como a un ídolo.

Peter se había hecho más alma. Era increíble. En las danzas sensuales y grotescas de su época, aquel hombre llegaba a espiritualizaciones gloriosas, a síntesis coreográficas que evocaban el martirio y el éxtasis. Por instantes los brazos de Emma parecían una cruz en la que iba a expirar. Algunos hombres, por primera vez en su vida, lloraban en el *music-hall*.

Y era un número fascinante. ¡El *fox* trágico! ¡El *shimmy* atormentado! El tango lento, lento, como una agonía dolorosa... Los empresarios se disputaban a la pareja. Y monsieur, Cortadell escogía, desdeñoso, con la frialdad y la perspicacia de un *manager* anglosajón.

Cuando un día llegó una carta del pobre Bélmez, «pidiendo la actuación de la niña y Peter en aquel teatro», don Mucio se echó a reír. Había llegado la hora de su desquite, no contra el infeliz representante, sino contra el empresario imbécil y roñoso que no le había saludado nunca.

Y pidió, por quince días, en noviembre, veinte mil pesetas y el diez por ciento de la recaudación.

Don Narciso estrujó el telegrama.

—¡Eso... por una meritoria!

Pero rectificó en el acto:

—Bueno, Bélmez, la butaca a dos duros... Y conteste que sí...

Después de cada representación, Peter necesitaba descanso. Tuvo que recurrir a diferentes drogas para poder dormir. Los médicos le decían:

—Suspenda por unas cuantos meses... No haga nada... Distráigase...

¡Bah!, se moriría en cuanto dejase de bailar. Vivía en aquellos momentos en que ella era la mitad de su ser. Porque se le antojaba que entonces, en el instante doloroso de la danza, estaban fundidos por una fuerza más grande que el amor. Para amarse eran un negro y una blanca. Para el baile eran dos líneas y una sola armonía, el principio y el fin de un acto de belleza que cesaba al separarse ellos.

Además, bailar era teñir de oro el crepúsculo de su vida. Don Mucio estaba contento... El buen don Mucio, que él había metalizado y que cumplía su misión paternal. Peter había leído algunas novelas. Se acordaba de *La piel de zapa*. Él era la piel de zapa de don Mucio.

En París, en Londres, y más tarde en Madrid, Peter había contraído la costumbre de visitar los lugares que le recordaban una alegría, una pena, una emoción. En París buscó el albergue en que había vivido con Nonell y en que Niní, la primera blanca, le había hundido las uñas en el corazón. «El Patio» se llamaba de otro modo: tenía un nombre inglés, pero conservaba sus ajimeces y sus arcos «árabes».

«El Patio» era Nonell, Monterde, Simeón Fabricio... Todos habían muerto: el limpiabotas, el músico, el poeta. Y nunca los había visto ni sentido mejor que entonces al pasar por la acera de «El Patio», lentamente, como si esperase «verlos salir»...

En Londres escuchaba la tos de Nonell. El mar, todo el mar, le hablaba de Nonell. En una de las travesías del Canal de la Mancha, si Emma no hubiese aparecido en la cubierta, habría ido a buscar a Nonell.

En Madrid encontró otro fantasma: Néstor. Lloró al condesito como a un hermano. Piedad le decía:

—Pedrito, por Dios...

Y sonreía con asombro.

La marquesa acarició la cara de Pedro con sus manos trémulas.

—Tú estás enfermo, Pedrito... Has adelgazado... Tienes los ojos en dos cuevas... Van a curarte aquí. Te daremos la alcoba de Mari Francisca.

Una noche en el palacio, en la alcoba de Mari Francisca, le habría bastado para morir. Tenía la contrata de don Narciso. Emma triunfaba. No podía aceptar.

Emma triunfaba. Su cuarto del Sainete era el del saloncilla. Peter lo había querido así. Un hombre se vestía en cualquier parte. Y fue a vestirse en un cuartito pequeño, junto al del primer galán. Había cambiado toda la farándula: toda, menos la Ávalos. La Olmos, en Buenos Aires; Gandía, con huestes propias. Linaje, también. Roel, lo mismo. No había más que genios y primeros actores en España. ¡Gran país! Se representaban menos las comedias de los Villedo, las obras irónicas de don Virginio y

las sentimentales de Fernández-Monte... Privaba un género caricatural y retorcido del que Peter no llegaba a enterarse.

Algunos seres parecían incrustados en el Sainete. Eran sus parásitos, quizá sus vértebras. Bélmez... Mataró... Pera y su mujer. La Fontecha seguía vistiéndose en el foso, pero tenía sueldo. La Cuevitas, con grandes pieles y preseas, comía todas las noches en el «Kolossal». Era su expiación.

De todo esto se hablaba, con la algarabía de antaño, en los corredores y cuartos del Sainete. Don Virginio no dejaba de entrar algunas noches en «la loge de la grande danseuse», pero parecía interesarse más por el «danseur». Muela decía que Peter le estaba inspirando una comedia. Una tragicomedia, podía ser.

Chacón había estrenado un drama y la calvicie se anunciaba sobre su frente. Miraba mucho a Emma. Le hacía rutilantes versos que se publicaban en los periódicos. Pero Emma tenía para Chacón la misma sonrisa que para los demás hombres que entraban en su camarín, una sonrisa de estrella, una sonrisa alta. «Orgullosa», decían algunos. Era que sus adoradores del Sainete, vanidosos e impulsados por el deseo carnal, le hacían medir las honduras del grande, del imposible amor de Peter. Aunque hubiese querido querer, el alma le habría dicho: «No».

¡Pobre Peter! Cada vez sentíase más conmovida por su pasión silenciosa, por su martirio sonriente. Deseaba salvarlo. Veía en sus ojos y sentía en sus movimientos del baile que se iba a morir. Y cada vez que intentaba decirle: «Basta; te quiero», una fuerza cruel e implacable, pero salida de sus propias entrañas, venía a cerrarle la boca con dos dedos de plomo. Era atroz. Quería ser buena y grande como él. Imposible.

Y cuando Chacón le decía madrigales, y el duque donjuanesco o el potentado calavera la envolvían en sus miradas de sátiros, ella pensaba en Peter el negro, que nunca la había mirado así...

Entretanto, Cortadell sostenía coloquios matemáticos con la Empresa. El éxito del «número» excedía a toda previsión. Las butacas a dos duros se agotaban todas las noches. Don Mucio era el monarca de la contaduría. Mataró, al verle, decía para sus adentros: «Quién te ha visto y quién te ve». Pero don Mucio no era orgulloso. Alguna que otra vez, en un rincón del foro, le hablaba de sus viajes, de los *music-halls* de Londres, de los *kursáales* de Alemania, y Austria, de las «bellezas indescriptibles» de París. Y terminaba diciendo:

—Cuando yo funde aquí un teatro de *varietés*, que se llamará «El Alcázar», le probaré a usted quién soy...

Mataró tomando esta frase por una promesa, le daba las gracias, conmovido hasta el fondo de su alma mísera de traspunte.

## XXIII

Se hablaba, a media voz, de la tristeza de Peter. Graciano no era excesivamente perspicaz, pero, no bien descubría un misterio, adoptaba una actitud respetuosa. Cuando comprendió que Peter adoraba a Emma, cesó en sus poemas y sus madrigales, y consagró todas sus horas de ocio —que eran muchas— a la amistad con el bailarín.

Peter hablaba poco. Pero su silencio tenía la forma de una sonrisa: de una sonrisa llena de comprensión. Lope de Muela, sintiendo caer sus frases en el vacío, emigró del cuarto de Peter y fue una de las cosas semovientes que entraba en el de Emma y se incrustaban en sus asientos, hasta que aparecía la nariz roja de Cortadell.

Pocas personas ignoraban el «secreto» de Peter. Algunas compadecían al pobre negro enamorado y encontraban cruel la conducta de la Cortadita. La Fontecha decía que «ella en su caso, le habría dicho que sí». Y nadie parecía extrañarse de aquel desprendimiento heroico...

Don Virginio se llevaba algunas veces del brazo al bailarín. Solía encontrárseles por el Retiro y por la Moncloa, dando paseítos cortos y silenciosos. El dramaturgo habría podido decir «cosas»; pero ¿para que? Sentía la inanidad de todas las palabras ante «aquel drama de amor», del que hubiese querido cambiar el desenlace triste.

Al terminar las representaciones en el Sainete, Peter se dirigió al palacio de Arencibia. La marquesa había hecho preparar una alcoba lujosa. Pero él dijo que no, que ella le había ofrecido la de Mari Francisca.

Hubo que disponerla. Pedro quería volver a ser Pedrito, recuperar su alma de niño, sentir la caridad de sus amores y evocar las horas dulces de su esclavitud.

Rolo fue un número más entre los servidores del palacio.

Vino un gran doctor. Dijo que Peter tenía... pasión de ánimo..., un gran decaimiento físico..., insuficiencia cardíaca..., pero que podía sanar.

Emma se presentó en el palacio. Quería cuidar al enfermo. La marquesa accedió.

Una tarde, mientras Peter la miraba sonriendo, inmóvil, silencioso, ella encontró en su cara, extenuada y afinada por la fiebre, algo que no había visto nunca: un resplandor que la transfiguraba, haciéndola, más que blanca, noble y pura, como la de un dios de bondad en el martirio.

Entonces se aproximó al enfermo, le tomó una mano, y mirándole dulce y profundamente, le dijo:

—Peter... Peter de mi alma. Ponte bueno y te prometo ser tuya..., tu esposa..., tu mujer...

Él le rodeó el talle con dificultad, con suavidad; irguió el torso, entreabrió la boca

y no se supo si quería bailar o si quería besar.

Ella le dio un beso grave, lento sin cerrar los ojos. Y cuando quiso reclinar a Peter sobre la almohada y deshacer su abrazo, no pudo... Comprendió que había muerto. Y gritó.

Entraron Rolo, Piedad y, un momento más tarde, la marquesa y Cortadell. Emma estaba desmayada sobre el cadáver de Peter. Se hubiese dicho que la muerte los había sorprendido en una de sus danzas y que, lejos de separarlos, había querido unirlos con un sello de eternidad.

Pero un frasco de sales bastó para reanimar a Emma.

El entierro fue presidido por don Virginio, don Narciso y Cortadell. Chacón lloraba en el coche, camino de la Almudena, mientras Muelita le refería los amores de la Olmos con su nuevo empresario y los éxitos por provincias de Roel.

Al desdoblarse los papeles de Peter se encontró un testamento. Careciendo de herederos legítimos, dejaba las dos terceras partes de su fortuna a la señorita Emma Cortadell, y la restante a doña Piedad de Arencibia y de Virama, marquesa de Yéboles. Había un legado de cincuenta mil francos «para su fiel criado Rolovitch».



ALBERTO INSÚA (Pseudónimo literario de Alberto Galt y Escobar; La Habana, 1885 - Madrid, 1963). Periodista y escritor español. En su amplísima producción narrativa —publicó más de setenta novelas— predomina la temática costumbrista y el estilo característico de la literatura folletinesca, en su caso adobado por otros ingredientes de gran aceptación popular, como el erotismo, la crítica social e, incluso, ciertas dosis de espiritualidad mística.